LA DAMA OSCURA

Un romance del futuro lejano

Mike Resnick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Carol, como siempre,
y para Tom Doherty y Beth Meacham,
que mantuvieron cada una de sus promesas.

Librodot

Prólogo

ELLA ERA VIEJA CUANDO LA TIERRA ERA JOVEN.

Estaba en la cima de Cemetery Ridge cuando Pickett realizó su carga, y también cuando los seiscientos cabalgaron hacia el Valle de la Muerte. Se hallaba en Pompeya cuando estalló el Vesubio, y en los bosques de Siberia cuando cayó el cometa.

Cazó elefantes con Selous y búfalos con Cody, y se encontraba presente la noche en que el cable se rompió bajo los pies de los Flying Walendas. Estuvo en la caída de Troya y de Little Bighorn, y observó a Manolete y a Domínguez enfrentarse a los toros bravos en las arenas manchadas de sangre de Madrid.

Estaba allí cuando el Hombre salió a las estrellas. Vio la Batalla de Spica y el Asedio de Sirio V, y se sentó en el rincón de Jimmy McSwain la fatídica noche que peleó con Murchison, el Rompecráneos. Recorrió los caminos espaciales con el Ángel, contempló a Billybuck Dancer morir bajo el sol rojo de un lejano planeta, y estuvo al lado de Santiago cuando Johnny Una—Nota le abatió.

No tiene nombre; no tiene pasado, presente ni futuro. Viste sólo de negro, y aunque ha sido vista por muchos hombres, sólo un puñado la conocen. Tú la verás —si es que llegas a verla— justo después de haber respirado tu último aliento. Entonces, antes de exhalar el estertor final, aparecerá, silenciosa y con ojos tristes, y te llamará.

Es la Dama Oscura, y ésta es su historia.

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE QUE LO TENIA TODO

1

¿POR DÓNDE COMENZAR?

No es una saga épica, aunque abarca milenios y sistemas estelares. Ni tampoco es una historia de pasión y romance, aunque fue la pasión y el romance lo que precipitó a varios de los participantes a su perdición. Ni siquiera se trata de una narración de gran aventura, aunque sin la gran aventura no habría ningún relato que contar.

Sencillamente, es una crónica real de acontecimientos y, como tal, debería ser presentada en el Lenguaje de la Narración Formal. Sin embargo, si así lo hiciera, haría falta que os relatara, en elegante orden, todas mis experiencias vitales desde el día de mi nacimiento, y ello os daría una visión distorsionada de mi importancia, ya que, con sinceridad, soy poco más que un espectador que, no obstante, logró llevar la deshonra a su nombre, su Casa y su raza.

Por lo tanto, elijo hablaros en el Lenguaje del Recital Informal y, de acuerdo con sus reglas, comenzaré mi historia en el último momento posible, el cual, de hecho, fue el primer momento de mi involucración personal.

Tuvo lugar mientras subía por las escaleras de titanio de la Galería de Arte Odysseus y, jadeando por el esfuerzo realizado en el denso y húmedo aire, me acerqué a la puerta principal del vasto y angular edificio. De pie ante ella había dos asistentes, ambos vestidos con los uniformes púrpura y las centelleantes franjas a los lados de sus pantalones, por lo que me pareció adecuado dirigirme a ellos en el Dialecto de los Invitados Honorables.

—Atención, mi buen hombre —dije con formalidad—. He de recibir instrucciones para llegar al emplazamiento de la próxima subasta.

—¡Vaya, qué me aspen! —exclamó el más alto de los asistentes—. ¡No sólo lleva zapatos, también habla!

De inmediato me di cuenta de que había elegido la forma incorrecta de hablar. Rápidamente, pasé al Dialecto de la Súplica.

—Por favor, buen señor —comencé, disminuyendo mi color y bajando la cabeza en un gesto de entrega—. Mil perdones si he cometido alguna ofensa. Con humildad solicito que me ayudes a llegar a mi destino.

—Eso está mejor —gruñó, y me relajé un poco cuando se hizo aparente que había perdonado mi error social—. Veamos tus papeles.

Le di el pasaporte, la invitación y las credenciales; aguardé en silencio mientras él y su compañero los examinaban.

De repente, alzó la vista y me miró.

—¿Leonardo? —inquirió con recelo.

—Sí, buen señor.

—¿Qué hace alguien como tú con un nombre humano?

Señalé mi pasaporte.

—Si observas, mi buen señor, Leonardo no es mi nombre verdadero. Soy miembro de la Casa de Crsthionn.

Miró donde le indiqué, por dos veces intentó pronunciar mi nombre Bjornn y, por último, se rindió.

—Entonces, ¿cómo tienes en tu poder una invitación para un tal Leonardo?

—Así es como me llaman en mi lugar de empleo aquí en Londres Lejano, buen señor.

—¿Te refieres al lugar donde trabajas?

—Sí —contesté, sin olvidar mover la cabeza en señal de afirmación—. En mi lugar de trabajo. En la actualidad, estoy asociado con las Galerías Clairborne.

—Así que... —musitó con tono de duda.

—Sí, buen señor. —Hice una reverencia y junté los hombros, una postura casi perfecta de no agresión—, ¿Puedo pasar ahora, por favor?

Sacudió la cabeza.

—No tengo nada en la lista que me proporcionó mi señor acerca de un alienígena llamado Leonardo.

Podría haberle indicado que los Hombres eran igual de alienígenas que los Bjornn en Lejano Londres; pero ello habría sido inconsistente con el Dialecto de Súplica. Además, ya le había ofendido una vez. Por lo tanto, me incliné aún más.

—Mis papeles están en orden —afirmé, mirando el titanio gris—. Te lo ruego, buen señor; si no se me permite desempeñar mi función, la Casa de Crsthionn será deshonrada.

—Primero hemos de determinar cuál *es* tu función —dijo—. Ahí dentro hay expuestas obras de arte por valor de unos 200 millones de créditos. Mi trabajo es el de cerciorarme de que tu función no sea robarlas.

—O, quizá, comértelas —añadió su compañero con una sonrisa.

—Por favor, buenos señores —insistí—. Si llamáis a Héctor Rayburn o Tai Chong, confirmarán mi identidad y mi derecho de estar aquí.

—¿Tenemos algún Rayburn o Tai Chong dentro? —le preguntó el asistente a su camarada.

—Ni idea —contestó el otro—. Puedo comprobarlo.

—De acuerdo. Hazlo —se volvió hacia mí—. Muy bien, Leo.

—¿Te diriges a mí, buen señor? —inquirí.

—¿A quién si no?

—Has olvidado mi nombre, buen señor —comenté con amabilidad—. Es Leonardo.

—Mil perdones —dijo, imitando mi tono de voz y haciendo una profunda reverencia—, Leonardo. —De repente, se irguió—. Por qué no te diriges al lado Este del edificio mientras lo comprobamos, ¿eh? Si alguno de ellos te avala, te lo haré saber.

—Me siento muy ansioso por reunirme con mis asociados, buen señor —indiqué—. ¿No podría aguardar aquí?

Sacudió la cabeza.

—Estás causando un problema de tráfico.

Miré detrás de mí. No había nadie a la vista.

—Un problema de tráfico *potencial* —recalcó cuando volví a observarle. Comprendí que, de algún modo, había vuelto a ofenderle y, por lo tanto, dejé de emplear el Dialecto de Súplica.

—¿Tardará mucho? —pregunté.

—¿Qué ha pasado con el «buen señor» —quiso saber, ignorando mis palabras.

—Sin duda era la forma de hablar incorrecta —respondí—. Intento decidir qué dialecto no te ofenderá.

—¿Qué te parece el silencio? —sugirió.

— No conozco ningún dialecto sin palabras —contesté con sinceridad—. ¿Serías tan amable de contestar mi pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿Cuánto tiempo estaré esperando?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —contestó irritado—. Depende de cuántos Rayburn o Chong haya dentro. —Calló un instante—. Mira, sólo cumplo con mi trabajo. Y ahora vete al lado Este como un buen chico, o chica, o lo que seas, y alguien te comunicará cuando se haya comprobado tu identidad.

Di media vuelta y bajé los escalones. Todavía estaba desacostumbrado a usar zapatos, y la acera deslizante se movía a tanta velocidad que temí que rompiera mi equilibrio, de modo que me quedé en la calle, me dirigí al lado Este del edificio multifacetado de titanio y cristal y vi que no había nadie. Reduje mi marcha un poco para admirar un mosaico de cerámica que se hallaba empotrado en la pared de metal al nivel del ojo humano. Por último, llegué a una puerta lisa y sin ningún letrero, situada a una décima de grado del centro de la estructura. Estaba cerrada.

Me quedé ante la puerta y esperé, sintiéndome desnudo y algo incompleto, tal como siempre me sucede cuando estoy solo. Intenté no pensar en el calor y la seguridad de la Familia; sin embargo, cuando eres el único miembro de tu raza en un mundo extraño, no siempre resulta fácil. Transcurrieron cinco minutos; luego, diez más. Tuve la certeza de que con cada segundo que pasaba provocaba más deshonra sobre mi Madre de Patrón y mi Casa, lo cual hizo que mi propia desilusión ante la posibilidad de no ser capaz de llegar a ver las esculturas del fabuloso Morita palideciera y perdiera color en comparación.

Dos hembras humanas pasaron a mi lado y me miraron abiertamente. Mientras continuaban caminando calle arriba, una le susurró algo a la otra y las dos empezaron a reír.

Entonces, Tai Chong salió por la puerta y se acercó a mí presurosa.

—Leonardo —dijo al llegar a mi lado—. ¡Lamento este malentendido!

—No tiene importancia ahora que tú estás aquí, Gran Dama —repliqué, empleando el Dialecto de Afinidad, como siempre hacía en su presencia.

—¿Llevas esperando mucho tiempo? —preguntó.

—No más de veinte minutos —contesté, ocultando las manos a la espalda, de modo que no pudiera verlas hasta que hubieran recuperado su color normal.

—¡Es intolerable! —exclamó enfadada—. ¡Haré que despidan a los guardias de seguridad por esto!

—Fue mi culpa, Gran Dama—comenté—. Les ofendí con mi desconocimiento de la forma adecuada de dirigirme a ellos.

—¡Tonterías! No han dejado de enviar a los alienígenas a esta puerta toda la noche.

Se me ocurrió que la galería debería haber contratado unos guardias menos sensibles y más compasivos; pero no dije nada y, por fin, Tai Chong estiró el brazo para cogerme de la mano y conducirme al interior.

—Tu color ha cambiado —indicó cuando a regañadientes alargué los dedos.

—La temperatura del exterior me resulta cálida —mentí, porque como ella no había aprendido a identificar la Tonalidad de la Angustia Emocional, no tuve deseos de causarle más consternación.

—No sabía que las temperaturas extremas te afectaban tanto —comentó con simpatía—. ¿Preferirías que te llevara de vuelta a tu hotel?

—¡Por favor, permite que me quede! —exclamé con ansiedad, tratando de controlar el pánico de mi voz.

—Claro, si es lo que deseas —aseveró; me miró mientras mi color se tornaba aún más brillante—. Sólo estaba preocupada por ti.

—Te agradezco tu preocupación, Gran Dama, pero es imperativo que prosiga con mi educación y gane créditos para mi Casa. —Callé; luego, con un sentimiento de culpa, ya que

iba a exponer una consideración personal, añadí—: Llevo años esperando la oportunidad de ver una escultura Morita.

—Lo que tú digas —contestó con un encogimiento de hombros—. Sin embargo, pienso quejarme de los guardias.

—Fue mi culpa, Gran Dama.

—Lo dudo mucho. De paso —comentó cuando entrábamos en el edificio—, creí que ibas a empezar a llamarme por mi nombre de pila.

—Haré un renovado esfuerzo por recordarlo, Gran Dama —dije.

—Me he dado cuenta de que no tienes ningún problema con el nombre del señor Rayburn.

—Él no es una Gran Dama —expliqué.

Emitió una risita seca.

—Algún día, Leonardo, he de visitar tu mundo, con todas sus Grandes Damas y sus no tan grandes caballeros.

Entonces, llegamos a la galería principal, una gran sala circular con paredes de cerámica blancas y una cúpula facetada compuesta de cristal solar bronceado, y el último rastro de mi incomodidad se desvaneció cuando sentí el calor y la proximidad de la multitud. Había unos cuatrocientos seres allí, vestidos con ropas llamativas y elegantes y, salvo unos pocos, todos eran humanos. Entre las otras razas distinguí a un lodinita, tres ramorianos, dos mollutei, un trío de seres alados procedentes del Cúmulo Quinellus y, en un rincón, orgulloso y distante, con los grises y correosos brazos cruzados sobre su pecho estrecho, había un canforita, cuyas medallas de resplandeciente cristal proclamaban que era un superviviente de dos sublevaciones armadas contra la Oligarquía humana.

Tai Chong, que aún sostenía mi mano, comenzó a escoltarme por la sala, presentándome a varios amigos y asociados de ella (a quienes me dirigí con tono grave en el Dialecto de la Diplomacia Cortés, cuya vaguedad pareció divertirles). Luego, Héctor Rayburn, con un aspecto muy elegante en sus acicaladas y lustrosas ropas de noche, se acercó a nosotros y nos saludó.

—Veo que le ha encontrado, Madame Chong —comentó.

—Esos bastardos de la puerta han creado una entrada Sólo Para Alienígenas —contestó con renovada ira.

Rayburn asintió con la cabeza.

—He oído que no han dejado de ponerle trabas a los alienígenas durante toda la noche.

—Fue sólo un pequeño malentendido, Amigo Héctor —intervine.

—Fue una seria violación de los modales —afirmó Tai Chong.

—Bueno, no parece que se haya hecho ningún daño permanente —comentó Rayburn con afabilidad. Ignoró la mirada colérica de Tai Chong—. Leonardo, ¿me permites robarte unos minutos de tu tiempo?

—Desde luego, Amigo Héctor —me volví hacia Tai Chong—. ¿Es aceptable para ti, Gran Dama?

—¿El arte del Cúmulo de Albión? —le preguntó a Rayburn.

—Sí—contestó.

Ella me sonrió.

—Bueno, para eso hemos venido. Nos reuniremos cuando hayas terminado.

Rayburn me condujo fuera de la galería principal y por un estrecho corredor de suelo de madera.

—Va a ser un infierno vivir con ella los próximos dos días —comentó.

—¿Perdón, Amigo Héctor?

—Madame Chong —explicó—. Ella y sus malditas causas. *Tú* sabes que esos guardias sólo eran un par de patanes que no pretendían hacer ningún daño, y *yo* lo sé; pero a ella nunca la convencerás. —Calló un instante—. Me gustaría que defendiera a sus empleados humanos con el mismo vigor. —De repente, pareció incómodo—. No pretendía ofenderte, por supuesto.

—Sé que no querías ofenderme —contesté con cautela.

—Piensa que es capaz de cambiar la naturaleza humana de la noche a la mañana, y eso es imposible —continuó—. Uno de estos días va a meterse a defender la maldita causa equivocada de un alienígena o de un asesino esquizoide, o lo que fuere que esté defendiendo esa semana, y entonces se encontrará metida en serios problemas.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta diplomática, llegamos a una pequeña galería rectangular que exponía unos cincuenta hologramas y pinturas. Había desnudos, retratos, paisajes terrestres, marinos y espaciales, bodegones, incluso algunas obras abstractas que habían sido creadas por una computadora equipada con un módulo de percepción Durham/Liebermann.

Rayburn aguardó hasta que yo terminé de examinar brevemente la colección; luego se volvió hacia mí.

—Tengo un cliente que está interesado en invertir en un par de piezas del Cúmulo Albión —dijo—. Y como ésa es tu especialidad, pensé que no te importaría que solicitara tu consejo.

Me encantará ayudarte en todo lo que pueda, Amigo Héctor —respondí—. ¿Cuánto dinero piensa invertir?

—Hasta un cuarto de millón de créditos. He marcado un par de obras en mi catálogo, pero me gustaría conocer tu valoración. —Se detuvo, incómodo—. Además, la autentificación nunca fue mi punto fuerte. En especial, me gustaría saber si consideras que el Primrose es auténtico. —De repente, pareció recuperar su confianza—. Yo tomaré la decisión final, y asumiré toda la responsabilidad. Pero, de todas formas, me gustaría tener tu opinión.

—Si he de serte de alguna utilidad, Amigo Héctor, respetuosamente debo solicitarte que me permitas examinar las obras con más detenimiento.

Se mostró aliviado.

—Por supuesto. Regresaré en unos minutos. —Se dirigió a la entrada—. Quiero probar ese vino denebiano antes de que se termine. —Se paró al ver que mi color se oscurecía—. No te importa, ¿verdad? Quiero decir, no hay nada que pueda hacer aquí salvo quedarme quieto y observarte.

—No, Amigo Héctor —mentí—. No me importa.

—Bien. *Sabía* que todo eso que decía Madame Chong acerca de que a los Bjornn no les gustaba estar solos era pura imaginación de ella. —Salió al corredor, y luego volvió a asomar la cabeza por la puerta—. ¿No te olvidarás de comprobar el Primrose?

—No lo olvidaré, Amigo Héctor —repuse.

—Perfecto. Te veré en un rato.

Entonces se marchó y yo me obligué a concentrarme en las obras de arte en vez de en mi aislamiento; poco a poco, la sensación de desnudez se situó detrás de mi total enfrascamiento en las piezas de la sala.

La mayoría de las pinturas bidimensionales estaban entre los seis y diez siglos de antigüedad, aunque había una (y ni siquiera muy buena) que parecía tener unos tres mil años. La mayoría de los hologramas, en especial los compuestos en *static—stace* —patrones electroestáticos congelados en estasis— no tenían más de un siglo de antigüedad; pero, una vez más, había uno que daba la impresión de remontarse casi cinco milenios en el pasado, a los días en que la raza del Hombre empezaba a diseminarse por la galaxia.

Sin duda alguna, todas las piezas, menos esas dos, habían sido creadas por manos humanas, y creí que existía la posibilidad de que una de las otras también. Sólo dos de los artistas eran importantes de verdad —Jablonski, que había vivido hacía tres mil años en Kabalka V, y Primrose, que había adquirido cierta notoriedad en Barios IV antes de que su obra se desprestigiara—, pero el resto de las piezas encajaba en las escuelas claramente definidas y fácilmente reconocidas del Cúmulo Albión.

Examiné el Primrose, una obra menor de un artista que ya no era importante, y determiné que la tela era de Barios IV y que la firma no era falsa. Pasé al resto de la colección.

Una pintura en particular captó mi atención. Se trataba del retrato de una mujer, y aunque carecía de la técnica de Jablonski, retuvo mi interés. Sus facciones estaban exquisitamente trazadas; parecía encontrarse rodeada por una atmósfera de soledad, una sensación de profundo anhelo por algo imposible de conseguir. Nada en el título la identificaba —sencillamente, se llamaba «Retrato»—; sin embargo, debió haber sido una dama muy importante, porque había visto su cara dos veces con anterioridad: una en un holograma de Binder X y, de nuevo, en una pintura de Patagonia IV.

Me acerqué al Jablonski y a dos de los hologramas más exóticos de *static/stace,* intenté concentrarme en ellos, pero algo me empujaba de regreso al retrato. Por último, volví a contemplarlo y me puse a estudiar las pinceladas, los sutiles matices de luz y sombra, la posición ligeramente apartada del centro de la modelo.

El nombre del artista era Kilcullen, lo cual no significaba nada para mí. Un rápido análisis de la textura de la tela, la composición química de la pintura y el estilo casi caligráfico de la firma en la esquina superior izquierda, me indujeron a establecer la antigüedad de la pintura en 542 años, y su punto de origen en una de las colonias humanas del sistema Bortai.

De repente, experimenté una sensación de calor y alivio; al instante supe que ya no me encontraba solo en la sala.

—Bienvenido de vuelta, Amigo Héctor —saludé, volviéndome hacia él.

—Bien —comentó, con una copa de vino de elegante cristal en la mano—, ¿es auténtico el Primrose?

—Sí, Amigo Héctor —repliqué—. Sin embargo, no se trata de una de sus mejores pinturas. Puede que alcance los 250.000 créditos por su prestigio; pero, en mi opinión, su valor no se revalorizará considerablemente en los años futuros.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.

Suspiró.

—Es una pena. Tengo la sensación de que el Jablonski será muy caro.

—Lo mismo opino, Amigo Héctor. Por lo menos, alcanzará el medio millón y, posiblemente, los 600.000 créditos.

—Bueno —comentó Rayburn—, entonces, ¿tienes alguna sugerencia?

—Me gusta mucho *esta* pintura —dije, indicando el retrato.

Se acercó y la estudió durante un momento.

—No lo sé —declaró al rato—. Es bastante impactante desde el otro extremo de la sala; pero, cuanto más te acercas, más te das cuenta de que Kilcullen no era ningún Jablonski. —La observó otro minuto; después, se volvió a mí—. ¿Cuánto crees que será su tope?

—Tal vez unos cincuenta mil créditos —respondí—. Sesenta si Kilcullen tiene alguna fama en el área Bortai.

Volvió a mirarla y frunció el ceño.

—No estoy seguro —musitó—. Sería un riesgo comprar una pintura de un virtual desconocido. En realidad, no sé si entra en la categoría de una *inversión.* Quizá valga

cincuenta mil créditos en calidad, lo cual no significa que se revalorice más rápidamente que el índice de inflación. —Se detuvo—. He de pensarlo. —De nuevo observó el cuadro—. Reconozco que es impactante.

Justo en ese momento Tai Chong entró en la sala.

—Pensé que os encontraría aquí —dijo—. La subasta va a empezar en cinco minutos.

—Vamos allá, Madame Chong —anunció Rayburn, y yo le seguí.

—¿Encontraste algo interesante aquí? —me preguntó Tai Chong.

—Tal vez una pieza, Gran Dama —contesté.

—¿El retrato de la mujer de negro? —inquirió.

—Sí, Gran Dama.

Asintió.

—También atrapó mi atención. —Se detuvo y me sonrió—. ¿Estás preparado para echarle un vistazo a las esculturas Morita?

—¡Oh, sí, Gran Dama! —exclamé entusiasmado—. ¡Toda mi vida he soñado con ver una escultura Morita en persona!

—Entonces, ven conmigo —dijo, y me tomó de la mano—. Probablemente, no vuelvas a contemplar tres juntas en un solo planeta. —Se volvió hacia Rayburn—. Regresaremos en unos minutos, Héctor.

—Mantendré el fuerte —anunció con desenfado—. No tenemos ningún interés en nada de lo que van a subastar en la próxima media hora.

Ella me condujo por la galería circular hasta un cuarto pequeño situado a un costado. Sin éxito, intenté controlar mi color, que fluctuaba frenéticamente excitado, y experimenté un momentáneo azoramiento de dolor casi físico ante tanta exhibición de pasión por un interés personal e individual.

—¿Puedo ver sus credenciales, por favor? —solicitó un fornido guardia vestido de púrpura que nos bloqueó el paso.

—Estuve aquí no hace ni cinco minutos —respondió Tai Chong.

—Lo sé, Madame Chong, pero son mis órdenes.

Ella suspiró y sacó su tarjeta de identificación.

—Muy bien. Usted puede pasar.

—Gracias. Vamos, Leonardo.

—Él no —dijo el guardia—. ¿O es ella?

—Viene conmigo —indicó Tai Chong.

—Lo siento —repuso con firmeza el hombre.

—Leonardo, muéstrale tu invitación.

Sacudió la cabeza.

—Ahórrese el tiempo —me dijo—. Sólo se permite la entrada a los directores de galerías.

—Soy un miembro superior de la Casa de Crsthionn —declaré.

—¿Se trata de una galena alienígena? —inquirió el guardia.

—Sí —respondí. Era más fácil que explicarle el concepto de una Casa Bjornn.

—Lo siento. Sólo es para los directores de galerías humanas.

Quedé atontado. No sabía qué contestar, así que no dije nada, aunque mi color registró una humillación total. No me había dado cuenta hasta ese momento de cuánto anhelaba ver las esculturas Morita; era como si la Madre de Todas las Cosas me estuviera castigando por tener la audacia de colocar mis intereses personales por encima de los de la Casa, incluso durante un instante. Y al comprender que el castigo era justo, toda posibilidad de ira desapareció y fue

reemplazada por una aceptación silenciosa de la justicia de la situación.

Pero, aunque *yo* callé, Tai Chong no lo hizo.

—¿Qué pasa aquí? —demandó—. Leonardo ha venido a Lejano Londres en un programa de intercambio, y está asociado con las Galerías Clairborne. Sus papeles se encuentran en regla, y yo personalmente lo avalo.

—Madame Chong, nos encontramos en guerra con más de cincuenta razas por toda la galaxia.

—¡*No* con los Bjornn! —restalló ella.

—Mire, sólo cumplo órdenes. Si tiene alguna queja, vea al director.

—¡No dude que así lo haré! —espetó—. ¡Este trato a un visitante distinguido es inexcusable!

—Por favor, Gran Dama —intervine, tirando con suavidad de la centelleante manga de su traje al tiempo que trataba de esconder mi humillación—. No deseo ser la causa de tal falta de armonía. Veré las esculturas Morita en otra ocasión.

—A medianoche se encontrarán en tres naves espaciales diferentes, sólo Dios sabe con qué destino —contestó ella—. No *habrá* otra ocasión.

—Las veré cuando las subasten.

—Son demasiado pesadas y grandes para llevarlas a la sala de subastas. Ls la razón por la que las exhiben aquí. —Se volvió al guardia—. Se lo pediré por última vez: ¿dejará que mi colega entre?

El hombre sacudió la cabeza.

—Tengo mis órdenes.

Percibí que ella apenas podía controlar su temperamento; ignoré mi propia desilusión amarga y, con suavidad, le toqué la mano.

—Por favor, Gran Dama —dije en voz baja—. Hay muchas otras esculturas y pinturas que contemplar.

—Maldición, Leonardo, ¿es que esto no te molesta nada? —preguntó con visible exasperación.

—Me han instruido para que cuando visite mundos humanos acate sus leyes —respondí con cautela.

—¡Esto no es una ley! —restalló, mirando con ojos coléricos al guardia—. ¡Es una política, y pretendo protestar!

—Sin duda alguna está en su derecho —anunció el hombre con la absoluta despreocupación de aquel que sabe que, en última instancia, no es responsable de su propio comportamiento.

Clavó los ojos en el guardia; su enfado era casi algo tangible. Después, con brusquedad, regresó a la galería principal, llevándome de la mano como si fuera un pequeño niño humano. Yo me sentía extrañamente tranquilo: se había evitado una escena aún más violenta, y la experiencia había fortalecido la verdad de que los deseos y objetivos personales de uno a la larga carecían de importancia.

Yo era nuevo en la sociedad humana, y ésta era la primera vez que había perseguido mis necesidades privadas, sin importar el modo trivial. No sería la última.

2

LA SUBASTA ACABABA DE COMENZAR cuando nos reunimos con Rayburn, quien se hallaba enfrascado en conversación con una mujer mayor que se había teñido el pelo de verde para que hiciera juego con el color de sus esmeraldas. Yo estaba bastante tranquilo, pero vi que Tai Chong aún bullía de ira hacia el guardia.

—Distinguidos invitados —dijo el subastador—, bienvenidos a la tercera subasta semianual de las Galerías Odysseus. Esta noche presentaremos 143 piezas para su consideración, la mayoría de ellas procedentes de los mundos de los cúmulos Albión y Quinellus... Y, por supuesto, las principales ofertas de esta noche: un trío de obras del inmortal Félix Romita, que han sido donadas por el gobierno de Argentina III. Debo añadir que todos los ingresos obtenidos por los Moritas se emplearán para combatir el virus mutado que ha causado tanta destrucción en el sistema de Argentina, y que la Galería Odysseus donará un tercio de *todas* las comisiones ganadas esta noche al Fondo de Ayuda de Argentina III.

—Y todavía ganarán diez veces más de lo que lo harían sin las Morita —susurró Rayburn con una sonrisa irónica.

—Probablemente era parte del trato.

El subastador calló hasta que el educado aplauso se apagó.

—Demos comienzo a la sesión con una obra procedente de la misma Tierra.

Se sacó una antigua escultura de cromo. Había sido realizada en Uganda en el 2.908 d.C. (o el año 2 de la E.G.) y, de algún modo, había aparecido un siglo después en Spica II; más tarde, fue añadida a la colección de Andrea Baros, una actriz famosa de la Ultima Era de la República. Pero, así como su historia era fascinante, su falta de calidad resultaba clara. Al rato, y sin éxito, el subastador se vio intentando hacer que los grupos interesados aumentaran los mil créditos de salida.

Con tensión, Tai Chong se dedicó a observar la puja; luego se volvió hacia mí.

—Quédate con Héctor —indicó, y me percaté de que su ira no se había disipado—. Volveré pronto.

—Espero que no vayas a presentar una protesta en mi nombre, Gran Dama —comenté.

—Es exactamente lo que voy a hacer.

—Preferiría que no la formularas.

—¿Por qué? ¡La polírica del museo es indefendible!

—Gran Dama —comencé—, ya es bastante difícil ser un alienígena en esta sociedad sin atraer más la atención con quejas sobre el trato que reciben las razas que vienen de visita.

—Pero tú no perteneces a ninguna con la que estemos en guerra —argumentó—. Eres una de las... —De repente dejó de hablar.

—¿Una de las dóciles? —sugerí.

—Una de las especies con la que siempre hemos mantenido una relación pacífica y armoniosa —respondió incómoda.

—Hav más de dos mil razas inteligentes en la galaxia, Gran Dama —señalé—. No se puede esperar que ningún guardia reconozca más que una fracción ínfima de ellas, y como la Oligarquía está en guerra...

—La Oligarquía *siempre está,* en guerra con alguien —interrumpió.

—Dadas esas condiciones, la política del museo es sensata.

—Por no mencionar nada de que es personalmente humillante para ti.

—El individuo no importa —contesté.

—¡El individuo es lo *único* que importa! —exclamó con convicción, y una vez más comprendí lo verdaderamente *alienígena* que era ella. Empezábamos a atraer miradas curiosas, y Tai Chong bajó la voz cuando vio lo incómodo que me había puesto al ser el centro focal de semejante atención—. Lo siento, Leonardo, pero he de presentar una protesta —continuó—. Cuando ofenden a uno de los asociados de Clairborne, están ofendiendo a la Galería. He de defender a mi gente, aunque ellos mismos no lo hagan.

Me di cuenta de que era inútil proseguir con la discusión; guardé silencio mientras ella se alejaba con la intención de ver al director de la Galería Odysseus, Me obligué a concentrarme en la subasta, e intenté no pensar en las consecuencias de su acto.

Pasado un momento le llegó el turno al Jablonski. Cuando el punto de partida se estableció en 200.000 créditos, supe que había tenido razón en lo referente al precio que alcanzaría. Un coleccionista privado del sector de Aneares entró en la puja a los 450.000 y, por último, se lo adjudicó un museo local por 575.000.

—Justo en el clavo —dijo Rayburn—. Sí que conoces tu trabajo, Leonardo.

—Gracias, Amigo Héctor —repliqué, brillando llamativamente de orgullo a pesar de mi incomodidad por la protesta de Tai Chong.

Me miró pensativo.

—¿De verdad piensas que podremos conseguir aquel retrato por 50.000?

Mi patrón se oscureció de manera ambigua.

—A menos que el artista haya adquirido una reputación en Bortai o sus planetas vecinos. Si es así, quizá cueste sesenta mil créditos.

La siguiente obra fue la de Primrose, y aunque era una representación de su Período Brujo, alcanzó la decepcionante cantidad de 190.000 créditos, lo cual confirmó el declive de su importancia.

Tai Chong, con una expresión de satisfacción consigo misma, regresó y seguimos observando la subasta sin mucho interés; las tres obras siguientes alcanzaron precios medios.

Entonces, se anunció que se iba a subastar la primera de las Morita.

—Las restricciones físicas de la plataforma nos impide exhibirlas aquí —explicó el subastador—, aunque confío en que todos ustedes hayan tenido la oportunidad de verlas. Esta Morita en particular es la número siete del catálogo, un impactante mosaico de piedras de fuego y cristales de sol titulada «Amanecer». Comenzaremos con medio millón de créditos.

En menos de un minuto la puja llegó a los tres millones de créditos. El canforita entró en la subasta a los cuatro millones; sin embargo, por último fue vendida por 6.500.000 de créditos a un gran museo de Deluros VIII. Tai Chong me aseguró que no era un récord para un Morita, aunque el subastador declaró que se trataba de un récord para Lejano Londres, un récord que no esperaba que durara más de cuarenta minutos, justo hasta el momento programado para la venta de la segunda escultura.

Tai Chong pujó por un pequeño holograma y perdió con el canforita; luego compró una exquisita naturaleza muerta de Terrazane.

Unos pocos minutos después, Rayburn me palmeó el hombro.

—El siguiente es tu retrato —dijo—. Creo que ofreceré algo por él. —Calló un instante—, Máximo cincuenta mil, ¿verdad?

—Esa es mi evaluación, Amigo Héctor —contesté.

—El siguiente artículo —anunció el subastador mientras colocaban la pintura sobre la plataforma—, es un retrato sin título realizado por Christopher Kilcullen, quien primero adquirió fama como héroe naval y cuyas fuerzas, vastamente superadas por un mayor número de tropas, destruyeron al enemigo durante la Sublevación de Jhaghon en el 4306 de la E.C. — Se detuvo y estudió sus notas—. Después de retirarse, el capitán Kilcullen se dedicó a la

pintura y, aunque no fue prolífico, sus obras ahora se exhiben en museos cíe Spica II y Lodin XI, al igual que en su Bortai nativo. Esta obra fue donada por los herederos del difunto Heinrich Vollmeír, gobernador de Mirzam X, y tiene una reserva de veinte mil créditos.

—No es un término con el que esté familiarizado, Amigo Héctor —susurré.

—¿Reserva? —comentó—. Significa que el propietario o, en este caso, sus herederos, ha estipulado un precio mínimo de veinte mil créditos por la pintura, y que ha acordado volver a comprarla por ese precio si no aparecieran pujas más altas.

—¿Y la galería obtiene una comisión de ese fijo? —pregunté.

—Así es... y apuesto que Argentina III no ve ni un crédito de cualquier recompra que no llegue a sus reservas.

Durante casi un minuto reinó el silencio; entonces, Rayburn le hizo un gesto con la cabeza a uno de los observadores del subastador.

—Tengo una cantidad de veinte mil de las Galerías Clairborne —anunció éste—. ¿Alguien sube a veinticinco? —Miró alrededor de la sala—. Última posibilidad —declaró—. ¿Alguien sube a veinticinco mil?

De repente, le sonrió a una persona situada en el otro extremo del recinto.

—Tengo veinticinco mil de Malcolm Abercrombie —indicó—. ¿Alguien da treinta?

Rayburn asintió.

—Tengo treinta. ¿Oigo treinta y cinco?

Miré al otro lado de la sala y vi a un caballero de pelo blanco, con unas tupidas cejas y profundas arrugas en la cara, levantar cuatro dedos flacos y cerrar el puño después. Las manchas en la piel producidas por el hígado sobresalían aún más que el único anillo de platino que lucía.

—¿Quién es, Gran Dama? —le pregunté a Tai Chong.

—Malcolm Abercrombie —contestó.

—¿Con qué galería está asociado? —quise saber—. Su nombre me es desconocido.

—Es un coleccionista —contestó—. No sé mucho sobre él, excepto que vive aquí, en Lejano Londres, y que es una especie de ermitaño.

—El señor Abercrombie ofrece cuarenta mil —el subastador se volvió hacia Rayburn—. ¿Oigo cincuenta?

Rayburn permaneció en silencio durante un buen rato; luego asintió de forma casi imperceptible.

—Tengo cincuenta mil. ¿Alguien lo sube?

Abercrombie levantó cinco dedos, cerró el puño y alzó el dedo índice.

Desconcertado, el subastador se quedó mirándole un momento.

—Perdón, señor Abercrombie —dijo al fin—, pero, ¿eso significa cincuenta y uno o sesenta mil?

—Lo que usted prefiera —repuso Abercrombie con voz sonora y áspera; un número de personas allí congregadas se rió.

—No puedo decidirlo yo, señor —indicó el subastador con incomodidad—. ¿Sería tan amable de estipular la cantidad?

—Sesenta —declaró Abercrombie ante una ronda de espontáneos aplausos.

—Tengo sesenta mil créditos —continuó el subastador, mirando directamente a Rayburn—. ¿Oigo un precio mayor?

—¿Es ése el límite? —me preguntó en voz baja.

—Como propiedad de inversión, Amigo Héctor —contesté.

De nuevo hizo una pausa; después miró al subastador y sacudió la cabeza.

—¿Oigo sesenta y cinco mil? —preguntó el hombre mientras escudriñaba a la gente sin muchas esperanzas de encontrar alguna señal de interés—. Ultima oportunidad.

—Setenta y cinco —dijo una voz desde la parte de atrás de la sala; todo el mundo se volvió para ver quién era el nuevo postor.

—Tengo una oferta de setenta y cinco mil créditos de Reuben Venzia —anunció el subastador, y un hombre pequeño, de tez cetrina, un tupido bigote negro y gestos nerviosos, asintió en señal de confirmación.

—¿Quién demonios *es?* —preguntó Rayburn.

Tai Chong le susurró algo a la mujer que tenía de pie junto a ella, quien, a su vez, también le contestó con un susurro.

—Es un próspero hombre de negocios de Declan IV.

—¿Otro coleccionista? —inquirió Rayburn.

Tai Chong volvió a consultar con la mujer.

—Hace poco compró una galería de arte en el sistema Dédalo —le informó a Rayburn.

—No va a durar mucho en el negocio si sube las ofertas en un veinte por ciento —dijo éste—. ¿Quién demonios cree que va a comprársela al precio que la va a poner?

—Tengo 100.000 del señor Abercrombie —anunció el subastador.

—Quizá planea vendérsela al señor Abercrombie —comentó con ironía Tai Chong.

Venzia no dudó en hacer una señal.

—El señor Venzia sube a 125.000.

Rayburn se volvió hacia mí.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó—. Creí que me habías dicho que rondaría entre los cincuenta y sesenta.

—Es lo que *debería* haber alcanzado, Amigo Héctor —repliqué mientras mi color reflejaba la Tonalidad del Azoramiento—. No sé cómo explicar esto.

Dos minutos después, cuando llegó a los 300.000 créditos, seguía sin una explicación.

—¡No es una pintura tan buena! —musitó Rayburn, visiblemente confuso.

—Leonardo —intervino Tai Chong—, ¿qué puedes decirme de ese Kilcullen?

—No había oído hablar de él hasta esta noche, Gran Dama —respondí.

—Y si vivió en el Cúmulo Albión y su obra valiera 300.000 créditos, ¿habrías oído hablar de él?

—Sin ninguna duda —contesté.

—Más y más curioso —murmuró en el instante en que Abercrombie ofrecía 375.000.

—¿Oigo 400.000? —preguntó el subastador.

Venzia asintió y, un momento después, una mujer joven y bien vestida se acercó a éste y le susurró algo.

—Se suspende la subasta sesenta segundos —dijo el subastador. Con la mirada buscó al hombrecito de piel cetrina—. Señor Venzia, ¿tendría la amabilidad de aproximarse al podio?

—¿De qué puede tratarse? —inquirió Rayburn.

Venzia se dirigió a la plataforma y pronto quedó enfrascado en una animada conversación con el subastador y dos directores adjuntos de la Galería Odysseus. Pasados unos segundos quedó claro que había perdido la paciencia. Un momento más tarde salió de la galería principal, con la cara lívida de ira.

—La oferta del señor Venzia de 400.000 créditos ha sido rechazada —anunció el subastador—. ¿Hay alguna otra oferta? —Miró alrededor de la estancia—. Muy bien. La

pintura queda adjudicada al señor Malcolm Abercrombie por 375.000 créditos.

Se escucharon unos aplausos apreciativos y Abercrombie avanzó para firmar la compra.

—¡No tiene ningún sentido! —musitó Rayburn. De repente, se volvió a Tai Chong—. Quiero echarle otro vistazo.

—Adelante.

—¿Puedo llevarme a Leonardo?

—Creo que será lo mejor —contestó ella—. Después de todo, fue él quien realizó nuestra tasación.

—Vamos, Leonardo —dijo Rayburn, emprendiendo la marcha hacia la pequeña galería que se había convertido temporalmente en una recepción.

A toda velocidad seguí su estela.

Al llegar, vimos que Venzia se nos había anticipado y estaba discutiendo con Abercrombie, quien mostraba una clara indiferencia por el hombre pequeño.

—¡Pero la consiguió de pura suerte! —protestaba Venzia.

—No es mi culpa que no tuviera el dinero suficiente depositado aquí —repuso con aspereza Abercrombie, asiendo con más fuerza la pintura, como si esperara que Venzia intentara arrebatársela.

—¡Trescientos cincuenta mil créditos habrían bastado para cubrir esa pintura y media docena más de obras de Kilcullen!

—No fue así —declaró Abercrombie.

—¡Quiero saber *porqué* no! —insistió Venzia—. Usted y yo estamos al corriente de que la maldita obra no vale ni sesenta mil créditos.

—Si usted lo sabe, ¿por qué intentó ofrecer 400.000 créditos?

—Tengo mis razones —dijo Venzia.

—Y para mí carecen de interés —replicó con calma Abercrombie.

—Mire —dijo Venzia—, le pagaré medio millón de créditos por ella aquí y ahora.

—No dispone de medio millón de créditos.

—¡No tengo medio millón *en depósito!* —restalló Venzia—. Mi banco me avalará.

—Su oferta no me interesa —respondió Abercrombie con cierta irritación—. Y ahora márchese antes de que haga que los guardias de seguridad le escolten. Tengo trabajo que hacer.

Venzia le miró con ojos centelleantes; luego dio media vuelta y se dirigió a la entrada principal.

De repente, Abercrombie notó la presencia de Rayburn y le miró con fijeza.

—¿También *usted* va a empezar a acusarme de hacer trampas? —preguntó.

—En absoluto, señor Abercrombie —contestó Rayburn, avanzando un paso—. Sólo vine a felicitarle por su compra.

—Subió demasiado —expuso con rudeza e ignoró la mano extendida de Rayburn.

—Fue un setecientos por ciento más alta de lo que *habíamos* previsto —acordó Rayburn—. ¿Por qué la compró?

—Porque la quería. Si tiene alguna otra pregunta, hágala ya. He de arreglar el traslado de la pintura a mi casa.

—¿Le importa si mi colega la vuelve a estudiar?

—¿Su colega? —repitió Abercrombie. Señaló con el pulgar en mi dirección—. ¿Se refiere a *eso?*

—Es Leonardo —dijo Rayburn—. Es nuestro experto del Cúmulo Albión.

Le hice una reverencia formal y empecé a acercarme a la pintura.

—Esa distancia basta —declaró ominosamente Abercrombie cuando me situé a tres metros de él.

—¿Algo va mal, Amigo Malcolm? —pregunté.

Sus fríos ojos azules se clavaron en mí.

—Los alienígenas no me atraen. Nunca me atrajeron y nunca lo harán.

—Entonces, me contentaré con examinar la pintura desde aquí, Amigo Malcolm —comenté.

—No soy tu amigo —afirmó Abercrombie.

La estudié durante un momento; entonces Rayburn preguntó:

—¿Has cambiado de parecer, Leonardo?

—No, Amigo Héctor —contesté—. No he cambiado de parecer.

—Y ahora, si han terminado —intervino Abercrombie—, tengo prisa.

—Hemos terminado —acordó Rayburn, volviéndose hacia mí mientras el otro supervisaba el envoltorio de la pintura—. ¿Estás seguro de que no habías visto nunca antes nada de Kilcullen?

—Sí, Amigo Héctor.

—¿Su obra se asemeja a la de algún artista del Cúmulo Albión que, razonablemente, sea capaz de obtener esos precios?

—No, Amigo Héctor.

—Ahora escúchame, Leonardo —dijo Rayburn—. Dos hombres distintos valoraron esta pintura en más de 350.000 créditos, y a mí me gustaría saber por qué tu estimación varía tanto de la de ellos antes de seguir pujando por más piezas del Cúmulo Albión. El señor Abercrombie podría ser un coleccionista que, sencillamente, está fascinado con la pintura; pero Venzia es propietario de una galería, así que voy a formularte una vez más la pregunta: ¿existe *alguna* similitud entre esta obra y algún otro trabajo procedente del Cúmulo Albión que pudiera haber alcanzado un precio de seis dígitos?

—Ninguna, Amigo Héctor —contesté—. No deseo ofender al Amigo Malcolm, pero esta pintura no vale tanto dinero. De hecho, el único parecido que tiene con cualquier obra de arte de cierta calidad, es la sorprendente similitud del sujeto con el del holograma de Binder X que se vendió a 150.000 créditos hace unos dos años.

Abercrombie se volvió hacia mí.

—¿Cuándo dice sujeto se refiere a la modelo? —preguntó con viveza.

—Sí, Amigo Malcolm.

—¿Y la ha visto antes? —insistió.

—No lo sé, Amigo Malcolm —contesté—. He visto un notable parecido de la modelo en un holograma de Binder X. Sin embargo, también he visto un parecido igualmente similar en una pintura de Patagonia IV, y Patagonia IV fue abandonado 308 años antes de que hubiera nacido Kilcullen.

—Supongo que para ti todos los humanos son iguales —sugirió Abercrombie, y tuve la sensación de que en su interior observaba con atención mi reacción.

—No, Amigo Malcolm —contesté—. Os encuentro a cada uno de vosotros bien distintos. De lo contrario, no podría haber hecho que mi especialidad fuera el arte humano del Cúmulo Albión.

Me observó durante un buen rato. Percibí su innato desagrado hacia mí; no obstante, no fui capaz de establecer un motivo lógico para ello. Por último, se dirigió a Rayburn.

—Quiero hablar unas palabras con usted —dijo—. En privado.

—¿Por qué no? —contestó Rayburn. Se volvió a mí—. ¿Por qué no te reúnes con Madame Chong, Leonardo? Yo iré en un minuto.

—Sí, Amigo Héctor —dije y, contento de verme libre de la perturbadora presencia de Abercrombie, regresé a la galería principal.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó Tai Chong al verme solo.

—Hablando con el señor Abercrombie, quien parece tener un intenso desagrado por mí —comenté—. De verdad que no hice nada para ofenderle, Gran Dama.

—No me cabe ninguna duda, Leonardo —dijo con voz tranquilizadora—. Sólo espero que no juzgues a todos los Hombres por lo sucedido esta noche.

—Ni siquiera los juzgo, Gran Dama.

—Entonces, quizá deberías hacerlo.

Guardó silencio, y con expresión distraída observó tranquilamente mientras un pequeño paisaje espacial tridimensional procedente de Thamaaliki II alcanzaba un precio moderado y un Kamathi de la primera época era vendido por una cantidad un poco superior a la que yo habría previsto, dada la crudeza de sus líneas. En ese momento, Rayburn se reunió con nosotros con una expresión curiosa en la cara.

—¿Bien? —preguntó Tai Chong.

—¡Acaba de hacernos la oferta más descabellada que he oído jamás!

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Un momento —replicó. Se dirigió a mí—, Leonardo, ahora quiero la verdad: ¿qué piensas de Malcolm Abercrombie?

—Creo que debe encontrarse bajo una considerable tensión debido a la subasta, Amigo Héctor.

—Vamos —se mofó Rayburn—. Dije la *verdad.*

—Creo que es un xenófobo de mente estrecha con un conocimiento totalmente inadecuado sobre los actuales valores del mercado de arte —declaré, y sentí que mi color registraba la Tonalidad de la Absoluta Honestidad.

—Eso está mejor —comentó Rayburn riéndose entre dientes—. El tiene una opinión aún más baja de ti.

—Ve al grano, Héctor —intervino Tai Chong irritada.

—El grano, Madame Chong, es que Malcolm Abercrombie acaba de ofrecerle a las Galerías Clairborne una elección: un boceto en tinta de la primera época de Sabai o cincuenta mil créditos.

—¿A cambio de qué? —demandó ella.

Rayburn sonrió divertido.

—Una semana del tiempo de Leonardo.

3

ESTABA SENTADO, SOLO E INCÓMODO, en el estudio de Malcolm Abercrombie.

Había llegado casi con diez minutos de antelación a mi cita y me quedé en la atestada y bulliciosa calle durante unos nueve minutos, estudiando la atrevida estructura de su enorme casa, la precisión matemática de sus jardines formales, la gracia y belleza de dos grandes fuentes de piedra situadas en las alas este y oeste de la casa.

Finalmente, cuando tuve la certeza de que no podría causar ningún posible desorden apareciendo antes de la hora fijada, me planté en el sendero automático, preparado para ser transportado al instante a la puerta de entrada... y no sucedió nada.

Comencé a sentir un pánico inminente. La casa estaba emplazada a unos ciento cincuenta metros de la calle, y dada mi estructura física y la gravedad algo pesada de Lejano Londres, me era imposible atravesar la distancia en el único minuto que me quedaba. Había dispuesto de tres días de preparación para nuestro encuentro y, a pesar de ello, iba a llegar tarde.

No me quedaba otra elección que empezar a caminar... y en el momento en que lo hice, una voz mecánica me preguntó si deseaba acercarme a la puerta principal, a la entrada de servicio o a la puerta del ala de los invitados.

—La puerta principal, por favor —indiqué con una enorme sensación de alivio.

—Lo siento —dijo la voz inexpresiva—, pero mi programación no me permite transportar a ningún miembro de una raza no humana hasta la puerta principal. Por favor, ¿querría hacer otra elección?

—Tengo una cita con el señor Abercrombie —declaré—. Todavía desconozco si voy a ser invitado o sirviente.

—Mi programación no me permite transportar a ningún miembro de una raza no humana a la puerta del ala de los invitados. ¿Desea dirigirse a la puerta de los sirvientes?

—Sí —contesté—. Y, por favor, date prisa. Debo llegar en treinta segundos.

—Estoy programada para avanzar sólo a una velocidad. Por favor, prepárese; comenzaré en diez segundos.

Suspiré y planté con firmeza los pies; poco después, el sendero empezó a moverse despacio y con suavidad hacia la casa.

—No puede salir aquí —anunció cuando pasamos delante de la puerta principal, y repitió la orden un momento más tarde, cuando rodeamos el ala oeste de la casa.

Por último, se detuvo delante de una puerta más sencilla y me dijo que me apeara y entrara en la casa.

Así lo hice, y un robot espigado y lustroso rodó en mi dirección. Era el tercero que había visto en Londres Lejano.

—¿Es usted Leonardo? —preguntó.

—Sí —contesté.

—Le esperan. Por favor, sígame.

Dio media vuelta y se deslizó por un corredor con paneles de madera en las paredes; luego se detuvo y esperó que lo alcanzara.

—Si entra en este estudio —indicó, abriéndome una puerta—, el señor Abercrombie se reunirá con usted en breve.

Entré en el estudio, tan aliviado de que mi retraso pasara relativamente desapercibido que apenas fui consciente de la instintiva incomodidad que se apoderó de mí en cuanto la puerta se cerró y de nuevo me quedé solo y aislado. Me puse a examinar el entorno, y me apresté a que Malcolm Abercrombie apareciera de un momento a otro.

Eso había sido cuarenta y cinco minutos antes, y ahora me sentía *muy* desnudo y solo.

El mismo estudio reflejaba la impresión que tenía del hombre: frío, rico y distante. Era una habitación grande, en realidad demasiado grande, en la que había varias puertas y cuyas paredes aparecían ostensiblemente vacías de todo holograma o pintura. Había un escritorio de madera barnizada de cara a la puerta por la que yo había entrado; pero, más allá de un cenicero y un juego de instrumentos de escritura sin usar, estaba vacío: ningún papel, ningún terminal de computadora, nada. La silla que había detrás de la mesa era alta y estrecha y, cuando me acerqué, noté que tenía un pequeño almohadón para proteger la zona lumbar de Abercrombie. Había tres sillas de cuero con respaldo alto, caras pero incómodas, alineadas a lo largo de una de las paredes, y en medio de dos se veía un pedestal de ónice que sostenía un pequeño bol de cristal de diseño altairiano. Una serie de ventanas detrás del escritorio daban a un acre de setos que habían sido cortados con meticulosidad hasta convertirlos en un intrincado laberinto.

Para mantener la mente alejada de mi aislamiento, de nuevo volví a considerar la mejor forma de dirigirme a mi anfitrión una vez llegara. Ya me había indicado el desagrado que sentía por el Dialecto de la Afinidad, y como yo no había solicitado esta reunión, rechacé el Dialecto de Súplica. El problema radicaba en que no sabía si era un invitado, que requeriría el Dialecto de los Invitados Distinguidos, o un consultor pagado, que emplearía el Dialecto de los Iguales. Y, por supuesto, siempre existía la posibilidad de que sólo fuera empleado por una semana, para lo cual sería aceptable el Dialecto de los Artesanos o (si no iba a existir ninguna relación social entre ambos) el Dialecto de los Negocios.

Seguía meditando en el problema cuando se abrió una puerta y Malcolm Abercrombie, vestido con ropas de color marrón y ámbar, como si quisiera complementar la decoración del cuarto, entró en el estudio y caminó directamente hacia el escritorio. Un cigarrillo importado de Spica, de olor dulce, sobresalía de una boquilla de oro sólido.

Se sentó y dio una última calada al cigarrillo; luego lo quitó de la boquilla y lo apagó en el cenicero. Se reclinó contra la silla, los dedos entrelazados sobre su estómago, y me miró. Yo permanecí inmóvil e intenté aparentar un aire de serenidad.

—Leonardo, ¿correcto? —preguntó por fin.

—Así es, Malcolm —contesté.

Frunció el ceño.

—Llámame señor Abercrombie.

Ahí desaparecía el Dialecto de los Iguales. Sin demora pasé al Dialecto de los Artesanos.

—Lo que desee, señor Abercrombie. Le aseguro que no pretendía ofenderle.

—Ya te haré saber cuando esté ofendido —contestó. Volvió a mirarme con fijeza—. Pareces incómodo ahí de pie. Coge un asiento.

—¿Perdón?

—Una silla —indicó con una expresión de desagrado en la cara—. A menos que tu raza sea más feliz permaneciendo de pie. Me da lo mismo.

Me volví en dirección a las tres sillas de cuero de respaldo recto que había contra la pared.

—¿La acerco hasta su escritorio de modo que podamos hablar con más facilidad? —sugerí mientras me dirigía a una.

—Déjala donde está —gruñó—. Si nos vemos obligados, levantaremos las voces.

—Como desee —acepté, sentándome con cuidado.

—Supongo que debería ofrecerte una copa o algo —comentó Abercrombie. Se detuvo—. ¿*Vosotros* bebéis?

—Ya he disfrutado de mi ración diaria de agua —respondí—. Mi metabolismo es incapaz de asimilar estimulantes o intoxicantes humanos.

—Es igual —dijo. Volvió a mirarme—. ¿Sabes?, eres el primer alienígena que he dejado entrar jamás en mi casa.

—Me siento muy honrado, señor Abercrombie —dije.

Llegué a la conclusión que el Dialecto de los Artesanos era en realidad el adecuado, ya que el Dialecto de los Iguales no permite las mentiras sociales.

—A excepción de un par de sirvientes que no funcionaron —añadió—. Por último, tuve que echarlos de una patada en el culo.

—Lamento oírlo.

Se encogió de hombros.

—La culpa fue mía, por contratar alienígenas.

—Usted *me* ha contratado —señalé.

—Temporalmente.

Permanecimos sentados en silencio durante un momento. Luego introdujo otro cigarrillo en la boquilla, lo encendió y me observó desde el otro extremo del cuarto.

—¿Qué demonios estás haciendo con un nombre como Leonardo? —preguntó de repente.

—De joven aspiraba a ser un artista —contesté—. Carecía del talento suficiente; sin embargo, siempre he guardado mi portafolios, y de vez en cuando lo aumento con alguna obra. Poco después de llegar a las Galerías Clairborne en un programa de intercambio, le mostré mi trabajo a Héctor Rayburn. Le llamó la atención una interpretación twainista de la «Mona Lisa», de da Vinci, y como mi nombre es impronunciable para los humanos, el Amigo Héctor decidió llamarme Leonardo.

—Es un nombre estúpido —dijo Abercrombie.

El Dialecto de los Artesanos no me permitía contradecir a mi empleador cuando realizaba una declaración tan contundente, de modo que guardé silencio.

—Pertenece a un Hombre barbudo y manchado de pintura —continuó—, no a una pesadilla veteada, con ojos anaranjados y nariz a un lado de la cara.

—Es una parte esencial de mi Patrón —expliqué—. Mi orificio respiratorio se encuentra entre mis ojos. Posiblemente, usted no pueda verlo desde esa distancia.

—Mantengamos la distancia tal como está —indicó—. Ver tu nariz no es una de mis prioridades.

—Me quedaré aquí —le aseguré—. No ha de temerme.

—¿Temerte? —preguntó con desprecio—. ¡Demonios, he perdido la cuenta de los alienígenas que he matado! Participé en la Batalla de Canfor VI, y me pasé tres años en la Guerra Raboliana. Quizá tenga que soportar a algunos de vosotros, bastardos presumidos, que lleváis ropas, aprendéis el idioma terrano y fingís ser Hombres, pero no tiene por qué gustarme. Quédate donde estás y nos llevaremos bien.

Como sentía un desagrado tan manifiesto por mi presencia, tuve aún más curiosidad por saber la razón de que la hubiera solicitado. Planteé la pregunta de la manera más delicada e inofensiva que permitía el Dialecto de los Artesanos. Necesité tres intentos para hacerme entender.

—Dispongo de razones para creer que puedes llegar a resultarme útil —contestó.

—¿En qué sentido? —inquirí.

—Quién dirige esta entrevista, ¿tú o yo? —dijo irritado.

—Usted, señor Abercrombie.

Dio otra calada al cigarrillo, se adelantó hasta que pudo apoyar los codos sobre la mesa y me miró fijamente.

—¿Cuánto crees que valgo?

—No tengo ni idea —contesté, sorprendido por la pregunta.

—Cerca de 600 millones de créditos —informó, observándome con detenimiento en busca de una reacción—. Si cumples con tu trabajo, descubrirás que soy generoso, incluso con un alienígena. —Sin parpadear, me escrutó con ojos centelleantes—. Pero quiero que sepas que si alguna vez intentas aprovecharte de mí, soy el hijo de puta más rencoroso que conocerás. Coge un solo cenicero y gastaré cada uno de esos 600 millones de créditos para cazarte. ¿Entendido?

Resultó muy afortunado para los dos que yo no estuviera empleando el Dialecto de los Iguales, pues mi respuesta le habría ofendido mucho y, con toda probabilidad, me habría causado una profunda incomodidad física. Simplemente dije:

—Los Bjornn no roban, señor Abercrombie. Es contrario a las leyes civiles y morales.

—Igual que las guerras, pero nadie deja de librarlas —comentó—. He pasado cuarenta años reuniendo mi colección de arte, y antes de darte libre acceso a ella, quiero saber algo más de ti.

—Si le preocupa la seguridad de su colección, no hay necesidad de que la vea —dije.

—Sí que la hay —afirmó.

—Seguro que está protegida con un sistema de seguridad —indiqué, al tiempo que mi color se intensificaba por el júbilo de poder ver una fabulosa colección privada.

—No sería la primera vez que un alienígena lograra atravesar un sistema diseñado para detener a un Hombre. —Calló y frunció el ceño—. ¿Por qué no paras de cambiar de color?

—Sólo la intensidad de mis colores cambia —expliqué—. No los colores en sí.

—Responde a mi pregunta.

—Es la expresión involuntaria del estado emocional de los Bjornn.

—¿Y qué significa esta expresión en particular? —insistió.

—Que me fascina la idea de ver su colección —contesté—. Espero que la intensificación de mi color no le haya perturbado.

—Cualquier cosa que no entienda me perturba —respondió—. ¿Qué me dices de las franjas? ¿También cambian?

—No —contesté—. Al igual que la marca de mi cara a la que usted se refirió antes, son elementos esenciales del Patrón de la Casa de Crsthionn.

—¿Quieres decir que son una especie de tatuaje?

—Sí —mentí. Después de todo, ¿cómo le explicas el Patrón hereditario a un hombre que encuentra todos los colores y patrones inferiores al suyo?

—¿Qué edad tenías cuando recibiste tu Patrón? —inquirió con una muestra de curiosidad.

—Era muy joven —contesté con sinceridad.

—¿Te lo dieron después de unirte a la Casa de Crsthionn?

—No, señor Abercrombie —dije, tratando de hacer que mi respuesta fuera sencilla y relativamente veraz—. Me convertí en un miembro de la Casa de Crsthionn después de recibir mi Patrón.

—¿Una especie de ceremonia de iniciación? —preguntó.

—En realidad, no —dije.

Decidió pasar a un tema paralelo.

—¿Qué hay de tu mujer? ¿También ella tiene un Patrón?

—Sí.

—¿Cómo es el de *ella*?

—Supongo que muy parecido al mío —contesté—. Nunca la he visto.

Parpadeó.

—¿Nunca has visto a tu propia mujer?

—No, señor Abercrombie.

—¿La verás alguna vez?

—Por supuesto —indiqué—. ¿De qué otra manera nos propagaríamos?

—No tengo ni idea —dijo—. ¿Quién sabe como os propagáis vosotros, los alienígenas?

—Podría explicárselo —ofrecí.

—Ahórrame los detalles —cortó, haciendo que sus facciones faciales formaran una mueca.

—Si lo desea —contesté—. No quería ofenderle. Para un Bjornn, el acto de propagación es una función natural, igual que la ingestión y la excreción.

—¡Ya basta! —exclamó—. No te mandé llamar para que me contaras vuestras costumbres de baño.

—Sí, señor Abercrombie.

—Es asqueroso y pervertido.

—Lamento que piense eso —dije—. Sin duda, he elegido el modo equivocado de expresión.

Me observó durante un largo rato.

—No tienes mucho valor, ¿verdad?

—No le comprendo, señor Abercrombie.

—No dejaría que nadie *me* hablara de la forma en que yo me he dirigido a ti. Le escupiría a la cara y me iría.

—Usted se ha ofrecido a pagarle a las Galerías Clairborne por mis servicios —expliqué—. Avergonzaría a mi Casa si no honrara mi compromiso.

—Pero te *gustaría* atizarme, ¿no es cierto? —continuó.

—No, señor Abercrombie. Creo que no disfrutaría nada con ello.

—¡Jesús! —exclamó con desprecio—. Por lo menos los canforitas cayeron luchando. ¿Qué os pasa a vosotros, los Bjornn?

—Tal vez la respuesta sea que, a diferencia de los Hombres y los habitantes de Canfor VI y VII, los Bjornn no descendemos de carnívoros, y, por lo tanto, carecemos de sus rasgos agresivos.

Me miró durante un momento, y se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. Pasemos a los negocios.

—Entonces, ¿mis respuestas le han satisfecho?

—No en especial. Pero me han convencido de que no tienes las agallas para robarme. —Se puso de pie—. Sigúeme.

—¿A qué distancia? —pregunté, recordando la prohibición de acercarme a él.

—Cállate y hazlo —rugió, dirigiéndose a la puerta.

La abrió cuando le di alcance y le seguí a una galería grande y bien iluminada, de unos veintiún metros de largo y seis de ancho. Unos cincuenta hologramas y pinturas colgaban de las oscuras paredes de madera, cada uno de un maestro reconocido.

—¡Exquisito! —exclamé, examinando un paisaje de Ramotti de su Último Período Púrpura—. ¡Qué pinceladas tan elegantes!

—¿Estás familiarizado con todas las pinturas? —preguntó.

—No —reconocí—. Algunas me son desconocidas.

—Pero, ¿conoces a los artistas?

Volví a mirarlas.

—Sí.

—Tres de ellas son ralsas. Dime cuáles son.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —inquirí.

—Del que quieras —calló durante un momento—. Ya brillas de nuevo.

—Disfruto con los retos —contesté... y la intensidad de mi color se desvaneció un instante después, cuando me di cuenta de la declaración tan egocéntrica que había realizado.

Recorrí la galería y me detuve ante cada uno de los hologramas y pinturas, analizándolos tan rápidamente como era capaz. Por último, volví al lado de Abercrombie, teniendo cuidado de detenerme a tres metros de él.

—Ha intentado engañarme, señor Abercrombie —dije con una sonrisa—. Hay *cuatro* obras fraudulentas.

—¡Y una mierda! —espetó.

—La pintura de Skarlos, la naturaleza muerta de Ngoni, el holograma de Perkins y el desnudo de Menke son duplicados.

—¡Pagué 800.000 créditos por el Ngoni!

—Entonces le engañaron —afirmé con suavidad—. Ngoni vivió en Nuevo Kenya hace cinco siglos; sin embargo, la pintura tiene menos de tres siglos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Intenté explicarle cómo un Bjornn puede analizar la composición química de las pinturas y las diversas texturas de las telas, la madera y las planchas de partículas, pero como los ojos humanos no ven en el espectro infrarrojo y ultravioleta, estaba más allá de su comprensión, y no había ningún dialecto que pudiera incorporar los términos adecuados en sus equivalentes terranos, que, de hecho, no existían.

—De acuerdo —dijo—. Aceptaré tu palabra. —Se detuvo, sumido en meditación; luego, alzó la vista—. La enviaré a Odysseus para un certificado de autentificación, y si no pasa la prueba, mi agente en Nuevo Kenya deseará no haber nacido.

—¿Acerté con los otros tres? —Asintió—. ¿Puedo asumir, entonces, que he venido para autentificar varias compras que usted ha realizado o pretende realizar?

—No —dijo—. Quería comprobar si conocías tu trabajo. —Guardó silencio; después, añadió a regañadientes—: Lo conoces.

—Gracias, señor Abercrombie.

—Ven a la otra sala —indicó; abrió una puerta que había en el extremo de la galería. Le seguí hasta un cuarto pequeño, al menos pequeño para *esta* casa, y me encontré en un recinto sin ventanas, cuyas paredes estaban cubiertas por diecisiete pinturas y cinco hologramas, un par de exquisitos camafeos y una pequeña estatua... todos mostraban parecido con la mujer de la pintura de Kilcullen.

—¿Bien? —preguntó después de permitirme un breve examen de las obras.

—Estoy muy impresionado —dije; la intensidad de mi color volvió a intensificarse—. Creo que cuatro de las pinturas fueron hechas antes de la Era Galáctica.

—Sí —acordó—. Y la estatua es anterior al nacimiento de Cristo.

—¿Qué religión representa? —pregunté.

—Ninguna.

Me sentí confundido.

—Pero que la misma mujer aparezca en obras de arte separadas por tantos milenios y billones de kilómetros, implica que es una formidable figura, mítica en la historia de su cultura.

—No tiene nada que ver con la historia de mi cultura —afirmó con obstinación.

—Entonces, ¿puede haber otra explicación para que haya aparecido en obras de arte tan diversas? —inquirí.

—No tengo ni idea.

—Es de lo más curioso —dije, retrocediendo y comparando tres de las pinturas más próximas—. Resulta obvio que se trata de la misma mujer. Siempre está vestida de negro, y posee la misma expresión persistente de tristeza en todos los trabajos.

—Espero que no estés sugiriendo que posó para cada uno de los artistas —indicó irritado Abercrombie—. Hay un espacio de siete milenios desde el primero al último. Los hombres pueden ser duros, pero tarde o temprano mueren. Por lo general temprano.

—Sugiero que, con bastante probabilidad, existe una única fuente, una pintura o talla antigua, y que todas estas obras son simples interpretaciones.

—Quizá —aceptó con muchas dudas—. Sin embargo, no he sido capaz de descubrirlo.

Una vez más recorrí despacio la estancia y examiné cada pieza.

—Poseen otra característica interesante en común —anuncié.

—¿Cuál?

—Ni una sola ha sido realizada por un artista importante —señalé.

—¿Nunca antes te encontraste con *alguno* de estos artistas? —preguntó, sorprendido.

—No —contesté.

—¿Qué me dices de Kilcullen?

—Su nombre me era desconocido antes de la subasta.

—Entonces, ¿cómo pudiste establecer un valor de cincuenta mil créditos por la pintura? —espetó.

—Analizando la antigüedad de la obra, el punto de origen, la escuela general y la calidad; y, para terminar, teniendo en cuenta la relativa oscuridad del artista —contesté.

Pareció considerar mi respuesta durante un momento; después asintió.

—¿Tienen algo más en común que puedas detectar? —preguntó.

—Usted es el único eslabón diferente que las une —respondí. Callé, consciente de la posibilidad de que se ofendiera por mi siguiente pregunta, aunque decidido a formularla—. ¿Me permite saber qué interés tiene en ellas, señor Abercrombie? La aparición de la modelo en tantos retratos es, sin duda, un misterio intrigante, pero debo señalarle que algunas son bastante toscas y de aficionado.

—Soy un coleccionista —dijo con un rastro de belicosidad.

—Entonces, ella *tiene* un significado para usted.

—Me gusta su cara —contestó.

—Es una cara hermosa —acordé—; no obstante, seguro que existe otro motivo.

—¿Qué te induce a pensar eso?

—Hace dos noches le vi ofrecer 375.000 créditos por una pintura que sólo vale cincuenta mil.

—¿Y qué?

—Sencillamente, infiero que debe tener algún motivo para ofrecer tanto dinero por encima y más allá de la admiración que siente por la belleza de la mujer.

Me observó un momento; luego, habló:

—Tengo ochenta y dos años, mi salud está deteriorándose, mi mujer ha muerto, mis dos hijos fueron abatidos en la Guerra Sett, no he hablado ni visto a mi hija en casi treinta años, tengo una nieta que no me cae nada bien y valgo 600 millones de créditos. ¿Qué crees *tú* que

debería hacer con mi dinero... dejárselo a una mujer que no reconocería y a otra a la que no soporto?

Me aparté un poco de él, impactado porque con tanta indiferencia fuera capaz de rechazar el concepto y las obligaciones de Casa y Familia.

—Cincuenta mil créditos, 375.000 —continuó—, ¿dónde demonios está la diferencia? Si hubiera tenido que hacerlo, habría gastado cinco millones de créditos en el Kilcullen. Puedo permitirme el lujo de comprarme cualquier maldita cosa que desee, y ni un crédito de mi dinero me servirá cuando me encuentre en la tumba. —Se detuvo—. Ahí es donde entras *tú.*

—Por favor, expliqúese, señor Abercrombie.

—La noche pasada dijiste que habías visto a esta modelo... —señaló una de las pinturas— ... dos veces con anterioridad.

—Es correcto.

—En una pintura y en un holograma.

—Sí. La pintura era de Patagonia IV, aunque fue comprada por un residente de Nuevo Rodesia, y el holograma procedía de Binder X.

—Los quiero... y cualquier otro que puedas descubrir.

—No sé de la existencia de ninguna otra obra, señor Abercrombie.

—Están ahí, en alguna parte, lo sé —contestó con convicción—. Las he perseguido durante veinticinco años, y desconocía las dos que viste tú.

—No sabría por dónde empezar a buscarlas —dije.

—Sabes por dónde comenzar a buscar dos de ellas —contestó—. Sabes dónde fueron vendidas, y puedes averiguar quién las compró.

—Supongo que sí —reconocí—. Pero eso no significa que sus nuevos compradores deseen separarse de las obras.

—Las venderán, seguro —prometió Abercrombie—. Tú sólo encuéntralas para mí, que yo me haré cargo. —Su mandíbula mostró una línea de firmeza—. Después nos dedicaremos a buscar las otras.

—Dudo mucho que sea capaz de encontrar en una semana las dos obras que vi, señor Abercrombie —indiqué.

—Pues te tomas un mes —dijo—. ¿Y qué?

—Usted únicamente me ha contratado por un período de una semana —le recordé.

—Te emplearé por todo el tiempo que necesite —respondió con brusquedad.

—Pero yo tengo obligaciones con las Galerías Clairborne —protesté.

—Déjame las Galerías Clairborne a mí.

—No pretendo ser irrespetuoso, señor Abercrombie, pero he venido a Lejano Londres en un programa de intercambio y debo...

—Mira —me interrumpió—, si tengo que comprar Clairborne para conseguir lo que quiero, ¡lo haré! ¿Ha quedado claro?

No se me ocurrió nada que replicar, así que no emití ninguna respuesta.

—Se te pagará bien —prosiguió con algo más de suavidad—. Sueldo, gastos, lo que te haga falta.

—Estoy aquí para aprender los procedimientos de las Galerías Clairborne, de modo que pueda impartírselos a otros miembros de mi Casa, tal como en la actualidad un empleado humano de Clairborne está aprendiendo de la Casa de Crsthionn.

—Tu Casa está en el negocio para ganar dinero, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Entonces, le pagaré diez mil créditos al mes todo el tiempo que trabajes para mí. Esa cantidad está por encima de tu salario personal. ¿Solucionado el problema?

—No lo sé—contesté perplejo, mientras mi color fluctuaba frenéticamente—. Debo considerar su oferta con mucha atención.

—Deja que te lo facilite. Si la rechazas, te despediré aquí y ahora. Perderás tu trabajo, tu Casa no recibirá dinero. ¿Cómo encaja eso con tu precioso concepto de la deshonra?

—¡Seguro que no habla en serio, señor Abercrombie!

Me miró con frialdad.

—Ponme a prueba —dijo con voz inexpresiva—. No amenazo en vano, y siempre consigo lo que quiero.

—Entonces no tengo elección —afirmé con tristeza—. Debo aceptar su oferta.

—Bien. Eso ya está arreglado. Me pondré en contacto con Rayburn por la tarde y le comunicaré nuestro nuevo acuerdo.

—Héctor Rayburn es mi igual. La directora de las Galerías Clairborne es Tai Chong.

—Madame Chong —repitió con tono lúgubre—. Sé todo sobre ella.

—Es muy inteligente.

—También es un corazón sangrante que ama a los alienígenas y que a veces olvida a qué raza pertenece.

—¡No debe hablar de mi Gran Dama de esa forma! —exclamé con la firmeza que pude.

—¡Ah! —dijo con una sonrisa—. ¡Después de todo, tienes algo de agallas! Permite que te dé un pequeño consejo, Leonardo... guarda el valor para ti y no lo desperdicies en ella. Es lo que yo llamo un corazón sangrante de fin de semana, y es la peor clase que hay.

—No le comprendo.

—Madame Chong es el tipo de mujer que iría corriendo a uno de vuestros mundos un fin de semana y marcharía por las calles con vosotros, exigiendo lo que fuere que estéis exigiendo... pero en cuanto llegue la mañana del lunes, cuando la Flota aterrice y empiece a romper cráneos, ella se encontrará de regreso en Lejano Londres sintiéndose una persona realizada y preguntándose a quién puede ayudar a liberar la semana próxima.

—¡No seguiré escuchando semejantes cosas! —protesté, mi color no dejaba de fluctuar—. Mi Gran Dama ha sido amable y considerada conmigo en todos los aspectos.

—No puedes depositar la amabilidad en tu cuenta bancaria o mandarla a tu Casa. Yo te pago con la moneda del reino... y nadie me indica lo que puedo decir en mi propia casa.

No se me ocurrió ninguna réplica, así que guardé silencio.

—De acuerdo —añadió dando la cuestión por zanjada—. Todo arreglado.

—¿Cuándo he de empezar? —pregunté.

—Ya lo has hecho.

—Pero debo obtener el permiso de Madame Chong.

—Yo me ocuparé de ello —dijo.

—Pero...

—¿Estás dudando de mi palabra? —preguntó con tono ominoso.

—No, señor Abercrombie—contesté con un suspiro de resignación—. ¿Dónde trabajaré?

—Donde debas hacerlo. Si necesitas la biblioteca, úsala. Si tienes que volar al Cúmulo Albión, ve. Si necesitas comprar algo, cómpralo. Que me pasen los gastos a mí. Llamaré al banco y autorizaré tu nombre e identificación con ellos.

—¿Y si quiero estudiar su colección?

—Instruiré a los robots para que te dejen pasar a cualquier hora de la noche o del día...

pero sólo para ver la colección. El resto de la casa está prohibido para ti. ¿Lo has entendido bien?

—Sí, señor Abercrombie.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Había un hombre llamado Venzia que llegó hasta los 350.000 créditos por la pintura de Kilcullen la otra noche, *y* habría subido mucho más si no hubiera estropeado su depósito de crédito. Trata de averiguar por qué.

—Posiblemente, también él está enamorado de la cara de la modelo —sugerí.

—Lo dudo.

—¿Me permite preguntar por qué?

—Porque yo no he intentado mantener mis compras en secreto y, hasta ahora, jamás ha hecho una oferta por mis obras de arte.

—Investigaré el asunto, señor Abercrombie —contesté.

—Hazlo —concluyó, dando por terminada la entrevista.

Así fue como dejé el trabajo con Tai Chong, quien sentía compasión por todas las razas, y entré al servicio de Malcolm Abercrombie, a quien le desagradaban todas las razas por igual... incluyendo, sospechaba, la suya propia.

4

Mi querida Madre de Patrón:

Han sucedido muchas cosas en las últimas seis semanas que he estado al servicio del señor Malcolm Abercrombie, y ahora que he regresado a Lejano Londres, te relataré los detalles.

No obstante, primero creo que debería contarte algo sobre el propio señor Abercrombie, ya que expresaste cierta angustia porque empezara a trabajar para él, basándote en la primera descripción que te di.

En verdad, es un hombre de lo más inusual. Al principio pensé que se trataba de un fanático intolerante; estaba equivocado. Sería más justo decir que le desagradan todas las razas por igual, también la del Hombre. Sin embargo, ya no me siento incómodo en su compañía, posiblemente porque me trata con la misma carencia de cordialidad que emplea con todo el mundo, incluso con su nieta.

Y, como contradicción a mi evaluación, también es capaz de realizar actos de la mayor generosidad y lealtad, aunque no le gusta que se los agradezcan; en las ocasiones que yo lo intenté, se mostró de lo más irritado.

Por ejemplo, tuve que viajar a Binder X en una misión para él. Sólo una nave de pasajeros por semana vuela hasta allí desde Lejano Londres, ya que existe poco comercio con la Frontera Interior; cuando solicité un billete, me dijeron que los asientos de segunda clase estaban todos vendidos y que los alienígenas (es el curioso término que el Hombre emplea para los no—Hombres, ya que él mismo es alienígena en más de un millón de mundos) no tenían permiso para comprar compartimentos de primera clase, a pesar de que estaba claro que yo podía pagar uno y que más de la mitad aún seguían libres. Le informé de mi situación al señor Abercrombie, quien hizo una única llamada... y, de repente, no sólo me dieron un compartimento, ¡sino una suite de dos habitaciones! Fue un acto de tanta generosidad que no fui capaz de decirle que en cuanto despegó la nave abandoné en el acto mi alojamiento y pasé la mayor parte del trayecto en la sala de segunda clase, en contacto con los otros pasajeros no humanos. Si no es capaz de entender el concepto de la Casa, ¿cómo podría explicarle alguna vez el calor y la seguridad del Rebaño?

Cuando le agradecí que me evitara esa humillación imaginada, contestó que yo era su empleado y que el insulto iba dirigido a él. No era el trato a los alienígenas como seres inferiores lo que le molestaba; de hecho, es una idea con la que se muestra en total acuerdo. Sin embargo, el trato a los empleados de Malcolm Abercrombie como inferiores es algo que, evidentemente, no piensa tolerar, aunque ese empleado sea yo.

De verdad que es un hombre de contradicciones. Uno de los más ricos de Lejano Londres, capaz de comprar cualquier cosa que desee; no obstante, no parece disfrutar de su dinero. El conocimiento que tiene del arte es, como mucho, limitado y, sin embargo, ha gastado una considerable parte de su fortuna en él. La mayoría de los Hombres rehusan usar asistentes o empleados robóticos o no humanos, temiendo la proliferación de los primeros y sintiendo desprecio por los últimos. Pero la casa del señor Abercrombie está dirigida por tres robots, y yo soy el único ente inteligente que tiene acceso al lugar. Ha realizado una enorme contribución a un hospital local en nombre de uno de sus hijos muertos; sin embargo, desconfía tanto de los doctores que prefiere sufrir con un tumor muy doloroso en la base de su columna antes que permitir que uno de ellos se lo quite. Se niega a mencionar a cualquiera de sus hijos muertos, aunque percibo que los amó; constantemente habla de su hija y de su nieta, a las cuales —increíblemente— desprecia. Gasta miles de créditos en sus jardines, y nunca los recorre o los mira desde su ventana. Se dirige a mí de la manera más insultante y, no obstante, creo que jamás permitiría que ningún otro Hombre hiciera lo mismo, por lo menos mientras siga trabajando para él. Apenas me paga para subsistir, pero sé que ha establecido acuerdos generosos tanto con las Galerías Clairborne como con la Casa de Crsthionn. Posee un enorme

stock de vino, whisky y otros estimulantes humanos, pero nunca le he visto disfrutar con alguno, y tampoco los guarda para los visitantes, que no tiene.

Su biblioteca, de libros y cintas, es virtualmente inexistente, y tampoco posee un centro de entretenimiento en su casa; sin embargo, sale de ella en contadas ocasiones y prefiere seguir sus inversiones y transmitir sus órdenes por medio de la computadora. Afirma no sentir interés alguno por las razas alienígenas, pero siempre que menciono a los Bjornn no cesa de formularme preguntas acerca de ellos. En especial, le interesa la organización de la Casa, pero parece incapaz de entender que es el Patrón el que determina a la Casa en vez de ser al revés. Por turno, se muestra desconcertado y colérico por la idea de madres de sangre y Madres de Patrón, y aunque desdeña la compañía de su propia hija, no puede comprender por qué yo no siento interés alguno por mi madre de sangre. Le enfurece que su hija se haya casado con un hombre que él desaprobaba, lo cual es perfectamente comprensible; no obstante, y al mismo tiempo, le deja perplejo el hecho deque yo no ponga objeción a que la Casa haya elegido a mi Pareja de Patrón desde mi niñez.

Quizá lo más fascinante de este hombre singularmente fascinante es la obsesión que tiene por una mujer que puede que no haya existido jamás y que, si de verdad existió, lleva muerta por lo menos siete milenios.

De hecho, es esa obsesión la que me situó en mi actual trabajo, pues en su búsqueda de obras de arte en las que apareciera esa mujer, el señor Abercrombie me ha retenido en el empleo con la función dual de agente comprador e investigador.

Mi primera misión fue volar a Binder X para conseguir un holograma en el que fulguraba esta mujer en particular. El viaje duró cinco días en los que no sucedió nada, y donde conocí a un número de declanitas y darbenanos que iban a realizar transbordos en Binder con rumbo a sus propios planetas.

En cuanto llegué a Binder X, me hicieron falta dos días para localizar el holograma. Entonces me presenté ante su propietaria, una mujer llamada Hannah Comstock. No era la persona que lo había adquirido cuando asistí a la subasta en la que se vendió hace unos pocos años, aunque era evidente que lo había comprado de manos privadas en los años sucesivos.

La actitud hacia los no humanos es bastante más liberal en los mundos de la Frontera Interior, y no tuve problema alguno en conseguir que me invitara a visitarla a su casa, que se hallaba a unos ocho kilómetros del centro de Fort Rodríguez, la ciudad más pequeña de las cinco de Binder X.

Al llegar, le expliqué el objetivo de mi misión —que había sido autorizado a comprar el holograma por el señor Malcolm Abercrombie— y, después de su protesta inicial de que lo admiraba demasiado como para separarse alguna vez de él, estipuló un precio que yo consideré que superaba en la mitad lo que valía. Le trasmití la información al señor Abercrombie, quien se puso en contacto con ella y cerró la compra mientras yo dormía en mi hotel.

Cuando llegué a la mañana siguiente a la casa de la señora Comstock para llevarme el holograma, le pregunté si sabía algo de su historia. Me dijo que no, que lo había adquirido por el artista, un hombre llamado Peter Klipstein. Me resultó desconocido, y me explicó que era el hombre que había abierto el sistema Corvus a la colonización humana y que le consideraban un gran héroe. Por lo tanto, llegó a la conclusión de que el nombre de Klipstein le confería un gran valor al holograma, por lo menos para los colonos de Corvus, y que lo compró esencialmente como inversión.

Le pregunté si sabía de la existencia de otros hologramas realizados por Klipstein, y contestó que desconocía que los hubiera, y que le había sorprendido mucho averiguar que había creado éste, aunque autentificó la firma antes de comprarlo.

Como mi nave no partía a Nuevo Rodesia, nuestro próximo lugar de parada, fui a una biblioteca local y le pedí a la computadora principal que me pasara los datos biográficos de

Klipstein. Fue un error, ya que ha sido objeto de no menos de veintisiete biografías completas. Por último, hice que la computadora las repasara y me proporcionara una historia del hombre de unas diez mil palabras, que ahora condensaré aun más para ti.

Peter Klipstein fue miembro del Cuerpo de Pioneros, esa rama del gobierno encargada de cartografiar y explorar los mundos nuevos para la colonización humana, allá por los primeros días de la República, hace unos veinticinco siglos. (Es evidente que el Cuerpo de Pioneros fue creado al comienzo de la Era Galáctica, sobrevivió a la República y a la Democracia, y sólo fue desmantelado después del advenimiento de la Oligarquía, hace unos cuatrocientos años.)

Una vez cartografiados seis sistemas más, Klipstein llegó al sistema Corvus, donde encontró un mundo habitable, Corvus II, y supervisó la terraformación de otro, Corvus III.

Cuando se retiró del Cuerpo de Pioneros a la edad de cuarenta y siete años, se estableció en Corvus III, donde adquirió un terreno enorme que no era adecuado para la agricultura, y donde vivió en un aislamiento impensable, lejos de la familia y los amigos. La Democracia era incapaz de controlar todos los mundos de la Frontera que había acumulado, y cuando Corvus III fue invadido por los klokanni, su Flota no estaba en posición de ir en ayuda de los colonos atacados. Se conquistó el planeta en menos de tres días; fue entonces cuando Klipstein comenzó una campaña Individual de sabotaje y terrorismo que concluyó con el abandono de Corvus III por parte de los klokanni. Cuando todo acabó, le ofrecieron el cargo de gobernador de Corvus III, que fue rebautizado con el nombre de Klipstein. Lo rechazó y volvió a sus tierras para vivir los años que le quedaban en soledad. No había ninguna información en sus biografías acerca de su trabajo como artista, y sospecho que su obra fue mínima, porque aunque es obvio que el holograma fue mejorado por la computadora, sigue siendo una pieza impactante, y de haber guiado a su computadora para que produjera más trabajos similares, seguro que habría recibido cierta medida de reconocimiento en ese campo.

Mi otro deber, además del de comprar retratos de la mujer con la que tanto estaba fascinado el señor Abercrombie, era el de intentar localizar otras obras de arte en las que figurara ella. Como su aparición en pinturas creadas a miles de años y billones de kilómetros de distancia seguía siendo un misterio, tenía la esperanza, si es que había algo, de poder clarificarlo descubriendo qué tenían los diversos artistas en común. Con ese fin le indiqué a la computadora maestra de la biblioteca que intentara determinar qué antecedentes y experiencias podría haber compartido Klipstein con Christopher Kilcullen, un artista cuya pintura de la mujer había sido subastada hacía poco en Lejano Londres.

La respuesta fue desalentadora. Klipstein murió casi dos milenios antes de que naciera Kilcullen. Vivieron a cincuenta y cinco mil años luz de distancia. Klipstein era un explorador y cartógrafo, Kilcullen un oficial de carrera en la Flota. Ninguno de los dos estudió arte, y así como resultaba aparente que el holograma fue la única incursión seria de Klipstein en el campo, Kilcullen iba camino de establecerse una reputación en el momento de su muerte. Klipstein era ateo, Kilcullen miembro devoto de un culto cristiano pequeño. Klipstein nunca se casó, y las biografías dan a entender que puede que hubiera llevado una vida de total celibato; Kilcullen se casó cuatro veces, divorciándose de su primera esposa y sobreviviendo a las otras tres. Ciertamente, sus vidas fueron tan diferentes que sólo era capaz de descubrir que tenían una sola cosa en común: que en un momento de sus vidas lucharon contra una abrumadora fuerza enemiga con un valor encomiable, incluso con heroísmo.

Esto me hizo creer que la modelo quizá no fuera una mujer real, sino una representación de una antigua diosa de la guerra. Sin embargo, la computadora no pudo localizar ninguna diosa de la guerra de cabello oscuro en la mitología humana. Entonces, tuve que determinar si existió una mujer de pelo oscuro como miembro fundador, incluso santo patrón, de la Flota, a lo cual recibí una respuesta negativa, no muy sorprendente si se considera que la batalla de Klipstein no se puede calificar como una acción oficial de la Flota.

Pasé mis últimas horas en Binder X en la biblioteca, tratando de encontrar algún eslabón entre sus vidas que no fuera lo militar, mientras la computadora no dejaba de insistir en que

Librodot

no existía ninguno.

Por último, tuve que partir a Nuevo Rodesia, y subí a bordo de una pequeña nave de pasajeros todavía sin haber encontrado respuestas a mis preguntas. Afortunadamente esta nave también tenía una dotación de pasajeros no humanos, y pude pasar el resto del viaje entre ellos. Tuve que realizar un trasbordo en el pequeño mundo colonia de Morioth II. El resto del trayecto fue casi insoportable, ya que sólo había otros seis pasajeros, cinco Hombres y un canforita, y ninguno salió de su compartimento. Cuando aterrizamos, había llegado a la conclusión de que Klipstein estaba completamente loco, ya que ningún ser cuerdo se aislaría por propia voluntad del calor y la seguridad que le brindarían otros miembros de su propia especie.

(De hecho, mi reverenciada Madre de Patrón, se me ocurrió la idea de que la galaxia está dominada por una raza absolutamente loca, ¿ya que quién, salvo el Hombre, atesora el aterrador concepto de la intimidad? Ciertamente, se podría escribir al respecto.)

Nuevo Rodesia es un hermoso mundo verde y azul. Su continente occidental está compuesto casi en su totalidad por montañas muy boscosas; sin embargo, sus dos continentes orientales, planos y atravesados por cientos de ríos, son ideales para la agricultura. Tiene un único acuerdo comercial con su mundo hermano, Nuevo Zimbabwe, que se encuentra a unos siete años luz de distancia, y le suministra todos los metales y materiales fisionables que necesita a cambio de trigo y carne. Más aún, los dos planetas han combinado sus recursos para formar una cooperativa económica en el comercio que realizan con los demás mundos de la Oligarquía.

El embajador lodinita fue a recibirme al espaciopuerto (sólo Lodin XI, Canfor VI y Vil y Galaheen IX, de todos los mundos no humanos, tienen embajadas en Nuevo Rodesia). Con su ayuda me llevó menos de una hora localizar al propietario de la pintura que buscaba, ya que Nuevo Rodesia, al ser esencialmente un mundo agrícola, está mucho menos poblado que Nuevo Zimbabwe, donde reside casi el ochenta por ciento del pueblo de esta única cooperativa económica. El embajador me advirtió que los neorodesianos eran más xenófobos de lo normal para un mundo de la Frontera, e incluso con su intervención en mi nombre me pasé todo un día abriéndome camino a través de un excesivo número de restricciones y mezquinas reglas antes de que me permitieran salir del espaciopuerto y dirigirme a mi destino.

El hombre que buscaba era Orestes Minneola, un químico dietista retirado que vivía en un lujoso apartamento en Salisbury, una ciudad llena de gente que se hallaba situada a unos trescientos kilómetros del espaciopuerto. Me invitó a pasar a su salón y me trató con civismo; sin embargo, me di cuenta de que mi presencia le ponía incómodo. Cuando descubrió el propósito de mi visita, me permitió examinar la pintura, que colgaba de la pared de otro cuarto, pero declaró que no estaba a la venta, ya que para él poseía un valor sentimental. Le expliqué que el señor Abercrombie le pagaría una cantidad considerablemente mayor que la que él mismo había pagado por la obra. Pero persistió en su obstinación.

Por último, cuando me convenció de que no estaba adoptando una actitud agresiva para obtener más beneficio por la pintura, si no que de verdad no tenía intención de separarse de ella, le pregunté qué lazo en especial le unía al cuadro. Contestó que Rafael Jamal, el artista, era uno de sus héroes y, supuestamente, se había pasado los últimos años de su vida trabajando en la pintura.

Esto pareció confirmar mi convicción de que la modelo procedía de un antiguo mito de guerra; le pregunté si Jamal había luchado con la Flota o para alguna fuerza independiente. El señor Minneola pareció confundido; al final reconoció que desconocía cuál podía ser el historial militar de Jamal.

Fue mi turno de quedar confuso, pues nunca había oído que llamaran héroe a un Hombre a menos que hubiera sobresalido en una acción militar. Mi anfitrión me indicó que estaba equivocado, salió un momento del cuarto y regresó con un álbum de recortes de posters de

circo de toda la galaxia, diciendo que era entusiasta de los circos y estudiante de su historia. Buscó en el álbum hasta que llegó a un anuncio llamativo, aunque mal impreso, de un hombre muy joven y de aspecto atlético vestido con unos leotardos cubiertos de lentejuelas que oscilaba en un aparato llamado trapecio. Se trataba de Jamal, y, según el señor Minneola, era un famoso artista de circo cuya especialidad era un quíntuple salto mortal de un trapecio a otro sin que hubiera de por medio una red. Su carrera había terminado con un trágico accidente que le dejó paralizado de cintura para abajo; había muerto unos cuatro años después.

Le di las gracias al señor Minneola por el tiempo prestado y su cortesía, comencé la búsqueda de un hotel (unos cuantos tenían habitaciones libres, pero no se permitía que las ocuparan no humanos) y, por último, encontré uno ruinoso en las afueras de lo que los colonos llamaban el Distrito Nativo (aunque no había nativos inteligentes en Nuevo Rodesia; sólo era un eufemismo de gueto) y, desde allí, le informé al señor Abercrombie que había localizado la pintura pero que el propietario se negaba a separarse de ella a ningún precio. Lejos de mostrarse desanimado, la noticia pareció estimularle; como la mayoría de los Hombres, parecía valorar sólo aquellas cosas por las que tenía que luchar.

En el vuelo de regreso, se suponía que debía cambiar de nave en Pellinath IV, en el hangar en órbita; sin embargo, en el último instante, tuvimos que desviarnos a Pico II, ya que los Bellum, la única raza inteligente de Pellinath, se estaban resistiendo a ser incorporados al sistema económico de la Oligarquía, y la Flota había hecho acto de presencia para convencerles a la fuerza de que lo reconsideraran. No se permitía la entrada en la región de ningún ciudadano o miembro asociado de la Oligarquía, y me vi obligado a esperar tres días en Pico hasta que los Bellum fueron aplastados y convencidos.

Aunque encontré fascinantes su paisaje desolado y sus volcanes apagados, me informaron que la Oligarquía consideraba a Pico II un mundo menor y sin importancia, su único reclamo a la fama era el hecho de que el famoso criminal Santiago había estado encarcelado allí hacía más de dos mil años. Por entonces se trataba de un mundo relativamente poco poblado, y así seguía siendo en la actualidad.

Visité la biblioteca local y le pedí a la computadora que me diera datos biográficos de Rafael Jamal, con una atención especial a su historial militar. Buscó en su memoria durante casi tres minutos antes de informarme que la única referencia que tenía de Jamal era sólo un artículo—cínta que hablaba de su accidente. Le sugerí que enlazara con una computadora más grande en Pellinath o algún otro mundo cercano y descubrí que el precio por gastar tanta energía en este planeta pobre en energía era exorbitante y, a cambio, decidí que me pasara los nombres de los artistas de la colección de Abercrombie. Los primeros siete nombres sí habían servido en el ejército... pero el octavo no, y cuando la computadora hubo procesado los diecinueve nombres que pudo localizar en su memoria, resultó que cinco carecían de historial militar. Me negué a abandonar la teoría de que la mujer era una figura mítica militar antigua hasta que hubiera determinado si los cinco habían pertenecido a una especie de guerrilla extraoficial, pero me di cuenta de que debería esperar hasta que pudiera tener acceso a la computadora de Lejano Londres.

Cuando se hizo obvio que nuestra estancia en Pico II iba a durar más de unas horas, decidí pasarme el resto de la tarde en la Sala de Rarezas y Coleccionares. Había algunos libros allí —libros de verdad, con papel y tapas—, y como nunca antes había visto uno, seleccioné una serie de antiguos y pesados volúmenes que versaban sobre el arte humano, me dirigí a un cubículo de la Sección Alienígena y comencé a hojear las páginas de un libro de paisajes espaciales modernistas. Una hora después había inspeccionado la mitad de los tomos cuando, de repente, di con otro retrato de la mujer desconocida del señor Abercrombie.

Como siempre, vestía de negro y, como siempre, la exquisita regularidad de sus facciones estaba realzada por una expresión de infinita pena. De inmediato comprobé los datos pertinentes y descubrí que el retrato se completó en la Tierra, en 1908 d.C., en un país

llamado Uganda. El artista era un naturista llamado Brian McGinnis, al que se conocía en especial por su descubrimiento de dos especies raras de orquídeas que crecían en las pendientes de una montaña volcánica; su única obra de arte anterior había sido una serie de acuarelas de diversas orquídeas.

El boceto biográfico de McGinnis continuaba diciendo que había nacido en un país llamado Escocia, que había recibido su educación en botánica y biología, que había servido cuatro años en el ejército y que se había marchado a Uganda, una tierra salvaje y primitiva, a la edad de veintiocho años. Publicó diecisiete monografías, trece sobre orquídeas, tres sobre la fauna local y una sobre formaciones volcánicas, y murió de una enfermedad desconocida a la edad de treinta y seis años, en el año 1910 d.C.

He analizado todos los datos que pude acumular acerca de los cuatro artistas, y sigo convencido de que mi teoría es correcta. Si Jamal había estado en el ejército, era lo único que tenían en común, aparte del hecho de que los cuatro eran varones humanos que habían reflejado a la misma mujer en una tela u holograma... Tengo la esperanza de que cuando disponga de acceso a la computadora de Lejano Londres confirmaré el servicio militar de Jamal.

Entonces, le pedí a la computadora de la biblioteca que determinara el actual paradero de la pintura de McGinnis; pero, una vez más, fue incapaz de ayudarme, ni tampoco pudo darme alguna información referente a Reuben Venzia, un hombre sobre el cual el señor Abercrombie desea información. Con sinceridad, me resulta imposible comprender por qué el pueblo de Pico II nunca se ha molestado en actualizar la computadora de su biblioteca.

Por último, regresé a mi habitación y me preparé para contactar con el señor Abercrombie y contarle este nuevo hallazgo; sin embargo, el haz subespacial del hotel carecía de la potencia necesaria para llegar hasta Lejano Londres, y el coste de transmitir el mensaje vía Zartaska y Gamma Leporis IX, la ruta menos complicada, era tal alto que tomé la decisión de que esperaría hasta volver a Lejano Londres para informarle en persona de mi descubrimiento.

Pasé el resto del tiempo en Pico 11 en la biblioteca, examinando cada volumen de arte con la esperanza de hallar otro retrato de la misteriosa mujer del señor Abercrombie, aunque sin éxito alguno; y cuando se anunció que la Flota había sometido a los Bellum, me dirigí a la nave y continué mi viaje a Lejano Londres.

Al llegar fui directamente a la casadel señor Abercrombie y, para mi asombro, observé que la pintura de Jamal ya colgaba en su galería. Expresé mi sorpresa de que la hubiera comprado tan pronto, dado que el señor Minneola había parecido tan decidido a no separarse de ella, y, con tono triunfal, contestó que cuando iba en busca de algo siempre obtenía lo que quería. En este caso, para emplear las propias palabras del señor Abercrombie (me disculpo por su vulgaridad): «Casi tuve que comprarle un maldito circo». Parece que su agente había conseguido atravesar el bloqueo de la Flota para traerle la pintura, lo que explica que llegara antes que yo.

Se mostró excitado cuando le hablé de la pintura McGinnis y me ordenó que no reparara en ningún gasto para localizarla. Al explicarle que no sabía por dónde comenzar, y cuando le sugerí que la pintura, que no era nada famosa y que había sido realizada hacía seis mil años, quizá ya no existiera, se puso a gritar e insistió en que yo trataba de sabotear los intentos que hacía de completar su colección, y exigió que abandonara su presencia y regresara al trabajo.

Al ansia de intimidad que antes mencioné, ahora he de añadir otro rasgo que posee el señor Abercrombie y que es único de la raza del Hombre, el cual bien podría ser un síntoma adicional de inestabilidad mental: la obsesión.

Sin duda esta mujer jamás existió. No puede tener algún significado para el señor Abercrombie. Nunca ha sido reflejada por un artista importante. No obstante, mi empleador ha gastado una parte considerable de su fortuna en comprar sus retratos, y estoy convencido

de que si el señor Minneola no se hubiera mostrado dispuesto a venderle su pintura, el señor Abercrombie no habría vacilado en robarla. Todo ello debido a una mujer humana con una cara muy triste.

También podría añadir que la misma modelo sigue siendo un misterio fascinante. ¿Cómo es que hombres separados por miles de años y cientos de miles de años luz han llegado a plasmar a la misma modelo? ¿Por qué nunca la ha pintado uno de los grandes maestros? De hecho, ¿por qué sólo la han pintado artistas de la raza del Hombre? ¿Por qué nunca sonríe o luce ropas de otro color que no sea el negro? Aparte del hecho de que los hombres que la han pintado podrían haber estado involucrados en algún tipo de conflicto armado, ¿qué más tienen en común que yo haya pasado por alto? ¿Quién es y qué representa para ellos? ¿Por qué nunca se ha empleado su nombre en ninguno de los títulos de los retratos?

Constantemente pienso en estas preguntas fascinantes; estoy muy agradecido de ser un Bjornn y no un Hombre, porque también yo podría caer en las garras de la obsesión.

Como siempre, te deseo prosperidad para la Casa y seguridad para la Familia.

Tu devoto Hijo de Patrón

Librodot

5

ENTRÉ EN LA RAMA LOCAL DE LA BIBLIOTECA, me presenté al bibliotecario jefe, y esperé mientras confirmaba que de verdad el señor Abercrombie pagaría por el tiempo de la computadora. Después me escoltó a un pequeño cubículo en el que se veía el letrero «Sección de Otros Mundos», pero que, de hecho, era una zona frecuentada en su totalidad por no humanos.

La sección se hallaba relativamente atestada, y la sensación de incomodidad que se había manifestado mientras caminaba por las calles casi vacías de Lejano Londres en dirección a la biblioteca ya se había desvanecido cuando activé la computadora.

—Buenos días —dijo una voz no muy mecánica—. ¿Cómo puedo servirle?

—Necesito un breve boceto biográfico sobre un artista de circo llamado Rafael Jamal —pedí en el Dialecto de Mando—. En especial, quiero los detalles de su historial militar.

—¿Preferiría una respuesta verbal o una copia dura? —preguntó la computadora.

—¿Puedo tener las dos? —inquirí.

—Por supuesto... pero costará más.

—Es aceptable.

—Requiero algunos datos preliminares —dijo la computadora—. ¿A qué raza pertenece Rafael Jamal?

—La raza del Hombre.

—¿Está vivo, y si no es así, cuándo vivió?

—Vivió aproximadamente hace unos 350 años, durante el primer siglo de la Oligarquía.

—¿De qué planeta era residente?

—No lo sé —reconocí—. Aunque sospecho que era Patagonia IV, ya que estaba inválido en la época que realizó una pintura allí, y murió poco después.

—Gracias —dijo la computadora—. Estoy buscando en mis ficheros de la biblioteca.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora estoy accediendo a la computadora de Información Pública de Patagonia IV —anunció.

La pantalla se tornó oscura unos veinte segundos; luego, volvió a cobrar vida.

—Patagonia IV ya no es una colonia humana. Ahora estoy accediendo a los Archivos Históricos de Censo en Deluros VIII.

Esperé con paciencia y, por fin, obtuve mi respuesta.

—Jamal, Rafael —dijo la computadora—. Nombre verdadero: Pedro Santini. Nació el 4503 E.G., murió el 4538 E.G. Soltero, murió sin dejar herederos, propiedad finalmente vendida en subasta pública. Residió hasta la edad de dieciséis años en Delvania III; luego, se unió al Circo de Cinco Estrellas de los Hermanos Balaban, donde trabajó como artista del trapecio bajo el nombre de Rafael Jamal, hasta que perdió el uso de las piernas durante una caída que sufrió en Patagonia IV en el 4533 E.G. La pierna izquierda amputada en el 4536 E.G.

—¿Qué hay de su servicio militar? —pregunté.

—No sirvió en el ejército.

—Entonces, debió participar en una acción militar en un puesto extraoficial —insistí.

—Es incorrecto —dijo la computadora—. Pasó directamente del colegio a trabajar en el

Circo de Cinco Estrellas de los Hermanos Balaban, y allí permaneció hasta su accidente.

—No lo entiendo —comenté.

—Si no he sido clara, puedo traducir mi respuesta a 1.273 idiomas y dialectos distintos al terrano —ofreció la computadora.

—No será necesario —contesté, enfrascado en mis pensamientos. Por último, se me ocurrió una idea—. Por favor, ¿puedes ver si Delvania III sufrió algún ataque militar o desorden civil durante la época en la que Rafael Jamal vivió allí?

—Comprobándolo... No, ninguno.

—¿Alguna vez el Circo de Cinco Estrellas de los Hermanos Balaban actuó en un mundo que se hallara en medio de una revuelta militar?

—Comprobándolo... No, no lo hizo.

—¡*Debe* haberlo hecho! —exclamé.

—La respuesta es negativa —contestó la computadora—. ¿Puedo servirle en algo más?

—Sí —contesté—. Hay cuatro hombres: Rafael Jamal, Brian McGinnis, Peter Klipstein y Christopher Kilcullen. Quiero que accedas a sus historias desde los Archivos Históricos de Censo en Deluros VIII y que analices los datos y me digas todo lo que tienen en común.

De nuevo pasé por el proceso de responder las preguntas básicas de la computadora y esperé mientras accedía a los datos necesarios.

—Rafael Jamal, Brian McGinnis, Peter Klipstein y Christopher Kilcullen pertenecían a la raza del Hombre —contestó la computadora—. Los cuatro eran varones. No encuentro ninguna otra similitud entre ellos.

—¿Estás segura? —inquirí.

—Soy incapaz de error —contestó—. Ha de señalarse que los datos sobre Brian McGinnis son mínimos y que accedí a ellos desde la Tierra en vez de Deluros VIII; pero, como Rafael Jamal, Peter Klipstein y Christopher Kücullen no tienen nada en común aparte de su raza, más información acerca de Brian McGinnis no cambiaría mi respuesta.

—Gracias —dije con un suspiro de desilusión. Por si las moscas, hice que analizara a los artistas cuyas pinturas colgaban en la casa de Abercrombie, pero no logró encontrar ninguna conexión entre ellos, ni en el servicio militar ni en ninguna otra cosa. Por último, se me ocurrió otra idea—. Quiero que analices una pintura. ¿Es posible?

—Sí —contestó—. ¿Dónde puedo acceder a ella?

—Hay una representación en un libro titulado *Gran Bretaña, en África: Un Siglo de Pinturas,* que fue publicado en la Tierra en 1922 d.C. Con toda probabilidad, todavía habrá muchas copias en existencia, pero yo sólo conozco la que se encuentra en la biblioteca de Pico II. La pintura no tiene título; sin embargo, es la única en el libro de Brian McGinnis.

—He localizado una copia del libro en la biblioteca principal de Selica II, donde el acceso será mucho más rápido y menos caro que en Pico II —anunció la computadora—. Por favor, aguarde mientras hago que su contenido me sea transferido.

—Esperaré —dije.

La computadora se oscureció y volvió a iluminarse un momento después.

—La pintura de Brian McGinnis ahora se encuentra en mis bancos de memoria. ¿Qué facetas querría que analizara?

—La mujer —contesté.

—No encuentro ningún dato sobre e! nombre o la identidad de la modelo.

—Es posible que nunca existiera —indiqué—. Ha aparecido en pinturas, hologramas y esculturas por toda la galaxia en un espacio de tiempo de más de siete milenios, y parece haber sido reflejada sólo por miembros de la raza del Hombre. —Me detuve—. Tengo acceso

a las pinturas y hologramas de la colección de Malcolm Abercrombie. ¿Puedes inspeccionar tu biblioteca para ver si ella aparece en alguna obra de arte que no forme parte de esa colección?

—Sí.

—Y —continué—, si la encuentras en alguna parte, ¿podrías proporcionarme una copia dura?

—Sí... comprobándolo.

La máquina se oscureció otra vez, y permaneció así durante tanto tiempo que al final rui consciente de mi aislamiento de los otros asistentes y comencé a caminar por la biblioteca, extrayendo calor y bienestar de la proximidad de los demás seres presentes. Cuando transcurrieron cinco minutos, entré de nuevo en el cubículo y aguardé noventa segundos más hasta que la computadora volvió a activarse.

—He encontrado siete fuentes que pueden ser representaciones de la misma mujer —anunció—. Cuando esté listo, aparecerán en la pantalla holográfica que hay a su izquierda.

—Excelente —dije, de repente muy excitado—. Por favor, empieza.

Una cara de mujer con pómulos altos y ojos estrechos surgió en la pantalla.

—Es una estatua de Proserpina, la Diosa romana de los Infiernos —dijo la computadora—. Fue creada en el 86 d.C. por Lucio Pirano.

Estudié la imagen. Había similitudes en la estructura ósea, y su cabello bien podría haber sido negro (aunque era imposible de saber por la escultura); sin embargo, los ojos eran demasiado pequeños y estaba sonriendo, mientras que la mujer que yo buscaba parecía consumida por una tristeza secreta.

—No —dije, desilusionado—. No es la misma mujer. Por favor, continúa.

En la pantalla apareció otra cara, y en esta ocasión, más allá de toda duda, sí que *era* la de la mujer que buscaba.

—Es una impresión en seda de Kama—Mara, un espíritu dual de deseo erótico y muerte que, según se dice, tentó a Buda durante sus meditaciones. El artista es desconocido; se estima que la fecha de la impresión es el 707 d.C.

—Es ella —afirmé—. Pero si tiene un espíritu hindú, ¿por qué sus facciones no lo son?

—Poseo datos insuficientes para responder a su pregunta —dijo la computadora—. ¿Continúo?

—Por favor.

Apareció otra imagen, tan real que casi podía tocar la tristeza que emanaba de la pantalla. De nuevo era *ella.*

—Es una pintura de Mictecaciuatl, la Dama del Lugar de los Muertos en la mitología mexicana. Artista desconocido, pintura realizada en 1744 d.C.

—Por favor, continúa —pedí con entusiasmo renovado.

De nuevo apareció su cara, esta vez en un holograma.

—Es un holograma sin título creado por Wilson Devers, aficionado a la caza mayor en Creenveldt en el 718 E.G.

Siguieron tres pinturas más procedentes de la Tierra, Spica II y Northpoint, cada una réplica exacta de la mujer misteriosa de Abercrombie.

—¿No hay más retratos de ella en tus bancos de la biblioteca? —pregunté cuando el último desapareció de la pantalla.

—No hay más retratos precisos de ella —contestó la computadora—. Si estuviera plasmada tan mal que no pudiera reconocerla, o fuera la modelo de una pintura abstracta, sería incapaz de identificarla.

—Ya veo —comenté—. ¿Podrías proporcionarme un breve boceto biográfico de los artistas?

—¿Incluyendo a Lucio Pirano?

—No —contesté—. De momento, apartemos su estatua de toda consideración.

—Dos de los artistas eran desconocidos —comenzó la computadora—. Wilson Devers, nació en el año 678 E.G. en Carlomagno y se instaló en el 701 E.G. en Greenveldt, recibió su licencia de caza en el 702 E.G. y fue cazador profesional hasta la fecha de su muerte, acaecida en el 723 E.G.

—¿Sirvió alguna vez en el ejército? —pregunté.

—No.

—¿Cómo murió?

—Por una explosión sónica procedente del arma de un cliente. ¿Continúo?

—Por favor.

—Barien Smythe, nació el 3328 E.G. en Sirio V, se trasladó a Spica II el 3334 E.G.... —La computadora se detuvo un instante—. Se lista su profesión como diseñador de naves espaciales, pero dispongo de suficientes datos para deducir que, en realidad, estaba empleado por un cartel rival y se dedicaba al espionaje industrial. Murió el 3355 E.G. a consecuencia de una explosión que devastó todo un complejo de factorías.

—¿Y los otros dos? —pregunté.

—Milton Mugabe, nació en la Tierra en 1804 E.G. Se hizo aquaculturista, especializándose en la reproducción de los tiburones, grandes peces carnívoros de los océanos de la Tierra, y murió bajo el ataque de uno de ellos en 1861 E.G. El otro hombre es Enrico Robinson, nacido en el 4201 E.G. Se hizo boxeador en el 4220 E.G., cambió su nombre al de Aplastador Comanche en 4221 E.G., se trasladó a vivir a Northpomt en el 4224 E.G., y murió de lesiones internas recibidas durante una pelea en el 4235 E.G.

—¿Alguno de estos artistas comparte algún rasgo o experiencia en común, o con los cuatro que mencioné antes?

—No.

—No te llevó mucho tiempo determinarlo —indiqué.

—Anticipé su pregunta.

—¿Pueden hacer eso las computadoras? —inquirí, levemente sorprendido.

—Estoy programada así —contestó—. Pero si usted no lo hubiera preguntado, yo no le habría ofrecido la respuesta.

—Ya veo. ¿Puedes darme copias duras de las ilustraciones?

—¿Incluyendo la escultura de Proserpina de Pirano?

—Sí. Y mientras lo haces, ¿puedes proporcionarme un boceto biográfico de Lucio Pirano?

—Era un artista romano menor, nacido en el 43 d.C., se trasladó a Creta en el año 88 d.C., muriendo de causas naturales en el 111 d.C.

—Gracias —dije.

—¿Hay alguna otra forma en que pueda servirle? —preguntó la computadora.

Suspiré.

—Temo que de momento no.

—Por supuesto, guardaré su solicitud de ilustraciones de la modelo y biografías de los artistas en los archivos, y siempre que acceda a otras computadoras de bibliotecas y comparta sus memorias, continuaré la búsqueda de más datos.

—Muchas gracias.

—Es mi función —contestó la computadora.

—Espera —pedí, recordando la otra orden de Abercrombie—. Hay una cosa más que me gustaría que hicieras por mí.

—¿Sí?

—Necesito un boceto biográfico expandido de Reuben Venzia.

—Por favor, ¿podría darme su Código de Acceso de Seguridad?

—No sé qué es eso.

—No estoy autorizada a proporcionarle información de una persona viva a nadie aparte de las que oficialmente han sido designadas Figuras Públicas sin el correspondiente Código de Acceso de Seguridad.

—Por lo menos, ¿podrías decirme dónde encontrarle?

—Claro. Está sentado a setenta y cinco metros al nordeste de usted.

—¿Quieres decir que ahora mismo se halla aquí? —exclamé.

—Sí.

—¿Por qué?

—No puedo intentar responderle a menos que posea un Código de Acceso de Seguridad —contestó la computadora.

—Gracias —dije—. Eso es todo.

La computadora volvió a oscurecerse mientras yo trataba de analizar por qué Venzia se encontraba en este lugar a esta hora. Por último, salí del cubículo y, cuando empecé a atravesar la Sección de Otros Mundos en dirección a la salida, vi que Venzia se levantaba de una mesa en la sección principal y marchaba en un curso que estaba pensado para interceptarme en cuanto llegara a la salida.

—Leonardo, ¿verdad? —preguntó, extendiendo la mano al acercarse.

Durante un momento contemplé la mano alargada de una forma más bien estúpida, ya que ningún humano, a excepción de Tai Chong, había establecido por propia voluntad un contacto físico conmigo. Entonces, recordé que era una señal de saludo y la cogí.

—Es correcto —dije, empleando el Dialecto de los Iguales—. Y usted es el señor Reuben Venzia. Le reconozco de la subasta de arte.

—Por favor, tratémonos de tú y llámame Reuben —pidió con desenfado—. ¿Puedo invitarte a una taza de café?

—Soy incapaz de metabolizar el café —expliqué.

—Elige lo que desees —indicó—. Me gustaría hablar contigo.

—Es muy generoso por su parte, señor Venzia.

—Reuben —me corrigió.

—Reuben —repetí—. Sin embargo, he de informarte que obtengo mi alimentación en restaurantes que sirven a no humanos.

—Perfecto —se encaminó hacia la salida—. Vamos.

—Nunca he visto a un Hombre en alguno de ellos —continué.

—Me encantará observar cómo intentan prohibirme la entrada —anunció.

—Muy bien, vamos.

—No te he visto en casi dos meses —comentó cuando salimos al aire abierto—. ¿Has estado fuera de Lejano Londres?

—Sí —dije, eligiendo, como siempre, la cinta deslizante de la acera a la calle—. Pero no me imagino por qué esperarías encontrarte conmigo, aunque me hubiera quedado aquí. Después de todo, sólo nos vimos una vez.

—Oh, la gente que se dedica a la misma línea de trabajo tiende a encontrarse, en especial en un planeta tan poco poblado como Lejano Londres —hizo una pausa—. ¿Te gustó Nuevo Rodesia?

Me paré en seco y me volví hacia él.

—¿Cómo sabes que fui a Nuevo Rodesia? —inquirí.

—Una conjetura erudita —repuso. Señaló la acera deslizante—. ¿Continuamos?

Proseguí en silencio mientras meditaba en su respuesta, al tiempo que era incómodamente consciente de las miradas de curiosidad que recibíamos. Un no humano en un mundo humano siempre es objeto de curiosidad y, de vez en cuando, incluso de escarnio; pero que un Hombre caminara en compañía de uno de nosotros era tan inusual que los observadores ni siquiera intentaban ocultar su desagrado y desaprobación. Me sentí inquieto y le sugerí a Venzia que, quizá, preferiría ir delante o seguirme con el fin de no atraer tanta atención.

—Que miren —dijo encogiéndose de hombros—. A mí me da igual.

—¿No te molesta? —pregunté.

—¿Por qué debería molestarme? Si no tienen nada mejor que hacer con su tiempo, no es asunto *mío.*

Mientras seguíamos andando, consideré su respuesta, que era típicamente humana en su descuidada indiferencia por las opiniones o el bienestar del Rebaño. Pasadas dos manzanas, llegamos a uno de los restaurantes que yo frecuentaba con asiduidad; le llevé dentro.

—Es bastante deprimente, ¿no? —comentó, mirando las mesas desnudas y arrugando la nariz ante la miríada de olores que nos asaltó—. ¿No preferirías ir a un lugar más agradable? Invito yo.

—Es verdad que hay lugares más agradables donde comer —reconocí, consciente por la reacción de los comensales y camareros de que incluso aquí éramos objeto de un intenso interés—, pero en ellos no se me permite la entrada. Además, este restaurante por lo general se llena; es algo que me resulta reconfortante.

—¿Te gustan las multitudes?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Lo que tú quieras. —Llamó al camarero con la mano—. Sentémonos.

El camarero, un bemarkano tripodal de color azul pálido, se nos acercó.

—¿Está seguro de que desea cenar aquí, señor? —le preguntó a Venzia.

—De hecho, estoy seguro de que no lo deseo —contestó con una expresión de desagrado—. Pero mi amigo y yo queremos una mesa. Vamos.

Las aletas de la nariz del bemarkano comenzaron a centellear —su equivalente de una mirada hostil—, como si yo estuviera destrozando el ambiente de su establecimiento al traer a un Hombre; luego nos llevó a una mesa situada en la parte de atrás del restaurante, donde no se nos podía ver desde la entrada.

—Ésta no sirve —indicó Venzia.

—¿Puedo preguntarle por qué no, señor? —quiso saber el bemarkano.

—Échale un vistazo —contestó Venzia—. Estas sillas no fueron construidas para los Hombres. Tendría que medir un metro veinte y tener un rabo para encajar en una. Es del todo inaceptable.

En silencio, el camarero nos condujo a otra mesa, también situada en la parte trasera de la sala, y Venzia, después de limpiar la superficie con su pañuelo, asintió y se sentó.

—En realidad, no es mucho mejor —comentó—, pero qué demonios... nada de lo que hay aquí parece cómodo. —Calló un instante—, ¿Dónde sueles sentarte, Leonardo?

—Donde me colocan —contesté.

—De vez en cuando debe resultarte bastante molesto.

—Sí —admití.

—Entonces, ¿por qué lo toleras?

—Existen compensaciones.

—¿La multitud? Si te quejaras del lugar en el que te sientan, podrías disfrutarla con comodidad. Bueno, hagamos que ese alegre y sonriente camarero vuelva y ordenemos.

Pedí una bebida compuesta por pulpa de materia vegetal procedente de Sigma Draconis II, un mundo muy similar al mío, mientras Venzia pedía café, le informaban que no lo servían, y se conformaba con un vaso de agua.

—Hay un olor muy fuerte aquí —indicó cuando el camarero se marchó.

—La cocina prepara comida para treinta o cuarenta razas diferentes —contesté—. Con el tiempo, uno se acostumbra a los olores.

—Esperemos no quedarnos tanto.

—¿Puedo preguntarte por qué estamos aquí?

—Porque quiero saber cuál es tu interés por las pinturas que has estado rastreando —contestó.

—No veo razón alguna para no contártelo. He sido contratado por Malcolm Abercrombie para ayudarle a adquirir ciertas obras de arte para su colección personal.

—¿Por qué tú?

—¿Perdón?

—He dicho, ¿por qué te eligió a ti? —repitió—. Conozco un poco a Abercrombie, y preferiría cortarse el brazo derecho antes que concederle tiempo a un alienígena.

—Con anterioridad, yo había visto dos piezas que él quería, y me encargó que buscara a los propietarios y las comprara.

—¿Piezas *recientes*? —preguntó con intensidad.

—Recientes es un término relativo —respondí.

—¿Entran en los últimos diez años?

—No. La más reciente data de los primeros días de la Oligarquía.

Encendió un cigarro pequeño, ignorando las miradas hostiles que recibió de dos teronitas sentados a la mesa de al lado.

—¿Tuviste suerte? —inquirió con un tono de voz más relajado.

—Sí —contesté—. El señor Abercrombie pudo obtener las dos obras.

—Y ahora intentas localizar otras que tengan a la misma modelo —fue más una afirmación que una pregunta.

—Es correcto.

—Bueno, has avanzado casi todo lo que podías con la computadora de la biblioteca.

—¿Cómo sabes lo que le pregunté a la computadora?

Volvió a sonreír.

—Le pedí que me notificara si alguien formulaba preguntas sobre Mictecaciuatl y Kama—Mara.

—¡Me espiaste!

—Yo no lo llamaría así—dijo—. No tengo ni idea de las preguntas que le hiciste, aunque no me costaría nada adivinarlas. ¿Cuántas pinturas te identificó la computadora?

Sentí que no tenía derecho a preguntarlo; pero, una vez más, no vi razón alguna para no

contestarle.

—Seis.

—¿Descartaste la escultura de Pirano?

—Sí.

—Buena decisión. —Dio una calada profunda—. Bueno, seis es todo lo que vas a recibir de esa computadora. Y, para ahorrarte dinero de tu cuenta de gastos, ninguna está disponible.

—¿Las has comprado tú? —inquirí.

Rió entre dientes.

—Demonios, no. No las quiero.

—Me temo que no te entiendo —dije—. La primera vez que te vi tratabas de comprar la pintura de Kilcullen por 400.000 créditos.

—No, no es así.

—Pero...

—Sabía que Abercrombie no dejaría que nadie le superara en la puja —me interrumpió, excesivamente satisfecho consigo mismo—. Sólo quería averiguar si había alguien más interesado en ella.

—¿Por qué lo hacías, si tú mismo no estás interesado en las pinturas? —pregunté.

—Tengo mis razones.

—¿Puedo conocerlas?

Sacudió la cabeza.

—Me parece que no, Leonardo.

—¿Puedo saber por qué no?

—Porque tengo la sensación de que no eres capaz de decirme nada que yo ya no sepa... *todavía* —añadió con énfasis—. Cuando me llames, volveremos a reunimos. Quizá tenga un trabajo para ti.

—Ya estoy empleado en las Galerías Clairborne.

—Pensé que habías comentado que trabajabas para Abercrombie —recalcó.

—Así es. Pero, durante mi estancia aquí, mi empleador oficial son las Galerías Clairborne. Abercrombie les está pagando por mis servicios.

—Yo te pagaré más.

—Dejar Clairborne contra su voluntad traería deshonra a mi Casa —expliqué—. Nunca podría hacerlo.

—No tienes por qué dejarlos —indicó Venzia.

—No entiendo.

—Clairborne es una de las casas de arte más grande de la galaxia —comenzó—. Tienen sucursales en setenta y tres planetas...

—Setenta y cinco —le corregí.

—Bien, setenta y cinco. Realizáis cuarenta o cincuenta subastas al año, y arregláis Dios sabe cuántas ventas privadas.

—Es verdad —reconocí—. Pero no veo cómo...

—Déjame terminar —pidió—. Dispones de acceso a un montón de información sobre esas subastas y ventas.

—Tengo entendido que hace poco compraste una galería de arte —comenté—. Seguro que tú dispones de acceso a la misma información.

—Necesito acceso *anticipado* —afirmó, recalcando la palabra—. De hecho, te necesito a *ti.*

—Ni siquiera tomaría en consideración el ayudarte —repuse con firmeza—. Sería injusto para otros compradores potenciales.

—Yo no soy un comprador potencial.

—Pero eres dueño de una galería de arte.

—En el local no hay ni una sola pieza de arte —declaró—. Sólo es una dirección para el correo en Declan IV.

—Entonces, ¿por qué...? —empecé, tratando de formular mi pregunta.

—Porque necesito el tipo de información que recibe una galería de arte para... Sin embargo, empiezo a descubrir que las grandes cadenas, como Clairborne, la reciben con mucha más rapidez que las compañías individuales.

—Pero, si no quieres las obras, ¿qué *es* lo que buscas? —pregunté.

—Los nombres y direcciones de los artistas.

—Clairborne efectúa casi un millón de transacciones al año —indiqué—. ¿Qué podrías hacer con esos nombres?

—No los quiero todos —dijo—. Sólo los que pintaron a la mujer en la que tú y Abercrombie estáis tan interesados.

—¿Por qué?

Sonrió y sacudió la cabeza.

—No hasta que dispongas de algo que decirme que sea de igual valor.

—No tengo nada que decirte.

—Pero lo tendrás.

—No sería ético.

—¿Cómo? —insistió—. No intento dejar a Clairborne al margen de su comisión o arrebatarle algún comprador potencial. Sólo necesito la información.

—No puedo...

—No digas no todavía —me cortó—. Piénsalo durante uno o dos días, y verás que lo que deseo no perjudicará a Clairborne ni a los artistas.

—Aunque así fuera, sería desleal para Malcolm Abercrombie que yo te pasara dicha información, cuando él me ha empleado para encontrársela en exclusiva.

—No es desleal —dijo irritado—. Te lo he dicho: ¡no *quiero* las malditas pinturas! —Se detuvo y se forzó para exhibir una sonrisa tensa—. Lo discutiremos de nuevo en unos días. Mientras tanto, permite que te dé algo en señal de buena fe.

—No puedo aceptar tu dinero —dije—. Como no voy a dejar Clairborne para trabajar contigo, la aceptación de un pago no sería ético.

—¿Quién ha hablado de un pago? Tengo información que hará que tu actual trabajo sea un poco más fácil.

—¿Mi trabajo?

Asintió.

—¿Llevas una computadora de bolsillo?

—Sí —dije, y la saqué de mi bolso.

—Actívala. —Obedecí—. Contacta con el Museo de la Herencia Cultural en Deluros VIII —indicó, hablando despacio y pronunciando con claridad cada palabra, de modo que la máquina no le malinterpretara— y usa el Código de Acceso 2141098 para solicitar material sobre Melaina, una diosa que también era conocida como la Yegua Negra de la Muerte; Eresh—Kigal, la Diosa de los Infiernos; y Macha, la Reina Irlandesa de los Fantasmas. —Entonces colocó el pulgar sobre el sensor—. De la Biblioteca MacMillan, en Kenia, Tierra,

Librodot

usa la huella de este pulgar para acceder al material sobre K'tani Ngai, Emperadora de la Región Oscura. Y de la computadora de la biblioteca de Peloran VII, solicita el material sobre Shareen D'Amato, quien, supuestamente, vaga en espíritu por el cementerio de los astronautas que hay allí. No se requiere ningún código de acceso.

Dejó de hablar y me devolvió la computadora.

—¿Y existen retratos de todas esas figuras—mitos? —pregunté.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Los mitos a veces difieren, pero la mujer es la misma.

—¿Estás seguro?

—No podría esperar que consideraras mi oferta si te mintiera, ¿verdad?

—No, no podrías —reconocí—. Te doy las gracias por tu ayuda.

—Ha sido un placer. —Sacó una tarjeta pequeña y la introdujo en la computadora—. Es mi dirección en Lejano Londres y el número de acceso a mi vidfono. Contacta conmigo cuando estés dispuesto a hablar de negocios. —Se puso de pie—. Como nuestra conversación ha terminado, espero que me perdones por dejarte aquí; pero, sinceramente, el olor me está poniendo enfermo.

—¡Una última pregunta! —exclamé con tanto énfasis que atraje más miradas de las mesas próximas y una expresión de enfado del camarero.

—Sólo una, Leonardo —contestó—. Existe una diferencia entre la buena fe y la filantropía.

—¿Por qué su retrato siempre ha sido realizado por desconocidos?

—Yo no los llamaría desconocidos —contestó Venzia—. Algunos fueron muy famosos. Tengo entendido que ese Kilcullen fue todo un héroe militar, y que nuestro muchacho de Patagonia IV fue el artista más grande del trapecio de su época.

—Pero eran artistas desconocidos —insistí.

—Cierto —concedió. De nuevo pareció divertido—. Es una buena pregunta, Leonardo.

—¿Cuál es la respuesta?

—No creo que vaya a dártela.

—Lo has acordado.

—Acordé dejarte formular una pregunta más —señaló—. Nunca acepté contestarla.

—¿Puedo preguntar por qué no?

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Esa es otra pregunta.

Se marchó, y yo me quedé solo a la mesa, preguntándome por qué un hombre que no profesaba interés alguno en poseer los retratos de esa misteriosa mujer estaría tan interesado en los artistas, o por qué disponía de más datos de los que Malcolm Abercrombie había sido capaz de acumular en un cuarto de siglo.

6

LAS SIGUIENTES DOS SEMANAS TRANSCURRIERON SIN NOVEDAD. Fui incapaz de encontrar otras pinturas con la modelo de Abercrombie, y me pasé la mayor parte del tiempo investigando la lista de nombres que Venzia había introducido en mi computadora de bolsillo.

Los resultados fueron sorprendentes. Los retratos de Melaina, Eresh—Kigal, Macha y K'tani Ngai que él me había señalado eran todos de nuestra mujer misteriosa... Sin embargo, cuando profundicé en las leyendas que rodeaban a Melaina, la Yegua Negra de la Muerte, encontré otras cinco pinturas, todas diferentes. Despierta mi curiosidad, me puse a investigar a K'tani Ngai, y descubrí que en todos los demás retratos y tallas, excepto en la que había en la Biblioteca MacMillan, era una mujer negra, usualmente plasmada con las manos y pies de un leopardo. Lo mismo sucedía con Macha y Eresh—Kigal.

El único otro nombre de su lista era el de Shareen D'Amato. Hice que la computadora de la biblioteca de Lejano Londres accediera a la de Peloran III. Su respuesta fue breve pero fascinante:

D'AMATO, SHAREEN. FECHA DE NACIMIENTO, DESCONOCIDA. FECHA DE FALLECIMIENTO, DESCONOCIDA. SOLICITÓ NACIONALIDAD DE BANTHOR III, PERO BANTHOR III CARECE DE SU REGISTRO.

—¡Aguarda! —exclamé excitado—. ¿Quieres decir que Shareen D'Amato existió de verdad?

Sí.

—¿Cuándo y dónde?

COMO HE EXPLICADO, NO SE DISPONE DE UNA BIOGRAFÍA COMPLETA DE SHAREEN D'AMATO.

—Dame los hechos que poseas.

FUF LA CONSORTE DE JEBEDIAH PERKINS DESDE EL 3222 E.G. AL 3224 F..G.

—¿Es todo lo que sabes de ella?

Sí.

—¿Cuándo se pintó su retrato?

EL 3223 E.G.

—¿Lo hizo Perkins?

Sí.

—Dame los datos biográficos de Perkins.

JEBEDIAH PERKINS, NACIDO EL 3193 E.G., PILOTO DE NAVES ESPACIALES EN LAS INDUSTRIAS KARANGA DESDE EL 3215 AL 3219 E.G., PILOTO DEL CARTEL BONWIT DESDE EL 3219 AL 3222 E.G, PILOTO DE LA CORPORACIÓN FALCON DEL 3222 AL 3224 F.G., MURIÓ EL 3224 E.G. MIENTRAS LLEVABA UNA NAVE LLENA DE OBSERVADORES CIENTÍFICOS A LA PROXIMIDAD DE LA SUPERNOVA QUTNTBAR.

—¿Se acercó demasiado? —pregunté.

DESCONOCIDO.

—¿Se hallaba Shareen D'Amato a bordo de la nave?

DESCONOCIDO. POR LO GENERAL, SE SUPONE QUE SÍ, PERO NO EXISTEN DATOS VERIFICABLES.

—¿Se tomó alguna vez una fotografía o un holograma de Shareen D'Amato?

DESCONOCIDO.

—¿Por qué se cree que su espectro vaga por el cementerio de los astronautas de Peloran VII?

DESCONOCIDO.

—¿Ha declarado alguien haberla visto alguna vez allí?

DESCONOCIDO.

—Gracias —dije, cortando la conexión.

Era frustrante que la computadora pudiera proporcionarme tan poca información; sin embargo, el único dato positivo que me había dado era fascinante. A diferencia del resto de las diosas y figuras—mitos, Shareen D'Amato había existido de verdad y, posiblemente, había posado para el retrato que ahora colgaba en uno de los museos de arte de Peloran VII.

En la biblioteca encontré una cabina de vidfono y llamé a Abercrombie para contarle mi descubrimiento.

—Interesante —dijo después de activar el vidfono y escuchar mi información—. ¿Qué museo es propietario de la pintura?

—Podré averiguarlo esta tarde —contesté—. Sin embargo, lo fascinante es que ella existió de verdad.

Sacudió la cabeza.

—Lo dudo.

—Pero la computadora dijo...

—La computadora se equivoca —me interrumpió—. Si nació en el Tercer Milenio de la Era Galáctica, ¿cómo demonios apareció su imagen en todas esas pinturas, hologramas y estatuas anteriores?

No lo había pensado; por lo tanto, no tenía ninguna respuesta que darle.

—Empieza a usar tu cerebro, Leonardo —continuó—. Si esta mujer, D'Amato, existió de verdad, entonces la pintura es una aberración.

—Puedo investigarla más detenidamente —sugerí.

—¿Cómo? —preguntó con desprecio—. Tu mejor apuesta era Peloran VII, y la computadora de allí ya te ha dicho todo lo que sabe. —Hizo una pausa—. Mira... no quiero escribir una tesis erudita sobre la mujer. Te contraté para localizar sus retratos, no para contarme que se unió con algún piloto de naves espaciales hace más de mil quinientos años. Y ahora encuentra la pintura y averigua cuánto quieren por ella.

—Sí, señor Abercrombie —dije.

Me miró fijamente.

—De paso, nunca oí hablar de ese Jebediah Perkins. ¿Cómo descubriste que él la había pintado?

—Me lo contó Reuben Venzia.

—¡Venzia! —repitió, adelantando el torso con interés—. ¿Has terminado de investigarle?

—Aún no he empezado —contesté—. Él me buscó hace dos semanas y me ofreció información acerca de la mujer que aparece en las pinturas. —Callé un instante—. Hasta ahora, todo lo que me ha dicho ha sido verificado.

Entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Y qué le diste tú a cambio?

—Absolutamente nada, señor Abercrombie —contesté con sinceridad.

—¡Nadie da algo por nada! —restalló—. Exactamente, ¿qué le prometiste? ¿Pinturas de *mi* modelo?

—Nada —repetí, escandalizado—. Me pidió cierta información específica relacionada con

futuras subastas de arte, pero yo me negué a divulgarla o a ayudarlo de alguna manera.

—¿Qué clase de información? —insistió.

—Referente a los retratos de la modelo que usted colecciona.

—¿Y él te dio todos esos datos sobre las pinturas después de que rehusaras ayudarle? —preguntó con abierta incredulidad.

—Así es —dije—. Está interesado sólo en la dama. No le importan las obras.

—¿Que no le importan? —aulló—. ¡Ofreció 350.000 créditos por la pintura de Kilcullen, mentiroso bastardo con franjas de tigre!

—Pero no tenía intención de comprarla —expliqué.

—¿Es que te parezco muy estúpido? —inquirió Abercrombie con frialdad.

—Dijo que sólo intentaba...

De repente, me di cuenta de que la pantalla estaba en blanco y que hablaba con un vidfono desactivado. Lo comprobé para cerciorarme de que no se había cortado al azar; luego, experimentando una sorprendente sensación de júbilo, regresé a la computadora. Me molestaba haber irritado al señor Abercrombie, desde luego, pero también me aliviaba saber que podría continuar con mis investigaciones en vez de tener que ir a su casa para explicarle en detalle lo que había averiguado. (No es que no se lo hubiera podido relatar fácilmente por vidfono o incluso por computadora; sin embargo, él prefería que sus empleados le vieran en persona, lo cual, para mí, carecía de sentido, ya que en cuanto aparecía por su casa, por lo general me ignoraba durante horas, y luego insistía en que le resumiera todo lo que tenía que discutir en una o dos frases breves.)

Me pasé las siguientes tres horas haciendo que la computadora de la biblioteca comprobara diversas fuentes para obtener más información acerca de Shareen D'Amato; sin embargo, no fue capaz de añadir nada sustancial, aunque me proporcionó ciertas leyendas románticas sobre su fantasma, que, supuestamente, vagaba por el cementerio y recibía a los espectros de los astronautas muertos, ofreciéndoles bebida y satisfacción sexual en su camino a la siguiente vida.

Luego, cuando ya estaba a punto de marcharme de la biblioteca para ir a alimentarme, la computadora volvió a la vida.

—En mi ininterrumpida búsqueda de datos, he dado con un libro que contiene material sobre Brian McGmnis —anunció.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En una pequeña biblioteca local en Agüella VIL

—Agüella VII no es una colonia humana —comenté—. Me pregunto cómo fue a parar hasta allí un libro sobre un botánico africano.

—El libro no trata sobre McGinnis, sino sobre los primeros días de la colonización británica de Uganda —contestó la computadora—. Fue donado, junto con 308 volúmenes más que hablan de Uganda, por Jora Nagata, un ingeniero estructural de antepasados ugandeses que emigró a Agüella VII en el 2167 E.G. y trabajó en varios proyectos como consejero del gobierno aguellano.

—¿Puedo acceder al libro? —quise saber.

—He transferido las secciones pertinentes a mi memoria y las reproduciré en la pantalla —respondió.

Siguieron unas mil quinientas palabras sobre McGinnis, cuyo primer reclamo a la fama parecía consistir en que, en ciertas ocasiones, mostraba más valor que inteligencia en su trato con la fauna local. Una vez, por el sencillo método de gritar y agitar un pañuelo blanco en el aire, desvió la estampida de una manada de búfalos en dirección a un pueblo nativo en el que se encontraba de visita. En muchas ocasiones se adentraba en la selva solo y desarmado con el

fin de observar a diferentes carnívoros. Ni siquiera se mencionaba su descubrimiento de dos nuevos tipos de orquídeas, una de las cuales llevaba su nombre.

—¿Eso es todo? —pregunté cuando terminé la lectura.

—Es todo el texto escrito.

—Lo dices como si hubiera algo más.

—Hay una fotografía de Brian McGinnis.

—Por favor, déjame verla.

Súbitamente, la pantalla se llenó con la fotografía de tonalidad sepia de un hombre joven, vestido con pantalones cortos y camisa de mangas cortas, el rifle acunado en sus brazos, una expresión de enorme orgullo en la cara, erguido con un pie apoyado sobre el cuello de un gran gato con manchas que, según el epígrafe, se creía que era un devorador de hombres. Detrás de él había cuatro figuras de pie: tres tenían la piel oscura, sin duda alguna sus ayudantes o colegas. La cuarta, que era una mujer, exhibía una piel pálida, *y* supe de quién se trataba incluso antes de pedirle a la computadora que aumentara la imagen, ya que sólo ella iba vestida de negro, a pesar de lo que yo había leído sobre el intenso calor y la luz con los que uno se encuentra en la zona ecuatorial de la Tierra.

Era *ella.* Tenía los mismos ojos tristes, los mismos pómulos sobresalientes, incluso el mismo peinado.

—¿Quién es la mujer? —pregunté.

—No puedo responderle —dijo la computadora—. No se la menciona en el libro, y no está identificada en la fotografía.

—¿La reconoces?

—Es la modelo de los retratos que usted busca.

—¿Por qué no me hablaste de esta fotografía?

—Usted especificó que sólo tenía interés en las obras de arte, y así como algunas fotografías pueden ser calificadas de arte, según mi mejor criterio esta fotografía es esencialmente un documento gráfico.

—Ahora estoy interesado en todas las fotografías en que aparezca la mujer, igual que en las obras de arte —afirmé—. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Contienen otras tus bancos de memoria? —insistí.

—No.

—Quiero que vuelvas a acceder a todas las computadoras de las bibliotecas que ya has contactado en mi nombre y que determines si alguna tiene fotografías de la mujer; luego, prosigue su búsqueda entre las computadoras a las que aún no has accedido. —Callé un instante—. Empieza con la biblioteca de Peloran VII y mira si posee alguna fotografía u holograma de Shareen D'Amato.

—¿Alguna otra instrucción?

—No. Lan pronto como obtengas más datos, puedes contactar conmigo en mi hotel o en la residencia de Malcolm Abercrombie.

Salí del cubículo, me dirigí a la cabina del vidfono y realicé una llamada a Abercrombie para contarle lo que había averiguado... y también saber su opinión, ya que ahora disponía de pruebas de que su mujer misteriosa había vivido a principios del siglo veinte d.C., unos dos mil años *después* de que su imagen empezara a aparecer en diversas obras de arte humanas. Sabía que la ciencia de la clonación era inexistente antes de la época de la fotografía; sin embargo, era incapaz de formular otra explicación lógica que abarcara todos los hechos que había acumulado hasta ahora.

Librodot

No obtuve respuesta, y, dando por supuesto que estaría dormido u ocupado con su computadora, decidí que bien podía ir a su casa, ya que sin duda demandaría mi presencia en el momento que contactara con él. Me marché de la biblioteca a regañadientes, pues tenía la certeza de que una fotografía u holograma de Shareen D'Amato debía existir en alguna parte de la Oligarquía, y estaba insoportablemente ansioso por verla; no obstante, me di cuenta de que a la computadora le llevaría un considerable período de tiempo buscar en la red, así que llegué a la conclusión que cuanto más pronto me fuera, antes podría regresar.

Me llevó unos cuarenta minutos llegar a la residencia de Abercrombie, pues las calles estaban atestadas con el tráfico del mediodía y yo me demoré entre la pina de cuerpos, disfrutando con la sensación de calor y seguridad que, inadvertidamente, me proporcionaban. Por fin, llegué a las afueras de la ciudad, y momentos después me planté en el sendero automático que conducía a la mansión de Abercrombie.

—Por favor, identifiqúese —pidió la voz mecánica del sistema de seguridad.

—Soy Leonardo.

—¿Tiene una cita?

—No necesito una cita —contesté, sorprendido por la pregunta—. Trabajo para el señor Abercrombie.

—No hay registro de un empleado actual que se llame Leonardo.

—Ls ridículo. Estuve aquí hace dos días.

—Hace dos días usted trabajaba para el señor Abercrombie —declaró la voz—. Esta tarde no.

—Debe haber algún error —dije incómodo—. Por favor, comprueba una vez más tus registros.

—Comprobando... Usted no está empleado con el señor Abercrombie.

—Por favor, déjame hablar con él —pedí.

—Su última orden es que no hablará con extraños.

—¡Pero yo *no* soy un extraño! —protesté.

—Mi programa me prohibe contactar con él en su nombre.

—Entonces, me acercaré a la casa y hablaré con él en persona —dije, avanzando un paso.

—No puedo permitir la entrada de personal no autorizado —dijo la voz—. Por favor, retroceda. En cinco segundos el sendero poseerá una carga eléctrica letal. Cuatro. Tres. Dos.

Retrocedí rápidamente.

—El sendero ahora es infranqueable —anunció—. Por favor, no se acerque a la casa por el césped, ya que se han tomado las medidas pertinentes para impedir su acceso.

—¿Lo has comprendido, bastardo alienígena chaquetero? —atronó la voz amplificada de Abercrombie.

—Señor Abercrombie, ¿qué significa todo esto? —pregunté, confundido y asustado.

—Que cuando contrato a alguien, incluso alguien como tú, ¡espero su lealtad!

—Le he dado mi completa lealtad —respondí.

—¡Te pagué para que me consiguieras el historial de ese hijo de puta, no para que te unieras a él! —rugió.

—No me he unido a él —expliqué—. El me buscó y yo rechacé su proposición.

—Entonces, ¿por qué me la ocultaste?

—No oculté nada.

—¡Una mierda! ¡Te encontraste con él hace dos semanas, y yo todavía no sabría nada al respecto si no se te hubiera escapado!

—Me pareció demasiado trivial para mencionarlo —dije—. El solicitó mi ayuda y yo se la negué.

—Deberías haberte ido con él cuando tuviste la oportunidad —declaró—. Ahora es demasiado tarde.

—No entiendo lo que dice, señor Abercrombie.

—¡Nadie traiciona a Malcolm Abercrombie! Te pagué diez veces más de lo que vales para que me ayudaras a conseguir la única cosa que quiero en el universo, y en cuanto te pierdo de vista empiezas a coquetear con esa pequeña verruga de Venzia. Me lo tengo merecido por confiar en un alienígena. Es un maldito error que no pienso repetir jamás.

—Está malinterpretando todo lo que le he dicho, señor Abercrombie.

—¡Estoy interpretando bien lo que no has tenido las agallas de decirme!

—Si tan sólo pudiera hablar con usted en persona... —supliqué.

—Ya he visto de ti más de lo que me interesa —contestó—. Y ahora lárgate de mi propiedad

—¡Pero se trata de un malentendido! —insistí—. ¡Le imploro que me brinde la oportunidad de explicarlo!

—Se ha acabado —dijo—. Ya le he notificado a las Galerías Clairborne y a la Casa de Crsthionn que he dado por finalizado tu trabajo debido a tu deslealtad. Y ahora, a menos que quieras que te denuncie a la policía por la invasión de mi propiedad, creo que será mejor que te arrastres de vuelta al agujero del que has salido.

—¿Se lo ha contado a la *Casa?* —repetí en el momento en que el impacto de lo que había dicho me golpeó.

—Ya me has oído.

—¿La *Casa?* —pregunté de nuevo, con las extremidades tan entumecidas que apenas era capaz de mantener mi equilibrio.

No obtuve respuesta.

—Pero, ¿por qué? —insistí, todavía atontado—. Le he servido con lealtad. Le he conseguido sus retratos. No le he traicionado. Tiene todo lo que podría querer. ¿Por qué hizo algo así?

—Porque no obtuve aquello por lo que pagué.

—¡Sí que lo obtuvo! Fui a Nuevo Rodesia y a...

—¡Pagué por tu lealtad!

—Y la recibió. Ha estado demasiado tiempo solo y ve enemigos por todas partes; pero no tiene ninguno.

—Yo juzgaré eso. Y cuando acabe con ese pequeño bastardo de Venzia —prometió—, ¡serás *tú* quien deseará no tener enemigos!

—Pero...

—Si pasados treinta segundos sigues en mi propiedad, voy a llamar a la policía.

Y así, humillado y desgraciado, regresé a mi cuarto vacío, más aislado de lo que nunca lo había estado en mi vida.

Quizá empecé unas veinte veces a escribirle a mi Madre de Patrón para explicarle la situación y la interpretación paranoide de Abercrombie; sin embargo, en cada ocasión no conseguí pasar de dos o tres líneas antes de parar. Sencillamente, no había manera alguna de explicar o disculpar el hecho de mi cese. La deshonra personal habría sido bastante reprobable, pero yo había deshonrado a la Casa, tal vez a toda la raza Bjornn.

El suicidio parecía el único curso de acción; no obstante, en ese momento el suicidio quizá llevara una deshonra aún mayor a la Casa de Crsthionn, ya que, oficialmente, todavía me

encontraba en un programa de intercambio con las Galerías Clairborne y tenía compromisos que cumplir. En verdad, necesitaba la guía ética de mi Madre de Patrón; pero como era a ella a quien había deshonrado, no me atreví a pedírsela.

Por último, decidí que presentaría mi dimisión en cuanto Tai Chong abriera la galería a la mañana siguiente y, en el momento en que la aceptara, regresaría a mi cuarto y encontraría el olvido que tanto anhelaba ahora.

SEGUNDA PARTE
EL HOMBRE QUE LO ROBABA TODO

7

POR LA MAÑANA FUI A LAS GALERÍAS CLAIRBORNE y solicité una audiencia con Tai Chong. Mientras esperaba para verla, no dejé de andar nervioso por la zona pública de exposiciones, observando las distintas obras sin verlas en realidad. Después de que transcurrieran unos minutos sin que ella me hubiera llamado a su despacho, me dirigí a la parte de atrás de la galería, me senté a mi escritorio y contemplé los datos que se habían acumulado en el fichero de mi computadora sin leerlos. Un momento más tarde, Héctor Rayburn se me acercó con una sonrisa divertida en la cara.

—He oído que Abercrombie te despidió —comentó.

—Es verdad, Amigo Héctor —confirmé.

—Bueno, duraste más tiempo del que ninguno de nosotros habría pensado —continuó—. Bienvenido al trabajo.

—Sólo he regresado para ver a Tai Chong.

—¿Oh? ¿Es que vas a volver a Bjornn?

—Mi mundo es Benitarus II. Mi *pueblo* son los Bjornn.

—Es lo mismo —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Irás allí?

—No, Amigo Héctor —contesté con sinceridad, ya que no se permite que los deshonrados sean enterrados en Benitarus II.

Pareció perder interés en mi futuro.

—¿Cómo es Abercrombie? —preguntó ansioso—. ¿Es tan rico y loco como cuentan?

—Es bastante rico, Amigo Héctor —dije, espiando un momento la puerta cerrada del despacho de Tai Chong—, No soy competente para analizar su estado mental.

—¿Le encontraste alguna pintura de esa mujer? —Unas pocas —respondí. Me miró con fijeza.

—¿Qué te pasa hoy, Leonardo? Por lo general no paras de hablar y de hacer preguntas... e incluso me resulta difícil seguirte. Actúas como si hubieras perdido a tu mejor amígo.

—He sido Avergonzado.

—¿Cómo?

—Malcolm Abercrombie me despidió por deslealtad —dije, y mi color reflejó mi humillación.

—¿Y qué? —comentó Rayburn—. Yo he sido despedido tres veces, y, probablemente, me despedirán otras cinco más. Es un riesgo del trabajo, eso es todo. Cuando sucede te tomas una copa, echas un polvo y lo olvidas. —Se detuvo—. Demonios, ní siquiera tienes que ir a buscar otro empleo. Todavía tienes uno con Clairborne.

—No es tan sencillo, Amigo Héctor.

—Es así de sencillo, Leonardo —respondió—. Lo que sucede es que vosotros, los Bjornn, no tenéis la perspectiva adecuada.

—Pero es *nuestra* perspectiva —repliqué—, y es con la que yo debo vivir. Mi computadora nos interrumpió para informarme que Tai Chong ya estaba preparada pafa recibirme.

—Mira —comentó Rayburn—, en cuanto acabes con ella, pasa por mi escritorio y saldremos a echar una cana al aire. Conozco un lugar pequeño a unas tres manzanas de Aquí que sirve a *todo* el mundo. —Sonrió—. Invito yo.

—Te agradezco la oferta y tu amistad, Amigo Héctor —dije, poniéndome de pie—, pero debo rehusar—. Se encogió de hombros.

—Bueno, si cambias de parecer, házmelo saber.

Le prometí que así lo haría. Después me dirigí al despacho de Tai Chong, me planté delante del sensor para que me identificara y entré en la oficina en cuanto la puerta se deslizó a un lado.

—Leonardo —saludó, incorporándose y acercándose a mí para cogerme la mano—, ¡Lamento tanto esta confusión!

—La culpa es mía, Gran Dama —afirmé—. He deshonrado a las Calerías Clairborne y a la Casa de Crsthionn.

— Tonterías —dijo, descartando mi confesión—. Ese fanático consiguió reunir menos de treinta pinturas en un cuarto de siglo. ¡Tú le encontraste dos en un mes y tuvo la temeridad de despedirte!

Permanecí inmóvil durante un momento, tratando de asimilar lo que ella había dicho. Por último, conseguí hablar.

—¿He de entender que no estás enfadada conmigo, Gran Dama?

—Por supuesto que no.

—Pero fui despedido.

—Sin causa.

—Fue por hablar con Reuben Venzia.

—La libertad de palabra y la libertad de asociación son un par de derechos universales que parecen haber escapado a la atención de Malcolm Abercrombie —declaró con desprecio. Señaló su vidfono—. Estaba enfrascada en el proceso de recordárselos cuando llegaste hace unos minutos.

—No debes enemistarte con él por mi culpa, Gran Dama —indiqué, mientras mi color reflejaba mi angustia.

—Lo hice por Clairborne —contestó con firmeza—. ¡*Nadie* va por ahí abusando de *mis* empleados!

—Es de lo que deseo hablarte.

—¿De mi charla con Abercrombie?

—No. De mi posición como uno de tus empleados.

—Claro que eres uno de mis empleados —garantizó.

—He venido para presentar mi dimisión.

Se mostró sorprendida.

—¿Tu dimisión? ¿De qué estás hablando, Leonardo?

—He deshonrado a mi Casa.

—*No* lo has hecho.

—Procedemos de culturas diferentes, y no tendría sentido que lo discutiera contigo, Gran Dama —declaré.

—Entonces, no lo discutas.

—No lo haré. Sin embargo, debo insistir en que aceptes mi dimisión.

—¿Has solicitado otro trabajo? —preguntó de repente.

—No, Gran Dama.

Se relajó un poco.

—¿Qué harás si acepto tu dimisión? ¿Regresar a tu Casa?

—Realizaré el ritual del suicidio.

—¿Que harás *qué?,* —preguntó con una expresión de sobresalto.

—Me quitaré la vida para lavar el deshonor que he llevado a la Casa de Crsthionn.

—¿Sólo porque te despidieron? —preguntó con incredulidad.

—Sí.

—¡Eso es una locura!

—Para un humano, quizá —contesté con calma—. Pero para un Bjornn es lo adecuado y lo que se espera.

Sacudió la cabeza con vigor.

—No puedo permitir que te mates, Leonardo.

—No es decisión tuya, Gran Dama.

—Discutámoslo tranquila y racionalmente —dijo, aturdida.

—No es mi intención ofenderte, Gran Dama, pero preferiría que aceptaras mi dimisión sin demora alguna, ya que debo escribirle a mi Madre de Patrón y ordenar algunos asuntos personales antes de llevar a cabo el ritual.

Me miró en silencio durante un momento. Entonces, una expresión de comprensión cruzó fugazmente su rostro. Se aclaró la garganta y habló:

—Podrías haberte quitado la vida anoche —empezó, escuchando con atención sus propias palabras, como si cada frase la condujera a la siguiente—. Podrías haberlo hecho esta mañana. Sin embargo, primero viniste a mi despacho, e insistes en que acepte tu dimisión. —Calló y me miró fijamente a los ojos—. ;Y si no la acepto, Leonardo?

—Jamás se me ocurrió que no honraras mi solicitud, Gran Dama.

—Tu Casa ha firmado un contrato de intercambio con Clairborne —dijo por fin, sin dejar de observarme—. Tu *Casa* —repitió despacio, recalcando la palabra—, no tú. ¿Y si insisto en que respetes ese acuerdo?

Suspiré.

—Si rechazas mi dimisión, entonces tendré que cumplir la obligación que une a mi Casa contigo.

—¿Y no te matarás?

—No realizaré el ritual hasta que dicha obligación termine.

—Pues no acepto tu dimisión —afirmó con decisión.

—Eres una mujer muy inteligente —dije con pesadumbre.

—Y tú eres un empleado muy vivo de las Galerías Clairborne —contestó con una sonrisa de alivio—. Al menos, por los próximos diez meses.

—Nueve meses y veintitrés días —la corregí.

—Volveremos a hablar de ello cuando los dos nos encontremos en mejor estado de ánimo. —Respiró profundamente, como si de momento descartara el tema—. Mientras tanto, vuelves a trabajar para Malcolm Abercrombie.

—Nunca me readmitirá.

Ella exhibió una sonrisa triunfal.

—Ya lo ha hecho.

—Pero, ¿por qué?

Alzó el neoueño holograma de una pintura.

—¿Te resulta familiar la modelo?

Lo observé. Era el retrato de la misteriosa mujer de Abercrombie.

—La reconozco —contesté—. Sin embargo, nunca había visto la pintura.

—Nadie de Lejano Londres la ha visto. —Hizo una pausa—. Cuando Abercrombie me llamó ayer para informarme de que te había despedido, yo, por supuesto, exigí saber el motivo. En cuanto averigüé que Venzia se había acercado a ti, se me ocurrió que no lo habría hecho a menos que creyera que tú tenías algo, o podías obtener algo, que él necesitaba. Así que pasé unas cuantas horas repasando los folletos electrónicos que recibimos cada semana sobre las próximas subastas y ventas privadas, y descubrí *esto.* —Indicó el holograma—. ¿Es lo que quiere?

—Sólo la información, Gran Dama —dije—. No la pintura en sí misma. Colecciona información de la mujer igual que Abercrombie colecciona sus retratos.

—Me pregunto por qué.

—No lo sé, Gran Dama.

Guardó silencio, como si estuviera pensando en el interés de Venzia; luego se encogió de hombros.

—En cualquier caso, este retrato lo vende Valentine Heath, un coleccionista con el que hemos tratado algunas veces en el pasado. Antes que pasar por las molestias y la incertidumbre de una subasta, prefiere vendernos directamente a nosotros. Cuando entraste, le estaba diciendo a Abercrombie que habíamos localizado otro retrato de su dama, y que la condición de que lo adquiriéramos era que te volviera a contratar y que se disculpara por escrito ante ti, Clairborne y la Casa de Crsthionn.

—Es un hombre orgulloso —comenté—. Seguro que no aceptó tus términos.

—También es un hombre *obsesionado* —indicó.

—¿Aceptó?

—Aceptó —sonrió—. Vuelves a trabajar para él.

—¡Pero no quiero hacerlo! —exclamé, sorprendiéndome con mi audacia.

—Sin duda es preferible al suicidio.

—El suicidio es honorable —declaré—. No hay nada honorable en trabajar para un hombre que me desprecia y me considera un mentiroso.

—Demuéstrale que se equivoca.

—Pero...

—Mira, Leonardo —interrumpió—. Héctor se burla de mí porque siempre estoy haciendo campaña a favor de nuestros hermanos alienígenas, y, en cierto aspecto, tiene razón: pronuncio muchos discursos y participo en muchas marchas; sin embargo, jamás consigo nada tangible. Bueno, ésta es mi oportunidad de *hacer* algo y de enseñarle a un hombre muy desagradable una lección muy desagradable al mismo tiempo. —Calló y me sonrió—, Y el hecho de que tú seas un empleado de Clairborne hará que sea más dulce.

—Pero, ¿no podría alguna otra persona ir a trabajar para el señor Abercrombie? —pregunté—. No sólo es que sintamos un desagrado mutuo, sino que el motivo de mi presencia aquí es el de aprender vuestra metodología e incrementar mi contacto con diferentes escuelas de arte, cosas que no he hecho desde que empecé a trabajar para él.

Sacudió la cabeza.

—Tú fuiste el despedido; tú eres a quien volverá a contratar. Además, ¿cómo podré defender la igualdad total y no hacerla valer cuando por fin dispongo de la oportunidad? —Juntó las manos delante de ella—. No te muestres tan apesadumbrado, Leonardo. Incluso conseguí que diera unas compensaciones sustanciales para tu Casa.

—¿De verdad?

—Sí. Nadie abusa de *mis* alienígenas.

—Te estoy muy agradecido, Gran Dama —contesté con sinceridad.

—Demuéstralo no matándote —dijo Tai Chong.

—He prometido que no realizaría el ritual mientras trabaje para ti —aseguré.

—¿Aún piensas hacerlo cuando te marches? —inquirió sorprendida—. ¿Aunque haya aceptado readmitirte?

—No lo sé —contesté—. Me hará falta guía ética de mi Madre de Patrón.

—¡Seguro que te dirá que no lo hagas! ¡Tu Casa ahora está recibiendo más dinero que antes!

—Es el dinero de una conciencia culpable.

—¡Tonterías! —restalló—. Es el dinero de un estúpido intransigente que cometió un serio error y tiene que pagar por él.

—Consideraré tu afirmación —comenté sin comprometerme.

—Volveremos a hablar de ello más adelante —prometió. Reinó un silencio incómodo—. Tengo la sensación de que tu entrevista ha terminado, Leonardo.

—Entonces, ¿debo presentarme en este momento ante el señor Abercrombie?

—No. De hecho, ya te he reservado billete a Carlomagno.

—¿A Carlomagno, Gran Dama?

—No me pasa desapercibido lo que sientes hacia el señor Abercrombie —indicó—. Y *alguien* tiene que autentificar la pintura de Valentine Heath. —Se detuvo, inquieta—. No pude comprarte un compartimento de primera clase, Leonardo. Sencillamente, no permitían que lo ocuparas.

—No me ofendo, Gran Dama.

—Bueno, pues yo sí. Para compensarte, te he reservado la Suite Director en el mejor hotel de Carlomagno.

El planeta se encuentra muy cerca del centro de la Oligarquía —dije.

—Sí —contestó, mirándome con ojos inquisitivos.

—Mi especialidad *es* el trabajo del Cúmulo Albión, que se encuentra en el borde de la Frontera Interior. Sin duda, requerirás a otro para autentificar la pintura.

—Según Valentine, sólo tiene dos años de antigüedad —informó—. Tú haz que te presente al artista, y en lo que a mí respecta ya la habrás autentificado.

—Pero no sé cómo estimar su valor, Gran Dama —protesté.

—Es igual. No importa lo que le paguemos a Valentine, obtendremos beneficios cuando se la vendamos de nuevo a Abercrombie.

—Entonces, como tiene dos años y a ti no te importa su valor, ¿por qué enviar a alguien para autentificarla? —pregunté, intrigado.

—Por dos razones. La primera, pretendo pasarle a Abercrombie todos los gastos del viaje... y quiero que permanezcas tiempo en Carlomagno. Tómalo como unas vacaciones pagadas.

—¿Y la segunda razón?

—No sé mucho sobre la mujer que aparece en las pinturas —continuó—. Pero, de acuerdo con la extensa colección de Abercrombie, es obvio que vivió y murió hace mucho tiempo... lo que significa que el artista que pintó el retrato que tiene Heath debió disponer de algún material original. Intenta averiguar qué fue. Si se trata de alguna obra de arte, quizá también esté a la venta y podamos comprarla para Abercrombie. —Calló un instante—. Otra cosa, Leonardo.

—¿Sí, Gran Dama?

—Si Reuben Venzia contacta otra vez contigo, dile que has considerado su oferta y que

estás dispuesto a tratar con él.

—Eso no sería ético.

—Para todos los efectos, ya hemos comprado la pintura de Valentine Heath. No existe manera de que Venzia pueda ponerle las manos encima... pero si dispone de información útil para nosotros, no queremos cortar toda la comunicación con él.

—¿Y qué hay de Malcolm Abercrombie, que precisamente me despidió ayer por lo que tú ahora me ordenas que haga? —pregunté, súbitamente consciente de la ironía de la situación.

—Déjamelo a mí —declaró con sombría determinación. Se puso de pie y me escoltó hasta la puerta—. Todo saldrá bien. —Depositó ciertos documentos en mi mano—. Éste —señaló uno—, es tu Permiso de Trabajo, que te dará acceso a todos los edificios públicos de Carlomagno. Son bastante sofisticados allí, y no creo que nadie te lo pida. Y éste —señaló otro—, es tu Pasaporte Clase B, que te permitirá viajar en un espacio de quinientos años luz de Carlomagno durante un período de treinta días, en caso de que el artista se encuentre en algún mundo próximo. Como no tenemos oficinas en aquel sistema, éste es el código numérico para una línea de crédito que he establecido con la sucursal del Trustees Bank de Carlomagno. Responde a tu registro vocal, ya que tu retina—grama no deja de confundir a los sensores de seguridad. Puedes sacar hasta veinte mil créditos. —Se detuvo—. Es por si Abercrombie se arrepiente y no respeta su compromiso. Supongo que tienes los números de su cuenta y crédito, ¿no?

—Sí, Gran Dama.

—Éste es un holograma de Valentine Heath, de modo que puedas reconocerlo en el espaciopuerto.

—Imagino que será mucho más fácil para él reconocer a un Bjornn que desembarque de una nave humana, Gran Dama.

—Probablemente —acordó—. Pero por si se retrasa, encontrarás su dirección codificada en el reverso. Puedes contactar con él en su casa. —Extrajo un pequeño holograma—Y esto —anunció, pasándomelo—, es una reproducción de la pintura que autentificarás.

Lo estudié un instante.

—Es la misma mujer —dije.

—Lo sé. No se te olvida esa cara cuando ya la has visto.

Volví a mirar la reproducción y observé una extraña escritura en la parte inferior. Parecía casi legible; pero, cuanto más intentaba descifrarla, menos éxito tenía. Por último, se la di a Tai Chong.

—No consigo leer lo que hay escrito debajo, Gran Dama.

—Es una de las fuentes tipográficas más recientes que han empezado a usar en los catálogos —explicó—. Creo que se llama Amares Elegant. Es preciosa, aunque comprendo por qué te resulta difícil de leer. —La contempló—. Dice que el nombre del artista es Sergio Mallachi. ¿Has oído hablar de él?

—No —contesté—. ¿Indica también cuál es el título de la pintura?

—Sí —dijo Tai Chong. Se encogió de hombros—. Resulta más bien extraño, y un poco desconcertante.

—¿Cuál es?

—La Dama Oscura.

8

EL ESPACIOPUERTO DE CARLOMAGNO ME HIZO COMPRENDER el mundo secundario que era Lejano Londres en realidad.

Para empezar, no aterrizamos en el mismo planeta, sino que nos acoplamos a un enorme hangar en órbita, donde un sistema de megafonía público emitía instrucciones para los pasajeros que llegaban, dirigiéndolos a los vuelos de enlace hacia otros mundos, la inspección de aduanas, las instalaciones hoteleras orbitales y las lanzaderas con destino a la superficie del planeta.

En cuanto me cercioré de que Valentine Heath no se encontraba entre la multitud de gente que esperaba en el área de desembarco, fui directamente a la zona aduanera, aguardé hasta que mi equipaje hubiera pasado por el sensor de inspección, hice que me sellaran el pasaporte y monté en una lenta lámina deslizante hasta el muelle de partida de la lanzadera. La siguiente lanzadera planetaria iba a salir casi en una hora, y como la comida a bordo había sido creada teniendo en mente el paladar humano, me dediqué a buscar un restaurante que sirviera a no humanos.

Para mi sorpresa, no pude encontrar ninguno. Los humanos y no humanos se mezclaban por igual en diversos restaurantes, y nadie parecía considerarlo algo inusual. Entré en uno, esperando a medias que me indicaran que los alienígenas o, por lo menos, los Bjornn, no eran bienvenidos... pero al instante me escoltaron a una pequeña mesa situada junto a una de las paredes. Justo detrás de mí había dos Hombres que discutían sobre un evento deportivo mientras tomaban café, y a mi izquierda tenía a dos teroni y a un lodinita. Los teroni estaban comiendo la carne grasienta que era la base de su dieta, mientras que el lodinita masticaba una indefinida masa de materia vegetal.

Apareció el menú —en terrano— en la pantalla de una pequeña computadora que había sobre la mesa y, aunque podía leerlo, solicité una traducción Bjornn sólo para ver qué sucedía. Pasado un momento, me di cuenta de que se trataba de una seria falta de modales por parte de un invitado, pero antes de poder cancelar la orden, la traducción apareció y, como no quería causar más dificultades, pedí una bebida compuesta por pulpas de frutas aplastadas procedentes de las zonas tropicales de Carlomagno. De inmediato surgieron dos columnas en la pantalla, la primera una lista de razas para las que la bebida resultaría dañina físicamente (a tres de ellas —los domarianos, los sett y los emranos— se les advertía que esta particular mezcla de frutas les resultaría potencialmente fatal), y la segunda una lista algo más corta de razas que no padecerían ningún efecto negativo pero cuyos metabolismos harían que la bebida actuara como un intoxicante.

Como los Bjornn no figuraban en ninguna de las dos, ratifiqué la orden, y me fue servida casi en el acto. El siguiente cuarto de hora lo pasé sorbiendo la bebida y disfrutando de la sensación de calor y seguridad que emanaba de los cuerpos de los clientes próximos a mí. Por último, decidí que ya era momento de irme, así que introduje en la computadora el número de crédito de Abercrombie, aguardé hasta que fue confirmado y volví al muelle de la lanzadera.

Una vez allí, de nuevo me impactó la complejidad de Carlomagno. La mayoría de los mundos humanos que había visitado tenían una o, como mucho, dos ciudades grandes, pues el Hombre había asimilado tantos planetas a tanta velocidad que apenas había comenzado a poblarlos. Por lo general, las colonias de éxito comenzaban como ciudades pequeñas que continuaban su expansión a medida que más y más Hombres emigraban a ellas; las que fracasaban, comenzaban y terminaban como simples puestos. Pero, así como había oído hablar de Deluros VIII, con sus diecisiete mil millones de Hombres, y de otros mundos importantes como la Tierra, Spica VI, Terrazane y Sirio V, nunca había estado en un planeta donde el Hombre cubriera más que un porcentaje diminuto de su superficie.

Ahora, sin embargo, me vi inundado por información sobre Carlomagno. Había unas

veinte líneas de diversos colores que surcaban el lustroso suelo del muelle, y a los pasajeros se les instruía para que siguieran el color de la lanzadera que les transportaría hasta su destino: el rojo para Centralia, el púrpura para Blackwater, el dorado para Nueva Johannesburgo, el anaranjado para el Distrito de la Frontera Oriental, y así sucesivamente. La información que tenía era que Valentine Heath vivía en la ciudad de Océana, así que seguí la línea apropiada hacia la lanzadera apropiada.

La nave en sí misma estaba dividida en compartimentos, igual que todas las demás empleadas en el transporte de pasajeros de la Oligarquía, con una cabina de primera clase que contenía unas tres docenas de asientos cómodos creados para la figura humana y, más atrás, las secciones de segunda y tercera clase, divididas en entornos de oxígeno y cloro, atestadas con una miscelánea de asientos capaces de acomodar a cualquiera, desde un castoriano de seis toneladas a un diminuto tretagansi.

Sin embargo, cuando me iba a dirigir a la sección de segunda clase, noté que un canforita se había sentado en la primera fila de la cabina de primera clase, y que un trío de seres de color azul que había entrado justo delante de mí también se preparaba para acomodarse en dicha cabina.

Me volví hacia una mujer uniformada que dirigía el tráfico dentro de la nave.

—Perdóname, Gran dama —dije.

—¿Sí? —contestó.

Señalé un asiento vacío que había inmediatamente delante de mí.

—¿Está permitido?

—¿Está permitido qué?

—¿Se me autoriza a sentarme ahí?

—Por supuesto —dijo—. De hecho, en cuanto activemos los motores, no se le permite ponerse de pie.

—Me refería a la cabina de primera clase, Gran Dama.

—No *hay* división de clases en los vuelos de lanzaderas —declaró.

—Pero la estructura de la cabina es...

—La lanzadera se construyó para ser usada en el sistema Spinot —explicó—. Acabamos de comprarla y todavía no la hemos renovado. Ocupe el asiento que desee.

—Gracias, Gran Dama.

Subí por el pasillo y observé la sección de segunda clase. Se hallaba abarrotada; por lo general, habría entrado de inmediato en busca de un asiento, pero aunque la cabina de primera clase estaba llena a medias, decidí que esta vez viajaría en ella, sólo para experimentar lo que sentían los pasajeros humanos. Fui a un asiento y me sujeté, cerciorándome de que la telaraña de seguridad se desplegaba regularmente por mi cuerpo, al tiempo que me preguntaba qué dirían Abercrombie y mi Madre de Patrón si pudieran verme.

El corto viaje hasta la superficie de Carlomagno fue plácido. Unos pocos momentos después de aterrizar me encontraba ante la puerta de desembarco, buscando con la vista a Valentine Heath. No lo localicé y, por último, me acerqué a una terminal de computadora y pregunté si había dejado un mensaje para mí. No lo había dejado.

Llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era registrarme en mi hotel y tratar de contactar con él después. Con ese propósito, fui hasta la zona de reclamación de equipaje, cogí mis maletas y confirmé mi registro vocal con un representante del Departamento de Policía de Océana.

Cuando salí y me planté bajo el brillante sol de Carlomagno, me vi delante de una fila aparentemente interminable de vehículos. El más cercano se acercó a mi lado y la puerta de atrás se alzó.

—Bienvenido a Océana —dijo el conductor, un humano fornido y calvo que exhibía una sonrisa amistosa—. ¿Adonde quiere ir?

—Deseo que me lleve al Hotel Excelsior, mi buen hombre —solicité en el Dialecto de los Invitados Distinguidos.

—¿Tiene reserva? —inquirió.

—Claro que sí —respondí, entrando en el vehículo con las maletas—. ¿Por qué lo pregunta?

Se encogió de hombros y el aparato se puso en marcha.

—Porque, por lo general, siempre están al límite de su capacidad. Pensé en ahorrarle un viaje si no tenía una reserva.

—Es muy considerado por su parte.

—Es mi trabajo —dijo—. ¿Es su primera visita a Carlomagno?

—Sí.

—Espero que disfrute de su estancia.

—Tengo plena confianza en que así será —contesté, mirando por la ventanilla a una vasta extensión de hierba reseca—. ¿Puedo formularle una pregunta, mi buen amigo?

—Adelante.

—Su hermosa ciudad se llama Océana —indiqué—. ¿Dónde se encuentra el océano?

Se rió.

—No es la época del año.

—No entiendo.

—Sólo estamos a unos trescientos kilómetros al sur del ecuador, así que en vez de un verano y un invierno, tenemos estaciones secas y lluviosas. ¿Ve esa llanura? —preguntó, señalando fuera de la ventanilla.

—Sí.

—Bien, cuando llega la estación lluviosa, se convierte en un lago de casi trescientos kilómetros de ancho y de unos cincuenta centímetros de profundidad. El primer hombre en establecerse aquí vino justo después de las lluvias y creyó que era un océano, así que lo bautizó Océana. Cuando descubrió su metedura de pata, el nombre ya había sido aprobado por el Cuerpo de Pioneros y registrado en el Departamento de Cartografía en Caliban... y habría causado demasiados problemas cambiarlo. —Hizo una pausa—. Esa es la razón por la que el espaciopuerto se encuentra tan lejos de la ciudad. Si estuviera más cerca, quedaría bajo el agua la mitad del año.

—Qué interesante.

—Es más embarazoso que interesante —contestó el conductor con otra risa—. Todavía viene algún turista que reserva sus vacaciones basándose en el nombre.

Llegamos a las afueras de Océana, una metrópolis de relucientes edificios de acero y angulares torres de cristal, de anchas avenidas que atravesaban zonas comerciales y residenciales distribuidas con buen gusto. Finalmente, los racimos de edificios se hicieron más densos y parecieron tocar las frágiles y nebulosas nubes bajas. El vehículo se detuvo.

—Hemos llegado —anunció el conductor.

Realicé el pago de la transacción; luego salí y me acerqué a uno de los seis porteros uniformados, el cual cogió mi equipaje y me escoltó al interior de una zona de recepción relativamente pequeña, rodeada de una plétora de tiendas muy exclusivas. Fui muy consciente del hecho de que sólo había otro no humano a la vista, un ser tripodal que lucía los colores dorado y magenta, con una insignia del hotel; sin embargo, nadie más pareció notarlo, y al rato me vi ascendiendo a la planta sesenta y cuatro en un ascensor expreso.

Una vez allí, bajé por un pasillo corto y bien iluminado hasta llegar a la puerta del extremo. Pronuncié mi nombre, aguardé hasta que se comprobó mi registro vocal y entré en la suite cuando la puerta se deslizó a un costado.

De pie ante el bar, con una copa a medio llenar, había un hombre alto vestido con ropas elegantes y hechas a medida; su cabello era del color de los pastizales de Océana abrasados por el sol y sus ojos rasgados de una tonalidad verde con un ligero toque gris. Al instante lo reconocí como Valentine Heath.

—Pasa y ponte cómodo —invitó con soltura—. Lamento no haber podido ir al espaciopuerto, pero me habría sido imposible reconocerte. Me dijeron que eras un Bjornn.

—Lo soy —contesté.

Se mostró sorprendido.

—En el pasado he conocido a dos y, sin lugar a dudas, no se parecían a ti.

—Seguro que pertenecían a otra Casa.

—Eran verdes y negros, y sus pieles parecían estar cubiertas por interminables patrones de círculos concéntricos.

—Es la Casa de Ilsthni —dije—. Son joyeros.

—Correcto —corroboró con una sonrisa—. Bueno, me alegro de conocerte, Leonardo. Soy Valentine Heath.

—¿Puedo formularle una pregunta, señor Heath? —inquirí. Iba a tratarlo como «Amigo Valentine»; sin embargo, preferí no emplear el Dialecto de Afinidad hasta que fuera capaz de determinar cómo y por qué había conseguido entrar en mi suite.

—Desde luego... llámame Valentine y trátame de tú.

—¿Por qué te encuentras aquí, señor Heath?

—Valentine —me corrigió—. Creí que podrías tener cierta dificultad en localizar mi dirección. Tengo entendido que nunca antes habías venido a Carlomagno, y Océana tiene una red de calles bastante compleja, más una numeración carente de todo sentido.

—Creo que no me he expresado con claridad, señor Heath. ¿Por qué estás aquí, en mi habitación?

—Espero que no me consideres insensible, Leonardo, pero el hotel dispone de cuatro entradas. Temí elegir la equivocada y perderte.

—El cierre de seguridad está conectado a mi registro vocal. ¿Cómo entraste?

—Nunca confíes en los cierres de seguridad, Leonardo —afirmó con una sonrisa—. Cualquier doncella o camarero podría entrar. Si yo fuera tú, dejaría los objetos de valor en la caja fuerte del hotel. ¿Te sirvo una copa?

—No, gracias.

—¿Tal vez algo para comer? El servicio de habitaciones ofrece una amplia selección *y* sirve los platos en diez minutos.

—No, gracias.

—Bueno, entonces, ¿por qué no te relajas y disfrutamos de una placentera visita?

—No estoy cansado —contesté—. Quizá podría ver la pintura ahora.

—Después —dijo—. Primero conozcámonos un poco.

De repente, comencé a sentirme muy incómodo en presencia de un hombre que había atravesado el sistema de seguridad de mi suite y parecía totalmente desinteresado en mostrarme la pintura que yo tenía que evaluar.

—Conozcámonos mientras damos un paseo por tu ciudad —sugerí—. Me resultó muy fascinante durante el trayecto desde el espaciopuerto.

—En realidad, no cobra vida hasta que oscurece —contestó—. Si quieres ver Océana, debes aguardar hasta que se ponga el sol.

No quería alertarle sobre mis temores; no obstante, me resultó imperativo abandonar la suite y rodearme de testigos para lo que fuere que me tuviera preparado.

—Mientras venía en la nave espacial desde Lejano Londres, Amigo Valentine —dije, enfatizando el modo de dirigirme a él—, leí que Océana posee un sobresaliente museo de arte. Si está abierto, tal vez podríamos ir a verlo.

Sacudió la cabeza.

—Debo desilusionarte, Leonardo, pero lo han cerrado por reforma.

—¿Cómo puede ser? —pregunté—. El artículo decía que lo construyeron hace sólo dos años.

—Parece que alguien lo robó hace dos semanas; están instalando un sistema de seguridad más sofisticado. —Se acercó a una silla y se sentó—. Así que, ¿por qué no pasamos la tarde aquí?

Le observé durante un momento en busca de bultos que se marcaran en su ropa y que me indicaran que llevaba un arma. No encontré ninguno; sin embargo, me di cuenta de que tampoco importaba. Era mucho más grande y fuerte que yo.

Haciendo acopio de valor, dije:

—Amigo Valentine, mi equipaje aún no ha llegado. Creo que debería bajar a recepción para cerciorarme de que no lo han mandado a otra parte.

—El portero lo traerá de un momento a otro —me aseguró—. Probablemente lo ha metido en un carro junto con otras maletas y las está repartiendo.

—No obstante, poseo ciertos objetos personales que me son muy queridos.

Señaló la consola del intercom del hotel.

—Si de verdad te preocupan, llama a la recepción y pregunta si ya te han enviado el equipaje.

—Me sentina mucho más seguro si me presentara en persona —anuncié con sinceridad, dando un paso hacia la puerta.

Se encogió de hombros.

—Si estás *tan* preocupado, adelante.

—¿No pretendes detenerme? —balbuceé.

Pareció divertido ante la idea.

—¿Por qué querría detenerte?

—Pensé... esto es, me dio la impresión...—turbado y avergonzado, fui incapaz de formar una frase coherente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó—. Acabas de cambiar de color.

—Es la Tonalidad de la Humillación —expliqué—. Por alguna razón, creí que deseabas mantenerme aquí.

Heath se rió entre dientes.

—Eres libre de ir donde te plazca. —Calló un instante—. Por otro lado, me temo que tendré que abusar de tu hospitalidad hasta que anochezca.

—No lo comprendo.

—En realidad, es muy sencillo —dijo—. La policía me está buscando.

—¿Eres un fugitivo? —exclamé con renovado temor.

—No, sólo un sospechoso.

—Entonces, ¿por qué te ocultas de la policía? —inquirí—. Seguro que el mejor curso de

acción sería presentarte ante ellos y responder con sinceridad sus preguntas.

—Es el mejor camino a seguir si eres inocente —contestó con una sonrisa—. Da la casualidad de que he hecho exactamente lo que ellos creen que hice. De verdad que odio molestarte de esta forma, Leonardo, pero sólo será por unas pocas horas. En cuanto oscurezca, no tendré dificultad en eludirlos.

—¿Mataste a alguien? —pregunté, alejándome de él.

—¡Claro que no! Soy un oportunista, no un asesino.

De repente, se me ocurrió un pensamiento.

—La pintura... ¿es robada?

—Jamás robaría algo tan mundano. En realidad, las pinceladas ya están bastante trilladas.

—Pero, ¿*si* robas pinturas?

Tomó un sorbo de la copa; luego, alzó la vista con una expresión divertida en la cara.

—Haces que suene como si fuera un ladrón de arte, Leonardo.

—¿Lo eres?

—No.

—Durante un momento —comenté, relajándome algo, aunque aún preparado para retroceder—, creí que podías ser el responsable del cierre del museo.

—Lo soy—contestó con calma.

—¡Si acabas de decir que no eres un ladrón de arte!

—«Ladrón de arte» es una descripción demasiado limitada. También robo joyas y otros objetos hermosos. Prefiero considerarme un maestro criminal. Suena más profesional.

—¿Por qué me lo cuentas? —quise saber.

—Porque te estoy imponiendo mi presencia a tu hospitalidad, y porque en Carlomagno un alienígena no puede atestiguar contra un ser humano.

—Pero puedo contarle a la policía lo que sé.

Se encogió de hombros.

—Ya saben lo que he hecho. Sin embargo, probarlo es muy distinto. —Me sonrió—. Además vamos a ser amigos, y eso, decididamente, sería un acto muy poco amistoso.

—No puedo ser amigo de un ladrón —afirmé.

—Claro que sí. En realidad soy una persona muy agradable. De hecho, es mi oficio. Sin esa característica me sería mucho más dura la profesión que he elegido.

—Pero, ¿por qué un ladrón?

—Es culpa de mis padres. Personalmente, yo me veo como una víctima en vez de un ladrón.

—¿Qué tienen que ver en ello tus padres?

—Gastaban demasiado dinero. —Acabó la bebida y adelantó el torso—. Verás, los Heath han sido una ramilla adinerada durante más generaciones de las que te puedas imaginar y, por supuesto, ningún Heath se agacharía jamas para trabajar con el fin de mantenerse. Mi propia educación no me preparó para hacer otra cosa que no fuera dilapidar la fortuna de la familia... así que serás capaz cíe imaginar mi desilusión cuando descubrí que el gusto de mi padre por las mujeres y la pasión de mi madre por el juego me habían dejado casi nada que dilapidar. —Calló un instante—. Carecía de cualificación alguna para ocupar incluso el puesto más bajo... Sin embargo, tengo un sentido del gusto cultivado y exquisitamente desarrollado, y como me educaron para esperar ciertas amenidades de la vida, resultó natural que me inclinara por la única profesión que, temperamentalmente, cuadra conmigo.

—¿Qué te hace temperamenralmente adecuado para ser un criminal? —pregunté.

—Igual que todos los niños mimados, me educaron, claro está, sólo para preocuparme de mí mismo —contestó—. Si respetara los derechos de otras personas sufriría unos enormes conflictos morales cada vez que ejecutara mi vocación. Afortunadamente, no padezco de semejantes remordimientos y, por supuesto, si no fuera por las personas como yo, la industria de los seguros pronto caería en una seria recesión. De modo que a mi manera estoy beneficiando a la economía.

—Sabía que había ladrones en algunas sociedades alienígenas —comenté—, pero jamás pensé que conocería a uno que se enorgulleciera tanto de su trabajo.

—¿Por qué no estar orgulloso de lo que hago? Es una forma de arte, y sin ninguna duda soy mejor ladrón que Sergio Mallachi pintor.

—Me siento en la obligación de indicarte que no llevo dinero en efectivo —comenté.

—Jamás robo efectivo —contestó con desdén—. Es mucho más fácil rastrear los números de serie.

—Es mucho más fácil rastrear una pintura robada —declaré.

—¡Ahí —Sonrió—. No obstante, la gente *gasta* dinero. Guardan sus tesoros de arte bajo llave. El truco radica en robar cosas que sean tan famosas que sus nuevos propietarios jamás las expongan en público. Es el motivo por el que trato con coleccionistas y la razón por la que no voy a las subastas públicas. —Se detuvo, pensativo—. Por supuesto, me cercioro de suministrarle a los coleccionistas *cualquier cosa* que deseen, incluyendo obras de arte adquiridas por medios honestos. Con frecuencia actúo como intermediario para ellos, y, en ocasiones, hago de consultor para clientes que tienen abundancia de riqueza y ausencia de gusto. Por lo general, arreglo que compren pinturas como *esa* —señaló un cuadro abstracto excepcionalmente malo que colgaba detrás del sofá.

—Pero, si adquiriste la pintura de Mallachi de forma honesta, podrías haberla subastado —afirmé.

—Entonces la gente querría saber por qué no subasto todo —contestó—. La consistencia puede que sea el rasgo de las mentes pequeñas; no obstante, la inconsistencia tiende a atraer la atención de las computadoras de la policía.

—Ni siquiera sé si debería estar hablando contigo —comenté incómodo, consciente del hecho de que había sido cautivado por sus modales y de que mi miedo y aprensión casi se habían desvanecido—. Tú representas la inmoralidad, el desorden y el deshonor.

—Sobrestimas mi importancia, Leonardo —contestó con afabilidad—. Sólo soy un oportunista en busca de oportunidades, nada más. En todo caso, deberías sentir cierta simpatía por mí; trabajo más duramente que cualquier Heath en los últimos quinientos años, haciendo todo lo posible por restaurar la diezmada riqueza de la familia. —Calló y pareció escrutar su entorno por primera vez—. ¡Dios, qué gusto espantoso tuvo el decorador! ¡Unas paredes desnudas habrían sido mejores que este horrible empapelado metálico! —Sacudió la cabeza—. Apuesto a que han colgado cuadros deportivos en el dormitorio.

—¿Qué robaste del museo? —pregunté.

—Sólo una pieza —contestó, encogiéndose de hombros—. Nunca creerías que la policía se iba a molestar tanto por una obra de arte, ¿verdad?

—Depende de cuál sea.

—Una escultura Morita —declaró.

—¡Una Morita! —exclamé.

Asintió, mostrándose bastante satisfecho consigo mismo.

—Una de las más innovadoras.

—¡Seguro que la policía la encontrará cuando registre tu casa!

—Depende de la casa que registren —contestó Heath despreocupado—. Tengo once, todas

bajo nombres diferentes, y sólo tres en Carlomagno. ¿Te importa si me sirvo otra copa? —Se puso de pie y se dirigió al bar—. ¿De verdad que no quieres una?

—No.

—Como desees. —Volvió a sonreír—. ¿Dónde están mis modales? ¿Puedo pedirte alguna bebida Bjornn nativa? El servicio de habitaciones dispone de una adecuada selección.

—No tengo sed, gracias.

Justo en ese momento el portero llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Heath en voz alta; la puerta se abrió un instante después—. Coloque todo en el dormitorio —ordenó, indicándole al hombre la habitación y dándole una propina cuando se marchó.

—Gracias, señor Leonardo. Que disfrute su estancia en Océana.

—Seguro que lo haré —respondió Heath.

—Pero *yo* soy Leonardo —dije cuando la puerta se cerró.

—Cierto —acordó Heath—. Sin embargo, es más factible que sea *yo* quien necesite una coartada.

—¿Para qué?

—¿Quién lo sabe? El día aún es joven.

—Eres una persona absolutamente reprobable.

Sonrió.

—Pero encantadora. Papá Heath siempre dijo que si no podías cultivar una fortuna, debías, por lo menos, cultivar la ilusión de una... y eso, por supuesto, requiere encanto.

—Malcolm Abercrombie tiene una fortuna, y quizá sea el humano menos encantador que conozco —comenté.

—¿Abercrombie? Es el hombre que desea el retrato de la Dama Oscura, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué? Es una obra de arte fea. Casi me sentí avergonzado de ofrecérsela a Tai Chong; sin embargo, mis acreedores son de gustos caros y necesito generar cierta entrada esta semana.

—Colecciona representaciones de ella.

—No sabía que posara para otros artistas.

—Ella no posó para el retrato que has ofrecido —dije—. Lleva muerta más de seis mil años.

—Tonterías —bufó—. Era la amante de Mallachi. Por lo que sé, aún lo es.

—Debes estar equivocado. He visto una fotografía de ella de la época en que el Hombre no había salido de la Tierra.

Sacudió la cabeza.

—Habrás visto a alguien que se *parecía* a ella.

—Imposible. He visto la evidencia.

—Supongo que tampoco Mallachi estará equivocado —contestó Heath—. Después de todo, él la pintó.

—Me pregunto si podré hablar con ese Mallachi —dije.

—No veo ninguna objeción. Por supuesto, primero tendré que localizarlo. No vive en Carlomagno.

—Te lo agradecería.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Heath—. De paso, ¿cuántos otros retratos de la Dama

Oscura posee Abercrombie?

—Veintisiete.

Una mirada predadora asomó en la cara de Heath.

—¿Es alguno obra de un artista conocido?

—¿Por qué quieres saberlo? —inquirí.

Sonrió cautivadoramente.

—Sólo trato cíe mantener una conversación... a menos que prefieras que nos quedemos sentados en silencio hasta que anochezca.

—Has reconocido ser un ladrón de arte —indiqué—. No sé si puedo contestarte la pregunta.

—Me estás hiriendo, Leonardo.

—Si es así, lo siento.

—Soy una persona muy sensible.

—No lo dudo.

—No obstante, ¿sigues sin querer contarme nada sobre la colección de Abercrombie?

—Necesito guía ética de la Casa de Crsthionn antes de responder.

—Crsthionn —repitió—. No es la misma palabra que usaste antes.

—Crsthionn es *mi* Casa. Antes hablé de la Casa de Ilsthni.

—Cierto. Ellos son los joyeros y vosotros sois los marchantes de arte. —Hizo una pausa—. Dime algo, Leonardo.

—Si puedo.

—¿Por qué eres tan distinto de los joyeros? Después de todo, sois miembros de la misma raza.

—Físicamente somos tan similares entre nosotros como lo son entre sí los seres humanos.

—Estructuralmente, quizá... pero tú eres anaranjado y violeta, y tu cuerpo está lleno de franjas anchas. Los otros Bjornn estaban cubiertos por círculos, y eran verdes y negros.

—Los hombres nacen con diferentes colores; sin embargo, todos sois Hombres. Es nuestro Patrón y nuestro color los que determinan en cual de las treinta y una Casas entraremos... no obstante, todos somos Bjornn.

—¿Quieres decir que tu profesión depende de las marcas de nacimiento?

—¿No te viste tú obligado, según tu propia confesión, a adquirir tu profesión inmoral debido a un accidente de nacimiento? —pregunté.

— *Touché* —sonrió—. Sin embargo, si mis padres no hubieran dilapidado lo que me pertenecía por derecho de nacimiento, habría dispuesto de muchos campos abiertos. Está claro que tú no.

—Haces que parezca restrictivo, y te aseguro que no lo es. Cada profesión tiene muchos deberes y disciplinas conectados entre sí.

—Aun así, tienes que entrar en esa profesión —insistió.

—Nos convertimos en parte de la Casa — expliqué—. Hay una distinción.

—No la veo.

—A diferencia de vosotros, descendemos de animales de rebaño; por lo tanto, poseemos un instinto dominador de *pertenecer* a algo, de ser parte de la Familia. La mayor tragedia que le puede acontecer a un Bjornn es nacer con un Patrón distinto al de las treinta y una Casas.

—¿Sucede a menudo? —preguntó Heath.

—Quizá una cada dos mil veces. El niño es aislado y muere casi de inmediato.

—Me suena bastante bárbaro.

—Muy lejos de ello. La raza lucha por la pureza genética, y permitir que alguien sin Patrón entre en la sociedad es cortejar el desastre.

—¿Cuántas generaciones de endogamia lleváis?

—Sigues sin entenderlo —contesté—. El emparejamiento a menudo tiene lugar entre miembros de diferentes Casas, con el deseo expreso de evitar las características menos deseables que conlleva la endogamia. Yo mismo soy uno de esos productos. Mi madre era de la Casa de Krylken, y mi padre, cuyo Patrón llevo yo, era de la Casa de Crsthionn.

—¿Así que te educó él?

—Fui educado por mi Madre de Patrón.

—Estoy confundido —dijo Heath—. Creí que tu madre no tenía el mismo Patrón.

—Correcto. Fui entregado a una matriarca de la Casa de Crsthionn —mi Madre de Patrón—y fue su obligación ocuparse de que me cuidaran e instruyeran en la ética de la Casa de Crsthionn.

—¿Qué hay de tu padre?

—¿Qué pasa con él?

—¿Es que no tenía nada que decir al respecto?

—Nunca le conocí. Se marchó de Benitarus II antes de que yo naciera.

—¿Por qué? ¿Había quebrantado alguna ley, o estaban irritados con él por la elección de esposas?

—Nada de eso —contesté—. La sociedad Bjornn es un matriarcado. Los machos son infinitamente reemplazables; las hembras son la fuente de la fuerza y la estabilidad dentro de la Casa. Por lo tanto, todos los machos deben abandonar la Casa y, por lo general, el planeta, cuando alcanzan la madurez, de modo que no sean un elemento perturbador de la vida ordenada en la Casa.

—Por lo que has dicho, me da la impresión de que echarán de menos la vida social de sus Casas.

—Con desesperación.

—¿Regresan alguna vez?

—Sólo para la procreación o para recibir más instrucciones sobre la ética de sus Casas. —Miré con fijeza a Heath—. Uno se encuentra con muchas influencias perniciosas al viajar por la galaxia; y, en ocasiones, debe volver al hogar para sumergirse de nuevo en los imperativos morales de los Bjornn.

Heath pareció divertido.

—Creo que acabas de insultarme.

—Si es así, mis disculpas.

—Aceptadas. Y ahora, ¿volvemos a discutir de Abercrombie y su colección?

—Éticamente, me siento obligado a no hacerlo.

—La ética puede ser *tan* aburrida —comentó con ironía—. En especial, eso parece para un Bjornn.

—Procedo de una sociedad muy armoniosa y honorable —contesté—. Sin duda, mi descripción resultó inadecuada.

—Lo dudo. Tengo la firme impresión que castra cierto tipo de iniciativa individual.

—El individuo no es nada. La Casa lo es todo.

—No creerás en semejante tontería, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que sí.

—Bueno, después de pasar dos semanas conmigo, adquirirás un punto de vista práctico.

—No estaremos juntos tanto tiempo.

—Por supuesto que sí —afirmó con soltura—. Tienes que examinar la pintura; además, querías conocer a Mallachi. Para ello harán falta unos cuatro o cinco días.

—Tú has mencionado dos semanas —señalé.

—Sí.

—¿Qué consumirá todo ese tiempo adicional?

—Oh, estoy seguro de que se nos ocurrirá algo —respondió confiado y, de alguna manera, supe que aún no había oído sus últimas preguntas acerca de Malcolm Abercrombie y su colección.

Librodot

9

CUANDO CAYÓ LA NOCHE, todavía no había formado un juicio sobre Valentine Heath. Era interesante y divertido, y me trataba con educación y respeto; sin embargo, si había que creerle (y no veía razón para dudar de él), se trataba de un criminal amoral que, en la actualidad, guardaba obras de arte robadas que vendería en poco tiempo a una inocente Tai Chong. Incluso antes de que bajáramos a la recepción del Hotel Excelsior, había tomado la decisión de mantenerme en su compañía sólo el tiempo suficiente para obtener la pintura de Mallachi y retornar a Lejano Londres lo más rápidamente posible.

—¿Alquilamos un vehículo o existe algún tipo de transporte público que preferirías emplear? —pregunté cuando nos acercamos a la puerta principal.

—¿Transporte público? —repitió con una mueca burlona—. ¿Pegar los hombros con el proletariado mientras te sueltan humo y ajo en la cara? ¡Muérdete la lengua, Leonardo!

—Entonces, llamaré un vehículo —dije, saliendo al exterior.

—Permíteme —comentó, haciéndole una señal a un coche plateado, grande y lujoso, que se hallaba aparcado a mitad de camino calle abajo. De inmediato se puso en movimiento y se plantó en la entrada—. Mi orgullo y alegría —anunció al tiempo que me abría la puerta—. Hasta el encendedor es de fusión. ¿Qué te parece?

—Bastante grande —comenté mientras subía al inmenso asiento trasero.

—Si tienes sed, hay un bar incorporado —indicó, sentándose junto a mí y presionando un botón que elevó un pequeño gabinete de licores ante nosotros.

—No, gracias.

—También hay un vídeo con un sistema de sonido octafónico —continuó.

—Qué interesante —dije.

Apretó otro botón y yo contuve un grito cuando todo el asiento comenzó a vibrar.

—Para esos días en que estás agotado hasta la médula de esquivar a la policía —explicó.

Golpeó el cristal opaco que nos separaba del asiento delantero. El conductor, un mollutei, deslizó el panel a un costado.

—¿Sí, señor Heath? —habló a través de un equipo de traducción, y su voz sonó en un terrano perfecto.

—Al ático subterráneo, James.

—Sí, señor Heath —contestó el mollutei, volviendo a cerrar el panel de cristal.

—¿Qué es un ático subterráneo? —pregunté.

Se rió entre dientes.

—Un apartamento bajo tierra.

—He notado que llamabas James a tu conductor. No sabía que los mollutei tuvieran nombres humanos.

—Y no los tienen. Sin embargo, no soy capaz de pronunciar el suyo, así que lo llamo James. —Se detuvo—. Si recuerdo bien, el último era Óscar.

—Me alegra descubrir que no te molesta contratar a no humanos.

—Como creo que ya he mencionado, no se permite su testimonio en los tribunales de Carlomagno —replicó Heath—. Además, trabajan por menos dinero que los humanos, y continuamente necesito recortar gastos... aunque nunca sirve para nada. Me educaron para que sólo aceptara lo mejor, aunque a nadie se le ocurrió enseñarme a *conseguirlo.* Mi vida profesional ha sido una interminable ronda de pruebas y eliminación de errores.

—Resulta obvio que no has cometido muchos —señalé—, ya que aún sigues en activo.

—Oh, he cometido unos cuantos —contestó con desenfado—. Pero la policía también. Te

sorprendería saber cuánto tiempo les hace falta para darse cuenta de que alguien de mi posición puede ser un ladrón. Un estafador del mercado de valores, un manipulador de contratos del gobierno, un comprador de favores políticos... todas estas cosas se esperan de un hombre de evidente riqueza y linaje. Pero, ¿un ladrón nocturno? Parece que nunca se les ocurre.

—Entonces, ¿por qué te viste obligado a ocultarte en mi suite?

—*Casi* nunca—corrigió—. Y, claro está, cuando me atrapen, el Morita ya habrá sido colocado con una persona que tendrá menos razones que yo para hacer que su posesión sea un asunto público; entonces, me soltarán con buenos informes y muchas disculpas, y la policía incluso esperará más tiempo antes de sospechar de mí en el próximo robo.

—Parece bastante oportuno —comenté con desaprobación.

—Por no decir nada de ilógico —añadió—. Piensa en la estupidez que significa arrestar al típico rufián disminuido por robar una gema preciosa o una pintura única. Quiero decir, apenas es capaz de pagarse una camisa limpia; ¿cómo podría llegar a ser el hombre al que buscan? Mientras que yo necesito más de medio millón de créditos al mes para cubrir mis gastos básicos, y carezco de un medio visible de ingresos. Si la policía analizara las cosas con lógica, apresaría a todos los miembros de los ociosos ricos y los mantendrían encerrados sin fianza hasta que el reo confesara.

—Es un punto de vista muy interesante —reconocí.

—Y no sin una base real —prosiguió—. Yo nunca me preocupo de que me roben cuando me mezclo con las sucias masas, mientras que siempre voy armado hasta los dientes cuando viajo entre mis iguales. —Se volvió hacia mí—. Recuérdalo, Leonardo: en el instante en que un hombre te diga que no necesita dinero, coge tu cartera y sal corriendo.

—¿Y qué debería hacer si me cuenta que es un ladrón?

—Todos somos ladrones —contestó con una sonrisa—. Da la casualidad de que yo soy uno honesto.

—¿No es una contradicción en los términos? —pregunté.

—Por supuesto. ¿Quién afirmó que un hombre no puede ser contradictorio? —Miró por la ventanilla—. ¡Ah! Ya hemos llegado.

Alargué la mano al manillar de la puerta, pero él me contuvo con suavidad.

—Todavía no —dijo. Luego activó el interruptor de un intercom—. Da dos vueltas a la manzana, James. —Se dirigió a mí—. Si no te importa, nos tomaremos uno o dos minutos adicionales para cerciorarnos de que no nos siguen y de que la entrada a mi edificio no se encuentra vigilada.

—¿Y si lo está?

—Entonces me disfrazaré como uno de los vecinos y sacaré la pintura delante de sus propias narices.

—¿Y si el vecino de verdad apareciera en ese instante?

—Lo tienes delante de ti —contestó Heath con una sonrisa.

—No lo comprendo.

—Mantengo dos apartamentos en este edificio. El del sótano está alquilado a mi nombre; sin embargo, el del sexto piso lo alquila un caballero mayor de barba blanca y una cojera muy ostensible. Casi nunca sale de su apartamento; sólo lo suficiente para que los vecinos lo identifiquen.

—¿He de entender que mantienes dos identidades en Océana?

—En realidad, tres —dijo—. Es molesto, aunque nunca sabes cuándo las necesitarás. —Volvió a hablarle al intercom—. Ya basta, James. Aparca a una calle de distancia después de que bajemos, y mantente alerta para cuando aparezcamos.

El vehículo se detuvo y salimos a una noche cálida y seca.

—Por aquí —dijo, conduciéndome a la entrada principal de un gran complejo de apartamentos de acero y cristal.

Entramos en un pequeño recibidor y esperamos a que el sistema de seguridad identificara a Heath.

—Buenas noches, señor Heath —saludó una voz metálica.

—Buenas noches —contestó Heath.

—No viene solo —indicó la voz—. Por favor, identifique a su acompañante.

—Es Leonardo, de la raza Bjornn, un asociado de negocios procedente de Lejano Londres. Será mi invitado durante las próximas horas.

—Registrado.

De repente, una sección de pared se deslizó a un costado y Heath entró, haciéndome señas para que le siguiera. Avanzamos por un corredor bien iluminado hasta llegar a un ascensor próximo; un momento después habíamos descendido al nivel del sótano.

—Aquí estamos —dijo, yendo hacia una puerta ante la que se detuvo hasta que identificó su registro vocal y su retinagrama. Luego, ésta se deslizó en silencio al interior de la pared y entramos en el apartamento oscuro—. Luces —ordenó.

Al instante, cobraron vida varias lámparas y apliques de luz y me encontré en una sala elegantemente amueblada y equipada con profusión de equipos de entretenimiento, que iban desde un vídeo holográfico hasta una serie de juegos de habilidad altamente complejos, todos conectados a una sola computadora. Una grabación de un cuarteto de cuerdas cayó en cascada sobre nosotros en sonido decafónico, mientras una ondas hipnóticas de luces formaban intrincados patrones de color pastel sobre las paredes y los techos. Un mueble expositor a lo largo de una pared exhibía unas veinte esculturas y artefactos procedentes de toda la galaxia, la mayoría bastante pequeños y delicados, cada uno ejecutado con una destreza sorprendente. La superficie de cromo de una mesa flotaba a sesenta centímetros del suelo delante de un sofá recubierto de piel, y sobre ella había tres libros de la Tierra encuadernados en cuero.

—¿Te sirvo una copa? —preguntó Heath.

—No, gracias.

—Eres la criatura más seca que he conocido jamás —afirmó—. ¿Tienes hambre? Poseo una cocina excepcionalmente equipada, aunque debo confesarte que jamás he preparado una cena. Tendrás que hacerla tú mismo.

—Quizá más tarde —dije—. Ahora me gustaría ver la pintura de Mallachi.

—Como prefieras —comentó, y se dirigió a otra habitación. Regresó un momento después con un gran óleo que apoyó sobre el sofá. Encajaba con el holograma que me había dado Tai Chong—. Es horrible, ¿verdad? —señaló mientras los dos lo observábamos.

—El artista no es muy diestro —reconocí.

—No habría tenido el valor de ofrecérselo a Tai Chong —continuó Heath—, si no fuera porque la mujer es tan hermosa que casi supera las deficiencias del artista. —Miró la pintura un momento más—. De verdad que es impactante, ¿no?

—Sí lo es —acordé—. ¿Sabes si Mallachi pintó más retratos de ella?

—Lo dudo. De hecho, hasta donde yo sé, ésta es su primera pintura.

—¿Puedes contarme algo acerca de él?

—No mucho —contestó Heath—. Se pasa la mayor parte del tiempo en la Frontera Interior, aunque tiene su residencia en Quantos IX. Jamás habla de su profesión; pero, por cosas aisladas que he logrado reunir, creo que es un cazarrecompensas, y uno con bastante éxito.

—Si se trata de un hombre rico, y no pinta para vivir, ¿por qué te dio el retrato para que lo vendieras? —pregunté.

—Tengo entendido que ella le dejó hace unos meses.

—¿Y se encuentra con el corazón tan roto que no desea ningún recordatorio de ella en su casa?

—O tan furioso.

Estudié el rostro triste de la pintura.

—¿Mencionó por qué le abandonó o adonde puede haberse ido?

Heath sacudió la cabeza.

—Apenas conozco al hombre, Leonardo. —Volvió a mirar la pintura—. ¿De verdad crees que Abercrombie la querrá? —inquirió con duda.

—La querrá.

—No tiene nada de gusto.

—Colecciona retratos de ella —dije.

—Debe ser un completista.

—Le gustaría serlo.

—¿Será difícil lograrlo? —preguntó Heath—. Después de todo, ella no debe pasar de los treinta y cinco años. ¿Cuánta gente habrá podido pintarla?

—Más de la que te imaginas —respondí—. Los hombres han estado pintándola y esculpiéndola durante ocho mil años.

—Tiene que poseer una cara muy corriente.

—¿La has visto con anterioridad?

Observó el retrato una vez más, y sacudió la cabeza.

—Nunca —reconoció.

—¿Hablaba Mallachi de ella?

—Haces que parezca que éramos viejos amigos —se quejó Heath—. De hecho, sólo lo vi dos veces. Lo único que me contó fue que la conoció en algún lugar de la Frontera.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Creo que me gustaría hablar con Mallachi —dije.

—¿Por qué?

—Para averiguar si ella existe de verdad.

—Ya te lo he dicho: era su amante.

—Pero tú nunca la viste.

—Correcto.

—¿Conoces a alguien que la viera?

—No.

—Entonces, quizá él mintiera.

—¿Qué razón tendría para mentir? —inquirió Heath.

—Según mis observaciones, los Hombres mienten con frecuencia sin razón alguna —contesté.

—Cierto —acordó con tono amistoso—. Pero, ¿por qué te preocupa que existiera o no?

—Su retrato ha aparecido a lo largo de la historia humana, a menudo como una figura—

Librodot

mito. Si *no* existe, si por su declaración Mallachi quiso dar a entender que debido a su profesión abraza a la Diosa de la Guerra o de la Muerte, debe haber tenido alguna fuente de inspiración para el retrato... y si consigo encontrarla, trataré de obtenerla para Malcolm Abercrombie.

—¿Y él la compraría sin siquiera verla? —preguntó Heath.

—Sí.

—¿De verdad está tan obsesionado con la mujer?

—Sí.

Una expresión predadora apareció en la cara de Heath.

—Tengo la impresión de que hay un buen beneficio en todo esto.

—Ya estás sacando uno —señalé.

Me ofreció otra de sus cautivadoras sonrisas.

—Sí, por supuesto.

—¿Dónde se encuentra ahora Sergio Mallachi? —pregunté.

—Con suerte, en Quantos IX. Deja que haga una rápida llamada de vidfono a un amigo mutuo y lo averiguaré.

Salió de la sala y me pasé los siguientes minutos hojeando los tres libros encuadernados en cuero que había sobre la mesa flotante. Dos eran ediciones distintas de la Biblia, y el tercero una traducción de los trabajos de Tanblixt, el gran poeta canforita. Inspeccionaba éste último cuando Heath regresó.

—Estamos sin suerte —anunció—. Mallachi se encuentra en algún mundo de la Frontera Interior llamado Aquerón.

—No lo conozco.

—Tampoco yo; pero permite que aventure que es uno de los planetas más desagradables que debe haber.

—¿Porqué?

—Porque Aquerón es otro nombre para Infierno.

—¿Puedes localizar sus coordenadas?

—No sé si valdrá la pena —dijo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Mallachi tenía que regresar a Carlomagno hace dos semanas. —Calló un instante—. Dada su profesión, podría significar que está muerto.

—Ya veo —comenté.

—Tu color se oscurece —apuntó Heath.

—Refleja mi decepción.

—No te rindas todavía. Me pondré en contacto con mi amigo todos los días. Siempre existe la posibilidad de que aparezca antes de que vuelvas a Lejano Londres. —Su mirada se posó en el libro que sostenía en mis manos—. ¿Te interesa la poesía? —inquirió.

—Me interesan los libros.

—Cosas hermosas —acordó—. Aunque terriblemente anacrónicas. Seguro que podría contenerse toda la biblioteca de Océana en un módulo burbuja de la mitad de tamaño del libro que tienes en las manos.

—Seguro —afirmé.

—No obstante, son bonitos para tenerlos cerca... siempre que uno pueda permitirse el lujo de comprarlos.

—Me sorprende ver que posees dos copias de la Biblia —comenté.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Sin ánimo de ofenderte —empecé, estructurando la respuesta en el Dialecto de la Diplomacia—, pareces un estudiante improbable de los preceptos morales codificados de tu raza.

Emitió una risa divertida.

—No los *leo.* Sólo los colecciono.

—Eso responde mi pregunta.

—Eres bastante bueno en esto, Leonardo —dijo con admiración.

—¿En qué?

—En introducir el cuchillo verbal entre mis costillas a tu manera tranquila y modesta.

—Te garantizo que...

—Ahórrame tus garantías —interrumpió—. Cuando me ofendas, te lo haré saber. —No se me ocurrió qué replicar, de modo que decidí guardar silencio—. Cuéntame algo más de la Dama Oscura. ¿Se conoce su nombre?

—No tengo idea. Habría pensado que *tú* lo sabías.

Sacudió la cabeza.

—Mallachi se refirió a ella sólo aquella vez, y lo único que dijo fue que era su amante. —Calló, pensativo—. Me pregunto cómo apareció en todas esas pinturas de Abercrombie.

—No lo sé —contesté—. Mi premisa original era que representaba a una figura mítica; pero esa teoría ha sido refutada.

Heath hizo una mueca.

—Aquí estamos, hablando de ella como si nunca hubiera existido; sin embargo, sé de hecho que estaba viva hace menos de un año.

—No es cierto —comenté—. Jamás la has visto. Sólo sabes que Mallachi afirma que fue su amante.

—¿Por qué me mentiría? —preguntó Heath—. Yo no tenía interés en ella.

—Si Mallachi te contó la verdad, ¿por qué aparece en más de treinta obras de arte que se remontan a ocho milenios en el pasado? —contesté.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo irritado—. ¿Coincidencia?

—¿De verdad crees en una coincidencia semejante?

—No —admitió—. Pero sí creo que existe una explicación lógica, aunque aún no hayamos dado con ella. Quizá...

En ese instante, le interrumpió un sonido agudo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté sobresaltado.

Heath ya se había puesto de pie.

—James, que me indicaba que ya no estamos solos.

—¿La policía? —pregunté.

Asintió.

—Me temo que tendremos que realizar una salida más bien brusca.

—¿Por qué? Si, tal como tú dices, obtuviste la pintura de Mallachi de forma legal, no tienes nada que ocultar.

Se mostró divertido.

—Solo en este cuarto observo tres libros y más de una docena de esculturas alienígenas que necesitan ser ocultados... y no has visto lo que hay en el dormitorio. —Se detuvo, mirando con tristeza sus objetos de arte—. Supongo que no queda tiempo para embalarlos y

llevármelos conmigo. Qué pena. —De repente, se dirigió con decisión hacia la puerta—. De acuerdo, vamos.

—¿Y por qué, sencillamente, no te disfrazas de tu otra identidad? —pregunté.

—Porque el maquillaje se encuentra en el apartamento del sexto piso. Apresúrate, Leonardo.

—No tengo nada que temer de la policía —indiqué.

—Quieres conocer a Mallachi, ¿verdad?

—Como has indicado, puede que ahora esté muerto.

—O vivo.

—Entonces, le encontraré a su tiempo. La policía es mi amiga, no mi enemiga.

—No lo apuestes. Tal vez te resulte complicado explicar cómo un alienígena estaba solo en un apartamento lleno de cosas robadas. —Sonrió—. Hasta puede que lleguen a pensar que tú eres el ladrón. —Debió ver mi expresión horrorizada, pues continuó con voz más persuasiva—. Como mínimo, creerán que te hallas involucrado en esto y, lamentablemente, el sistema de seguridad del edificio confirmará que yo te describí como un asociado de negocios y que tú lo aceptaste.

—¡Jamás un Bjornn ha sido arrestado! ¡Avergonzaré a la Casa de Crsthionn!

—Entonces, deja de retorcer las manos y ven conmigo —dijo Heath.

—Pero, aunque escapemos, sabrán que estuve aquí.

—¿Y qué? Tai Chong te ordenó que inspeccionaras la pintura. Ella le explicará todo a la policía.

—¡La pintura! —exclamé—. No podemos marcharnos sin ella. ¡Es mi razón de estar en Carlomagno!

—Muy bien —contestó con calma—. Cógela. Aún nos quedan uno o dos minutos antes de que la policía atraviese el sistema de seguridad y descubra qué ascensor tomar. —Corrí hacia la pintura y la llevé hasta la puerta—. Ahora sigúeme —ordenó.

Salió al pasillo y se dirigió a marcha rápida a un ascensor de servicio. Me vi obligado a correr arrastrando los pies para no alejarme de él; sin embargo, veinte segundos después habíamos ascendido más allá de la planta baja.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

—A mi otro apartamento —explicó—. Sería llamativo tratar de sacar la pintura delante de la policía, así que la guardaremos allí de momento.

—Luego, ¿qué haremos?

—Te preocupas demasiado, Leonardo.

Salimos en la sexta planta, atravesamos un pasillo y nos detuvimos ante una puerta. Heath la observó fijamente durante un momento; después siguió andando hasta llegar a la escalera.

—¿Qué sucede? —murmuré.

—La policía está en el apartamento.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre que me voy dejo un trozo de cinta negra de apenas dos centímetros en el lugar en que la puerta se une a la pared. Se suelta cuando alguien la abre.

—¿No podría haberse caído por la entrada del servicio de mantenimiento? —pregunté.

—¿Quieres arriesgarte? —respondió.

—No.

—Yo tampoco.

—¿Y ahora qué, Amigo Valentine? —dije en el Dialecto de la Afinidad, más por terror que

por cualquier otro motivo válido.

—Bueno —comenzó—, así como siempre he admirado a los héroes de vídeo que saltan como felinos desde los techos de una ciudad, dudo mucho de mi habilidad para emularlos; por lo tanto, supongo que tendremos que depender de la inteligencia en vez de la agilidad. —Calló, sumido en sus pensamientos—. Hay un helipuerto en el techo, aunque es demasiado obvio. Además, sin duda han situado hombres en la parte de atrás.

—¡Por favor, date prisa! —exclamé.

—No nos encontramos en peligro inmediato —replicó—. Sencillamente, asumirán que estoy fuera de la ciudad; nosotros vigilaremos la entrada del edificio.

—¡El sistema de seguridad les revelará que estás aquí!

—Así es —acordó, sorprendido—. Lo había olvidado. —Se volvió hacia mí con una expresión divertida en la cara—. ¿Sabes?, posees las cualidades de un fugitivo excepcional, Leonardo.

—*¡Por favor!* —dije.

—Bien, podemos subir y podemos bajar. Supongo que la táctica audaz es la mejor. Sigúeme.

Descendimos por la escalera y salimos en el quinto piso.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirí nervioso.

—Tranquilamente caminamos y atravesamos la puerta principal —contestó.

—¡No hablarás en serio!

—Claro que sí.

—¡Pero saben que soy un Bjornn! —protesté—. ¡Me estarán buscando!

Sonrió.

—No saben qué aspecto tiene un Bjornn. Si alguna vez han visto a uno, lo que dudo, seguro que pensarán que eres verde y negro con un patrón circular. Créeme, para ellos serás un alienígena más.

Se abrieron las puertas de un ascensor. Heath se acercó, miró el compartimento vacío y no entró.

—*Sabía* que bromeabas —comenté al tiempo que una enorme sensación de alivio recorría mi cuerpo.

—Para nada. Sólo espero que venga un ascensor lleno.

—¿Por qué?

—Porque entonces seremos miembros de un grupo que baja de los niveles superiores del edificio, y la policía está buscando a dos individuos que deben subir desde el sótano.

—¿Y crees que *eso* los engañará? —pregunté con incredulidad.

—Averigüémoslo, ¿eh? —contestó cuando un ascensor parcialmente lleno se detuvo en nuestro piso; no me quedó otra elección que seguirle.

Mi color adquirió varias tonalidades más brillantes a medida que mi terror aumentaba; por ello y por la pintura de Mallachi, me sentí espantosamente conspicuo cuando por fin salimos al pasillo. Heath había establecido una conversación con un caballero mayor, y siguió hablando con él cuando llegamos ante un trío de policías uniformados estacionados en la puerta de acceso al edificio. Hasta le hizo un gesto amable con la cabeza a uno de ellos, y, para mi absoluta perplejidad, el oficial se lo devolvió y dejó de prestarnos atención.

Cuando el grupo se separó en la calle, nosotros seguimos a un cuarteto que había girado a la izquierda —la dirección opuesta del sitio en el que el mollutei esperaba en el vehículo de Heath— y avanzamos por la acera deslizante hasta que perdimos de vista a la policía. Entonces, Heath sacó un pequeño comunicador de su bolsillo y emitió una señal al chófer; un

momento después, el vehículo se situó a nuestro lado.

—Bien hecho, James —comentó mientras subíamos al interior—. Creo que será mejor que nos lleves al espaciopuerto.

—¿Adonde vamos? —pregunté, con el corazón aún latiéndome a gran velocidad.

—Pasarán algunas horas antes de que la policía se dé cuenta de que los hemos engañado; pero, en cuanto lo descubran, se van a mostrar muy irascibles con nosotros. Cuando llegue ese desgraciado momento, considero que sería adecuado que nos encontremos a una buena distancia de ellos... por lo tanto, pienso que, después de todo, bien podríamos tratar de localizar a Sergio Mallachi. —Se reclinó contra el asiento y sonrió—. La siguiente parada: Infierno.

Librodot

10

MI PRIMERA SENSACIÓN FUE DE RIGIDEZ. Cada articulación de mi cuerpo parecía congelada, y me hizo falca un enorme esfuerzo de voluntad el mover los dedos.

Luego, a medida que iba recuperando poco a poco la sensibilidad, se apoderó de mí el hambre: abrumador, voraz, insaciable.

Por último, surgió la luz, golpeando mis párpados y forzando a mis ojos a llorar antes de poder abrirlos. Intenté limpiarme las lágrimas de la cara con la mano y descubrí que no era capaz de doblar lo suficiente el brazo.

De repente, una voz, distante y remota, penetró en mi conciencia.

—Bienvenido de regreso —dijo—. Espero que hayas dormido bien.

Traté de preguntar dónde me encontraba, pero mis labios no respondieron a mis órdenes mentales y todo lo que salió fue un ruido ininteligible.

—Todavía no intentes hablar o moverte —indicó la voz, que reconocí como la de Valentine Heath—. Estás despertando. Te encontrarás bien dentro de dos o tres minutos.

Abrí un ojo a la fuerza y traté de mirarle; sin embargo, la pupila estaba completamente dilatada y no conseguí enfocarlo.

—¿Dónde estoy? —logré farfullar a medida que recuperaba más sensibilidad.

—A bordo de mi nave espacial —contestó Heath.

—¿Y dónde está tu nave?

—A unas tres semanas de Carlomagno, o a cuatro horas de Aquerón, depende de la dirección en que vayas.

Finalmente, pude tocarme la cara con la mano, me limpié las lágrimas y, con cuidado, me palpé la cabeza.

—¿Qué me ocurrió? —pregunté.

—Has echado un sueñecito.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Casi tres semanas.

—No lo entiendo.

—Te puse en la cámara de Sueño Profundo un par de horas después de marcharnos de Carlomagno —contestó—. Te estabas convirtiendo en un caso serio de inestabilidad emocional. No parabas de divagar sobre el deshonor y la miseria. Cuando exigiste que desviara la nave y te llevara a Benitarus II, tomé la decisión de que lo mejor sería ponerte en Sueño Profundo hasta que llegáramos a Aquerón.

De repente, recordé todo: la policía, la huida del edificio de Heath, el hecho de que ahora yo era un fugitivo de la justicia. Sorprendentemente, me mantuve muy tranquilo ante la aparición de esos recuerdos, una condición que, sin duda, era atribuible a mi debilitado estado fisiológico. Intenté sentarme, pero los dolores me atravesaron la cabeza y la espalda. Emití un grito sobresaltado.

—No trates de moverte aún —dijo con voz suave Heath—. A tu cuerpo le hace falta otro par de minutos antes de recuperar la normalidad. Y, si eres como yo, estarás muerto de hambre: la cámara de Sueño Profundo frena el metabolismo; sin embargo, y a pesar de ello, pasadas unas semanas se siente un apetito voraz. ¿Hago que la cocina de la nave te prepare algo de comer?

—Sí, por favor.

—Lo único que contiene son productos de soja; no obstante, es capaz de hacer que tengan el sabor de cualquier cosa. —Calló, pensativo—. Como los Bjornn descienden de las presas

en vez de los predadores, supongo que un filete queda descartado, ¿no?

—Con unas verduras bastará —respondí.

—¿Quieres un aliño para ensalada?

—No.

Mi visión se había despejado lo suficiente como para verle encogerse de hombros.

—Verduras serán —contestó, alargando el brazo para transmitir las órdenes a la cocina por medio de una terminal de la computadora.

Por último, fui capaz de sentarme, y saqué con cuidado las piernas por encima del borde del módulo de plástico. Sentí un momentáneo mareo, aunque se desvaneció en seguida.

—Son cosas muy útiles estas cámaras de Sueño Profundo —comentó Heath—. No me imagino por qué las líneas comerciales no las instalan. Te ayudan a no volverte loco de aburrimiento durante los viajes largos. —Sonrió—. Puse la mía para que me despertara seis horas antes que tú, por si todavía te sentías angustiado.

Se trataba de una respuesta típicamente humana, y me fue imposible ofenderme.

—¿Seguimos siendo fugitivos? —pregunté.

—No tengo ni idea —contestó Heath—. Después de todo, uno no se pone en contacto con la policía para preguntarles si aún te están buscando. —Una luz resplandeció en su terminal—. ¡Ah! Tiene que ser tu ensalada. ¿Te sientes con fuerzas para ir hasta la cocina?

—Lo intentaré —dije, poniéndome de pie con cuidado. Para mi sorpresa, me noté muy bien, incluso algo renovado.

—Te dije que sólo hacían falta unos minutos. Además, disfrutas de la ventaja añadida de haber envejecido sólo un día durante las tres últimas semanas.

Como un Bjornn se preocupa por la calidad de su vida en vez de la extensión, callé y le seguí hasta la cocina, donde un recipiente de materia vegetal me aguardaba. Estaba tan hambriento que cogí algunos de los trozos más grandes y me los metí ansiosamente en la boca antes de llegar a sentarme.

—¿Ya te sientes mejor? —inquirió Heath cuando terminé toda la comida.

—Sí.

—Bien.

—Debo hablar contigo.

—Adelante —indicó.

—Debo retornar de inmediato a Benitarus II.

—¿Vas a empezar de nuevo con eso?

—He sido corrompido por mi asociación con seres humanos —dije—. He sido humillado por mi empleador, y ahora me busca la policía y, en mi ignorancia, no sé cómo tuvo lugar ninguna de esas situaciones. Lo único que sé es que a cada momento que permanezco lejos de Benitarus me arriesgo a recibir más desgracias y a llevarle un mayor deshonor a mi Casa.

—Leonardo, nos encontramos a cuatro horas de Aquerón. Probablemente estamos a seis semanas de Benitarus.

—No obstante, un mayor contacto contigo es moralmente contaminante. Debo regresar a mi hogar y volver a sumergirme en la costumbre y ritual de la vida Bjornn.

Sacudió la cabeza.

—Queda descartado. No es sólo que Benitarus se encuentra a media galaxia de distancia, sino que será el primer lugar donde a la policía se le ocurrirá buscarte.

—¿Sí? —pregunté, dominado por el pánico.

—Sí.

—¡No podemos permitir que suceda! ¡Mi Madre de Patrón no debe verse obligada a hablar con la policía humana! —De repente, se me ocurrió un pensamiento aterrador—. ¡Quizá ya estén allí!

—Si es así, es demasiado tarde para preocuparse por ello.

—¡No lo entiendes! —grité—. ¡Ésta será la humillación definitiva!

—Mira —comentó—, en cuanto acabemos aquí, yo iré contigo a Lejano Londres. Podrás entregarle la pintura a Abercrombie y yo le explicaré la situación a Tai Chong, quien será capaz de arreglar las cosas con la policía de Carlomagno. Entonces, podrás ir a cualquier lugar que desees.

—¡Quizá sea demasiado tarde! —insistí.

Se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo con tono apaciguador—. La llamaré ahora, mientras nos acercamos a Aquerón. ¿Te haría eso más feliz?

Asentí, incapaz de hablar de momento. Heath pasó los siguientes minutos enviándole un mensaje subespacial a Tai Chong, resumiendo lo que había pasado y exculpándome de cualquier acto, al tiempo que le pedía que transmitiera el mensaje a mi Madre de Patrón.

—¿Satisfecho? —preguntó al terminar.

—¿Por qué haces esto por mí? —inquirí.

—Porque soy una persona excepcionalmente decente y atenta.

—Muy pocos Hombres realizan actos de caridad sin la esperanza de algún beneficio —indiqué—. No has hecho nada durante nuestro período de asociación que me indique que eres uno de ellos.

Heath pareció divertido.

—Qué cínico te has vuelto, Leonardo. De hecho —añadió—, yo también siento mucha curiosidad por la Dama Oscura. Has conseguido que su historia resulte muy intrigante.

—¿Tanto como para que me transportes aquí y luego a Lejano Londres, corriendo con todos los gastos y sin pensar en una recompensa? —pregunté incrédulo.

—Digamos que mi interés en ella no es del todo filantrópico, y dejémoslo ahí —contestó.

De repente, la nave se sacudió y yo casi me caí.

—Estamos frenando a una velocidad sublumínica —anunció Heath—. Ya deberíamos poder ver algo. —Activó la pantalla visora—. Ahí está. Incluso *parece* caliente. Deja que obtenga una lectura.

Le ordenó a la computadora que le proporcionara los datos esenciales de Aquerón, un mundo rojizo de unos ocho mil kilómetros de diámetro, con dos pequeños océanos y casi ninguna capa de nubes. La superficie mostraba cicatrices de cráteres, los polos tenían el mismo color que el ecuador y poseía una única luna, de apenas cuarenta kilómetros de diámetro, que corría por el cielo como si tratara de escapar del inhóspito mundo de abajo.

—¿Por qué alguien elegiría vivir aquí? —pregunté, mirando el planeta por la pantalla.

—Solía ser un mundo minero —contestó Heath.

—¿Ha sido agotado?

Sacudió la cabeza.

—No. Sencillamente, encontraron otros mundos más ricosy lo abandonaron.

—Entonces, ¿quién vive aquí?

Observó los datos de la lectura.

—Casi nadie. La población es inferior a trescientos habitantes. Ahora sólo es un mundo fronterizo, un punto de parada para comerciantes y mineros.

—¿Llueve alguna vez?

—No muy a menudo —contestó. De nuevo leyó los datos—. Veamos. La temperatura media en el ecuador es de treinta y cuatro grados Celsio, y la media en el polo norte es de veintinueve grados Celsio. La media anual de lluvia en el ecuador, quince centímetros; en los polos, cero. —Hizo una mueca—. La gravedad es un poco más ligera que a la que estamos acostumbrados... no tanto como para que demos saltos al caminar, pero lo suficiente como para que no gastemos demasiada energía, lo cual nos ayudará a compensar el calor. Razas inteligentes: ninguna. Fauna local: ninguna. Flora local: escasa y primitiva. —Alzó la vista y me miró—. Me sorprende que pudieran encontrar tres personas que vivieran aquí, y menos trescientas.

—¿Cuál es el contenido atmosférico?

Comprobó la pantalla.

—Escaso, pero respirable. Dados algunos de estos elementos, tengo la horrible premonición de que olerá como restos crudos de alcantarilla.

Nos pasamos las siguientes horas recuperándonos de los efectos de la cámara de Sueño Profundo y observando a medida que el globo rojo se hacía más y más grande, hasta que, por último, llenó toda la pantalla.

—Nos acercamos bastante —comenté—. ¿No deberías solicitar permiso para aterrizar?

—No da la impresión de que tengan un espaciopuerto. Los sensores de la nave han localizado un pueblo pequeño con unas doce naves aparcadas al norte. Imagino que es ahí donde se espera que nos posemos.

—Ojalá que no lo vean como un acto de agresión.

Se rió.

—¿Qué tienen que alguien pueda llegar a querer?

Entramos en la atmósfera unos momentos más tarde; casi inmediatamente después, bajamos a las afueras de un pueblo destartalado que poseía una sola calle, compuesto esencialmente de casas y almacenes protegidos con cúpulas que habían sido enterrados a medias en la tierra y cubiertos con capas de barro seco con el fin de darles un mayor aislamiento de los abrasadores rayos del sol. Las entradas, como los mismos edificios, se hallaban por debajo del nivel del suelo, y consistían en rampas en vez de escaleras. En una ocasión hubo dos calles laterales; pero ahora se encontraban desiertas, alineadas únicamente con los restos esqueléticos de edificios en ruinas.

Cuando salimos de la nave, vimos que un hombre pequeño, de cabello y ojos oscuros, vestido con un traje pasado de moda y cubierto de polvo, nos aguardaba.

—Bienvenidos a Aquerón —dijo, ignorándome y alargando la mano en dirección a Heath—. Me llamo Justin Peres. Soy el alcalde.

—Valentine Heath —dijo Heath, estrechando la mano—. Y éste es mi asociado, Leonardo. —Observó una nube de polvo que recorría el centro de la calle vacía—. Me sorprende que Aquerón necesite un alcalde.

—Y no nos hace falta —reconoció Peres—. Sin embargo, sí necesitamos suministro de comida, y esos burócratas idiotas de Deluros VIII no lo pagan a menos que tengamos un gobierno oficial. —Sonrió—. Delante vuestro está. —Primero miró a Heath y, luego, a mí—. Por todos los demonios que no *parecéis* cazarrecompensas.

—No lo somos —contestó Heath.

—Vaya, ese es un agradable cambio. ¿Qué os trae aquí?

—Estoy buscando a un amigo —dijo Valentine—. Posiblemente, le conozcas.

—Si se encuentra en Aquerón, seguro que le conozco —respondió Peres—. ¿Cómo se llama?

—Sergio Mallachi —contesté.

Se mostró sorprendido.

—¿Así que hablas terrano? —Me observó—. Muchacho, nadie lo diría al mirarte...

—Respecto a Mallachi... —continuó Heath.

—Habéis llegado demasiado tarde.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Valentine.

—Sí.

—¿Estarías dispuesto a compartir la información con nosotros?

—No creo que os sirva de mucho —comentó Peres—. Se encuentra en el cementerio, en el extremo sur del pueblo. —Miró fijamente a Heath—. *¿Seguro* que no sois cazarrecompensas?

—Soy agente artístico —dijo—. Vendí un retrato que pintó Mallachi, y he venido a entregarle su dinero.

—¿Y el alienígena qué es? —inquirió Peres, señalándome con el pulgar, pero sin molestarse en mirarme.

—Como ya he dicho, es mi asociado.

Peres se encogió de hombros.

—Bueno, ésta *es* la Frontera —comentó con tono de desaprobación—. Yo no puedo indicarte con quién debes hacer negocios. —Calló un instante—. ¿Dices que has venido a pagarle por una pintura?

—Así es.

—¿Seguro que no te has equivocado de Sergio Mallachi?

—Absolutamente.

—¿El cazarrecompensas?

—Sí.

—Bueno, supongo que tendrás que buscar a su familia y entregarle el dinero a ella —dijo Peres—. ¿De *verdad* pintaba retratos?

—Uno sólo —contestó Heath.

El alcalde sacudió la cabeza con incredulidad.

—Vaya, se aprende algo nuevo cada día. Apuesto a que era un retrato de su amiga.

—¿Una mujer de cabello oscuro? —inquirió Heath con súbito interés—. ¿De piel pálida, ojos oscuros?

—Es la misma, así es —Peres se detuvo—. Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí por nada.

—Forma parte del negocio. Pero, como hemos *recorrido* todo este trayecto, a mí me gustaría tomar un trago antes de que emprendamos el largo viaje de regreso. A mi asociado y a mí nos encantaría que fueras nuestro invitado.

—¿Él también bebe? —preguntó Peres. Pareció considerar la proposición. Por último, dijo—: Bien puedo aceptar. Sin duda es más seguro que estar aquí de pie.

—¿Estar aquí de pie es inseguro por algún motivo? —pregunté nervioso.

—Podría serlo —contestó, dirigiéndose hacia el pueblo, que se hallaba a unos cuatrocientos metros.

A pesar de la gravedad más ligera, el calor pronto me pasó su factura, y apenas pude mantener la estela de los dos humanos. De repente, vi un fugaz movimiento en uno de los techos. Parpadeé para cerciorarme de que no era un espejismo y, luego, volví a mirar... y me encontré observando a un hombre vestido de gris que se acomodaba en la sombra proyectada por el edificio un poco más alto que tenía al lado.

Llegamos a la calle, y de nuevo me pareció percibir figuras que acechaban en los oscuros interiores de las estructuras. Adelantando el torso para no sobresalir en el desolado paisaje, aceleré el ritmo, ya que mis instintos me urgieron a unirme a los dos humanos que tenía delante.

—¿Qué sucede, Leonardo? —preguntó Valentine, notando súbitamente mi postura—. ¿Te has hecho daño?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada —contesté, sin desear discutir lo que había observado en presencia de Peres.

Heath me miró, se encogió de hombros y prosiguió andando. Un momento después llegamos a la taberna; agradecido, entré en su fresco interior. Se hallaba relativamente vacía, con dos grupos de hombres arracimados en torno a dos mesas grandes, bebiendo y enfrascados en una falsa conversación. Alrededor de la periferia de la sala se sentaban otros tres hombres a unas pequeñas mesas individuales, con expresiones duras y serias, vestidos con ropas indeterminadas de colores marrón y gris. Uno de ellos jugueteaba con una copa de whisky, el segundo hacía un solitario y el tercero, algo mayor que los otros dos, estaba, sencillamente, apoyado con los codos en la mesa, el sombrero sobre la frente y los ojos cerrados. Algo en ellos me fascinó y aterró, y me acerqué a Heath, mirando a hurtadillas a cada uno por vez.

—Bien, señor Peres —dijo Heath, dirigiéndose hacia una mesa vacía—, ¿qué bebe uno en Aquerón?

—Yo tomaré brandy —indicó cuando él y yo nos reunimos con Heath y nos sentamos a la mesa—. Sin embargo, los visitantes suelen preferir la cerveza; por lo menos, hasta que se adaptan al clima. —Me miró directamente—. No sé qué demonios bebes *tú.*

—Creo que Leonardo toma una solución de glucosa —comentó Valentine—. Nunca te he visto tan pálido. Debes estar deshidratado.

Mi tonalidad reflejaba mi miedo, por supuesto, pero no me atreví a mencionarlo.

—Me encontraré bien tan pronto como me recupere del calor —contesté—. Me gustaría un vaso de agua, por favor.

—Agua será —dijo Heath; después observó la terminal de la computadora de la superficie de la mesa y frunció el ceño—. Veo los botones para el brandy y la cerveza; sin embargo, no veo el del agua.

—En cualquier caso, no funciona —indicó Peres—. Pocas cosas funcionan en Aquerón. Yo me ocuparé.

Fue hasta la barra y regresó un momento después, con varias bebidas en una bandeja que depositó delante de Heath, un poco más allá de mi alcance. Valentine, que parecía más divertido que ofendido por esa actitud hacia los no humanos, sencillamente me pasó el vaso de agua.

—Bueno, —empezó Heath, y se bebió la mitad de la cerveza de un solo trago—, ¿cómo murió Mallachi?

—Fue muerto en esta misma taberna.

—¿Por algún asesino al que perseguía?

—Supongo que se podría decir así —contestó Peres.

—Suena corno una respuesta muy ambigua —indicó Heath.

—De acuerdo, era un asesino... pero ésa no es la razón por la que le perseguía —sorbió su brandy—. Fue por la mujer. Ella había dejado a Mallachi hace unos meses y se juntó con ese joven; entonces, Mallachi vino a buscarle aquí para matarle. Lo retó en mitad de este salón, y el Niño lo mató.

—Bien —comentó Heath—, nadie ha dicho que ser un cazarrecompensas te proporcionara un buen seguro de vida.

—Cierto —acordó Peres.

—¿Y afirmas que lo mató un hombre joven?

—Correcto. Todo el mundo le llama el Niño —sonrió—. No muchos hombres usan sus nombres verdaderos aquí en la Frontera... en especial si los busca la ley.

—¿Y la mujer? —inquirió Heath con interés—. ¿Qué le sucedió a ella?

—Se encuentra aquí mismo —contestó el alcalde con calma.

—¿Aquí? —repitió Valentine, sorprendido—. ¿En este edificio?

El otro sacudió la cabeza.

—No. Aquí en Aquerón. Calle abajo, encerrada en la cárcel.

—¿Qué hizo?

—Absolutamente nada.

—Entonces, no lo comprendo.

—El Niño sigue en Aquerón —explicó Peres—. Se halla en alguna parte del desierto.

—¿Estás seguro?

Peres asintió.

—Mientras su nave siga aquí, sabemos que no ha abandonado el planeta.

Heath indicó con la cabeza a los tres hombres.

—¿Y qué hacen aquí los cazarrecompensas? Deberían estar buscándole.

—El Niño ha usado Aquerón como su cuartel general durante casi cinco años, y conoce los túneles de las minas mejor que nadie. Un hombre debería estar loco para meterse en ellos e intentar sacarlo, en especial cuando existen mejores formas de conseguir que vuelva.

—¿Usan a la mujer como cebo?

—Así es.

—¿Cómo sabes que no se marchará sin ella?

—Hay otros dos cazarrecompensas de guardia en su nave.

—Si su guarida está bien equipada, podría quedarse allí durante años —señaló Heath.

Peres sacudió la cabeza.

—Aparecerá hoy o mañana —afirmó con confianza.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Transmitimos el mensaje por todas las frecuencias de radio de que iba a ser ejecutada mañana por la noche.

—¿Y por qué te iba a creer?

—Por ningún motivo en especial —reconoció Peres—, Pero no fui *yo* quien lo envió. Fue *ella.* —Calló un instante—. De hecho, todo el asunto fue idea suya.

—*¿Ella* quiere que se meta en una trampa?

—Evidentemente. —El alcalde no fue capaz de ocultar una expresión de perplejidad—. No tiene mucho sentido, ¿verdad?

—No, a menos que ella crea que será capaz de sobrevivir —acordó Heath.

—Imposible —dijo Peres—. Debe haber una docena de cazarrecompensas estacionados por la ciudad. Se corrió la voz de la muerte de Mallachi, y cayeron sobre Aquerón como langostas. —Suspiró—. Aún hay minerales en las minas. Tengo la impresión de que será mucho más difícil interesar a los inversores después de dos muertes en Aquerón... la que hemos tenido y la que vamos a tener.

—Quizá debería intentar anunciarlo como una atracción turística, con monumentos en los sitios donde Mallachi y su asesino cayeron —sugirió Heath—. De hecho —añadió pensativo—, no resulta inconcebible que el Niño se lleve a un par de cazarrecompensas con él, dándole así dos monumentos más.

—¿Recorrerías *tú* toda esa distancia para ver dónde murió un puñado de asesinos? —preguntó Peres escéptico.

—No —admitió Valentine—. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero yo aborrezco todas las formas de delitos y violencia. Las personas sin mis escrúpulos podrían estar fascinadas.

—Tal vez —aceptó Peres sin mucha convicción.

Reinó un momentáneo silencio, mientras cada hombre terminaba su bebida.

—¿Qué le sucederá a la mujer después de que ese joven sea abatido? —inquirió por último Heath.

—La soltaremos.

—Me pregunto si podría verla antes de marcharnos.

—¿Por qué? —preguntó Peres con suspicacia.

—Vivió con él —replicó Heath—. Quizá sepa decirme si tenía algún heredero y dónde puedo encontrarlo. Además —continuó en tono confidencial—, siento curiosidad por conocer a una mujer tan interesada en llevar a su amante a la muerte.

—¿Cómo sé que el Niño no te envió para ayudarla a escapar?

—Comprueba el diario de vuelo de mi nave. Llevamos tres semanas en el espacio, y has dicho que Mallachi fue asesinado hace dos semanas.

—No sé... —comentó Peres significativamente.

—Estaría *muy* agradecido —dijo Heath.

—¿ *Cuan* agradecido?

Heath sacó un fajo de billetes y contó trescientos créditos.

—¿También irá el alienígena?

—Sí —confirmó Valentine, añadiendo dos billetes de cincuenta créditos sobre la mesa.

Peres observó el dinero durante un momento; luego, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—Vamos —dijo, poniéndose de pie.

Me uní a ellos cuando se acercaron a la puerta y subieron por la rampa para salir a la calle caliente y polvorienta.

—Por aquí —indicó Peres, y giró a la izquierda. Caminamos unos quince metros y nos detuvimos—. Hemos llegado —anunció, indicando una estructura baja y de color claro—. Solía ser un edificio de oficinas; sin embargo, aquí no ha habido negocios en casi veinte años, y necesitábamos una cárcel, de modo que expropiamos el lugar y protegimos las puertas y las ventanas con un campo de fuerza electrónico.

Miré hacia donde señalaba y, de repente, la vi a *ella.* Sus facciones tenían una proporción tan exquisita que parecía hermosa incluso para un miembro de una raza diferente. Vestía toda de negro, los ojos oscuros se veían tristes y pesarosos, el cabello estaba exactamente igual que en todos los hologramas y pinturas. Se hallaba inmóvil ante una ventana, mirando más allá de nosotros al extremo más lejano de la calle.

—¡*Sabia* que existía! —exclamó Heath.

—¿Quién dijo que no? —preguntó Peres, intrigado.

—Oh, un tratante de arte —respondió Valentine con una sonrisa.

—De paso —dijo Peres, deteniéndose para encender un cigarro pequeño—, he de advertiros que no habla mucho. Cualquier conversación que queráis mantener con ella será bastante unilateral.

—No importa —comentó Heath, mirándola con intensidad.

—Bien —el alcalde reemprendió la marcha—. Creo que podríamos acabar ya con el asunto.

Súbitamente, delante de nosotros se abrió una puerta unos centímetros y de ella emergió un hombre alto, fornido y de piel oscura.

—Será mejor que salgan de la calle —dijo con voz suave, la mirada clavada en un punto a nuestra espalda.

—¿Qué sucede? —preguntó Heath.

—¡Haz lo que ordena! —restalló Peres con urgencia, empujando a Heath de un brazo hacia un edificio vacío mientras yo bajaba a toda velocidad por la rampa tras ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Valentine—. ¿Qué está pasando?

Peres nos condujo a una ventana y señaló la figura delgada de un joven rubio que se hallaba de pie, inmóvil, en el extremo de la calle.

—Ha venido por ella —anunció.

11

EL NIÑO ESTABA QUIETO Y ESTUDIABA LA SITUACION. De vez en cuando, su mirada se detenía en un techo o en el interior de un edificio, y yo sabía que había localizado a otro de los cazarrecompensas que le esperaban.

Lucía un indeterminado traje de color marrón. Una pistola láser descansaba en una funda a su costado, desconectada ya de su batería, lista para un uso inmediato. En el cinturón tenía metida una pistola sónica, un rifle al hombro y se veía la culata de otra pistola sobresaliendo de la parte superior de la caña de su bota izquierda. No llevaba sombrero, y el aire caliente azotaba su cabello rubio de modo que enmarcaba su cara como los halos de las pinturas religiosas enmarcaban los rostros de los santos humanos.

Evidentemente, el hombre que nos había dicho que entráramos se hallaba fuera de su alcance, pues el Niño no le prestó atención, sino que se concentró en examinar los edificios más cercanos. Bajo sus axilas había manchas de transpiración, y la parte de atrás de la camisa se pegaba húmeda a su espalda; sin embargo, parecía no tener prisa por entrar en el pueblo o regresar al desierto.

—¡Es un suicidio! —exclamó Heath. mirándole por la ventana—. ¿Es que no sabe que se trata de una trampa?

—Lo sabe —afirmó Peres.

—¿Cree que se los puede cargar a todos?

El otro se encogió de hombros evasivamente.

Me volví para observar la cárcel. La Dama Oscura se encontraba ante la ventana, contemplando con fijeza al Niño, con la cara serena. Me pregunté que había hecho para que ella le traicionara de esa manera.

—¡Ahí viene! —susurró Peres animado. El Niño había desenfundado la pistola láser, bajando despacio por la calle, en dirección a la cárcel.

Hubo un movimiento fugaz en el techo, el láser parpadeó y, un instante después, un cazarrecompensas rodó por la suave pendiente y cayó pesadamente al suelo.

El hombre que nos había dicho que nos largáramos sacó un arma de proyectiles y la disparó. Resultó obvio que falló, ya que el Niño giró y activo su propia arma cuando el otro corrió en busca de protección. Un momento más tarde, el hombre yacía muerto justo delante de nuestra puerta, con la cara calcinada. Lo miré con fascinación horrorizada, atónito de que cualquier raza considerara tal final heroico o romántico.

Oímos otro disparo. El Niño dio media vuelta y su pistola voló unos veinte metros por el aire; me di cuenta de que había recibido un impacto en el brazo. En el acto sacó el arma de proyectiles de la bota y devolvió el fuego; luego giró al ver a otra figura en la tienda que había a su derecha. No sé qué clase de arma le estaba apuntando, pero cayó al suelo y rodó dos veces, con la sangre manando del agujero abierto donde había tenido la oreja izquierda, y la furia ocultando el dolor en su cara. Entonces, poniéndose de rodillas, disparó a la tienda.

Otras dos pistolas láser parpadearon, una desde un techo y otra desde la taberna; un buen número de balas desgarraron el suelo a su alrededor. El Niño cayó hacia atrás como si hubiera recibido un fuerte golpe en el pecho. Entonces, mientras su cuerpo empezaba a cubrirse de humeantes marcas negras de carne quemada y la visión se le oscurecía por su propia sangre, con mano débil sacó la pistola sónica y la apuntó a un cazarrecompensas.

Yo quería cerrar los ojos; sin embargo, descubrí que era incapaz. Traspuesto, lo miré mientras una y otra vez intentaba matar a tantos antagonistas como fuera posible antes de morir. Era algo tan opuesto a cualquier cosa que yo hubiera experimentado jamás, a pesar de ese sombrío espectáculo que estaba siendo representado delante de mí, que me resultó imposible comprender por qué seguía luchando cuando ya había recibido unas diez heridas

Librodot

mortales, por qué no se rendía y aceptaba lo inevitable.

Quizá por azar, quizá por designio, de nuevo me encontré mirando a la Dama Oscura. Tenía las manos extendidas en dirección al Niño, como si le instara a levantarse de donde había caído e ir hacia ella; y su cara, que había estado tan pálida e inexpresiva, de repente pareció adquirir color debido a la excitación. Sí que debía haber pensado que él podría abrirse paso por entre todos los cazarrecompensas para rescatarla, porque un momento después su cara había recuperado la persistente expresión de tristeza. El instinto me dijo que él había muerto.

Y entonces, súbitamente, ella me miró con fijeza a *mí,* una expresión inescrutable en la cara. Lo encontré tan desconcertante que de inmediato aparté los ojos.

—Bueno, ya se ha acabado —comentó Peres con un suspiro de alivio.

—Qué desperdicio —musitó Heath—. ¿A cuántos se llevó con él? ¿Cuatro?

—Creo que tres —contestó Peres—. Tendremos que comprobarlo y ver quién se retuerce todavía.

—¡Fue horrible! —exclamé.

Peres se volvió hacia mí.

—Habría pensado que te gustaría la visión de la sangre humana.

—¡Sin duda nadie podría disfrutar de semejante carnicería! ¡Es inmoral acabar con la vida de otro ser, no importa cuál sea la justificación!

Peres se mostró divertido.

—Si piensas que *eso* es inmoral, aguarda a ver cómo se pelean entre ellos por el disparo fatal. Es probable que tengamos dos o tres muertos más antes de que se arregle.

—¿Ahora qué pasará con la mujer? —preguntó Heath.

Peres se encogió de hombros.

—Supongo que la soltaré. —De repente, sonrió divertido—. Va a necesitar un buen agente de viajes. Pretendo confiscar la nave del Niño en pago por el daño que causó durante el tiroteo.

—¡Pero soltarla sin ningún medio para dejar el planeta es un acto sin escrúpulos! —exclamé, sorprendiéndome por mi temeridad.

Peres me miró como si fuera una especie de insecto al que aplastaría antes que conversar con él.

—Bueno, por todos los infiernos que no pienso alimentarla gratis —dijo por último.

—¿Adonde irá? —pregunté.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? Seguro que se juntará con uno de los cazarrecompensas.

—Son asesinos —insistí, dándome cuenta de que era de mala educación, aunque incapaz de parar.

—¿Y a ti qué te importa? —exclamó Peres—. ¿Es que piensas que preferiría marcharse con un pequeño monstruo veteado como tú?

—No hace falta la acritud —intervino Heath con suavidad—. Mi asociado tiene razón, señor Peres. En vez de obligarla a marcharse en compañía de uno o dos fríos asesinos, por lo menos deje que le brindemos la elección de venir con nosotros.

Peres le miró durante un largo momento.

—¿Para qué la quiere? —preguntó con suspicacia.

—¿Yo? —repitió Heath, sorprendido—. Yo no la quiero para nada. Es un simple acto de humanidad. Se encuentra varada aquí, usted insiste en que se vaya al acabar el día, y las únicas personas que podrían aceptar llevarla son asesinos despiadados. Si ella elige venir con

nosotros, disponemos de sitio en nuestra nave, y la dejaría en cualquier planeta que haya en la ruta a Carlomagno. Dudo que alguno de los cazarrecompensas tenga la intención de abandonar la Frontera Interior, así que, al menos, yo puedo acercarla un poco al lugar al que vaya.

—¿Cómo *sabe* adónde va? —inquirió Peres—. Infiernos, se encuentra aquí, ¿no es verdad? Quizá le *gúste* la Frontera.

—Siempre puede rechazar mi oferta —respondió Valentine—. No obstante, me sentiré mejor si se lo propongo.

El otro guardó silencio un momento.

—¿Cuál es su verdadero interés en ella?

—El que le acabo de exponer.

—Sin embargo, quería verla incluso antes de que el Niño apareciera.

—No me resulta menos interesante por el hecho de que él haya muerto. Y todavía debo averiguar quién va a recibir el dinero de Mallachi.

—¿Está seguro de que ustedes dos no planean llevarla en algún pervertido viaje de placer por la Frontera? —preguntó Peres con suspicacia.

—No soy capaz de imaginar por qué eso le preocupa, aunque fuera verdad —contestó Heath—; sin embargo, la respuesta es no. Ningún hombre educado se aprovecharía de una mujer en semejante situación. Soy un caballero; ella es una dama en apuros. Es así de sencillo.

—Nunca ha habido nada así de sencillo —respondió Peres con énfasis—. Si ustedes se la llevan y nadie vuelve a verla jamás, tendré que irme con ese peso a la tumba.

Y, de repente, *yo* supe adonde conducía la conversación.

—Comprendo que sería una carga terriblemente pesada —comentó Heath con simpatía.

—Maldita razón que tiene —acordó el otro.

—¿Que cree que haría falta para aligerarla?

Peres sonrió.

—Con otros mil bastaría.

—Setecientos —dijo Valentine en el acto.

—Ocho.

—Trato —afirmó Heath.

—De acuerdo —de repente la voz de Peres adquinó un tono profesional—. ¿Cómo quiere arreglarlo?

—Algunos de los cazarrecompensas podrían molestarse si nos vieran a Leonardo y a mí llevándola a a la nave indicó Heath—. Quizá sería mejor si usted la escoltara.

—¿Alguno tiene razón para creer que ella preferiría marcharse con ellos? —inquino Peres.

—Con franqueza, no tengo m idea. No obstante, no veo motivo alguno para ponerles la tentación en su camino, por decirlo así. Usted es el alcalde; le será menos difícil que a nosotros llevarla a la nave.

—¿Y si no quiere ir?

—Usted va a echarla del planeta, y está sin dinero o amigos. ¿Por qué *no* va a querer venir?

—Es una mujer extraña. Nunca se sabe con ella.

—Sólo infórmele que dispone de dos elecciones: venir con nosotros o quedarse en la cárcel.

—Pero yo no la *quiero en* mi cárcel —protestó el alcalde—. Es la personificación de los problemas... y casi todos los hombres a los que se pega terminan muertos.

—Entonces, convénzala para que deje Aquerón con nosotros.

—De acuerdo —aceptó Peres, aunque su expresión indicaba que ella no aceptaría.

—Mire —dijo Heath—, ¿preferiría que hablara *yo* con ella?

El otro sacudió la cabeza.

—Con que contemplara una sola vez al alienígena, ya nada podría obligarla a ir con usted. Yo me ocuparé.

—Perfecto —afirmó Heath. Miró por la ventana y dirigió la vista hacia el cadáver del Niño, donde cuatro cazarrecompensas estaban discutiendo y gesticulando acaloradamente—. Tan pronto como hayan arreglado sus diferencias financieras, iremos directamente a mi nave.

—Me reuniré con ustedes en media hora —anunció Peres; abrió la puerta y subió por la rampa a la calle.

—Bien, Leonardo —dijo Heath, sonriendo y frotándose las manos—, ¡la tenemos!

—Era el único acto civilizado que podíamos hacer —acordé—. No podía soportar la idea de que la obligaran a marcharse en compañía de unos asesinos.

Heath se rió entre dientes.

—Por si se ha escapado a tu atención, ella *vino* aquí después de permanecer junto a un cazarrecompensas, y luego se unió a un proscrito.

—No obstante, estos son hombres terribles —dije con un escalofrío—. ¿Cómo pueden matar de esa forma?

—Te sorprendería lo que es capaz de hacer un hombre cuando hay dinero de por medio. Y antes de que los condenes, no olvides que los cazarrecompensas son lo más próximo a la policía que tienen los mundos de la Frontera.

—¡Pero fue un asesinato brutal, premeditado!

—El Niño sabía que estaban aquí. No tenía por qué venir.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Perdón?

—El Niño —dije—, ¿Por qué regresó si sabía que había cazarrecompensas esperándole? No entiendo sus actos.

—Ya oíste a Peres. Volvió por la mujer.

—Pero debía saber que no viviría para rescatarla —insistí—. ¿Por qué entregó su vida por propia voluntad?

—Quizá creyó que lo conseguiría —respondió Heath sin mucha convicción.

—Es una respuesta inaceptable. Sé que, por lo menos, vio a cuatro cazarrecompensas; tenía que saber que había más a los que no podía detectar.

Heath se encogió de hombros.

—De verdad que no lo sé, Leonardo. Bajo presión, los hombres hacen cosas extrañas.

—Pero no estaba bajo presión —señalé—. Se encontraba a salvo en el desierto. Conocía tan bien los túneles de las minas que nadie se atrevía a ir tras él.

—Sin embargo, pensó que la mujer moriría mañana por la noche.

—Si creyó su súplica de ayuda, debió saber que le sería imposible salvarla. Si no la creyó, no tenía razón para regresar.

—Cierto —admitió Heath pensativo.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—No lo sé —dijo, mirando por la ventana para ver si los cazarrecompensas ya se habían dispersado—. Quizá la obtengamos de la Dama Oscura.

12

—¿PUEDO SERVIRTE ALGO DE BEBER? —preguntó Heath.

Acababa de poner la nave en piloto automático después de abandonar la atmósfera de Aquerón, y los tres estábamos sentados a la mesa en la cocina, el único lugar en el diminuto transporte capaz de acomodarnos a todos.

—Algo caliente, por favor —dijo la Dama Oscura.

Esas fueron las primeras palabras que pronunció desde que Peres nos la entregara; me maravilló la musicalidad de su voz. Parecía completamente relajada, y su comportamiento seguía siendo sereno.

Heath le trajo una taza de café.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —inquirió.

Ella sacudió la cabeza.

Valentine pareció meditar cómo conseguir que entablara una conversación. No es que se mostrara muy distante, sino, más bien, que en su absoluta tranquilidad daba la impresión de no estar casi en contacto con la realidad que la rodeaba.

—Fue una terrible experiencia la que te viste obligada a padecer en Aquerón —comenzó incómodo.

Ella continuó calentándose las manos con la taza de café y no contestó.

—Haremos todo lo que esté en nuestro poder para que te sientas a gusto —prosiguió—. ¿Hay algo que podamos traerte... cualquier cosa?

Ella le miró durante un largo momento, y aunque su cara mantuvo la serenidad, tuve la certeza de que le divertía la incomodidad de él.

—Hay preguntas que quieres formular —dijo por fin—. Hazlas ahora.

—¿Cuál es tu nombre?

—Puedes llamarme Nekhbet.

—Quizá me lleve un tiempo aprender a pronunciarlo correctamente.

—Tengo otros nombres que son más fáciles de pronunciar.

—¿Uno de ellos es Shareen D'Amato, Gran Dama? —pregunté.

Pensé que mi pregunta la cogería desprevenida; sin embargo, giró la cabeza y me observó con curiosidad.

—¿Y Eresh—Kigal? —continué.

—Eres un alienígena muy sorprendente —dijo en tono levemente divertido.

—Y yo soy un humano muy confundido —intervino Heath—. ¿Quién es Shareen D'Amato y esa Erash—lo que sea?

—Sólo nombres —contestó ella.

—¿Tuyos? —inquirió Valentine. Asintió—, ¿Cuál es tu nombre verdadero?

—Pregúntale a tu amigo —respondió—. *El* lo sabe.

—¿Leonardo? —Heath estaba perplejo. Se volvió hacia mí—. De acuerdo... ¿quién es ella?

—Es la Dama Oscura —respondí. Ella sonrió en reconocimiento—. ¿Puedo hacerte una pregunta, Gran Dama? —continué.

—Sí.

—¿Has oído hablar alguna vez de un hombre llamado Brian McGinms?

Cerró los ojos durante un instante; luego, los abrió y miró el tabique como si observara a través de su superficie el opaco y lejano pasado.

—¿Quién demonios es Brian McGinms? —preguntó Heath.

—Un hombre que murió hace unos seis mil años —contesté.

—Brian McGinnis —dijo ella por fin—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oyera ese nombre.

—¿Le conociste? —pregunté.

—¿Cómo pudo conocerlo si murió hace seis mil años? —espetó Heath, irritado.

—Tu amigo tiene razón, alienígena —dijo ella con una sonrisa—, ¿Cómo podría conocer a un hombre qtie murió hace tanto tiempo?

—No pretendo ofenderte, Gran Dama, pero no me has contestado.

—Tengo la impresión que ya conoces la respuesta. —Sus ojos oscuros se clavaron en los míos—, ¿No es verdad?

—Así lo creo, Gran Dama —indiqué, sorprendido de sentir tan poco miedo de ella—, ¿Me permites preguntarte si también conocías a Chnstopher Kilcullen?

—Has hecho bien los deberes, alienígena —contestó sin rastro de hostilidad—. Te alabo.

—Peto no me contestas —dije.

—No hace falta.

—No obstante, me gustaría escucharlo de tus propios labios, Gran Dama —insistí.

Volvió a sonreír.

—Sin duda que sí —hizo una pausa—. Tu destino no es obtener todo aquello que deseas en esta vida, alienígena.

Reinó un silencio momentáneo.

—Tú nos *dijiste* que formuláramos preguntas —indicó por último Heath.

— *Tu* puedes hacerlas —contestó.

—Perfecto. Mientras seguimos con el tema de los hombres que podrías conocer, ¿qué me dices de Malcolm Abercrombie?

—¿Quién es Malcolm Abercrombie? —inquirió.

—Colecciona tus retratos —contestó Heath—. De hecho, ha gastado una fortuna considerable en ellos.

—¿Y eso qué significa para mí? —preguntó con serenidad.

—¿Te gustaría conocerle?

—Jamás le conoceré —afirmó la Dama Oscura. No lo dijo desafiante, sino como una simple declaración de un hecho.

—A él sí le gustaría conocerte.

—Entonces, sufrirá una desilusión.

—Además —continuó Heath con voz persuasiva—, me aventuraría a decir que pagaría una gran cantidad de dinero por verte.

—No necesito su dinero y no deseo su compañía —contestó la Dama Oscura.

—Entonces, podrías hacerlo como un favor a mí.

—No te debo ningún favor.

—Comprendo que no es nada galante mencionarlo, pero *nosotros* te rescatamos.

—Tienes toda la razón —aceptó la Dama Oscura.

—Entonces, estoy seguro de que podremos llegar a un entendimiento —señaló Heath con una sonrisa.

—Tienes toda la razón sobre no ser nada galante —respondió ella—. Y te comprendo a la perfección, Valentine Heath. —Bebió un sorbo de café; luego, con un movimiento grácil, se

puso de pie—. Y ahora, si no te importa, me gustaría descansar.

—¿Puedo hacerte una última pregunta, Gran Dama? —pedí.

Se volvió hacia mí.

—Sólo una.

—¿Eres humana?

—Por supuesto que es humana —intervino Heath—. Mírala, Leonardo.

Ella no apartó los ojos de mí; sin embargo, no contestó.

—Por favor, Gran Dama —insistí—. De verdad que desconozco la respuesta a mi pregunta.

—La respuesta es no —dijo por último.

—¿Eres una alienígena? —preguntó Heath incrédulo.

—No, no lo soy.

Este se mostró irritado.

—Debes ser una cosa o la otra.

—Si tú lo dices —contestó con tranquilidad—. Y ahora, ¿podrías indicarme dónde está mi camarote?

—Por supuesto —Heath se puso de pie y se dirigió a una puerta—. Utiliza mi cabina.

—Gracias. Es muy generoso por tu parte.

Valentine lanzó una sonrisa luminosa.

—¿Para qué están los amigos?

—Tú no eres amigo mío, Valentine Heath —respondió ella con suavidad mientras se encaminaba hacia la cabina y cerraba la puerta a su espalda.

—¿Cómo sabía mi nombre? —dijo Heath, regresando a la mesa—. Yo no se lo mencioné.

—Tal vez lo hizo Peres —indiqué sin convicción.

Asintió con vigor.

—Debe ser eso. —Sacó una botella de licor del gabinete, se sirvió una copa y se sentó—. Bueno, Leonardo, ¿qué piensas de nuestra invitada?

—Es la Dama Oscura —contesté.

—Sé que es la Dama Oscura. Tú me dijiste que era la Dama Oscura. *Ella* me dijo que era la Dama Oscura. —De nuevo pareció irritado—. Quizá me mostrara más agradecido si alguien me contara, sencillamente, qué es la Dama Oscura.

—No lo sé.

—¿Qué fue todo eso acerca de Brian como se llame?

—Era un humano que vivió casi un milenio antes de que tu raza consiguiera establecer los vuelos interestelares.

—¿Y qué pasa con él?

—Pintó su retrato —dije. —Está claro que pintó a alguien igual que ella.

—He visto la fotografía de los dos juntos.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y Kilcullen? ¿Fue otro de los artistas?

—Sí.

—Supongo que también él lleva muerto un buen tiempo, ¿verdad?

—Sí, aunque no tanto como McGinnis.

Frunció el ceño.

—Interesante —musitó.

—Yo diría que es aterrador —indiqué—. Con la excepción de que ella no me aterra.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque no es humana y no es alienígena.

—En especial, no es sincera —se mofó Heath, bebiendo un trago—. Es tan humana como yo.

—Entonces, ¿cómo llegó a saber algo de Brian McGinnis? —insistí.

—Probablemente, como tú.

—Yo he visto representaciones de ella anteriores en más de dos mil años a la pintura de McGinnis.

—¿Crees que es la única mujer de pelo oscuro que vivió alguna vez? —preguntó Heath.

—No. Creo que es la única mujer de pelo oscuro que ha vivido tanto tiempo.

—¿Conoces cuál es la esperanza de vida humana? —exclamó.

—Sí. Pero ella no es humana.

—Parece humana, vive con humanos, la pintan y la esculpen humanos, adopta nombres humanos. ¿Te suena a alienígena?

—Dijo que no era alienígena.

Bufó despectivamente.

—Cuando eliminas a los humanos y a los alienígenas, ¿qué te queda?

—¿Podría ser una psíquica o una manifestación espiritual? —aventuré.

Señaló la taza medio vacía de ella.

—Las manifestaciones no toman café.

—No lo sabía—dije—. Seguro que tú ya te has encontrado con manifestaciones antes.

—¡Maldición! —exclamó, terminándose la copa—. Sé que para un Bjornn es especialmente difícil de entender, pero no todas las mujeres dicen la verdad —dejó la copa sobre la mesa y se dirigió a la computadora de la nave—. Solucionaremos esto de una vez por todas. ¡Actívate!

—Activada—contestó la computadora—. Esperando...

—¿Cuántos seres inteligentes hay en la nave en este momento?

—Tres —respondió la computadora.

—¿Quiénes son?

—Usted, un Bjornn llamado Leonardo y una mujer humana cuyo nombre puede o no puede ser Nekhbet, Shareen D'Amato, Eresh—Kigal o la Dama Oscura.

—Dame algunos datos físicos sobre la mujer.

—Altura: un metro sesenta y cinco centímetros. Peso: cincuenta y siete kilos. Cabello: negro. Ojos: negros. Edad: entre veintiocho y treinta y seis años, basado en la textura de la piel y la estructura ósea, con un posible error de...

—Desactívate —ordenó Heath. Se volvió hacia mí—. ¿Te suena a una aparición?

—No —afirmé.

—Entonces, ¿estás satisfecho?

—No.

—¿No? —repitió—. ¿Por qué?

—Tu computadora es una máquina y, como tal, sólo es capaz de analizar los datos que fue programada para analizar. No puede tener en cuenta los hechos que yo he acumulado sobre el

pasado de la Dama Oscura.

Me miró durante un largo rato.

—¿Sabes?, te estás volviendo bastante argumentador. Espero no ser yo la causa de esta recién descubierta agresividad.

—Me disculpo si te he ofendido —dije.

—No estoy ofendido, sólo sorprendido. —Suspiró—. De acuerdo, Leonardo, ¿*tu* qué crees que es?

—No lo sé.

—¿Careces de explicación sobre por qué afirma haber conocido a esos artistas muertos hace tiempo?

—Sí. Y debería indicarte que la mayoría de los hombres que la pintaron *no* eran artistas.

—¿Si? —Pareció perplejo—. ¿Qué eran?

—He sido incapaz de establecer un eslabón común entre ellos —reconocí.

Dio la impresión de considerar el problema durante un instante; luego se encogió de hombros y se sirvió otra copa.

—Bueno, no tiene sentido que nos volvamos locos preocupándonos por ello. Quizá Abercrombie pueda descubrirlo.

—¿Por qué Malcolm Abercrombie daría con la solución? —pregunté—. Sabe de ella incluso menos que tú.

—Vamos a entregársela a él —contestó Heath.

—No lo entiendo.

Sonrió.

—Quizá «entregar» no es la palabra adecuada. Vamos a negociar con él por el placer de la compañía de ella.

—¡No puedes vender un ser inteligente a otra persona!

—Nadie va a vender nada, Leonardo —indicó con desenvoltura—. Sólo realizaremos un servicio social para dos personas que tal vez descubran que tienen un montón de cosas en común.

—¡No es una propiedad para ser alquilada por horas! —exclamé, horrorizado.

—¿Quién mencionó algo de prostitución? —preguntó Heath con inocencia—. Según lo que tú me has dicho, entre sus años y su humor, es posible que Abercrombie se encuentre más allá de la edad en que pueda hacer algo al respecto, aunque lo desee. —Adelantó el torso—. Sin embargo, ha gastado millones de créditos comprando sus pinturas. El hombre está dominado por una obsesión que le ha consumido la tercera parte de su vida. Seguro que la oportunidad de verla en carne y hueso, de saber que existe, de hablar con ella y, quizá, encargarle una obra a un artista de su elección... tiene que valer *algo* para él.

—Ella dijo que jamás conocería a Abercrombie.

—Y estoy seguro de que así lo cree —respondió Heath—. No obstante, creer algo no necesariamente lo convierte en realidad. Demonios, también cree que no es humana.

—¡Esto es un secuestro! —protesté.

—Seríamos culpables de secuestro si la hubiéramos apresado contra su voluntad. Vino con nosotros por deseo propio.

—Pero no sabía lo que planeabas.

—La consideras como una especie de realeza, que debe ser tratada con deferencia y un respeto abyecto —se quejó—. Permite que te recuerde que se junta con asesinos, que planeó que su amante fuera aniquilado brutalmente por unos cazarrecompensas, que la echaron de

Aquerón y que no posee ni un crédito. Debería estarnos agradecida por aceptar traerla con nosotros. —Hizo una pausa. Luego, más razonablemente, añadió—: Mira, si ello tranquiliza tu conciencia, le daré el diez por ciento de lo que consigamos de Abercrombie. Con toda seguridad, será más dinero del que ha visto de una sola vez.

—No lo aceptará.

—Claro que sí.

—No —repetí—. Ya lo ha dicho.

—Cuando comprenda que la alternativa es ser entregada a Abercrombie y *no* recibir el diez por ciento, lo hará.

—¡No puedo permitirlo!

—Leonardo, deja que sea absolutamente claro contigo. Me encuentro en una posición financiera algo incómoda. —Se detuvo y suspiró—. De hecho, en la actualidad soy un fugitivo de la justicia. En el futuro inmediato no podré regresar a Carlomagno, y estoy convencido de que la policía ha congelado mis propiedades. Sin duda han puesto rastreadores en todas mis cuentas de crédito, de modo que tampoco me atrevo a usarlas. Debo recibir una inmediata inyección de liquidez y esto es lo que parece proporcionarme la mejor oportunidad de obtenerla.

—Recibirás dinero cuando Tai Chong te pague la pintura de Mallachi.

Sacudió la cabeza.

—Eso apenas cubrirá el combustible de la nave. No fui educado para mezclarme con el rebaño común, Leonardo. Quizá sea desagradable, pero ahí va: necesito dinero para mantener la calidad de mi vida.

—¿Y qué hay de la calidad de la vida de *ella*? —pregunté.

—Estaba encerrada en una celda cuando la encontramos. ¿Qué clase de calidad es ésa?

—Fuera cual fuere el motivo, estaba allí de forma voluntaria —señalé—. Y tú harás esto en contra de su voluntad.

—Te vuelves aburrido, Leonardo —dijo—. Me gustabas mucho más cuando eras servil.

—No puedo quedarme en silencio y dejar que le hagas esto a una *dama.*

Enarcó una ceja.

—¿Sería diferente si se tratara de un hombre?

—Seguiría siendo inmoral.

—Pero no estarías tan molesto, ¿verdad?

—Es un crimen deleznable, no importa quién sea la víctima —afirmé con énfasis.

—Sin embargo, ¿es peor si se trata de una mujer?

—Todas las hembras son sagradas.

—Procedes de un mundo extraño.

—Es *mi* mundo —respondí—. Creo en él, y lo atesoro.

—Bien, la próxima vez que nos encontremos en esta situación, me cercioraré de secuestrar a un hombre —prometió Heath—. Mientras tanto, el tema está cerrado.

—*No* está cerrado. Debo hacerte comprender el terrible delito que pretendes realizar.

—*Está* cerrado —dijo con firmeza—. ¿O tendré que ponerte en la cámara de Sueño Profundo otra vez?

Me di cuenta de que no podría servir a la Dama Oscura si continuaba discutiendo, así que lo acepté dócilmente y esperé hasta que se quedó dormido unas horas más tarde. Entonces, en silencio, entré en el compartimento de ella para informarle sobre las intenciones de Heath.

Estaba vacío.

Examiné el interior de la pequeña nave y no encontré ni un rastro de ella; por último, desperté a Heath.

—¿De qué hablas? —preguntó mientras salía de la litera—. ¡La gente no desaparece de una nave espacial.

—Se ha ido —dije.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—¡Ya lo veremos! —exclamó, dirigiéndose a grandes zancadas hacia su compartimento. Prácticamente, lo deshizo; incluso miró bajo la litera y dentro del armario pequeño. Cuando terminó, fue a la sala de control, a la zona de carga, al lavabo y de regreso a la cocina—. ¿Qué demonios está pasando aquí? —exclamó—. Computadora... ¡actívate!

—Activada—anunció ésta—. Esperando...

—¿Cuántos seres inteligentes se encuentran en este momento a bordo de la nave?

—Dos.

—¿Se abrió alguna de las escotillas desde que partimos de Aquerón?

—No.

—¿Existe alguna forma en que hayamos podido deshacernos de la Dama Oscura sin darnos cuenta?

—No.

—¿Ha pretendido ella abandonar la nave?

—No.

—Entonces, ¿qué ha sido de ella?

—No lo sé —contestó la computadora.

TERCERA PARTE
EL HOMBRE QUE LO QUERÍA TODO

13

HEATH ENTRÓ POR LA PLATAFORMA DE MADERA que daba a las montañas cubiertas de nieve, se frotó las manos con vigor y se dirigió al bar.

—¡Un día hermoso! —alabó—. Un poco frío, pero hermoso.

—Si te resulta frío, ¿por qué sales? —pregunté sin mucho interés.

—¿Sabes cuánto me cuesta este lugar? —contestó riéndose—. El agente inmobiliario sólo sabía hablar del clima y la vista. Bien, pues el clima puede que sea algo inhóspito de vez en cuando; sin embargo, la vista es, decididamente, espectacular.

—¿Cuánto tiempo más hemos de quedarnos aquí?

—Leonardo, hay gente que daría un ojo por tener un chalet de montaña en Graustark. Relájate y diviértete.

—¿Todavía no has recibido noticias de tus abogados?

—Aún les queda por enriquecer a uno o dos funcionarios gubernamentales —explicó—. Todo marcha a la perfección. Dentro de un par de días, tres a lo sumo, podremos regresar a Carlomagno.

—Yo no quiero volver a Carlomagno.

—Entonces, te puedes quedar aquí.

—Han pasado nueve días desde que nos fuimos de Aquerón. Debo regresar al trabajo.

—Nos desviamos a Graustark porque Tai Chong te dijo que te relajaras unos días.

—Creí que se debía a que tú te ocultabas de las autoridades —comenté.

—Ése es otro de los motivos —acordó con ironía—. No obstante, mientras estés aquí, ¿por qué no intentas disfrutarlo?

—¿Tenemos que pasar de nuevo por todo ello? —pregunté cansado.

—No, claro que no. Pero te muestras adusto desde que recibiste noticias de tu madre...

—Mi Madre de Patrón —corregí.

Se encogió de hombros.

—Lo que sea. ¿Por qué no vienes a dar una vuelta conmigo antes de que empiece a nevar otra vez? ¡El exterior es maravilloso!

—A mí me afectan más que a ti las temperaturas extremas.

—Entonces, abrígate.

—Los caminos son estrechos *y* sinuosos; me caería.

—De acuerdo. —Me miró—. Tengo otra sugerencia.

—¿Cuál?

—¿Por qué no te quedas aquí sentado autocompadeciéndote?

—Sencillamente, no comprendes la enormidad de lo que ha sucedido —dije.

—Tu madre está enfadada contigo —respondió—. ¿Y qué? Se le pasará. Tai Chong ha solucionado las cosas con la policía, ya nadie cree que seas un ladrón o un secuestrador, sigues trabajando para Clairborne, y estás sentado en un chalet situado en el lugar más exclusivo del planeta más exclusivo del Cúmulo Quinellus.

—Tengo que cumplir con mi trabajo.

—Para un coleccionista multimillonario que incluso odia verte —indicó Heath con una

Librodot

sonrisa.

—Eso no se puede evitar.

—Claro que sí.

—¿Cómo?

—Dile que se vaya al infierno. ¡Sé un hombre!

—No soy un Hombre —le recordé.

—Ello no te convierte en alguien peor que Abercrombie. De verdad que deberías enfrentarte a él.

—Es mi empleador.

—También es el coleccionista de arte más incompetente del que jamás haya oído hablar —afirmó Heath—. Le llevó un cuarto de siglo localizar treinta retratos de la Dama Oscura, y tú le encontraste tres el primer mes de trabajar para él.

—Disponía de conocimientos especiales sobre dos de ellos. Ésa es la razón por la que me contrató.

—Pero encontraste el tercero —continuó Heath—. Y, más aún, diste con la modelo.

—En realidad, fuiste tú quien la encontró —indiqué.

—Tú, yo, ¿cuál es la diferencia? Lo importante es que no fue Abercrombie. Ni siquiera se dedicó a buscarla una sola vez. Ni *pensó* en buscarla. Se sienta en su casa, solo, rodeado por una colección fabulosa que es incapaz de apreciar adecuadamente, y deja que los demás hagan el trabajo por él. —Heath se detuvo—. ¡Por mi vida que no soy capaz de entender por qué estás tan ansioso de volver a trabajar para él cuando te encuentras al lado de una chimenea crepitante en la cima de la montaña más hermosa de la galaxia!

—Amigo Valentine —comencé, pasando al Dialecto de la Afinidad, pues *sí* sentía afinidad con él—; ¿por qué, sencillamente, no planteas lo que quieres?

—Creo que no te sigo, Amigo Leonardo —respondió, aunque cierta diversión distante que brilló en sus ojos me aseguró que no era así.

—Piensas que si consigues convencerme de que Malcolm Abercrombie es un ejemplo reprobable de su especie, y que ha recibido servicios míos más allá de lo que me paga, yo te describiré las piezas más valiosas de su colección y te informaré de la mejor manera de robarlas.

Heath sonrió.

—¡Entonces, admites que *tiene* piezas valiosas en su colección!

—Jamás dije lo contrario.

—Creí que me habías dicho que casi ninguno de los hombres que pintaron a la Dama Oscura eran artistas.

—Es verdad —acordé—. Sin embargo, posee casi cuatrocientos hologramas y pinturas, y la mayoría no son retratos de ella.

—¿Tiene algún Morita?

—No discutiré su colección contigo, Amigo Valentine.

—Voy a robar algo de ella con o sin tu ayuda, Amigo Leonardo —prometió—. No obstante, me harías la vida mucho más fácil si me proporcionaras la información que necesito.

—No sería ético.

—Cierto —admitió—. Sin embargo, podría ser beneficioso. Te haría mi socio.

—No quiero ni la mitad de los beneficios ni la mitad de la culpa —dije.

—No hay problema. Si prefieres vivir con una quinta parte de la culpa, te daré el veinte por ciento de las ganancias.

—No.

—¿Estás absolutamente seguro?

—Sí.

—¿Decidido? —insistió.

—Lo volveremos a discutir más tarde —dijo.

—Mi respuesta será la misma.

—Es imposible que sientas lealtad por él.

—Es mi empleador —comenté.

—Clairborne lo es.

—Y Clairborne dice que debo trabajar para Malcolm Abercrombie —contesté—. He de cumplir mi contrato al pie de la letra.

—¿De modo que puedas matarte cuando haya terminado? —preguntó certeramente.

—¿Cómo lo sabias? —inquirí, sorprendido.

—Tai Chong me lo contó.

—No tenía ningún derecho.

—Somos viejos amigos. No guardamos muchos secretos entre nosotros.

—Ella es culpable de contravenir mi confianza.

—¿Porque no desea que te mates? —Calló, incómodo—. Yo tampoco lo deseo... en especial si vas a hacerlo por lo que sucedió en Carlomagno o Aquerón.

—Hablé con ella antes de partir hacia Carlomagno. Aunque —añadí con sinceridad— poco ha ocurrido desde entonces para debilitar mi resolución.

Heath se rió con ganas.

—Eres un maestro de las declaraciones modestas, Amigo Leonardo.

—No es necesario que tú me llames Amigo —dije.

—¿Por qué no? —preguntó—. Somos amigos, ¿verdad?

—Sólo hasta que robes las obras de arte de Malcolm Abercrombie.

Se encogió de hombros.

—Nada es eterno.

—Te equivocas, Amigo Valentine.

—¿Oh? ¿Qué es lo que *tú* piensas que dura para siempre?

—La Dama Oscura.

Hizo una mueca de irritación.

—¡Eterna, un cuerno! Ni siquiera fue capaz de durar el tiempo suficiente para volver a Lejano Londres.

—No está muerta —afirmé.

—Tengo la horrible premonición de que estás en lo cierto —reconoció. Hizo una pausa—. Me pregunto a qué raza pertenece de *verdad.*

—A la tuya —indiqué.

Sacudió la cabeza con énfasis.

—Te lo repito, Leonardo, no puede ser humana. Debe pertenecer a una raza capaz de teleportarse. Es la única forma en que pudo largarse de la nave.

—Y yo no dejo de decirte que la única raza de verdaderos teleportadores son los dorban, quienes respiran cloro y son demasiado grandes para entrar en tu nave.

—Entonces, debe haber otra raza de la que nada sabemos.

—Si tú lo dices, Amigo Valentine.

—No te lo crees ni por un segundo; ¿eh? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

Lanzó un profundo suspiro.

—No. —Calló pensativo—. Sea lo que fuere, me gustaría saber qué cualidad posee para que hombres que no saben nada de arte, de repente decidan pintarle un retrato.

—Incluso para ojos no humanos, es muy hermosa —afirmé—. Sin embargo, está rodeada por una cierta cualidad efímera. Posiblemente, deseaban capturar su imagen porque sabían que se marcharía pronto.

—La mayoría parece haber sufrido muertes bastante horribles. Me pregunto si la habrán pintado porque sabían que *ellos* desaparecerían pronto.

—No lo creo —contesté—. Unos cuantos murieron por causas naturales. Y me da la impresión de que si experimentaron premoniciones de su muerte, no lo tomarían como un mandato para pintar su cuadro.

Heath suspiró.

—Supongo que no. En cualquier caso, yo la *he* visto y no siento ninguna urgencia por pintarla o esculpirla. —Se detuvo y, de repente, me miró con ojos inquisitivos—. ¿Bien?

—He hecho un boceto en tinta de ella —reconocí.

—¿Cuándo?

—Anoche, después de que te fueras a dormir.

—¿Dónde está?

—No soy un buen artista, y no fue un trabajo muy bueno. Lo destruí. Tampoco fui capaz de capturar la belleza de la «Mona Lisa».

—La «Mona Lisa» —repitió—. ¿Fue así como recibiste tu nombre?

—Sí.

—Sólo por curiosidad, Leonardo, ¿por qué quisiste dibujar a la Dama Oscura?

—Es la humana más interesante que conozco, y la más hermosa.

—*Si* es humana —dijo.

—Si es humana —acordé.

—¿Quién era la humana más interesante y hermosa que conocías antes de verla?

—Tai Chong —respondí sin vacilación.

—¿Sentiste alguna vez la compulsión de realizar un retrato de Tai Chong? —inquirió.

—No.

—Entonces, vuelvo a mi pregunta original: ¿Qué tiene la Dama Oscura que hace que la gente quiera pintarla?

—No lo sé —contesté—. Quizá fue porque quise preservar mi recuerdo de ella.

—Pero tú puedes ver su cara siempre que lo desees —señaló Heath—. Puedes hacer que la computadora más cercana rastree algún cuadro suyo y te saque copias.

—Eso sólo me mostraría lo que vieron otros. Quise dibujar lo que *yo* había visto.

—Es la respuesta de un artista —dijo con ironía.

—No soy un artista. Ojalá lo fuera, pero me parece que carezco del talento necesario.

—Lo mismo le sucedía a Mallachi; sin embargo, la pintó. —Frunció el ceño—. Me gustaría saber por qué. —Se puso de pie—. Una persona podría enloquecer tratando de encontrar una respuesta. No sé tú, pero yo voy a salir a dar una vuelta. —Se detuvo un momento ante la puerta—. ¿Seguro que no deseas acompañarme?

—Seguro —contesté—. Los senderos son muy resbaladizos, y yo no estoy bien coordinado.

—¿Y qué? Tampoco yo.

—Tú eres muy grácil —dije.

Bufó despectivamente.

—Tú siempre quisiste ser un artista. Bueno, yo siempre quise ser un ladrón felino, vestido de negro y subiendo por las fachadas de los edificios para deslizarme en silencio en el dormitorio de milady y robarle las joyas. —Sonrió con ironía—. La única vez que lo intenté, resbalé de un techo, caí en un balcón y me rompí la pierna en tres partes. —Se encogió de hombros—. Ahí tienes la gracilidad... y el fin de la vida romántica de un ladrón felino. —Abrió la puerta y una ráfaga de aire frío entró en la sala—. Si no regreso en una hora, llama a las autoridades y diles que empiecen a buscar mi cadáver congelado. Me gustaría un funeral modesto: cuatrocientas o quinientas coronas, cobertura de vídeo, nada especial. Y no se lo digas a mi familia... los Heath mueren en la cama, no cayendo de una montaña.

—Cumpliré tus deseos —afirmé.

Hizo una mueca.

—Era una broma, Leonardo.

—Oh.

Musitó algo que el viento ahogó y, luego, cerró la puerta a su espalda.

Aguardé un momento; después me dirigí al escritorio del salón y saqué mi pluma y papeles, deseando acabar la carta que había comenzado aquella mañana.

Mi Reverenciada Madre de Patrón:

Sí, tenías razón. Es cierto que mi asociación con los Hombres me ha contaminado. No lo niego... pero estoy seguro de que si consintieras en hablar conmigo, podría explicarte cómo se produjo esta situación.

Tai Chong me ha asegurado que no me encuentro en problemas con las autoridades humanas. Aunque fui un partícipe involuntario, no inicié ni contribuí al robo de los objetos de arte en Carlomagno ni al secuestro de la Dama Oscura. En cuanto comprendí cuáles eran las intenciones de Valentine Heath, hice todo lo que estaba en mi poder para disuadirle. Así es la Regla del Honor, y yo vivo de acuerdo con ella.

Sin embargo, tú me dices que mi contaminación es tal que no puede ser expiada, y que no puedo regresar a Benitarus II. Eres mi Madre de Patrón y tu voz es una con la Casa de Crsthionn, por lo tanto, debo obedecerte.

No obstante, quiero que sepas que así como mi conducta ha deshonrado a la Casa, me comportaré de una manera que no lleve más descrédito a la raza de los Bjornn durante los pocos meses que quedan antes de que mi contrato con las Galerías Clairborne haya sido cumplido.

Sin embargo, tengo la terrible premonición que ésta no será la tarea sencilla que, en mi ignorancia, creí que sería cuando abandoné por primera vez la Casa. Parece que he estado vagando por la galaxia un siglo, aunque el hecho es que apenas han transcurrido más de cinco meses estándar galácticos. Cuanto más me asocio con los Hombres, menos los entiendo.

Tai Chong, por ejemplo, en todos los aspectos ha sido para mí una Madre de Patrón sustituta. Siempre es considerada con mis necesidades y bienestar, y de forma constante me urge a seguir los dictados morales de mi conciencia. No obstante, he llegado a creer que sabe bien que algunas de las pinturas que compra y revende han sido obtenidas ilegalmente, y no informa de los transgresores a las autoridades ni cancela las transacciones. Héctor Rayburn siempre se ha comportado de una manera cordial, pero da por hecho que la eventual

finalización de su contrato de trabajo es una conclusión que procede, lo cual parece que le divierte en vez de horrorizarle. Valentine Heath es el Hombre más encantador que jamás he conocido y, al mismo tiempo, no concibo ningún delito que no esté dispuesto a perpetrar. Malcolm Abercrombie dona millones de créditos a la caridad y, no obstante, increíblemente, ha rechazado por completo las responsabilidades de Casa y Familia.

¿Cómo voy a entender a estos seres extraños, Madre de Patrón? ¿Cómo voy a purificarme cuando debo permanecer constantemente en su compañía? En el momento en que más necesito tu guía, me ha sido negada.

El único camino abierto que me queda en tal situación es el ritual del suicidio; no obstante, es el único acto que, de manera explícita, me has prohibido al insistir en que cumpla el contrato entre la Casa de Crsthionn y las Galerías Clairborne. Así, desterrado y aislado de todo lo que amo, debo abrirme paso solo entre esta raza casi incomprensible a la que he sido arrojado.

Lo más extraño de todo es la Dama Oscura. En un universo que progresivamente me parece más ilógico, ella representa la faceta menos lógica de todas. La llamo humana, pero, en verdad, no es humana ni no humana, ni real ni etérea, ni presencia ni manifestación. Ella pertenece a este tiempo; sin embargo, vivió hace ocho milenios. Tampoco es una reencarnación, pues las reencarnaciones nacen, viven y mueren. No se desvanecen de un entorno cerrado en el vacío del espacio.

La he visto, he estado con ella y hemos hablado; pero mis preguntas sobre ella se acumulan: ¿Por qué aparece cuando y donde lo hace? ¿Qué es? ¿Quién es? ¿Qué le hizo llevar a su amante a la muerte? ¿Cuál era su relación con un oscuro botánico que vivió en la lejana Tierra hace seis mil años? ¿Por qué los hombres creen que vaga por el cementerio de los astronautas en Peloran Vil? ¿Qué relación tuvo con un artista de circo que quedó mutilado en una caída del trapecio hace tres siglos?

¿Y qué debo decir cuando Reuben Venzia descubra que he regresado de mi misión y ofrezca intercambiar información sobre la Dama Oscura conmigo? Si le cuento la verdad, dará por hecho que estoy mintiendo; si no le cuento la verdad, realmente estaré mintiendo. En cualquier caso, deshonraré a la Casa de Crsthionn. Y si me niego a hablar con él después de que Tai Chong me ordenara hacerlo, seguiré deshonrando a la Casa.

Requiero guía ética; sin embargo, se me ha prohibido hablar contigo, de modo que tendré que depender de Tai Chong, quien acepta pinturas robadas y revela secretos, para que me guíe. Con todo contacto con mi raza prohibido, ella es la única hembra que conozco aparte de la Dama Oscura, y no sé dónde encontrar a ésta última. Por lo tanto, Tai Chong tendrá que desempeñar la función de mi Madre de Patrón hasta que cumpla mi obligación con las Galerías Clairborne y lleve a cabo el ritual.

Por favor, cree que lamento el dolor que he causado. De verdad que nunca fue mi intención.

Una ráfaga de aire trío me rodeó, y cuando soltaba la pluma, Heath entró en la habitación. Movió los pies hasta que la nieve cayó de sus zapatos; luego se quitó los guantes y se echó el aliento en las manos.

—Empieza a nevar con fuerza —anunció, acercándose a mí—. Creo que voy a disfrutar del resto de mi suministro de grandiosidad y majestuosidad del día desde la ventana, con una copa en la mano. —Su mirada se posó en la carta que había estado escribiendo—. ¿Puedo?

—Si lo deseas.

Cogió la carta y la miró.

—¿Qué demonios es esto? Me es imposible leer una sola letra.

—Es una carta a mi Madre de Patrón.

—Se trata de la escritura más extraña que haya visto. Se parece más a un diseño gráfico.

—Le he escrito en el idioma Bjornn, en el Dialecto del Pesar.

Me la devolvió.

—Creí que habías hecho otro dibujo de la Dama Oscura.

—No soy un artista lo bastante bueno —dije—. Quizá algún día, en el futuro, sea capaz de crear una obra que esté a la altura de la modelo.

—Claro que, para hacerla, seguro que deberás echarle otro vistazo en persona, ¿verdad? —preguntó Heath pensativo.

—Quizá —acordé—. Aunque su cara fue muy memorable. Cuando cierro los ojos y recuerdo, todavía soy capaz de verla en todo detalle.

—Lo mismo me sucede a mí —reconoció Heath—. Sin embargo, el recuerdo puede ser engañoso. Me parece que estarías mejor capacitado para crear su retrato si volvieras a verla.

—Amigo Valentine —dije con voz cansada—, no te ayudaré a robar la colección de arte de Malcolm Abercrombie.

—¿Lo he sugerido? —preguntó con inocencia.

—Muchas veces.

—Eres un tipo muy desconfiado, Leonardo.

En ese instante, sonó una serie de tres pitidos mecánicos agudos.

—¿Qué fue eso? —pregunté, sobresaltado.

Heath frunció el ceño.

—El sistema de seguridad. Alguien se acerca a la puerta principal.

—¿Quién puede ser?

—No sé. Ordené algunos suministros para la cocina, pero no me imagino que hagan entregas con este tiempo.

—Estamos completamente aislados aquí —dije—. ¿Y si es un ladrón?

Heath se rió entre dientes.

—Entonces, lo invitaremos a pasar e intercambiaremos historias.

—¿No deberías tener un arma preparada? —sugerí.

—Pensé que aborrecías la violencia —comentó divertido.

Al palidecer a la Tonalidad de la Humillación, me sentí agradecido de que mi Madre de Patrón no pudiera verme, y comprendí que su decisión era la correcta: sí que me había contaminado más allá de toda posibilidad de expiación.

—Tienes toda la razón, Amigo Valentine —dije, tartamudeando por la vergüenza—. Fue una sugerencia inmoral, y me disculpo por haberla hecho.

—Te perdono por haberla hecho —dijo, sacando una pequeña pistola de bolsillo de su chaqueta—, si tú me perdonas por aceptarla.

—Nunca me contaste que tenías un arma.

—Nunca me lo preguntaste —contestó con una sonrisa—. Y si ello te ayuda a sentirte mejor, jamás la he disparado. Ni siquiera sé cómo funciona. —Sonaron dos timbres—. Bueno, por lo menos no intenta entrar subrepticiamente —indicó Heath—. Ábrete.

La puerta se deslizó en una pared y Reuben Venzia, cubierto de nieve, el bigote hecho una lámina de escarcha, se plantó en el umbral.

—¡*Tú* —exclamó, mirándome con fijeza— eres un alienígena muy difícil de localizar!

14

—¿QUIÉN DEMONIOS ES *USTED?* —preguntó Heath.

—No se preocupe, señor Heath —dijo Venzia—, no le he contado a nadie dónde está.

De repente, miró el cañón del arma de Heath.

—Nadie en Graustark conoce mi verdadero nombre. Creo que será mejor que me diga quién es usted y cómo me encontró.

—Soy Reuben Venzia. Tai Chong me reveló dónde encontrarle y el culo se me está congelando. Si no piensa dispararme, deje que entre y me quite el frío.

—¿Éste es el hombre del que me has hablado? —preguntó Heath.

—Sí, Amigo Valentine.

—De acuerdo —contestó, bajando el arma—. Adelante.

Venzia entró en el salón y la puerta se cerró en silencio a su espalda, mientras arrojaba el abrigo sobre una silla próxima, juntaba las manos delante de la cara y soplaba en ellas.

—Tengo un paquete para ti de Tai Chong —me dijo—, pero se encuentra en el transporte de la nieve. Te lo traeré cuando mejore el tiempo.

—Es imposible subir un carro por esta montaña —indicó Heath con renovada suspicacia.

—Lo sé —respondió Venzia—. Lo dejé a unos dos kilómetros camino abajo.

—¿Y por qué condujo uno? —inquirió Heath—. El pueblo sólo se encuentra a tres kilómetros.

—¡Porque nadie me contó cómo era la aproximación a este maldito lugar! —espetó Venzia—. ¿Tiene algo caliente para beber?

—Sólo café.

—¿Podría echarle un poco de ron?

—Podría, si me cuenta qué está haciendo aquí.

—Buscando a Leonardo —declaró Venzia.

—También él está interesado en la Dama Oscura —le dije a Heath.

—Así que descubriste su nombre —comentó Venzia.

—Siempre que *sea* ése —respondió Heath antes de que yo pudiera contestar.

—En cualquier caso, es uno de ellos. ¿Qué hay de mi café?

Heath se dirigió a la cocina, sirvió una taza y le añadió un chorro de licor.

—Usted no es exactamente el invitado más educado que haya tenido, señor Venzia.

—Me estoy congelando a cinco mil años luz de mi casa —dijo—. Deje que entre en calor y recupere el aliento; entonces mis modales surgirán de nuevo.

—Me parece justo —dijo Heath, pasándole el café—. Mientras tanto, quizá podría decirnos exactamente qué hace a cinco mil años luz de su casa.

—¿Le importa si me siento? —preguntó Venzia, dirigiéndose a un sillón grande y mullido.

—Claro que no. Me sentiría muy desilusionado si su explicación de todas las penurias que ha padecido fuera tan breve que nos la pudiera contar de pie.

—Me habría gustado que Tai Chong me hubiera informado antes de salir del maldito frío que hace aquí —musitó Venzia, tiritando. Bebió un sorbo de café y se calentó las manos con la taza.

—¿Ya se siente mejor? —preguntó Heath después de un breve intervalo.

Venzia asintió.

—Me encontraré perfectamente dentro de otro minuto.

—Momento en el que espero que nos cuente detalladamente qué hace aquí.

—Estoy aquí para ver a Leonardo —respondió Venzia—. Debo hablar con él a solas.

—Nadie mantiene secretos en mi propia casa —contestó Heath con terquedad—. Lo que quiera contarle, puede hacerlo delante de los dos.

—¿Quién es usted? —inquirió Venzia con suspicacia.

—Valentine Heath, como bien lo sabe.

—Pero, ¿quién *es* Valentine Heath? —insistió Venzia—. Lo único que conozco es su nombre y el hecho de que no desea que nadie descubra que está en Graustark. ¿Por qué voy a querer hablar delante de usted?

—Porque soy un hombre de muchos talentos y con una miríada de intereses variados, uno de los cuales es la Dama Oscura.

—¿Qué tiene que ver usted con la Dama Oscura? —inquirió Venzia, mirándole con curiosidad.

—Mi interés en ella es puramente financiero.

El otro se mostró sorprendido.

—¿Financiero? —repitió—, ¿Cómo demonios puede ser financiero?

Heath sonrió.

—Usted formuló una pregunta. Yo la contesté. Creo que ahora es mi turno. ¿Cuál es *su* interés en la Dama Oscura?

—Eso es sólo para los oídos de Leonardo.

—Debo recordarle una vez más que es un huésped en mi casa, y que no ha sido invitado. Si sigue abusando de mi hospitalidad, me veré obligado a echarle de nuevo al frío.

Venzia pareció sopesar las alternativas. Por último, asintió.

—Una sabia decisión —comentó Heath—. Creo que me serviré una copa antes de que comencemos.

—Yo también querría una —pidió Venzia.

—Aún no ha acabado el café.

—Lo haré antes de que regrese —respondió, tomando un trago largo y dejando la taza casi vacía sobre una mesita.

Heath se encogió de hombros.

—Como desee. —Sacó dos copas y comenzó a servir un brebaje teñido de azul—. Aún no ha contestado a mi pregunta, señor Venzia. ¿Cuál es su interés en la Dama Oscura?

—Para decirlo de una forma sencilla, quiero conocerla.

—Expóngalo de una forma más compleja, por favor —pidió Heath.

—Debo hablar con ella. Posee cierta información que he de obtener.

—*¿Qué* información? —preguntó Heath.

—Usted formuló una pregunta, y yo la he respondido. Ahora es mi turno.

Heath terminó de servir las copas, le pasó una a Venzia y volvió a sentarse.

—De continuar así, podríamos estar toda la noche sin conseguir nada. Por lo tanto, voy a ser absolutamente franco con usted, y espero su reciprocidad.

—Me parece justo —acordó Venzia.

Heath dio un trago y adelantó el torso.

—Debido a circunstancias que están más allá de mi control, soy un oportunista profesional.

—¿Qué demonios significa *eso?* —preguntó el otro.

—Significa que aprovecho las oportunidades siempre que se me presentan. Leonardo me

considera un ladrón; sin embargo, es una definición muy limitada.

—¿Está diciendo que no es una ladrón? —inquirió Venzia, confundido.

—Sin lugar a dudas que *soy* un ladrón, entre otras cosas. Me encuentro entre los mejores, se lo aseguro. De hecho, en la actualidad Leonardo y yo estamos considerando los medios más prácticos para separar a Malcolm Abercrombie de su colección.

—¡No es verdad! —intervine.

—¿En serio lo planean? —preguntó Venzia, ignorando mi declaración.

Heath asintió.

—Me doy cuenta de que Abercrombie no posee artículos de valor importante; no obstante...

—Oh, yo no diría eso —contestó Venzia—. Tiene un Skarlos, un Perkins y tres o cuatro Ngonis, un Santini...

—¿Sí? —comentó Heath con una sonrisa inocente—. Debo haber recibido mala información.

—Vaya al grano —dijo Venzia.

—El grano, señor Venzia, es que conozco la obsesión del señor Abercrombie por la Dama Oscura. Es mi intención entregársela a cambio de ciertas consideraciones financieras que aún hay que negociar.

—Que tenga mucha suerte.

—¿Es que no cree que el señor Abercrombie pague por su compañía? —preguntó Heath.

—Hacer que pague será fácil. *Encontrarla* a ella es la parte complicada.

—Ya la encontramos una vez. Estoy seguro de que podremos volver a hacerlo.

Venzia prácticamente dio un respingo en el sillón.

—¿Ha llegado a *verla?.* ¿En persona?

Heath asintió.

—La tuvimos a bordo de mi nave.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó con vehemencia.

—No tengo ni idea.

—¿Dónde desembarcó?

—Le va a resultar difícil creerse esto, pero, sencillamente, desapareció mientras íbamos de Aquerón a Lejano Londres.

Abatido, Venzia volvió a hundirse en el sillón.

—Entonces, la he perdido otra vez.

—¿Me cree? —inquirió Heath, sorprendido.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —respondió sombríamente el otro—. ¿Estaba mintiendo?

—No. Pero si Leonardo no hubiera sido testigo, *yo* no lo creería.

Venzia guardó silencio durante un largo rato. Luego se bebió la copa de un trago.

—¡Mierda! —musitó.

—¿No le sorprende que fuera capaz de teleportarse fuera de la nave? —dijo Heath, la cara encendida de interés—. ¿Por qué?

—Nada que ella pueda hacer me sorprendería.

—Le he contado lo que usted quería saber, señor Venzia. Ahora es su turno.

Venzia miró inquisitivamente nuestras caras; luego volvió a suspirar y asintió.

—De acuerdo —aceptó—. Nuestros intereses no coinciden.

—Yo la quiero y usted la quiere —indicó Heath—. Diría que son los mismos.

—Lo único que *yo* quiero es hablar con ella. *Usted* desea secuestrarla y vendérsela a Abercrombie.

—Sólo quiero presentársela —le corrigió Heath—. Después de todo, no soy un practicante de la esclavitud blanca.

—Defínalo como le plazca, no existe diferencia alguna. —Venzia se permitió el lujo de exhibir una sonrisa fugaz—. Si a mí me gustara el juego, señor Heath, apostaría todo lo que poseo a favor de que jamás conseguirá que estén juntos a menos que ella lo quiera así. Todavía no sabe con lo que está tratando.

—¿Con qué *estoy* tratando?

—Si se lo dijera, no me creería.

—Quizá no; pero, ¿por qué no me lo cuenta y deja que yo lo decida?

Venzia sacudió la cabeza.

—No. Para que tenga algún sentido, será mejor que comience desde el principio. —Respiró hondo; luego prosiguió—: Hace seis años tuve que realizar ciertas transacciones de negocios en Pyrex III. ¿Alguno de ustedes ha oído hablar del planeta?

—Nunca —contestó Heath.

—Sí —dije—. Allí se produjo una insurrección importante contra la Oligarquía.

—Correcto. No fue la población nativa: hasta hoy no creo que los kaarn comprendan lo que es la Oligarquía, o si les importaría algo si lo entendieran. Lo único que desean es estar sentados bajo el sol y crear esos ridículos poemas de once sílabas. Sin embargo, los colonos humanos eran otra cosa: ellos pensaban que la Oligarquía les ponía unos impuestos demasiado elevados a sus productos y, por último, declararon la independencia.

—¿Qué tiene que ver eso con la Dama Oscura? —preguntó Heath.

—Ya llego a eso —respondió Venzia—. Dio la casualidad de que fue en Pyrex III donde se rebelaron. No había forma de que pudieran ganar: la Flota arribó tres días después y los diezmó. Sin embargo, fue bastante sangriento mientras duró. Como la mayoría de las personas que no pertenecían al planeta, solicité asilo en una de las embajadas y decidí esperar que todo terminara. —Sus músculos faciales comenzaron a contraerse ante el recuerdo—. Me encontraba en la embajada de Sirio V cuando una bomba impactó sobre el edificio. Sentí cómo la estructura empezaba a ceder, pero creí que disponía de tiempo para ayudar a un equipo de rescate a pasar a un par de heridos por la ventana. Habíamos sacado al primero y estábamos moviendo al segundo cuando el edificio se derrumbó y yo quedé sepultado bajo un par de toneladas de escombros. —Calló un instante mientras rememoraba el incidente—. No sé cuánto tiempo permanecí sin sentido. Recuerdo que desperté y traté de excavar la tierra con las manos, pero me di cuenta de que tenía los dos brazos rotos. Apenas podía respirar, y comencé a ahogarme en mi propia sangre. Oí a los trabajadores del equipo de rescate gritar mi nombre mientras excavaban en las ruinas, pero me encontraba demasiado débil para responderles. Por último, llegó un momento en el que supe que había respirado mi aliento final y que moriría un segundo después. —Calló de nuevo, mirando el espacio tal como debió haber mirado la oscuridad de aquel día tan lejano—. Entonces, la vi a ella.

—¿A ella? —repitió Heath—. ¿Se refiere a la Dama Oscura?

Venzia asintió.

—Se hallaba allí de pie, con los brazos estirados, llamándome. Intenté ponerme de pie, pero no fui capaz de moverme.

—¿Qué ocurrió después? —quiso saber Heath.

—Desperté en el hospital —respondió, su cara parecía todavía una máscara de emociones encontradas—. Debieron llegar hasta donde me encontraba un minuto o dos después. Me

contaron que ya no respiraba; sin embargo, aún me latía el corazón y los del equipo consiguieron reanimarme. Yo no recuerdo nada: sólo a la Dama Oscura, con los brazos estirados, llamándome para que me uniera a ella.

—Una alucinación —dijo Heath.

—Es lo que yo pensé —acordó Venzia.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer? —pregunté yo.

—La vi un año después.

—¿Dónde? —inquirió Heath.

—En Declan IV... mi mundo natal. Todavía me estaba recuperando y empezaba a cansarme de leer libros y mirar holovideos, de modo que cuando el circo pasó por allí para actuar una semana, decidí que me encontraba lo bastante bien y aburrido como para comprar una entrada. —Cerró los ojos un instante, pensando en aquella experiencia—. Había un domador de animales que era absolutamente brillante. Trabajaba con los Gatos Demonio de Kilarstra, y *nadie* ha sido capaz de entrenarlos... en su número también aparecía un Dragón Azul.

—¿Un Dragón Azul? —repitió Heath—. Jamás oí hablar de ellos.

—Es un reptil del tamaño de una casa pequeña que procede de alguna parte del Borde... ¡el domador se metió en su boca! ¡Quiero decir, esa cosa se lo podría haber tragado entero! Jamás vi algo parecido en mi vida. —Se detuvo, y al rato abrió los ojos de nuevo—. Cuando el espectáculo terminó, esperé para decirle cuánto había disfrutado con su número.

Evidentemente, no fui el único, pues la policía había acordonado la acera desde la tienda hasta su vehículo. Cuando por fin salió, la llavaba a *ella* del brazo.

—¿A la Dama Oscura? —preguntó Heath.

Venzia asintió.

—Estaba atónito. Quiero decir, ahí tenía la encarnación en cuerpo y sangre de lo que yo había pensado que era una alucinación. Era idéntica en cada detalle.

—¿Le hablaste? —quise saber.

—La policía no me dejó acercarme a ella —de repente, alzó la vista—. Si no le molesta, me gustaría tomar otra copa.

—¿Ahora? —preguntó Heath, claramente irritado porque Venzia cortara la historia.

—Sí, por favor.

Heath hizo una mueca, se levantó, fue hasta el bar, rápidamente preparó otra copa y regresó con ella. Todo el proceso le llevó unos cuarenta segundos.

—De acuerdo, continúe. Finalmente, ¿cuándo consiguió hablar con ella?

—Nunca —contestó Venzia.

—¿Qué? —dijo Valentine incrédulo—. ¿Ésa es toda la historia?

—Sólo es el comienzo —contestó el otro—. Por entonces yo no sabía quién o qué era.

—¿Y ahora lo sabe?

—Sí. Regresé la noche siguiente con la esperanza de verla. No era un impulso romántico, obsesivo o algo parecido. Sólo deseaba relatarle mi experiencia. —Se encogió de hombros con gesto perdido—. Ni siquiera sé por qué.

—Así que volvió a la noche siguiente... —le instó Heath.

Venzia asintió.

—Volví a la noche siguiente —repitió, y otra vez se le contrajeron los músculos de la cara—, y el domador de animales se metió en la boca del Dragón Azul, y éste la cerró, tal como lo había hecho la noche anterior... Sin embargo, en esa ocasión se escuchó un terrible

sonido crujiente, y cuando el Dragón abrió la boca, estaba vacía. —Dejó de hablar y vació la copa de un trago.

—¡Suena horrible! —comenté.

—*Fue* horrible —acordó—. Me quedé hasta que acabó el espectáculo con el fin de darle mis condolencias a la mujer, pero no pude encontrarla. Fui al día siguiente y pregunté por ella; nadie la había visto desde que terminara la actuación del domador. —Hizo una pausa—. Nunca más apareció, y cuando el circo se marchó de Declan IV, se fué sin ella. Yo seguía creyendo que la gente no se desvanece en el aire, y como sabía que ella no había salido de Declan, contraté a una agencia de detectives para que la buscara, jamas la localizaron.

— *Yo* creo que se desvaneció de mi nave; sin embargo, *usted no* debería creerlo —dijo Heath—. No si tiene que basarse en lo que nos ha contado hasta ahora. Habría tenido más sentido creer que, sencillamente, abandonó el planeta antes de que contratara a la agencia. Declan IV es un mundo bastante ajetreado; deben entrar y salir naves cada pocos minutos.

—Precisamente, eso es lo que creí —respondió Venzia—. Pensé que se trataba de una coincidencia peculiar, y que su desaparición resultaba un poco extraña; pero ahí acababa todo. —Soltó el aire en un suspiro—. Hasta que vi una pintura de ella a la venta en una subasta estatal. —Se volvió hacia mí—. La compró Malcolm Abercrombie. Es la de Justin Craig.

—Debió sorprenderte —comenté.

—¿Por qué? —dijo Heath.

—Porque Justin Craig murió en la Batalla de Genovaith IV hace unos mil trescientos años —contesté.

—Encontré tres biografías de él —continuó Venzia—. Dos no mencionaban a ninguna mujer en su vida; sin embargo, la tercera hablaba de una mujer de cabello oscuro que pareció ser su acompañante inseparable durante las dos últimas semanas de su vida y que desapareció de forma misteriosa cuando él murió. —Calló un momento—. Tal como hiciera con el domador de animales —añadió significativamente.

—Pero *éste* no la pintó —señaló Heath.

—¿Por qué tenía que hacerlo? —inquirió Venzia—. No sabía nada de pintura.

—Perdóname, Amigo Reuben —dije—. ¿Nos estás diciendo que no todo el mundo que la ha visto la ha pintado?

—Por supuesto. Demonios, ¿es que todos los que la vieron en Aquerón salieron corriendo para comprar una tela y un pincel?

—No —contesté, sorprendido de que se me hubiera pasado por alto un hecho tan obvio—. No, desde luego.

—En cualquier caso, me pasé los siguientes dos años de mi vida investigándola, rastreando sus apariciones como pude. Es una mujer muy hermosa, y muchos de los hombres que ha conocido intentaron plasmarla en una tela o un holograma... aunque muchos más no lo intentaron.

—¿Cómo sabías que se llamaba la Dama Oscura? —pregunté—. Sólo la pintura de Sergio Mallachi lleva ese título, y nunca la has visto.

Sonrió.

—Tiene muchos nombres, algunos de los cuales te proporcioné en Lejano Londres. Da la casualidad de que «la Dama Oscura» es el que más a menudo se ha empleado.

—Pero, ¿dónde? —insistí—. No sé de ningún otro retrato llamado la Dama Oscura.

—En 1827 d.C., Jonas McPherson hizo que tallaran su cara en la proa de su buque ballenero, al que bautizó la *Dama Oscura.* En el 203 E.G., Hans Venable mencionó a la Dama Oscura en su diario de bitácora, que fue lanzado al espacio dentro de un contenedor justo antes de que su nave fuera absorbida por el agujero negro que estaba cartografiando para el

Departamento de Cartografía. En el 2822 E.G. fue fotografiada junto a un campeón de boxeo llamado Jimmy McSwain, quien le dijo al fotógrafo que se la conocía como la Dama Oscura. ¿Continúo?

—Por favor —dijo Heath, adelantando el torso.

—De acuerdo. En el 3701 E.G. fue holografiada en compañía de un asesino conocido como el Calavera cuando éste cayó en una emboscada de la policía. Ella sobrevivió al ataque, pero desapareció antes de que la pudieran interrogar. El Calavera, con su último estertor, pidió ver a la Dama Oscura una vez más. Justo un año después se hallaba al lado de un cazarrecompensas llamado Pacificador MacDougal, y no queda ni un holograma de *él;* no obstante, sobrevivieron dos de *ella, y* en ambos se la identifica como la Dama Oscura.

Venzia respiró profundamente; luego prosiguió:

—Aún hay otra referencia a ella en el 4402 E.G.; sin embargo, así corno las descripciones encajan, no existen hologramas, fotografías o pinturas. —Calló en busca de efecto—. En todos los casos, ella apareció un mes antes de la muerte de su acompañante y, sin excepción, desapareció al día siguiente.

—Parece ser la misma mujer —reconoció Heath.

—No hay duda al respecto. La encontré también bajo unos veinte nombres diferentes, y sus apariciones siempre presagiaban una muerte.

—No obstante, *tú* no moriste —indiqué.

—No —respondió Venzia—. Yo no morí.

—Supongo que tiene una explicación, ¿no? —preguntó Heath.

—Creo que sí. —Calló un instante, ordenando sus pensamientos—. Creo que lo que yo vi no fue la Dama Oscura en persona. Quiero decir, ¿cómo podía ser ella en carne y hueso? Me encontraba sepultado bajo toneladas de escombros. Aunque hubiera luz suficiente que me permitiera ver, que no la había, ¿cómo podía haber aparecido bajo aquellos restos?

—Así que volvernos a la alucinación —comentó Heath.

Venzia sacudió la cabeza con énfasis.

—No.

—Entonces, ¿qué vio?

—Llámelo una visión.

—Usted puede llamarlo como quiera —contestó Heath con escepticismo.

—¡Fue una visión! —insistió Venzia—. Y en cuanto comprendí lo que era, visité un gran hospital con un holograma de ella que había duplicado de los archivos del Calavera que tenía la policía. Me autorizaron a entrar en el pabellón terminal, donde se lo mostré a todos los pacientes que me permitieron ver, preguntándoles si alguno la había visto con anterioridad.

—¿Y? —urgió Heath.

—Más de trescientos respondieron negativamente. Uno creyó que la recordaba llamándole en un sueño. Murió una semana después.

—¿Cuántos pacientes más murieron? —pregunté.

—La mayoría —respondió Venzia—. De hecho, cinco lo hicieron al día siguiente. Le pedí a una enfermera los detalles sobre el hombre que creía recordar a la Dama Oscura. Había llevado a su hija a dar un paseo a pie, se detuvieron para observar el emplazamiento de un edificio en construcción; sin darse cuenta, ella se había metido delante de un bulldozer automático y él consiguió salvarla, aunque se vio terriblemente mutilado en el proceso. De hecho, llevaba muerto legalmente noventa segundos cuando consiguieron revivirle, y a pesar de que el hospital lo mantuvo con vida otra semana, al final murió.

—¿Se declaró a otros pacientes muertos, que más tarde fueron revividos? —pregunté.

—A tres. Dos que se habían ahogado, y una mujer que se electrocutó. Y en respuesta a tu próxima pregunta, no tengo ni idea si yo estaba legalmente muerto cuando me encontraron.

—Entonces, ¿por qué él, y sólo él, la vio? —inquirió Heath con frustración—, ¿Y qué tienen ambos en común? Usted se vio atrapado bajo los escombros de un edificio que se derrumbó y él por un bulldozer. Usted participó en una guerra y él llevaba a su hija de paseo. Usted no murió y él sí. ¿Cuál es la conexión?

Mientras yo escuchaba a Heath y consideraba el problema, Venzia me estuvo mirando con una sonrisa curiosa.

—Creo que Leonardo lo ha descifrado —comentó.

—Veo la conexión —dije—. Lo cual no es lo mismo.

—Es más de lo que *yo* veo —se quejó Heath.

—La veo —repetí despacio—; sin embargo, ésa no puede ser la solución.

—¿Por qué? —quiso saber Venzia.

—Porque la Dama Oscura no puede ser la Muerte —contesté—. De lo contrario, por lo menos otros tres pacientes debieron verla.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—Entonces, ¿qué es? —le pregunté.

—¿Querría explicarme alguien de qué va esto? —preguntó Heath.

—Amigo Valentine —dije, volviéndome hacia él—, la conexión no es la naturaleza de los desastres, sino la manera en que éstos ocurrieron.

Heath bajó la cabeza, meditándolo.

—Venzia trataba de salvar a una mujer herida. El paciente trataba de salvar a su hija. —Alzó la vista—. ¿Sólo aparece ante los héroes? —Consideró lo que acababa de decir; luego sacudió la cabeza con vigor—, ¡Esa no puede ser la respuesta! Mira a Mallachi... no hay nacía heroico en que te dispare una mujer en un bar.

—No es que el Amigo Reuben y el padre de la pequeña fueran heroicos. Amigo Valentine. Más bien, se debe a que los dos cortejaron el desastre.

Heath frunció el ceño.

—¿Cuál es la diferencia?

—En estos dos ejemplos, ninguna —respondí—. Pero *existe* una diferencia.

—Supongo que no te importará explicarlo, ¿verdad?

—Toma al domador de animales. No fue heroico; sin embargo, cada vez que actuaba cortejaba el desastre.

—¿Así que se aparece a las personas que cortejan el desastre?

—Seamos más precisos —intervino Venzia—. Aparece ante las personas que cortejan la muerte.

—¿Por qué vive con algunos y sólo aparece unos microsegundos ante otros? —preguntó Heath.

De repente, supe la respuesta al acertijo de la Dama Oscura.

—Algunos, como el Amigo Reuben, cortejan a la muerte una sola vez, en un acto completamente espontáneo —dije—. Otros, como Mallachi, el Niño y el domador de animales, se pasan la vida cortejándola.

—Ahora ya lo tienes —comentó Venzia.

—Era el factor que nunca pude determinar —dije—. Mi suposición original era que cada artista había estado involucrado en alguna acción militar; no obstante, ahora veo que se trataba de un criterio demasiado estrecho. El intrépido del circo, Brian McGinnis en las selvas

de la Tierra, el hombre que cartografiaba agujeros negros... cada uno de ellos cortejaba a la muerte con tanta asiduidad como los soldados y los guerreros.

—Pero no es la Muerte —declaró Heath, confuso—. Como ha dicho, si lo fuera, todo el mundo que estaba a punto de morir la habría visto.

—Correcto —acordó Venzia.

—Entonces, ¿qué demonios es? —preguntó Valentine.

—Es la Dama Oscura —respondió el otro.

—¿*Qué* es la Dama Oscura?

—No lo sé —anunció con un suspiro.

—Esta conversación se hace cada vez más frustrante —se lamentó Heath.

—No lo *sé*— repitió Venzia—. Lo único que sé es que se le ha aparecido a los hombres a lo largo de ocho mil años. Y hablo literalmente: sólo lo hace ante hombres, nunca mujeres. Sé que adquiere sustancia cuando un hombre lleva una vida que invita continuamente a la muerte, y que jamás se queda después de que haya muerto. Sé que, en ocasiones, ha pasado un siglo o más entre sus apariciones. Sé que aquellos que únicamente la cortejan una vez la ven como una visión.

—¿La cortejan a *ella* o a la *muerte*?, —inquirió Heath en el acto.

—No estoy seguro de dónde se encuentra la diferencia —indicó Venzia.

—Creí que había dicho que no era la Muerte.

—No creo que lo sea... sin embargo, no hay duda de que, de alguna forma, está ligada a la muerte. No creo que en realidad mate a nadie; no obstante, sí que los anima para que corran con los riesgos que culminan en su muerte.

—¿Los *anima*?, —repitió Heath con tono dudoso—. *¿Usted* la vio animándole?

—Me he expresado mal —corrigió Venzia—. Digamos, más bien, que parece irresistiblemente atraída hacia ellos.

—¿Aparece ante *cualquiera que* corteje a la muerte? —insistió Heath.

—No lo sé. La mayoría no sobrevive a la experiencia.

—¿Y qué hay de los alienígenas? ¿Se muestra ante ellos?

—No he encontrado ningún registro sobre un alienígena que la haya mencionado alguna vez o que haya pintado su retrato.

—¿Por qué no desapareció cuando el Niño fue muerto en Aquerón?

Venzia meditó la respuesta durante un momento.

—En realidad, nunca ha desaparecido delante de nadie —contestó al fin—. Por lo general, se informa de su desaparición. Tai Chong me contó lo que sucedió en Aquerón. De acuerdo con su descripción del planeta, no había forma de que la Dama Oscura hubiera podido desvanecerse de la cárcel, ni siquiera de la superficie del planeta, sin alertar a la población acerca de sus habilidades.

Heath sacudió la cabeza.

—Es una bonita teoría, pero no se sostiene.

—¿Oh? —inquirió Venzia—. ¿Por qué no?

—Si no desea que nadie sepa lo que es capaz de hacer, ¿por qué desapareció de mi nave?

Venzia sonrió.

—Porque no estaba revelando ningún secreto. Leonardo sabía quién era ella.

—¡Leonardo lo descubrió hace cinco minutos! —exclamó Heath.

—Pero sabía que la llamaban la Dama Oscura, Amigo Valentine. Y le pregunté sobre Brian McGinnis y Christopher Kilcullen.

—Es verdad —admitió Heath.

Los tres quedamos en silencio unos minutos. Por último, Heath soltó una risita.

—Dios mío —dijo—. Acabo de pasarme una hora hablando de la Dama Oscura como si fuera algo más que una mujer hermosa o una alienígena fascinante que ha dominado el arte de la teleportación. Voy a despertarme mañana y nada de esto habrá ocurrido.

—Está ocurriendo ahora mismo —indicó Venzia—. Y en su interior usted sabe que no es una alienígena.

—¿Qué cree *usted* que es? —inquirió Heath.

—No lo sé.

Se volvió hacia mí.

—¿Leonardo?

—Me siento tentado a decir que es la Madre de Todas las Cosas —confesé—; sin embargo, sería una blasfemia.

—¿Quién o qué es la Madre de Todas las Cosas? —quiso saber Venzia.

—Aquella a la que nosotros adoramos, igual que vosotros adoráis a vuestro Dios. Pero, y no deseo ofenderos, me es imposible creer que la Madre de Todas las Cosas sea de una raza alienígena.

—Quizá aparezca ante los Bjornn bajo una forma diferente —sugirió Heath.

—Ningún Bjornn realiza actos que puedan atraer a la Dama Oscura. Mi raza atesora la vida.

—También la nuestra, en su mayor parte. No obstante, ahí está.

—Vosotros reverenciáis el valor —indiqué—. Nosotros no. De hecho, no hay ninguna palabra para *héroe en* el idioma Bjornn. El concepto no existe entre mi pueblo.

—Incluso los animales de rebaño son capaces de heroísmo —comentó Heath—. Fíjate en el toro que se enfrenta al carnívoro mientras el resto corre en busca de seguridad.

—El toro del rebaño actúa por instinto ciego, irracional, no por heroísmo, Amigo Valentine —contesté—. Si se le presentara una elección consciente, jamás se enfrentaría por voluntad propia al carnívoro, y la Dama Oscura sólo parece visitar a los hombres que la cortejan por libre albedrío.

—¡Un momento! —exclamó Heath de repente—. Tu pueblo realiza el suicidio ritual. ¿Constituiría *eso* la clase de comportamiento que la atraería?

—No hay nada heroico en terminar con la vida de uno para evitar la continua vergüenza, Amigo Valentine —contesté.

—Nos estamos apartando del tema —intervino Venzia—. Ella visita a los *hombres.* Nos basta saber eso.

—De acuerdo —aceptó Heath—. Sabemos que visita a los hombres. ¿Ahora qué hacemos?

—Ahora la encontramos —declaró Venzia con intensidad.

Valentine se rió entre dientes.

—Es una galaxia grande, señor Venzia... y puede que ni siquiera se encuentre en ella.

—Entonces, deduciremos dónde será su próxima aparición y la esperaremos.

—¿Con qué objetivo, Amigo Reuben? —pregunté.

—Pobre Leonardo —comentó Venzia con compasión genuina—. Has colocado todas las piezas en su lugar y sigues sin haber resuelto el rompecabezas.

—¿Perdón? —dije.

—Permita que lo aclare —pidió Heath—. Ha empleado seis años y sólo Dios sabe cuánto dinero tratando de encontrarla, ¿y lo único que desea es sentarse y hablar con ella?

—¿Qué haría *usted* con ella, señor Heath? —inquirió Venzia con tono despectivo.

—Ya lo sabe —contestó Heath.

—Yo le pagaré más por ella que Abercrombie.

—Lo dudo —afirmó Heath—. ¿Sabe a cuánto asciende la fortuna de Malcolm Abercrombie?

—Todo lo que yo deseo son cinco minutos con ella —indicó Venzia—. Después, puede vendérsela a Abercrombie o hacer lo que le apetezca con ella.

—*Siempre* que te lo permita —comenté.

—Un millón de créditos, señor Heath —ofreció Venzia sin apartar ni un momento los ojos del otro hombre.

—¿Un millón de créditos sólo por cinco minutos?

—Así es.

—Un montón de hombres han pasado bastante más de cinco minutos con ella —dijo Heath—, y apostaría a que jamás les contó lo que usted quiere saber.

—No sabían quién era —respondió Venzia—. *Yo* sí. Probablemente, ellos nunca le formularon la pregunta adecuada. —Se detuvo—. *Esa* es mi ventaja.

—Suponiendo que le responda, ¿cómo sabrá si le dice la verdad? —insistió Valentine.

—Lo sabré —afirmó Venzia confiado.

—Perdonadme —intervine—, pero, sinceramente, no sé de qué estáis hablando.

Heath se mostró divertido.

—Él tiene algo muy importante que preguntarle, Leonardo.

—¿Qué es?

—Qué hay más allá —contestó Venzia con énfasis—. Es la única persona que lo sabe.

—Quizá sea un sacrilegio saberlo —le advertí.

—Si uno tiene la oportunidad, sería una tontería no averiguarlo. ¿Existe una verdadera religión? ¿Ante qué altar debo postrarme? ¿Qué rasgos y costumbres he de abandonar? ¿Qué tengo que hacer para garantizarme la entrada en el Paraíso? Y si no hay nada más allá de la vida, por lo menos dispondré de la libertad para hacer lo que quiera.

—Es libre ahora —indicó Heath.

—Sólo porque ignoro las consecuencias de mis actos. Así, sabré *cuáles son.*

Heath sonrió.

—Una póliza de seguros celestial.

—Si desea expresarlo de esa rorma.

—Espera mucho por su dinero, señor Venzia —comentó Valentine.

—Pretendo obtenerlo —afirmó Venzia.

15

VENZIA PASÓ LA NOCHE EN EL CHALET. Por la mañana se decidió que los tres nos marcharíamos de Graustark con rumbo a Lejano Londres.

Yo no sólo tenía mi trabajo que cumplir, sino que ahora que había vuelto a perder a la Dama Oscura, Venzia tenía la certeza de que tarde o temprano aparecería una nueva pintura de ella a la venta. Mientras tanto, regresaría con nosotros a Lejano Londres, donde podría mantener un contacto frecuente conmigo y monitorizar los probables héroes e intrépidos que aparecieran en el vídeo al tiempo que programaba su computadora para que revisara la inmensa cantidad de medios impresos y electrónicos disponibles a su alcance.

En lo que respecta a Heath, no creo que estuviera del todo convencido de que la Dama Oscura era lo que Venzia y yo declarábamos; sin embargo, no tuvo ningún inconveniente en acompañarnos a Lejano Londres, ya que era allí donde encontraría a Malcolm Abercrombie.

Venzia dejó el chalet una hora antes que nosotros, pues tenía que recoger el transporte de la nieve y devolverlo a la agencia de alquiler; quedamos en reunimos en la nave de Heath, ya que había venido a Graustark en una nave de pasajeros y carecía de una propia.

—Va a estar un poco atestada —comentó después de haber pasado su equipaje por la compuerta de entrada.

—No fue diseñada para transportar a tres personas —contestó Heath.

—Ya lo veo. —Venzia se volvió hacia mí—. Toma —dijo, pasándome una caja cuadrada de unos treinta centímetros por los lados y unos veinte de profundidad.

—¿Qué es? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ni la menor idea. Tai Chong me pidió que te la entregara.

—¿Un regalo de Tai Chong? —musité contento, aceptando la caja.

—Me dio la impresión de que había llegado de Bjornn y que te la estaba guardando —respondió Venzia.

—De Benitarus II —le corregí con suavidad—. Bjornn es la raza; Benitarus el planeta.

—Lo que tú digas —aceptó, perdiendo interés. Se dirigió a Heath—. Tengo hambre. ¿Cómo consigo algo de comer?

Heath asintió.

—Ve a la cocina y pide lo que desees. Está sintonizada a las órdenes vocales.

—¿Dónde encuentro el menú?

—Puede prepararte cualquier cosa que solicites, siempre que no te molesten los productos de soja.

—Gracias. —Venzia se marchó hacia la cocina y Heath se centró en mí.

—¿Bien?—inquirió.

—¿Bien qué, Amigo Valentine?

—¿Qué hay en el paquete?

—No lo sé.

—¿No vas a abrirlo?

—Pensé hacerlo en la intimidad de mi compartimento —dije.

—No tienes ninguna intimidad en tu compartimento —anunció Heath con una sonrisa—. Lo vas a compartir con Venzia.

—Entonces, lo abriré aquí y ahora.

—Una idea excelente.

Deposité el paquete sobre una superficie plana y lo contemplé sin moverme.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Heath.

—Tengo miedo —contesté.

—¿Crees que alguien te puso una bomba? —Heath sonrió—. No te preocupes, Leonardo; los sensores de mi nave habrían identificado cualquier cosa peligrosa.

—No es una bomba.

—Entonces, ¿qué es?

Suspiré.

—Sé lo que *debería* ser. No sé lo que es.

—Tu respuesta es un poco incomprensible, Leonardo. —Hizo una pausa—. ¿Quieres que lo abra por ti?

—No —dije—. Lo haré yo.

—¿Qué es eso? —preguntó Venzia, que salió de la cocina con una bandeja en la mano.

Heath se encogió de hombros.

—Pregúntaselo a *él* —respondió, señalándome con la cabeza.

—No pretendía molestaros a ninguno de los dos —me disculpé.

—Estupendo —dijo Venzia—. Entonces abre la maldita cosa y larguémonos de una vez del planeta.

Me volví hacia Heath.

—Quizá prefieras despegar primero —comenté—. El paquete puede esperar.

—Pero *yo* no puedo —respondió—. Lo has rodeado de tanto misterio que no pienso moverme hasta que lo abras.

Suspiré y comencé a quitarle el envoltorio. Tuve que solicitar un instrumento cortante de la cocina para finalizar la tarea; pero, finalmente, la tapa estuvo lista para levantarla.

—Adelante —urgió Heath.

—En seguida.

Me detuve, respiré hondo y, por último, abrí la caja... y un grito de alivio escapó de mis labios.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Heath.

—Sí, Amigo Valentine —contesté feliz—. *Ahora* me encuentro bien.

Miró el interior de la caja.

—¿Qué pasa? —dijo—. Si sólo es tierra.

—Es de mi Madre de Patrón.

—¿Por qué te ha enviado tierra? —insistió Heath.

—Procede de la tierra sagrada de la Casa de Crsthionn —declaré.

Venzia pareció perder interés y se llevó la comida al compartimento que compartía conmigo.

—Supongo que es algo bueno recibirla —comentó.

—Sí. Tenía miedo de que el paquete pudiera contener otra cosa.

—¿Como qué?

—*Cualquier* cosa. —Callé un instante—. Cada Bjornn celebra dos días sagrados, Amigo Valentine: el día que su Casa fue creada, y el día que su propio Patrón fue aceptado por su Casa. El primero tuvo lugar mientras nos hallábamos en tránsito desde Aquerón; el segundo será, en mi caso, dentro de unos treinta y dos días. ¿Lo comprendes ahora?

—En realidad, no —respondió Heath—. Cuando *nosotros* celebramos un día festivo,

intercambiamos regalos, no tierra.

—*No* es tierra —expliqué—. Es suelo consagrado que procede del lugar de nacimiento de la Primera Madre de la Casa de Crsthionn, de aquella cuyos hijos fueron los primeros en llevar el verdadero color del Patrón.

—Como el agua bendita para un católico —comentó Heath.

—El agua bendita sólo es un símbolo —respondí—. Esta es la tierra de verdad.

—¿Qué piensas hacer con ella?

—Primero, debo pedirte prestado otra vez un instrumento cortante.

—¿Para qué?

—Debo derramar mi sangre, de modo que mi carne se una con la tierra sagrada en señal de fidelidad a la Casa de Crsthionn.

—¿Seguro que no estás hablando de suicidio? —preguntó con suspicacia.

—No, Amigo Valentine. Este es un ritual religioso.

—Creí que el suicidio era un ritual religioso.

—Éste es más importante.

—De acuerdo —dijo—. Luego, ¿qué?

—Luego debo cubrirme el cuerpo con la tierra.

—Supongo que existe una razón para ello —comentó con sequedad.

—Simboliza aún más mi unión con la Primera Madre —respondí—. También debo cantar tres plegarias: una para ella, una para la Casa, y una para la Madre de Todas las Cosas.

—¿Y eso es todo?

—Después me quito la tierra y la atomizo.

—Si es sagrada, parece bastante contraproducente deshacerte de ella.

—Pero yo la habré contaminado —expliqué—. Por lo tanto ya no será sagrada, sino profana, y al eliminarla me habré purificado por otro año.

—¿Qué hacía tu pueblo antes de disponer de atomizadores?—preguntó.

—Fue antes de que desarrolláramos el viaje espacial; devolvíamos la tierra al lugar del que había venido. Aún hoy en día, aquellos de nosotros que permanecen en Benitarus II, por lo general eligen realizar el ritual en el lugar de nacimiento de la Primera Madre.

—¿Las mujeres de tu raza también lo llevan a cabo? —quiso saber Heath.

—No. ¿Por qué alguien que ya es puro y sagrado necesitará tal ritual?

—Te tienen yendo y viniendo, ¿eh?

—No entiendo.

—Olvídalo —calló un momento—. ¿Por qué estabas tan preocupado, Leonardo? ¿Qué habría pasado si la caja hubiera contenido, digamos, un par de guantes o caramelos?

—Habría significado que se me negaban para siempre los sacramentos de mi raza —dije.

—Creí que tu Madre de Patrón ya te había desterrado.

—He sido desterrado físicamente. Si no me hubiera enviado la tierra sagrada, también me habría desterrado espiritualmente. Mi alma habría estado condenada a vagar perdida y sola toda la eternidad.

—Bueno, por lo menos ahora entiendo tu grito de júbilo. ¿Tiene un nombre esta ceremonia en particular?

—La Celebración de la Primera Madre.

—¿Y recibirás otra caja de polvo para tu cumpleaños? —preguntó.

—No es mi cumpleaños —indiqué—, sino mi Día de Aceptación. Es un tiempo de gozo.

Librodot

—¿En qué difiere de la Celebración de la Primera Madre?

—Cuando estoy en casa hay una fiesta muy grande.

—¿Y eso es todo? —preguntó, sorprendido.

—Se repiten los Juramentos de la Casa y la Familia en una ceremonia compleja, y se reafirma mi fidelidad a la Casa.

—¿Cómo va a mandarte *eso* en una caja? —preguntó riéndose.

—Cuando un macho Bjornn ya no se encuentra en Benitarus II, la fiesta se convierte en el único símbolo de reafirmación. Mi Madre de Patrón me enviará productos vegetales que han crecido en sus propios campos y mi acción de comerlos sellará el lazo entre nosotros.

—Debe ser algo decepcionante comparado con lo que experimentaste antes de dejar tu hogar.

—Lo es —acordé—. Pero la felicidad del individuo no significa nada. La Casa lo es todo.

—Si tú lo dices.

—¿Y ahora puedo solicitarte el instrumento cortante, por favor? —pedí.

Asintió, se dirigió a la cocina y un momento después regresó con un cuchillo.

Sostuve la mano sobre la tierra de mi Primera Madre y, luego, me detuve antes de pincharme el dedo.

—¿Te molestará la visión de sangre, Amigo Valentine?

—Sólo la de la mía —respondió con soltura.

Me corté la carne y dejé que la sangre chorreara sobre la tierra sagrada.

—*¿Púrpura?,* —preguntó Heath, frunciendo el ceño.

—No toda las sangres son rojas.

—¿Quieres una venda o algo así?

—Pronto dejará de fluir —le aseguré; así sucedió un momento después.

—Supongo que querrás realizar lo siguiente en la ducha—seca —sugirió Heath.

—Sí, si no te importa.

—De hecho, insisto —contestó—. Odio los desórdenes.

Le di las gracias, esperé que la nave dejara Graustark y emprendiera su viaje hacia Lejano Londres; luego completé la Celebración de la Primera Madre en la intimidad de la ducha—seca.

Había esperado que durante el trayecto Venzia nos contara más cosas sobre la Dama Oscura; sin embargo, resultó que ya nos había revelado todo lo que sabía. No obstante, no le impidió hablar de ella de manera incesante, pues se encontraba completamente obsesionado con verla y recibir la respuesta a su pregunta.

Heath seguía escéptico. Participaba en cada discusión, hacía observaciones pertinentes y hablaba de la Dama Oscura como si fuera, precisamente, lo que Venzia creía que era... sin embargo, entre la finalización de una conversación y el comienzo de otra, de algún modo volvía a quedar convencido de que era en realidad una alienígena o, como mucho, una mujer normal con el poder supernormal de la teleportación.

En lo que a mí respecta, estaba tan aliviado porque mi Madre de Patrón no hubiera condenado mi alma al exilio eterno, que incluso mi rango de proscrito, que jamás podría volver a su mundo natal, se hizo soportable. Para evitar que mi mente se concentrara en mi situación, me centré en nuestra búsqueda de la Dama Oscura, tratando de apartar de mi cabeza todos los pensamiento de la Casa y la Familia.

Cuando los otros dormían, de nuevo intentaba capturar su imagen, aunque de nuevo mis mediocres habilidades artísticas me fallaban. Un día incluso intenté dibujarla como una

Bjornn, su piel pálida sin Patrón, sus arreos negros, las facciones perfectas, los ojos tristes, la Deidad en persona plasmada en tinta y papel... no obstante, cuando acabé no se parecía a la Madre de Todas Las Cosas, sino a una hembra Bjornn con una piel sin Patrón y rasgos perfectos. De algún modo, entonces supe que la Dama Oscura, fuera cual fuere su origen y su búsqueda, venía sólo para los Hombres y no para los Bjornn.

Escribí otra carta a mi Madre de Patrón, agradeciéndole el regalo y contándole lo que había averiguado; pero sabía que no iba a contestar. También le escribí a mi Pareja de Patrón, divorciándome formalmente de ella (aunque la separación era automática con mi destierro) y deseándole buena suerte con la próxima pareja que le sería asignada. A pesar de lo mal que me sentía por mí, no era nada comparado con el dolor que experimentaba por mi Pareja de Patrón, cuya vida, por ningún acto que ella hubiera cometido, difícilmente iba a ser arreglada en un momento tan avanzado. Podían pasar años antes de que la Casa encontrara y aprobara el perfecto Patrón complementario, y ella continuaría siendo infecunda hasta que tal día llegara. (O, peor aún, la Casa, en su sabiduría, podía decidir que ya había desperdiciado bastante de su juventud, emparejándola con un Patrón que no se complementara adecuadamente con el suyo. Si así sucedía, tarde o temprano podía producir un bebé con un Patrón que no fuera aceptable para la Casa y, por lo tanto, verse obligada a sufrir no sólo uno, sino dos proscritos en su inmaculada vida.)

Con tales pensamientos sombríos intenté de nuevo controlar mis emociones y centrarlas en la Dama Oscura. Heath dormía, pero Venzia, que había estado leyendo un libro de la biblioteca electrónica de la computadora, notó mi agitación y la disminución de color de mi tonalidad.

—¿Te encuentras bien, Leonardo?

—Sí, Amigo Reuben.

—¿Estás seguro? Pareces angustiado.

—Ahora me encuentro mejor.

—Si tú lo dices —respondió, encogiéndose de hombros. Calló un instante—. ¿Te importa si te hago una pregunta acerca de tu amigo, el señor Heath?

—No, Amigo Reuben.

—¿De verdad planea robarle a Abercrombie?

—No me cabe la menor duda, Amigo Reuben.

—Una pena.

—Estoy de acuerdo. El robo es contrario a la ley moral y civil.

Venzia sonrió.

—Me refería a que nos hubiera sido útil en la búsqueda de la Dama Oscura; y si intenta robar a Abercrombie, lo más fácil es que termine en la cárcel. Tengo entendido que el sistema de seguridad que tiene en su mansión es de lo más sofisticado.

—Creo que el Amigo Valentine podría sorprenderte a ti y al señor Abercrombie —comenté.

—Quizá —dijo Venzia, descartando el tema—. Me pregunto por qué se mantiene tan escéptico.

—Posiblemente, porque no la vio bajo las mismas circunstancias que tú —sugerí.

—Tampoco tú —señaló—; sin embargo, pareces no tener problemas en aceptarla tal como es.

—Es verdad —acordé.

—Tiene a su disposición los mismos hechos que tú —dijo Venzia intrigado—. ¿Por qué es incapaz de llegar a la misma conclusión?

—Tal vez se deba a que siempre ha dependido de sus capacidades y no tiene la necesidad

de creer en algo más grande que él.

—¿Y tú sí?

—Fui educado para creer y depender de gente más grande que yo —contesté.

—Me pregunto... —musitó Venzia.

—¿Qué, Amigo Reuben?

—Casi todos los hombres a los que se ha unido eran totalmente independientes. Me pregunto en qué creían *ellos.*

—Supongo que deberemos preguntárselo al próximo.

—Siempre que podamos llegar a él a tiempo —declaró Venzia con una mueca.

—Haces que parezca una asesina, y sin embargo los dos sabemos que no lo es.

—No me importa lo que sea. Sólo me interesa lo que sabe.

De nuevo pensé en su rostro.

—Creo que yo estoy más interesado en lo que quiere —respondí.

—¿Lo que quiere? —repitió—. Demonios, lo que quiere es la muerte.

—No lo creo, Amigo Reuben.

—¿Por qué no?

—Si lo que anhelara fuera la muerte de hombres heroicos, seguro que ya se habría saciado.

—Algunas personas jamás se sacian.

—No dejo de recordar sus ojos, la tristeza de su cara, la sensación de añoranza que irradia —contesté—. No puedo evitar sentir que busca algo *y* que todavía no lo ha encontrado.

—¿Buscar? ¿Qué?

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Hablamos unos minutos más de cosas vagas. Después Venzia se dirigió a nuestro compartimento para dormir, y, al quedarme solo en la cabina mirando a la Dama Oscura, me encontré esperando que algún día, por fin, hallara lo que buscaba, que ese pesar eterno se desvaneciera de una vez de su rostro.

16

EN CUANTO LLEGAMOS A LEJANO LONDRES me presenté en las Galerías Clairborne, donde Héctor Rayburn me informó que Tai Chong había sido arrestada el fin de semana pasado mientras participaba en una protesta pacífica a favor de los derechos de los alienígenas en el cercano mundo de Kennicot VI. Se había negado a pagar la fianza y debía permanecer dos días más encerrada antes de que la soltaran.

—Le ofrecí arreglar que Clairborne le pagara la fianza —concluyó—; pero ella no quiso saber nada. De modo que allí está, soltándole el discurso a cualquiera que la quiera escuchar. ¡Creo que incluso mantuvo una conferencia de prensa desde su celda! —Rayburn parecía muy divertido por su conducta.

—Lamento oírlo, Amigo Héctor—dije—. El confinamiento en una prisión de Kennicot debe resultarle muy angustiante.

—Es el mejor momento de su vida —respondió riéndose—. De paso, ¿no te debo todavía una comida?

—Sólo son las diez de la mañana —señalé.

—¿Nunca has oído hablar de un almuerzo tempranero?

—Aprecio tu oferta, Amigo Héctor, pero de verdad que no tengo hambre.

Se encogió de hombros.

—Bueno, es una invitación abierta. Sólo tienes que avisarme con un día de antelación.

—Así lo haré —le prometí.

—El restaurante del que te hablé la última vez ha cerrado —continuó—; sin embargo, me he enterado de uno que atiende a alienígenas. Quizá vaya hoy para comprobar si es bueno.

—Es muy considerado por tu parte, Amigo Héctor —respondí.

—Ah —añadió con tono confidencial—; ¿cómo es en realidad Valentine Heath?

—Es un hombre muy encantador—dije—. ¿Por qué?

—Ha estado vendiéndonos pinturas robadas durante años —respondió Rayburn—. Sentí curiosidad por saber cómo era.

—¿Por qué aceptáis las pinturas si sabéis que son robadas?

—Demonios, todo lo que vale dinero ha sido robado una o dos veces a lo largo de los años. Al menos, las pinturas de Heath son difíciles de rastrear.

—¿Hace cuánto tiempo que sabes que Heath comercia con objetos de arte robados?

—Lo adiviné cuando me enteré de que jamás las sacaba a subasta pública.

—¿Lo sabe Tai Chong? —pregunté con la esperanza de que su respuesta fuera negativa.

—Oficialmente, *nadie* lo sabe —respondió Rayburn con una sonrisa significativa—, y si alguien fuera interrogado por las autoridades, negaría todo conocimiento al respecto. —Bajó la voz—. La única razón por la que lo discuto contigo es que eres un colega, *y* da la casualidad de que mantienes una relación íntima con Valentine Heath.

—¡Conocer a Valentine Heath no me convierte en un ladrón! —protesté.

—Claro que no —dijo Rayburn con tono apaciguador—. Pero, por otro lado, tampoco te convierte en inocente como un recién nacido, ¿verdad?

—¡Jamás he robado nada, Amigo Héctor!

Sonrió.

—No estoy emitiendo ningún juicio moral, Leonardo.

—Sí que lo haces —insistí—. Estás diciendo que he sido corrompido por mi asociación con Valentine Heath.

—Bueno, la policía *contactó* con Tai Chong para saber de ti cuando te marchaste de Carlomagno —comentó.

—Fue un malentendido —contesté—. No fui responsable de ninguna fechoría.

—De acuerdo —aceptó sin perder la sonrisa—. Te creo.

—Me parece que no.

—Mira, da la impresión de que te he perturbado, y, ciertamente, no era mi intención. Estábamos hablando de Heath.

—Estábamos hablando de si Tai Chong sabía que las pinturas que Heath le vendió eran robadas —le corregí.

—¿Preferirías que no lo supiera y no se plantara en las primeras filas de las manifestaciones para conseguiros a vosotros derechos?

—Ignoraba que hubiera hecho campaña a favor de los derechos de los Bjornn —dije, agradecido por el cambio de tema.

—Bjornn, canforitas, rabolianos... ¿dónde está la diferencia? Todos vosotros lucháis por la igualdad, ¿verdad?

—Los Bjornn no luchan.

—Ya sabes lo que quiero decir —comentó incómodo.

—Sí, Amigo Héctor. Sé lo que quieres decir.

—Bien —se dirigió hacia la puerta—, me voy. Te veré por la tarde.

—Debes anticipar un almuerzo muy prolongado.

Sonrió.

—Y algo con que ayudar a bajarlo. —Se detuvo—. ¿Seguro que no quieres venir conmigo? Las comidas de cinco horas no van a ser tan populares cuando vuelva Tai Chong.

—No, gracias, Amigo Héctor.

Se encogió de hombros, se despidió con un gesto de la mano y salió a la calle.

Como no se me había encomendado ninguna tarea específica, y mis dos superiores inmediatos no estaban presentes, pasé el resto de la mañana revisando de manera metódica los catálogos de subasta de las dos semanas anteriores, buscando sin éxito cualquier representación de la Dama Oscura. Por la tarde investigué los listados de las ofertas privadas, con iguales resultados.

Estaba a punto de marcharme de la galería para irme a dormir cuando Malcolm Abercrombie me llamó por el vidfono.

—Oí que habías regresado —dijo cuando la conexión se completó y pudo verme la cara.

—Llegué esta mañana —respondí.

—¿Trajiste la pintura de Mallachi?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué demonios no me la has entregado? —preguntó.

—Tenía la impresión que usted y Tai Chong aún no habían negociado el precio —contesté.

—¿Y qué? Ella tratará de robarme, yo le haré una contraoferta y regatearemos durante unas horas; sin embargo todos sabemos que al final voy a comprarla.

—Tendré que pedirle a Tai Chong que me guíe en este asunto.

—Por si no te habías enterado, tu jefa se está enfriando en una cárcel de Kennicott.

—Lo sé.

—Pues también debes saber que no la van a soltar hasta dentro de un par de días —continuó Abercrombie. Me miró con ojos furiosos—. No estoy preparado para esperar tanto. ¡La quiero *ahora*!

—No dispongo de la autoridad para dársela —me disculpé—. En ausencia de Tai Chong, esa decisión la debe tomar Héctor Rayburn.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Se presentará mañana en la galería?

—Sí.

—Obten su permiso en cuanto atraviese la puerta; luego ven directamente a mi casa con la pintura. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor Abercrombie. Perfectamente claro.

—Mañana a primera hora —dijo con voz ominosa y cortó la comunicación.

Me dirigí a mi habitación para pasar la noche y, después de obtener el permiso de Héctor Rayburn, por la mañana le llevé la pintura a Abercrombie tal como había ordenado.

Los dos días siguientes pasaron sin ninguna novedad. Seguí buscando infructuosamente representaciones de la Dama Oscura.

La mañana del día en que se esperaba el retorno de Tai Chong, Heath pasó por la galería y vino a verme.

—Hola, Amigo Valentine —saludé, alzando la vista de la computadora del escritorio—. Espero que hayas estado bien.

Asintió.

—¿Y tú?

—Bastante bien —contesté, y me pregunté por qué había venido a la galería.

—¿Has mantenido contacto con Venzia desde que aterrizamos?

—Hablo con él todas las noches, Amigo Valentine.

—Un hombre interesante —comentó.

—Sí lo es. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti, Amigo Valentine?

—Sí —respondió—. Anoche tuve noticias de mis abogados. La mayoría de los cargos han sido retirados; sin embargo, mis fondos aún siguen congelados. —Calló un instante—. *Toáos* los fondos, no sólo los de Carlomagno. —Sacudió la cabeza perplejo—. Incluso localizaron la cuenta que tengo en Spica II.

—Lamento no poder prestarte dinero, Amigo Valentine. Pero mi salario completo va a la Casa de Crsthionn. Hasta le pasan a Clairborne los gastos de mi habitación y mis comidas, y la galería los deduce antes de enviarle mi paga a mi Madre de Patrón.

—No quiero un préstamo —dijo Heath con irritación—. Necesito *dinero,* no favores.

—No entiendo —comenté, aunque lo entendía a la perfección.

—¿Es que tengo que deletreártelo? —preguntó—. Quiero que me ayudes a superar el sistema de seguridad de Abercrombie.

—No puedo ayudarte, Amigo Valentine. Quizá Reuben Venzia sea capaz de encontrarte un trabajo.

—Los Heath no *trabajan*— comentó con desdén—. *Gastan.*

—Lo siento mucho por ti, Amigo Valentine, pero no puedo tomar parte en un robo.

—Creí que éramos amigos.

—Los amigos no alientan a los amigos a quebrantar la ley —señalé—. No permitiré que mi código ético se erosione por mi asociación contigo. El hecho de que me caigas bien no implica que esté dispuesto a ayudarte a cometer un delito contra un hombre que me cae mal.

—Ahórrame tus discursos —dijo Heath con una expresión de desagrado.

—Entonces, permite que te haga una observación práctica, Amigo Valentine. Aunque

Librodot

consigas robar a Malcolm Abercrombie, todavía seguirás sin dinero. Sólo tendrás las pinturas.

—Las cuales convertiré en dinero.

—¿Cómo? Están aseguradas.

—En el pasado, Tai Chong ha solucionado problemas delicados como éste.

—No con pinturas que fueron robadas a sus propios clientes —respondí.

—Te sorprenderías.

—Posiblemente, sí —dije con pesar—. Sin embargo, no te ayudaré.

Suspiró.

—De acuerdo, Leonardo. Tendré que hacerlo solo.

—Serás apresado y encarcelado.

—No necesariamente. En el pasado he podido con sistemas más complicados.

—Si pensabas que podías robar las pinturas sin mi ayuda, no deberías habérmela solicitado.

—Tu ayuda lo habría facilitado —dijo—. Eso no significa que sea imposible. —Calló un instante—. La casa en sí misma no presentará muchos problemas; con toda probabilidad ya conozco todas las alarmas que posee. Sin embargo, cruzar el terreno será bastante complicado, ya que me encontraré en un espacio abierto. Me llevará unos cuantos días descubrir un método seguro de aproximación, y tendré que trazar una ruta de escape; no obstante, se puede hacer. —Me miró fijamente—. Aún queda una pregunta.

—¿Cuál, Amigo Valentine?

—Si lo consigo, ¿vas a denunciarme a la policía?

—Preferiría que no lo intentaras.

—Sé lo que prefieres, Leonardo. Por favor, responde a mi pregunta.

—De verdad que no lo sé —dije.

De repente, sonrió.

—Alégrate. Si ese sistema de seguridad es tan bueno como piensas, puede que no tengas que tomar esa decisión. —Me palmeó el hombro—. Estaré en contacto contigo.

Dio media vuelta y se marchó antes de que le contestara, dejándome solo para contemplar la pregunta que había formulado. Seguía sumido en mis pensamientos cuando entró Tai Chong.

—Bienvenido de regreso, Leonardo —saludó.

—Y tú también, Gran Dama —dije, poniéndome de pie—. Confío en que te encuentres bien.

—Todo lo bien que se puede esperar. La cocina y la decoración de la cárcel de Kennicott dejan algo que desear. ¿Salí en las noticias de Lejano Londres?

—Héctor Rayburn me dijo que sí. Yo volví sólo hace tres días.

Sonrió con aire de triunfo.

—¡*Sabía* que aparecería! ¿Pasaron mi holograma?

—No lo sé.

Se encogió de hombros.

—No importa. Por lo menos, centramos la atención del público en la causa de los alienígenas de Kennicott.

—¿Se han hecho algunas reformas, Gran Dama? —inquirí.

Pareció sorprendida por la pregunta.

—En realidad, no lo sé, Leonardo. Pero estoy segura de que es una cuestión de tiempo. —

Volvió a sonreír—. Ya basta de hablar de mí. ¿Te encontró Reuben Venzia?

—Sí.

—¿Y te dio el paquete de tu Madre de Patrón?

—Sí.

—Bien. No le habría contado dónde te encontrabas; sin embargo, pensé que el paquete podía ser importante.

—Lo era, Gran Dama. Te agradezco tu preocupación. Me gustaría explicar lo que sucedió de verdad en Carlomagno.

—No es necesario. Tu mensaje fue bastante completo, y el problema se ha solucionado para satisfacción de todos.

—Me temo que no para la de Valentine Heath.

—¿Está en Lejano Londres?

—Sí, Gran Dama. Sus cuentas siguen congeladas.

—Es una pena —comentó.

—Me temo que contempla un acto ilegal para revigorizar su economía.

—¿Oh? —dijo, enarcando una ceja—. ¿Sabes qué acto ilegal en particular tiene en mente?

—Robo.

—¿Dinero?

—Obras de arte, Gran Dama.

—¿En Lejano Londres? —frunció el ceño.

—Sí, Gran Dama.

—Estúpido —musitó.

—Estoy de acuerdo. ¿Puedes convencerlo de que no lo haga?

—Quizá. ¿Sabes dónde se encuentra?

—No, Gran Dama... pero le vi esta mañana y prometió contactar conmigo en el futuro próximo.

—Cuando lo haga, dile que quiero hablar con él.

—¿Le quitarás la idea?

—Haré todo lo que pueda —afirmó tranquilizadoramente.

—Gracias, Gran Dama. Me he encariñado mucho con él. No me gustaría verlo encarcelado.

—Tampoco a mí —dijo con énfasis. Me miró directamente a los ojos—. ¿Ha visto ya la colección de Abercrombie?

—¿Cómo sabías que planea robarle a Malcolm Abercrombie? —pregunté sorprendido.

Sonrió.

—Conozco los gustos de Valentine.

—¿En obras de arte?

—En todo *menos* en obras de arte... y la colección del señor Abercrombie es la única del planeta lo suficientemente valiosa como para que él se permita esos gustos. —Se dirigió a la puerta de su despacho; entonces, se volvió hacia mí—, ¿Le dirás que primero se ponga en contacto conmigo?

—¿Primero? —repetí, perplejo.

—Antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse.

—Sí, Gran Dama —le prometí.

—Bien, Odio ser brusca, pero tengo un montón de trabajo con el que debo ponerme al

día...

—Lo comprendo. Me alegro de que te encuentres de vuelta aquí, Gran Dama.

—Muchas gracias, Leonardo —dijo, y entró en el despacho.

Pasé el resto del día en otra infructuosa búsqueda de pinturas u hologramas de la Dama Oscura. Camino del hotel, me detuve en el restaurante de costumbre y encontré a Venzia esperándome.

—¿Has tenido algo de suerte hasta ahora? —fueron sus primeras palabras.

—No —respondí—. ¿Y tú, Amigo Reuben?

Sacudió la cabeza.

—Debo de haber revisado unas dos mil cintas. Ni señal de ella. Mañana empezaré con las revistas. —Hizo una mueca—. Odio pensar en *todas* las que voy a tener que mirar.

—Yo he examinado cada folleto y catálogo que hemos recibido en las últimas dos semanas. Ninguno menciona algún retrato de ella a la venta.

—¿Por qué sólo de dos semanas? —preguntó.

—Porque se hallaba en Aquerón hace menos de tres semanas —respondí—, y así como siempre existe la posibilidad de que un retrato más antiguo se ofreciera a la venta, tus descubrimientos me han convencido de que el artista, casi con toda seguridad, estará muerto. Debemos encontrar al hombre que vio *después* de desvanecerse de la nave del Amigo Valentine.

—*Sí* es que aún ha reaparecido —dijo Venzia con tono sombrío—. Ha habido períodos en los que, sencillamente, ha desaparecido durante años, incluso siglos.

—Es posible —acordé—. Pero, ¿no es también posible que no desapareciera, sino que tú no fueras capaz de determinar su paradero durante esos períodos?

—Sí lo es —admitió con cansancio. Bostezó—. ¡Dios, estoy cansado! Creo que por esta noche lo dejaré. —Suspiró profundamente—. He pasado veinte horas al día viendo esas malditas cintas. Si ha vuelto a aparecer, por todos ios demonios que no sé dónde.

—Descansa bien, Amigo Reuben.

—Gracias. Quizá los *dos* deberíamos tomarnos la noche libre. Tú no puedes sentirte muy fresco.

—Creo que yo iré a la biblioteca. Todavía me queda trabajo.

—¿Para Clairborne? —preguntó.

—No... para nosotros. Has sugerido una línea de investigación de lo más interesante.

—¿Sí? —se mostró sorprendido.

—Sí —corroboré—. Cenaré aquí y luego comenzaré a investigarla.

—¿Me informarás si descubres algo prometedor? —preguntó.

—Por supuesto, Amigo Reuben.

Nos despedimos, tomé una cena ligera y fui andando hasta la biblioteca, tratando de ordenar mis pensamientos antes de hablar con la computadora.

17

ME SENTÉ EN MI CUBÍCULO DE LA BIBLIOTECA Y OBSERVÉ cómo se activaba la computadora.

—Buenas noches —dijo por fin—. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Soy Leonatdo, de Benitarus II, y ya hemos hablado con anterioridad.

—Lamento informarle que no he localizado ningún otro retrato de la mujer que busca.

—Lo sé. Esta noche busco otra información.

Una lista enorme comenzó a pasar por la pantalla.

—He sido instruida por Reuben Venzia para informarle, en cuanto usted viniera, de que él ha visto estas cintas y revistas sin ningún éxito.

—No estoy interesado en revisar cintas u otros medios electrónicos —comenté.

La pantalla se puso en blanco.

—Espero su orden.

—¿Quién es el más grande héroe humano en vida?

—Soy incapaz de realizar el juicio subjetivo requerido para contestar su pregunta.

—Entonces, ¿puedes decirme qué miembro humano militar vivo ha recibido la mayor cantidad de medallas al valor?

—La almirante Evangeline Waugh.

—¿Una mujer? —pregunté, desilusionado.

—Sí.

—¿Qué hombre vivo es el más condecorado?

—Sugi Yamisata.

—¿Cuál es su rango?

—No tiene ninguno.

—¿Se ha retirado? —inquirí.

—En la actualidad se encuentra en una prisión militar por matar a un soldado bajo la influencia de estimulantes ilegales.

—¿Lleva en prisión más de tres semanas?

—Está cumpliendo el quinto año de una sentencia de trece años —respondió la computadora.

En el acto decidí que Yamisata no podía ser el siguiente hombre al que la Dama Oscura visitaría. No la había cortejado por lo menos durante cinco años, y no se hallaba en posición de atraerla en los próximos ocho.

—¿Cuánto tiempo llevaría producir una lista de todos los machos humanos cuyos trabajos requieran entrar en situaciones peligrosas para la vida? —pregunté.

—No se puede hacer —contestó la computadora.

—¿Por qué no?

—En la actualidad hay más de veinte mil millones sirviendo en trabajos que requieren situaciones peligrosas para la vida. Para cuando haya terminado, la lista no sería válida.

—¿*Veintemil* millones? —repetí, sorprendido—. ¿Cuántos sirven en el ejército?

—Trece mil millones.

—¿Cuáles son algunas de las otras profesiones?

—El cumplimiento de la ley, cuatro mil millones; departamento de bomberos, mil millones; eliminación de residuos tóxicos...

Librodot

—Para —ordené. La computadora guardó silencio al instante—. ¿Cómo puedo determinar la identidad del único macho humano que haya cortejado a la muerte con más asiduidad que cualquier otro? —pregunté.

—Cortejar a la muerte es un término inexacto y, por lo tanto, requiere un juicio subjetivo que yo no estoy capacitada para realizar.

—Entonces necesitaré tu ayuda para estructurar de la mejor forma posible las preguntas. El tema de los retratos que has estado buscando es una mujer conocida como la Dama Oscura. A lo largo de los milenios, ha aparecido en compañía de numerosos hombres e invariablemente se ha visto atraída hacia hombres que disfrutan con las situaciones peligrosas para la vida. Los dos últimos hombres a los que visitó eran un cazarrecompensas y un proscrito. ¿Existe algún modo de predecir cuál será su próximo lugar de aparición?

—Existen varias contradicciones internas en su declaración —dijo la computadora.

—Por favor, explícate.

—*Dama* es un término aplicado a mujeres humanas. El registro de la mujer que vivió más tiempo establece que murió a los 156 años. Usted afirma que la Dama Oscura lleva viva muchos milenios. Las posibilidades indican que no se trata de una mujer humana y, por lo tanto, no sea una dama, o, por el contrario, usted se equivoca con su edad.

—No creo que sea un ser humano normal —dije.

—Ninguna vida inteligente, basada en el carbono y que respire oxígeno, posee una expectativa de vida de varios milenios.

—Debes aceptar como un hecho el que ella existe, y que tampoco es una forma de vida alienígena.

—Es contrario a mi programación.

—Entonces, considéralo como algo hipotético. *Si* esta mujer hipotética existe, ¿hay alguna forma de predecir su próximo lugar de aparición?

—Incluso dando por sentado su existencia con el fin de continuar con este ejercicio, su premisa inicial sigue teniendo contradicciones internas —respondió la computadora—. No existen datos objetivos que prueben que los cazarrecompensas o los criminales disfruten con las situaciones peligrosas para la vida.

—Ya veo.

—Y como esos términos implican a clases enteras, a diferencia que el de Dama Oscura, que implica a un individuo específico, no puedo permitir que saque la hipótesis de que todos los cazarrecompensas y criminales disfrutan con las situaciones peligrosas para la vida, ya que poseo datos que indican lo contrario.

—Lo comprendo. Si aceptaras la existencia de la Dama Oscura con el fin de sustentar esta hipótesis, ¿podrías recomendar el medio más eficaz para predecir su próxima aparición?

—Poseo datos insuficientes sobre la Dama Oscura —dijo la computadora.

—¿Puedo darte más?

—Sí.

—La Dama Oscura parece atraída por hombres, machos humanos, que, a sabiendas y por propia voluntad, se colocan en situaciones peligrosas para la vida. —Callé un momento, casi esperando que la computadora me interrumpiera con una razón de por qué esa declaración no era válida; sin embargo, continuó en silencio—. Como un factor limitador, creo que esto eliminaría a todo el personal militar y a los oficiales que trabajan en el cumplimiento de la ley, siendo ambas profesiones pagadas y voluntarias, que se lanzan a la batalla por órdenes directas, en oposición a aquellos que sobrepasan el alcance de sus órdenes realizando actos de heroísmo individual.

—Contradicción —anunció la computadora—. Los actos de heroísmo individual con

Librodot

frecuencia se realizan en acatamiento de órdenes directas, como el de un soldado al que se le dice que mantenga una posición ante una fuerza enemiga abrumadora sin explicarle cómo hacerlo.

—Gracias —dije—. Por favor, ignora mi calificación.

—Registrado.

—Es posible que se vea atraída por un militar —continué, tratando de ordenar mis pensamientos con más cuidado—, pero, como la guerra es una serie de breves combates marcados por períodos de tranquilidad de tiempo indeterminado, creo que es imposible predecir su aparición en un ataque abierto, ya que el momento y el lugar de la batalla son, en sí mismos, imposibles de predecir. También creo que el mismo principio es válido con respecto a los oficiales de la ley y a todos los demás cuya obligación sea el mantenimiento de la seguridad pública.

—Aceptado.

—Por lo tanto, así como su próxima aparición puede ser en compañía de un militar, de un oficial de policía o de un cazarrecompensas, si queremos tener alguna posibilidad de predecir dónde aparecerá eventualmente, hemos de buscar en otra parte.

Aguardé que la computadora me dijera que estaba equivocado; sin embargo, guardó silencio.

—Entonces, sugiero que busquemos a un hombre que posea un trabajo que no sea militar ni tenga nada que ver con la seguridad pública, pero que, a pesar de ello, requiera que se coloque en situaciones peligrosas para la vida de forma regular.

—Contradicción. Ello elimina de consideración a todos los hombres que se colocan en situaciones peligrosas para la vida por otra razón que no sea la del empleo.

—Es un concepto muy interesante —dije—. De hecho, un hombre que invita a la muerte sin esperar una ganancia financiera, puede ser mucho más atractivo para la Dama Oscura que, digamos, un temerario del circo. ¿Estás de acuerdo?

—No tengo opinión, ya que la Dama Oscura es *su* creación hipotética.

—Entonces, para seguir con este ejercicio, por favor considera como un hecho dado que ella encontrará mucho más atractivo a un hombre así. —Me detuve—. Ahora pensemos qué categorías incluiría ese grupo: alpinistas, atletas no profesionales que practican las artes marciales... —Suspiré abatido a medida que se me ocurrían docenas de aficiones e intereses similares—. La lista es interminable.

—Los dos ejemplos que mencionó son pasatiempos —indicó la computadora—. De acuerdo con su definición, también debe incluir a los hombres mental y emocionalmente inestables que poseen un deseo de muerte.

—No —respondí—. Esos hombres no se colocan por propia voluntad en situaciones peligrosas para la vida. Psicológicamente se ven obligados a hacerlo.

—¿No están todos los hombres que por voluntad propia se colocan en situaciones peligrosas para la vida psicológicamente obligados a hacerlo? —preguntó la computadora.

—Es posible —reconocí—. No obstante, debemos trazar la línea divisoria en alguna parte. Deseo considerar sólo a aquellos hombres clínicamente cuerdos.

—Registrado. ¿Tiene algún motivo para elegir ese criterio?

—No creo que la Dama Oscura, que está cuerda, se vea atraída por un loco.

La computadora no me contradijo y, con una sensación de creciente entusiasmo, me di cuenta de que había avanzado otro paso, aunque fuera pequeño, en la identificación del hombre que buscaba.

—Así que hemos reducido nuestra lista a los hombres cuerdos que, voluntariamente, arriesgan sus vidas sin pensar en la remuneración —dije—. Ahora, entre todos esos hombres,

que rondarán los cientos de millones, debe haber riesgos de mayor y menor magnitud. Después de todo, un padre que entra en la habitación de un hijo que tiene una enfermedad contagiosa está arriesgando por voluntad propia la vida sin pensar en una recompensa financiera; sin embargo, el acto en sí posee una magnitud menor que el de un hombre que caza animales peligrosos con armas primitivas por amor al deporte y a la excitación. ¿Eres capaz de realizar tales distinciones?

—No sin más datos de los que pueden proporcionarme todas las fuentes a las que tengo acceso.

—¿Incluida la Oficina Central del Censo en Deluros VIII? —pregunté.

—Correcto.

—De acuerdo. ¿Recuerdas que una vez te pregunté qué tenían en común los diversos artistas que habían pintado el tema conocido como la Dama Oscura?

—No poseían ningún eslabón común —informó la computadora.

—Pero sí *hay* un perfil común de personalidad, ¿verdad?

—Sí —respondió la computadora—. Es un perfil muy amplio, aunque existe.

—Entonces, eliminaremos a todos los hombres que no encajen dentro de los parámetros de ese perfil.

—Registrado.

—Siguiente, elimina a todos los adictos a las drogas, que, con toda seguridad, arriesgan sus vidas cada vez que satisfacen su adicción, pero que, con frecuencia, son incapaces de comprender el riesgo que están corriendo o, por lo menos, no lo consideran un riesgo peligroso para la vida.

—Registrado.

Probablemente, aún quedaban decenas de millones de posibilidades... pero había comenzado con miles de millones. Era otro paso.

—Más aún —declaré—, que yo sepa, la Dama Oscura jamás se le ha aparecido a un niño, de modo que estableceremos una mínima y arbitraria edad de dieciséis años.

—Registrado.

—Y el hombre todavía deber ser activo.

—No estoy segura de ese punto —anunció la computadora—. ¿Debe ser físicamente activo o activo de una manera que invite a la muerte?

—¿Cuál es la diferencia?

—Un hombre en una silla de ruedas aún puede arriesgar su vida, igual que un hombre saludable y vigoroso puede decidir dejar de hacerlo.

—Todavía debe colocarse con frecuencia en situaciones peligrosas para la vida —respondí.

—Registrado.

—No necesita ser físicamente atractivo —añadí, ya que muchos de los hombres que la habían conocido no lo eran para ningún estándar conocido.

—Registrado.

—No cobra forma física para aquellos que arriesgan sus vidas sólo una o dos veces, así que asumamos que el hombre que buscamos ha estado colocándose en situaciones peligrosas para la vida durante un considerable período de tiempo.

—«Un considerable período de tiempo» es demasiado inexacto —dijo la computadora.

Como era uno de sus consortes más jóvenes, traté de imaginar cuánto tiempo había sido un proscrito el Niño.

—Digamos que un mínimo de cinco años —indiqué, esperando no haber sobreestimado la

extensión de su carrera al margen de la ley.

—Registrado.

Intenté pensar en más criterios limitadores; sin embargo, mi mente estaba en blanco.

—Basado en los datos que te he dado —hablé por fin—, ¿cuántos hombres poseen todavía las cualificaciones imprescindibles?

—Debo acceder a la Oficina Central del Censo en Deluros VIII para responder a su pregunta.

—Por favor, hazlo.

—Siempre que accedo a una computadora de otro mundo en busca de datos, hay un coste que pagar. ¿A qué cuenta debe ser facturado?

Era una pregunta difícil. Resultaba obvio que no podía pasárselo a Clairborne o a Malcolm Abercrombie, ya que no tenía nada que ver con ellos. Por otro lado, yo no podía pagarlo, pues todo mi salario era depositado en la cuenta de la Casa de Crsthionn.

—Por favor, cárgaselo a Reuben Venzia —anuncié después de cierta consideración.

—No tengo autorización para realizar tal facturación. Por favor, aguarde mientras accedo a su computadora personal. —Reinó un momentáneo silencio—. Reuben Venzia ha aceptado todos los cargos. Estoy accediendo a Deluros VIII. Calculo que me llevara de treinta a cuarenta minutos completar mi investigación. Puedo seguir hablando con usted durante el intervalo, o, si usted lo prefiere, puede utilizar cualquiera de las otras instalaciones de la biblioteca. Le llamaré cuando haya acabado.

—Creo que saldré unos minutos.

La computadora se oscureció y yo dejé el cubículo, esperando sentir el habitual flujo de calor y seguridad que experimentaba siempre que entraba en una multitud de seres inteligentes. Mientras caminaba hacia el centro de la sala, rodeado por unos veinte no humanos, sí que sentí una sensación inmediata de bienestar; pero no se comparaba con la oleada de emoción que había sentido cada vez que estreché el campo de consortes posibles de la Dama Oscura. Por lo general, ello me habría perturbado mucho; pero me hallaba tan concentrado en tratar de deducir la identidad del siguiente hombre que la haría atravesar la barrera del espíritu y la carne que apenas lo percibí.

Permanecí en compañía de los otros seres durante una media hora, sintiéndome más y más ansioso a cada minuto que pasaba. Por último, regresé al cubículo y me quedé mirando la pantalla en blanco hasta que la computadora cobró vida de nuevo unos minutos después.

—Llamando a Leonardo, de Benitarus II —dijo por el sistema público de megafonía de la biblioteca.

—Estoy aquí —contesté—. ¿Tienes la información que busco?

—Basado en los registros de la Oficina Central del Censo en Deluros VIH, que pueden ser incompletos, 7.213.482 hombres cumplen con sus criterios.

—¿Sigues conectada con Deluros VIII? —pregunté.

—No, pero he retenido de manera temporal todos los datos pertinentes en mis bancos de memoria —respondió—. Los borraré cuando haya terminado con su investigación.

—De acuerdo con los datos que has acumulado, ¿eres capaz de ver alguna otra forma de reducir aún más la lista?

—Sí —contestó la computadora—. Si la Dama Oscura va a visitar al hombre que usted busca, sugiero la eliminación de todos los casados.

—Pero Christopher Kilcullen estaba casado —señalé.

—Se divorció de su cuarta esposa en la época que pintó el retrato de la Dama Oscura.

—Lo había olvidado. ¿Cuántos de los hombres están casados?

—4.302.198.

—Elimínalos —ordené.

—Hecho.

—¿Cuántos quedan en la lista?

—2.911.284.

—No podemos comprobar a casi tres millones de hombres —murmuré—. Debemos reducir aún más el número.

—Esperando...

—Asumamos que si alguien ha estado cortejando seriamente a la Dama Oscura durante más de veinte años, ella ya habría aparecido ante él —sugerí.

—Nada en los datos que me ha dado implica que eso es verdad.

—Lo sé; sin embargo, debo intentar reducir la lista. ¿A cuántos hombres eliminará este criterio?

—1.033.102 serán eliminados.

—¿Y cuántos quedan?

—1.878.182.

—Elimina a los que se han colocado en situaciones peligrosas para la vida en menos de veinte ocasiones.

—682.646 serán eliminados.

—Ahora elimina a esos hombres que, voluntariamente, han entrado en situaciones peligrosas para la vida en menos de cincuenta ocasiones.

—1.121.400 serán eliminados.

—¿Cuántos quedan?

—74.136.

—Ahora elimina a los que, voluntariamente, han entrado en situaciones peligrosas para la vida en menos de cien ocasiones —dije, tratando, sin mucho éxito, de pensar en otro factor limitador.

—72.877 hombres serán eliminados.

—¿Cuántos quedan?

—1.259.

—Ahora elimina a aquellos hombres que, voluntariamente, han entrado en situaciones peligrosas para la vida en menos de doscientas ocasiones.

—1.252 hombres serán eliminados.

—Así que nos quedamos con siete hombres.

—*Siempre* que esté usando un criterio válido —advirtió la computadora.

—Si es así, bien podríamos seguir hasta el final. ¿Cuántos de esos hombres han entrado voluntariamente en situaciones peligrosas para la vida en menos de doscientas cincuenta ocasiones?

—Los siete serían eliminados.

—Entonces, voy a necesitar otro criterio —dije.

—El siguiente paso lógico es determinar qué hombre ha arriesgado su vida con más frecuencia que los otros seis.

—Quizá —acepté—. Sin embargo, existe muy poca diferencia entre ellos. Cada uno parece vivir en un continuo peligro mortal. —Callé—. No obstante, creo que deberías darme el nombre del hombre que encabeza la lista.

—Gottfried Schenke, de Tumiga III.

—¿De qué manera se enfrenta constantemente a la muerte? —pregunté.

—Recoge los moluscos que viven en el océano más grande de Tumiga III.

—¿Por qué es tan peligrosa esa actividad?

—Las aguas están habitadas por numerosos peces y animales carnívoros. Schenke ha sido hospitalizado cuatro veces en los últimos nueve años como resultado de sus ataques.

—Pero cientos de millones de personas nadan en aguas infestadas de carnívoros por toda la galaxia —protesté—. ¡Seguro que decenas de millones han entrado en el agua más de doscientas cincuenta veces!

—Es verdad.

—Entonces, ¿por qué el único que figura en la lista es Schenke?

—Porque su criterio especificó que cada nombre debía colocarse a sabiendas y por propia voluntad en una situación peligrosa para la vida. Menos el grupo más reducido de nadadores, todos los demás desconocen o no creen que estén entrando en semejante situación, y no lo harían si fueran conscientes o sintieran en persona los peligros que les amenazan.

—Ya veo —respondí. De repente, se me ocurrió otro criterio—. Ahora elimina de esa lista de siete hombres a los que sean homosexuales.

—Tres hombres son eliminados. Quedan cuatro hombres, incluyendo a Gottfried Schenke.

—¿Quiénes son los otros tres?

—Wilfred Kramer, de Hallmark, un cazador de animales salvajes en las selvas de Hallmark, Alsacia IV y Karobus XIII. —La computadora hizo una pausa—. Eric Nkwana, de Nuevo Zimbabwe, que ostenta diecisiete récords de salto de montaña.

—¿Qué clase de deporte es ése? —pregunté.

—Un deporte en el que el participante se arroja desde una montaña a un río revuelto.

Sentí un escalofrío al imaginarlo.

—¿Quién es el otro?

—Vladimir Kobrynski, de Saltmarsh. Ha sido boxeador, paracaidista, animal de pruebas...

—¿Animal de pruebas? —interrumpí—. Por favor, explícate.

—Se ofreció voluntario para recibir inyecciones de enfermedades virulentas cuyas curas se estaban buscando.

—¿No es eso contrario a nuestro criterio no benevolente?

—No lo creo —respondió la computadora—. Por ese entonces, se hallaba encerrado cumpliendo una condena de prisión por el delito de homicidio, debido a un altercado en Altair III. Se ofreció voluntario para recibir las inyecciones a cambio de una reducción de su condena. ¿Continúo?

—Por favor.

—También ha sido cazador y explorador y, en la actualidad, es un artista.

—¿Qué tiene de peligroso para la vida ser un artista? —pregunté, intrigado.

—Ha creado una nueva forma de arte llamada pintura de plasma, un procedimiento altamente peligroso en el que la radiación dura es iluminada y manipulada para convertirse en una resplandeciente obra de arte cósmica que se disipa en menos de un minuto.

—Ciertamente, da la impresión de haberla cortejado con vigor —musité.

—Ha entrado diecisiete veces menos que Gottfried Schenke en situaciones peligrosas para la vida —anunció la computadora.

—Pero Schenke puede ser sólo un recolector dedicado —dije—. Este hombre parece haber estructurado toda su vida para buscar a la Dama Oscura.

—¿Tiene más preguntas?

—No se me ocurre ninguna —contesté con un suspiro de cansancio—. Desearía saber si la investigación de esta noche no habrá sido un ejercicio de futilidad.

—No puedo contestar a eso.

—Lo sé. Supongo que ningún hombre de nuestra lista habrá pintado un retrato de la Dama Oscura durante las dos últimas semanas, ¿verdad?

—No —contestó la computadora—. De hecho, sólo uno de ellos ha mostrado alguna vez interés en su retrato.

—¡Explícate! —ordené en el acto.

—Hace dos años, y a través de uno de sus agentes, Malcolm Abercrombie compró un retrato del sujeto al que usted se refiere como la Dama Oscura. La subasta se celebró en Beta Santori V.

—Continúa —pedí con expectación.

—La persona que ofreció el cuadro era Vladimir Kobrynski. Comprendo que esto no tiene nada que ver con el problema hipotético que usted planteó esta noche; sin embargo, sólo existe un porcentaje de probabilidad del .0000037 de que su nombre aparezca en ambos contextos a menos que hubiera una conexión.

—¿Puedo tener una copia dura de cualquier dato que poseas sobre él que esté disponible al acceso público?

—Imprimiendo...

Una hoja de papel salió de la máquina.

—¿Tienes un holograma de él en tus bancos de memoria?

—Aún no lo he borrado. Por favor, observe la pantalla.

La pantalla holográfica titiló y, por primera vez, vi la cara áspera y surcada de arrugas de Vladimir Kobrynski.

18

LA DAMA OSCURA SE HALLABA DELANTE DE MÍ, con los brazos extendidos, llamándome para que la siguiera. Di un paso titubeante; luego, otro.

—Ven, Leonardo —entonaba—. Ven a ver aquellas cosas que sólo has soñado. Ven a cruzar la barrera conmigo. Ven a aprender los misterios eternos de la Vida y de la Muerte.

Di otro paso, éste más seguro.

—Ven —susurró—. Ven conmigo y aprende los secretos sublimes del Otro Lado. ¡Ven!

Me incorporé, sentándome erguido sobre la litera, con las manos temblorosas, y mi tonalidad fluctuando de forma frenética. Por último, al darme cuenta de que sólo había sido un sueño, me calmé.

¿O no *había* sido un sueño? Casi nunca soñaba, y cuando lo hacía, no era capaz de recordar los detalles al despertar... sin embargo, *este* sueño lo recordaba con perfecta claridad.

Cuanto más pensaba en ello, más me preguntaba si no había sido una visión, una manifestación de la Madre de Todas las Cosas. Parecía presuntuoso imaginar que ella podía visitarme a *mi* —menos aún a cualquier Bjornn macho—; no obstante, cada detalle de la experiencia permaneció fresco y claro en mi mente.

—¡Luces! —ordené con voz ronca.

La habitación se iluminó al instante; me puse a andar de un lado a otro de la estancia, meditando en el significado de lo que había sucedido. Desde la biblioteca había ido directamente al hotel de Venzia para contarle lo que había descubierto. Él se había mostrado extraordinariamente agitado y me dijo que planeaba partir hacia Saltmarsh, el planeta nativo de Kobrynski, en menos de una hora. Se ofreció a llevarme, pero yo pensé que no podía abandonar Lejano Londres sin el permiso de Tai Chong, y aunque le había solicitado que retrasara su viaje hasta la mañana, él se negó, mientras su cara brillaba con un celo fanático.

Así pues, había regresado a mi habitación, angustiado por que mi participación en la saga de la Dama Oscura hubiera llegado a su fin. Me fui directamente a la cama. Como había estado en mis pensamientos toda la noche, era lógico suponer que, sencillamente, había soñado con ella, descargando de manera subconsciente mi frustración por quedarme atrás.

Ésa era la explicación lógica... pero, ¿era la *correcta?.* ¿La Dama Oscura sólo visitaba a machos humanos o también se me había aparecido a *mi?.* De ser así, ¿era de verdad la Madre de Todas las Cosas? ¿Era una blasfemia considerar la posibilidad o resultaba sacrilego *no* seguirla cuando me había llamado?

No lo sabía, y cuanto más pensaba en ello, más confundido me quedaba. Seguía meditando en las ramificaciones del problema cuando rompió el día y dejé mi habitación para ir a la galería.

Al bajar al vestíbulo pequeño y poco amueblado de mi hotel, Valentine Heath me esperaba, totalmente ajeno a las miradas curiosas de los residentes y a las furiosas de los humanos que observaban el interior al pasar por delante de la entrada.

—Buenos días, Leonardo —saludó—. Tienes un aspecto horrible.

—No dormí bien, Amigo Valentine —respondí.

—Siento oírlo.

—¿Cómo supiste que vivía aquí? —pregunté—. Nunca te lo dije.

—No es muy difícil localizar a un alienígena en Lejano Londres —contestó con una sonrisa. De repente, ésta se desvaneció—. De verdad que deberías mudarte —continuó—. Las alfombras están gastadas, el empapelado de las paredes se cae y los empleados no dejan de mirarme con expresión hosca.

—Es el mejor hotel disponible para no humanos —respondí.

Librodot

—¡No me lo creo!

—Tampoco yo, hasta que visité algunos de los otros —dije. Me volví ligeramente para no ver al recepcionista, un canforita que nos miraba con fijeza y expresión de desagrado—. Ahora que me has encontrado, ¿qué quieres de mí?

—Lo mismo que ayer. —Calló un instante, incómodo—. Le debo a las Torres de Lejano Londres diecisiete mil créditos. Han exigido el pago para mañana a primera hora.

—Sólo llevamos en Lejano Londres cuatro días —comenté sorprendido—. ¿Cómo conseguiste gastar tanto dinero?

—Ya te lo dije: tengo gustos caros. La Suite Presidencial cuesta dos mil quinientos créditos por noche, sin contar comidas, y como vine aquí sin ninguna muda, ordené un nuevo guardarropa al sastre del hotel.

—Eso no fue inteligente, Amigo Valentine. Deberías haberte alojado en un hotel menos caro.

—¿Qué diferencia hay? —respondió con una sonrisa—. Dadas mis circunstancias actuales, no puedo permitirme ninguno hasta que no me descongelen las cuentas.

—Pero, ¿por qué la Suite Presidencial? Seguro que no necesitas tanto espacio.

—Necesito mis pequeños lujos —respondió a la defensiva—. Además, ya no importa. *Debo* ingresar algo de dinero o me arrestarán a primera hora de la mañana.

—Quizá deberías abandonar el planeta —sugerí.

—No puedo comprar combustible para la nave, ni siquiera pagar la tarifa del hangar. —Calló de nuevo—. Anoche fui al hotel de Venzia para ver si me prestaba algo de dinero, pero se había marchado una hora antes de llegar yo.

—Lo sé.

—¿Dónde está?

—Camino de Saltmarsh.

—¿Saltmarsh? —repitió Heath—. Jamás oí hablar de él.

—Es un planeta pequeño del Cúmulo Albión.

—¿A qué ha ido?

—A conocer a la Dama Oscura.

—¿Cómo sabe que se encuentra allí?

—Se lo dije yo.

—De acuerdo: ¿cómo lo supiste *tu?*

—Lo deduje, con la ayuda de la computadora de la biblioteca.

—¿Estás seguro de que no te equivocas?

—Eso creo.

—Entonces, ¿por qué no fuiste con Venzia?

—Tengo otras obligaciones.

—¿Con Clairborne?

—Creí que eran más importantes cuando hablé con el Amigo Reuben anoche —contesté—. Ahora ya no lo sé.

—¿Qué ha cambiado?

—Te reirás si te lo cuento.

—Ni aunque quisiera —afirmó—. ¿Qué sucedió, Leonardo?

—Puede que la Dama Oscura se me haya aparecido en una visión.

—*¿Puede?,* —repitió con el ceño fruncido.

—Quizá sólo haya sido un sueño —respondí con sinceridad—. No lo sé. —Callé un instante—: Pero si *fue* una visión, entonces debo verla otra vez.

—¿Cuan importante es para ti, Leonardo? —inquirió Heath.

—Si fue una visión, puede ser lo más importante de mi vida —contesté con un suspiro abatido—. Sin embargo, no tengo dinero para comprar un pasaje a Saltmarsh, así que nunca lo sabré.

—No estés tan seguro —afirmó.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con suspicacia.

—Si me revelas lo que quiero saber sobre el sistema de seguridad de Abercrombie, mañana a primera hora no sólo dispondré de dinero para ponerle combustible a la nave, sino que deberé abandonar Lejano Londres a toda prisa. —Calló significativamente—. No veo razón alguna para no ocultarme en Saltmarsh *y* llevarte conmigo.

—No permitiré que me hagas chantaje —contesté con obstinación.

—No es chantaje. Es un trato justo. Si tú no me das lo que necesito, yo *no* puedo darte lo que tú necesitas. Es así de sencillo.

—No puedo hacer lo que pides, Amigo Valentine.

—Me gustaría que cambiaras de parecer, Leonardo. Pero, aunque no lo hagas, he de intentar robar su colección esta noche. Sencillamente, ya me es imposible esperar más tiempo. —Guardó silencio—. Si cambias de parecer, contacta conmigo en mi hotel. Estaré allí hasta la medianoche.

—No cambiaré de parecer.

Extendió la mano.

—Entonces, deséame suerte.

Estreché su mano, pero no hice ningún comentario; pasado un momento, dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Le observé hasta que se perdió en la multitud de la hora punta; después comencé a andar hacia las Galerías Clairborne, con la imagen de la Dama Oscura todavía fija en mi mente.

Cuando llegué, fui directamente a mi escritorio y comencé a escribir una carta.

Querida Tai Chong,

Me encuentro en un doloroso dilema moral. Existe una posibilidad de que la Dama Oscura me haya visitado en una visión, y de ser así, debo encontrarla y determinar con exactitud quién es y qué es lo que quiere de mí... pero, para poder hacerlo, debo ayudar a un amigo a cometer un acto criminal, y yo mismo he de disfrutar de los frutos de ese delito.

Sin embargo, si no le ayudo, no seré capaz de visitar el mundo donde realizará su próxima aparición, y si es quien realmente yo sospecho que es, puede constituir, literalmente, un acto de herejía.

También existe la posibilidad de que esté equivocado, de que ella no hubiera contactado conmigo y de que carezca de todo interés en los no humanos. No obstante, no puedo averiguarlo hasta que hable con ella, y no puedo hablar con ella a menos que ayude a mi amigo. Por lo tanto, si estoy equivocado, si no me visitó de verdad, habré ayudado a mi amigo a cometer ese acto criminal por ningún motivo superior que al del beneficio financiero, y compartiré su culpa.

Necesito guía moral y ética, y no hay nadie a quien pueda recurrir. Por ello, te suplico.

Sentí una mano en el hombro y me erguí, sobresaltado.

—La jefa quiere hablar contigo —dijo Héctor Rayburn.

Librodot

—¿Ahora mismo?

—Es lo que ha dicho.

—Gracias, Amigo Héctor.

Instruí a la computadora para que almacenara la carta en su memoria; me puse de pie y fui al despacho de Tai Chong.

—Pasa, Leonardo —dijo con una sonrisa agradable.

—Sí, Gran Dama —y entré en el cuarto.

De inmediato noté que había añadido un nuevo holograma a aquellos que exhibían sus premios y sus fotos con diferentes artistas. Éste la mostraba mientras era conducida a la cárcel de Kennicot por dos policías fornidos, con una expresión de triunfo en la cara.

—Interesante, ¿eh? —comentó, siguiendo la dirección de mi mirada.

—Aterrador, Gran Dama —contesté con sinceridad—. Los policías parecen muy fuertes y muy enfadados.

—Y es verdad —comentó con alegría—. Creo que me siento más orgullosa de ese holograma que de cualquiera de los otros.

No sabía qué contestarle a una persona que se deleitaba tanto con ser arrestada y quebrantar la ley, de modo que guardé silencio.

Pasado un momento, se aclaró la garganta y volvió a hablar:

—Me preguntaba si aún no habías recibido noticias de Valentine Heath.

—Hablé con él esta mañana, Gran Dama.

—¿Y?

—Aún está decidido a robar a Malcolm Abercrombie.

—¿Le contaste que quería verle?

Mi tonalidad se acentuó con la humillación.

—Lo olvidé, Gran Dama.

—Bueno, no importa. Pero, por favor, recuerda comentárselo la próxima vez que le veas.

—No volveré a verle, Gran Dama.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Porque intenta robar a Malcolm Abercrombie esta noche, y sin duda será apresado. —Callé un instante—. Se aloja en las Torres de Lejano Londres, Gran Dama. Quizá *tú* puedas disuadirle.

—Quizá. ¿Qué te hace estar tan seguro de que lo cogerán? Es un hombre muy inteligente.

—Porque nunca ha visitado el interior de la casa de Malcolm Abercrombie, y desconoce el sistema de seguridad. Me pidió que le ayudara, pero me negué.

—Ya veo.

Moví los pies incómodo.

—Tengo una solicitud que hacerte, Gran Dama.

—¿Cuál es?

—¿Tiene Clairborne sucursal en Saltmarsh?

—Es en el Cúmulo Albión, ¿verdad?

—Sí, Gran Dama.

—Creo que tenemos una oficina pequeña —contestó—. ¿Por qué?

—Deseo un traslado inmediato a Saltmarsh.

Frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No eres feliz aquí?

—¡No, Gran Dama! —exclamé—. Todo lo contrario: amo mi trabajo y soy feliz en mi entorno. Sin embargo, creo que la Dama Oscura pronto aparecerá en Saltmarsh, y es imperativo que hable con ella.

—¿Porqué?

—Existe la posibilidad —no es una certeza, sino una posibilidad— de que tenga un enorme significado religioso para la raza Bjornn —respondí—. Comprendo que suena ridículo al decirlo, pero debo verla de nuevo para determinar la verdad.

—¿Por qué no me lo mencionaste ayer? —preguntó.

—Lo averigüé anoche. Esperaba pedir un permiso eirá Saltmarsh con Reuben Venzia, pero él ya se ha marchado sin mí. —Me detuve—. Tú eres mi única esperanza.

Me miró pensativa.

—¿Qué hay de Heath? —inquirió por último—. *Sois* amigos, ¿verdad?

—No tiene dinero ni para ponerle combustible a su nave —expliqué—. Es la razón por la que está tan ansioso por robar a Malcolm Abercrombie.

—¿Siente *algún* interés por la Dama Oscura? —preguntó, al tiempo que trazaba líneas sin sentido en una hoja mientras hablaba.

—Sólo le interesa como propiedad, de modo que pueda vendérsela a Malcolm Abercrombie —contesté.

—Qué vulgar. —Pareció perderse en sus pensamientos durante un momento; luego, de repente, se puso de pie—. Me gustaría poder ayudarte, Leonardo —expresó con simpatía—; sin embargo, el hecho es que, sencillamente, me resulta imposible enviarte a nuestra oficina de Saltmarsh.

—¿Se debe a los problemas de Carlomagno? —pregunté.

—No. Has sido completamente absuelto de todos los cargos. —Calló—. Pero tu contrato es con la sucursal de las Galerías Clairborne de Lejano Londres. La oficina de Saltmarsh carece de autoridad para emplearte.

—¿No se puede hacer una excepción? —pregunté—. Quizá se trate de un asunto de vital importancia.

Sacudió la cabeza.

—Me temo que no, Leonardo. Si tuvieras los medios de llegar allí, yo, como mucho, podría concederte un permiso... sin embargo, debo justificar todos mis actos a mis superiores, y no puedo justificar el trasladarte a Saltmarsh sólo por tu conveniencia personal.

—Lo comprendo, Gran Dama —contesté abatido, mi tonalidad reflejando la desilusión que sentía—. Lamento haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia, Leonardo —contestó con tono tranquilizador—. Yo lamento no poder serte de más ayuda.

Salí de su despacho, regresé a mi escritorio, me senté completamente inmóvil y analicé mi conversación con Tai Chong. Hubo una época en que la habría aceptado sin vacilación; no obstante, mi continua asociación con los Hombres me había enseñado a cuestionar cada declaración y cada motivo... y mientras cuestionaba los de ella, comprendí que, más que querer disuadir a Valentine Heath de su interés por robarle a Malcolm Abercrombie, en realidad Tai Chong deseaba que tuviera éxito. Ésa era la razón por la que quería hablar con él: para decirle qué pinturas sería capaz de vender sin preguntas embarazosas por parte de sus clientes. Y era la causa por la que se había negado a trasladarme a Saltmarsh: para eliminar cualquier posibilidad de que yo volviera a ver a la Dama Oscura a menos que ayudara a Heath.

¿O quizá me equivocaba? Sabía que Tai Chong no era reacia a tratar con obras de arte de propiedad debatible; sin embargo, ¿podía una mujer tan inteligente y compasiva quedarse

realmente al margen y dejar que robaran a uno de sus clientes? Y aunque ello fuera cierto, ¿de verdad intentaría manipular los acontecimientos para garantizar el éxito del robo?

No lo sabía, pero la experiencia me había enseñado que si un ser humano actuaba con uno de dos motivos posibles, el más egoísta era el válido. Con un suspiro, instruí a mi computadora para borrar la carta que le había estado escribiendo.

Trabajé hasta la hora del almuerzo; luego, en vez de ir a mi restaurante habitual, caminé hasta la sección más rica de la ciudad y, por fin, llegué hasta las Torres de Lejano Londres.

Recibí una serie de miradas hostiles mientras atravesaba el vestíbulo, aunque nadie trató de detenerme cuando llamé al ascensor y entré en él. Desconocía el número de la Suite Presidencial; sin embargo, deduje que debía encontrarse en la última planta, de modo que le ordené al ascensor que me llevara allí.

Salí a un corredor opulento, lleno de exquisitas esculturas procedentes de toda la galaxia y, por último, me detuve ante una gran puerta de madera doradusiana tallada a mano.

—¿Quién está ahí? —preguntó la voz de Heath cuando el sistema de seguridad le informó de mi presencia.

—Soy Leonardo —respondí.

Un instante después la puerta se deslizó en silencio en la pared y pasé a una estancia lujosamente amueblada. Heath se levantó de un sillón que adquiría el contorno del usuario y cruzó la mullida alfombra.

—Tienes peor aspecto que esta mañana —comentó—. Ven y siéntate.

—Gracias —dije, dirigiéndome a un sofá que flotaba a unos pocos centímetros del suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó solícito—. Tu color no para de oscurecerse.

—Es la Tonalidad de la Vergüenza.

—¿Oh?

Asentí.

—He venido para contarte lo que deseas saber —declaré.

CUARTA PARTE
EL HOMBRE QUE LO CONSIGUIÓ TODO

19

MI ANHELO DE COMIDA ERA MAYOR QUE NUNCA ANTES EN MI VIDA.

Poco a poco la consciencia regresó a mí y recordé que me hallaba en el interior de la cámara de Sueño Profundo. Abrí los ojos, hice una mueca cuando la luz los golpeó, volví a hacer una mueca de dolor por el movimiento, me quedé perfectamente inmóvil y en silencio conté hasta trescientos. Luego, rígido aunque sin sentir agonía, me senté. Con torpeza saqué los pies por el costado del módulo y me incorporé con cuidado.

Heath se encontraba sentado en el borde del otro módulo. El pelo usualmente bien peinado, ahora se veía revuelto, y tenía una expresión desorientada en la cara. Flexionó los brazos y apoyó con suavidad los pies en el suelo.

—Buenos días, Leonardo —dijo, viéndome por primera vez—. ¿Cómo te sientes?

—Hambriento —respondí.

—Y no sin motivos. No has comido en treinta días.

—¿Y cómo estás tú, Amigo Valentine?

—¡Famélico!

Heath se dirigió a la cocina, gimiendo cuando sus músculos no respondían como él quería, y yo le seguí, tratando de ignorar los punzantes dolores de mis extremidades.

—¡Qué rígido estoy! —se quejó.

Llegamos a la cocina y ordenamos nuestra comida. Después nos sentamos a la mesa diminuta y comimos con voracidad y en silencio durante los siguientes minutos. Por último se reclinó contra la silla y suspiró satisfecho.

—¡Dios, eso sí que estaba bueno! —exclamó con devoción—. Me encuentro tan lleno que podría volver al Sueño Profundo y echar una pequeña siesta mientras lo digiero todo.

—No es necesario, Amigo Valentine —comenté—. El cuerpo humano digiere su comida en...

—Era una broma, Leonardo —interrumpió.

—Oh —dije. Entonces, como no quería herir sus sentimientos, añadí—: Fue muy graciosa.

—Gracias —contestó con ironía.

—De nada, Amigo Valentine.

—¿Sabes? —comenzó—. Solía preguntarme por qué alguien no depositaba sólo cien créditos en un banco, al ocho o al nueve por ciento, incluso al dos por ciento, y se metía en el Sueño Profundo durante unos siglos. Despertaría siendo el hombre vivo más rico. —Hizo una mueca—. Entonces, pasé uno o dos meses en la cámara y me di cuenta de que te podías morir de hambre en menos de un año. Hay una gran diferencia entre apagar por completo tus sistemas o frenarlos al mínimo. Además, la Oligarquía ha decretado que ninguna inversión devengará intereses mientras el inversor se encuentre en Sueño Profundo.

—Esa es la razón por la que el proceso del Sueño Profundo es un monopolio del gobierno —señalé—. De modo que cada cámara pueda ser programada para informarle a la computadora del Tesoro, en Deluros, de la duración de la experiencia de cada ser.

—Pero es una ley relativamente reciente —respondió—. No existía durante la República o la Democracia, y el Sueño Profundo lleva usándose casi dos mil quinientos años. No, estoy convencido de que más de un hombre debió intentarlo para morir de inanición antes de salir del Sueño Profundo.

Reinó un momentáneo silencio.

—¿Dónde nos encontramos ahora, Amigo Valentine? —pregunté por fin.

Se encogió de hombros.

—Deberíamos haber llegado al Cúmulo Albión hace unos dos días. Comprobaré nuestra situación exacta con la computadora. —La activó con una orden vocal—. Computadora, por favor, danos nuestra posición actual.

—Estamos en el Cúmulo Albión y pasaremos por el sistema Maximus a una distancia de tres años luz aproximadamente en setenta y nueve minutos.

—Vamos según lo planeado —dijo Heath con una sonrisa presuntuosa—. Debemos estar un par de días por delante de Venzia.

—Pero él se marchó casi treinta y seis horas antes que nosotros —indiqué.

Sonrió confiado.

—No hay muchas naves que sean tan rápidas como ésta... y no me parece que Venzia sea la clase de hombre que poseería una. —Ordenó una copa de vino de la cocina; luego le preguntó a la computadora si había grabado algún mensaje mientras nos encontrábamos en el Sueño Profundo.

—Sí —respondió—. He almacenado en mis bancos de memoria tres mensajes.

—Dámelos según el orden de recepción.

—El primero es de Louis Nittermeier —anunció la computadora.

—Mi abogado —explicó Heath.

—¿Valentine? ¿Valentine? —dijo la voz aguda de un hombre—. ¡Maldición! ¿Por qué siempre estás en Sueño Profundo cuando quiero hablar contigo? —Se hizo una pausa momentánea—. De acuerdo... veamos lo que tengo. Se han retirado todos los cargos contra ti; eres libre de regresar a Carlomagno. Confiscaron la mitad de tus obras de arte: todo lo que no estaba registrado con tu compañía de seguros. Sin embargo, estamos negociando su devolución. Creo que medio millón de créditos bastarán; hay un tipo más al que tengo que ver en el cuartel de la policía, pero una autoridad razonablemente buena me ha dicho que no es reacio a establecer un trato. ¿Qué más? —Otra pausa—. Oh, sí... perdiste tu apartamento del lado oeste de la ciudad, el que alquilas bajo uno de tus seudónimos. Evidentemente, has descuidado pagar el alquiler durante los últimos cuatro meses. He conseguido inmovilizarlo en el tribunal, de modo que nadie más pueda ocuparlo; si lo quieres recuperar, envíame cuarenta mil créditos para los meses atrasados y unos diez mil para un depósito de seguridad. Y no te olvides de pagarle a tu abnegado abogado. Fin del mensaje.

—De todas formas, no era un gran apartamento —dijo Heath con un elocuente encogimiento de hombros—. Computadora, por favor, pasa el siguiente mensaje.

—Valentine —dijo Louis Nittermeier, sonando muy agitado—, ¿qué demonios has hecho en Lejano Londres? La policía hoy se ha puesto en contacto conmigo tres veces. —Una pausa—. Un tipo llamado Abercrombie no para de gritar pidiendo tu sangre, y por lo poco que he podido averiguar de él, no parece la clase de hombre al que se pueda comprar. Estoy convencido de que eres inocente como un recién nacido... pero, por las dudas, será mejor que no te acerques a quinientos años luz de Lejano Londres hasta que contrates a un buen abogado allí... y enfatizo la palabra *bueno.* No tengo licencia para ejercer en ese lugar, y aunque me autorizaran, tampoco sabría de qué cuerdas tirar. —Otra pausa—. Entre viejos amigos, ¿nunca te *cansas* de esto? Quiero decir, ¿es que cada palillo de dientes que tengas ha de ser de oro... y de veinticuatro quilates? Uno de estos días vas a morder más de lo que puedas masticar, y caerán con tanta fuerza sobre ti que te será imposible levantarte. Por lo que sé, ya te ha sucedido con este tal Abercrombie. —Un suspiro cansado—. Bien, buena suerte, y no te olvides de pagarle a tu leal abogado. Corto.

—¿Cómo pudo saber que fui *yo?*—preguntó Heath, frunciendo el ceño—. Si no le he visto

jamás.

—Sabe que fuiste el vendedor de la pintura de Mallachi *y* que volviste a Lejano Londres conmigo —le informé.

Sacudió la cabeza.

—Un *montón* de personas llegan a Lejano Londres cada día. ¿Por qué yo? En lo que a él respecta, soy un legítimo tratante que le vendió una obra que deseaba. —Pareció perder interés en el tema—. Computadora, pasa el último mensaje.

—Tai Chong al habla —dijo una voz familiar—. Da la impresión de que tenemos un problema importante aquí. Calló un momento, y continuó con un tono cuidadosamente neutral—. Parece que alguien robó cuatro pinturas valiosas de la casa de Malcolm Abercrombie hace tres noches. Desconozco quién cometió ese delito espantoso; pero, por alguna razón, el señor Abercrombie tiene la idea, obviamente errónea, de que tú eres el responsable, Valentine. Ha conseguido que la policía emitiera una orden de arresto y, así como no tengo ni idea de dónde te encuentras, si este mensaje llegara hasta tus oídos, pensé que sería mejor informarte de tu situación y urgirte a entregarte a las autoridades con el fin de poder limpiar tu buen nombre.

Heath sonrió ante la sugerencia.

—Si estás con él, Leonardo, lamento informarte que el señor Abercrombie te ha acusado de complicidad en el delito, y que ahora eres un fugitivo de la justicia.

Hizo otra pausa y Heath se volvió hacia mí.

—Habrás notado que no *te* ha pedido que te entregaras a las autoridades —comentó con tono divertido.

—¿Por qué no? —pregunté, sinceramente intrigado.

—Porque sabe que lo harías.

—Estoy segura de que puedo tranquilizar las cosas y conseguir que retiren los cargos contra ti, Leonardo —continuó la voz de Tai Chong—, pero, mientras tanto, aunque encuentro este curso de acción repugnante, no me queda otra elección que suspenderte de trabajo y sueldo. Tengo las manos atadas en este asunto; es la política de la compañía disociarnos de cualquiera que sea acusado de cometer una felonía... y así como tú no has sido declarado culpable de nada y no lo serás, el hecho es que se trata de la segunda orden emitida contra ti en los dos últimos meses.

Me quedé atontado mientras ella seguía hablando.

—Tu Madre de Patrón se puso en contacto conmigo cuando tu salario semanal no fue depositado en la cuenta de la Casa de Crsthionn, y no me quedó otra alternativa que explicarle la situación. Lamento informarte que sabe que la policía te está buscando en relación con el robo. No descansaré hasta convencerla de que no fuiste responsable de este incidente desafortunado. —Entonces se apresuró a añadir—: Me siento muy mal por esto, Leonardo, y te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi poder para que no sufras inmerecidamente. Siempre me has sido leal, y yo te seré leal. Aunque la situación se alargue interminablemente, como ahora parece que sucederá, existe la posibilidad de que te pueda emplear como consultor autónomo.

—¿Mi Madre de Patrón lo sabe? —repetí, horrorizado.

—No tengo idea de dónde os encontráis los dos y, por supuesto, no puedo saber cuál es vuestro destino... pero si este mensaje llega a tus oídos, Valentine, cuento con que te entregues a las autoridades más próximas y también de que convenzas a Leonardo para que haga lo que es correcto para él. Buena suerte y que Dios os dé velocidad.

—Ésa es una dama con clase —comentó con admiración Heath—. Apuesto a que tenía seis policías en su despacho cuando mandó el mensaje.

—Pero yo pensé que estaba haciendo lo que ella *quería* —dije, completamente devastado.

—Y así es—respondió Heath—. Ella jamás creyó que Abercrombie sospecharía que un Bjornn iba a colaborar con *alguien* para quebrantar la ley. —Sacudió la cabeza—. O es más inteligente de lo que pensé o muy paranoide.

—¿Qué será de mí?

—No prestaste mucha atención, ¿verdad? —comentó Heath con desenfado.

—No sé a lo que te refieres.

—Te prometió que cuidaría de ti. Mantendrá su palabra.

—¿Cómo? —pregunté sin comprenderle.

—Del mismo modo en que cuida de *mí.* —Sonrió—. «Consultor autónomo» es un eufemismo de suministrador de obras de arte robadas. Te garantizo que así ganarás más de lo que podrías obtener como asalariado, o incluso como tratante de arte en Bjornn.

—Benitarus II —le corregí automáticamente.

—Lo que sea.

—¡Pero no puedo convertirme en un ladrón! —protesté.

—¿Qué otra cosa podrías ser? —dijo Heath con seriedad—. Tu Madre de Patrón no te hablará y Clairborne te ha suspendido.

—Puedo realizar el rito del suicidio.

Sacudió la cabeza.

—Clairborne no te *despidió.* Si Tai Chong consigue que la policía retire los cargos, aún tienes que cumplir lo que queda de tu contrato.

—No le debo nada a una mujer que me manipuló para ayudar a cometer un delito y que ahora quiere que me convierta en un ladrón.

—Tienes un concepto interesante del honor, Leonardo.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Estás sujeto al honor sólo para cumplir aquellos compromisos que le haces a la gente que se encuentra al nivel de tus altos parámetros morales? —preguntó—. Lo que afirmas es que dejarás que *su* moralidad determine la tuya. —Hizo una pausa—. *Yo* he estado viviendo con ese código particular durante años... sin embargo, jamás pretendí ser un hombre de honor.

—Pero, ¿cómo voy a respetar un contrato cuando resulta obvio que Tai Chong prefiere que robe pinturas para ella? —pregunté con impotencia.

—No lo sé —respondió—. Tendrás que averiguarlo por tu cuenta.

—¡No puedo! —protesté—. Debo buscar guía ética.

—¿De mí? —inquirió con una risa divertida.

—No, no de ti.

—Tu Madre de Patrón no te ayudará y no deseas el consejo de Tai Chong; entonces, ¿a quién puedes solicitársela?

—No lo sé —respondí—. Encontraré a alguien.

—Mientras tanto, dependes de ti, y hemos de ganarnos la vida.

—No robaré obras de arte —contesté con obstinación.

—¿Te lo he sugerido? —inquirió con inocencia.

—Sí.

—Bueno, olvídalo... por lo menos, de momento. Creo que hay una forma mucho más fácil de obtener beneficios. —Adelantó el torso con vehemencia—. Vamos a llegar antes que Venzia a Saltmarsh, lo cual significa que encontraremos a la Dama Oscura antes que él. Deduzco que pagará una considerable cantidad de dinero por cinco minutos de su tiempo.

—Si tú eres capaz de encontrarla en Saltmarsh, también él.

Sonrió confiado.

—Le esperaremos en el espaciopuerto y le contaremos que la hemos secuestrado.

—¿Por qué te creería?

—Porque tiene sentido —declaró Heath—. ¿Por qué iba a mentirle?

—Porque eres Valentine Heath.

—Pero el no conoce a Valentine Heath tan bien como tú.

—Sabe que la Dama Oscura desaparecería antes que dejar que tú la forzaras a hacer algo en contra de su voluntad —señalé.

—Pero, por todo lo que Venzia y tú me habéis contado, jamás lo ha hecho delante de alguien que no conociera su verdadera naturaleza. La mantendremos en una multitud.

—¿Mantenerla en una multitud? —repetí.

—Así es. Cuanta más gente haya, es menos probable que ella realice su número de desaparición.

—Creí que le ibas a *mentir* al Amigo Reuben.

—Si me veo obligado. Tiene más sentido entregar la mercancía... sin embargo, en caso de no poder, debemos contar con un plan alternativo.

—¿Y lo único que pretendes es detenerla hasta que llegue Venzia? —pregunté.

—Así es.

—¿Tú no quieres preguntarle nada? —continué.

—¿Como qué?

—La respuesta a la pregunta de Venzia.

Heath sacudió la cabeza.

—Definitivamente no. ¿Qué diversión habría en la vida sin un poco de misterio?

—Pero, si hay una vida posterior, ¿no quieres saberlo?

—Lo sabré pronto —contestó.

—Pero...

—Mira —interrumpió—. Jamás he sido la clase de persona que lo primero que hace es leer el último capítulo de una novela de misterio. Es trampa. Bueno, pues esto es lo mismo.

—¿Desde cuándo te molesta hacer trampas?

— *Touché* —aceptó.

Hubo un breve silencio.

—No has contestado mi pregunta —comenté por fin.

—Leonardo —comenzó con un suspiro—, una de las razones por las que prefiero pensar que al morir todo lo que somos muere con nosotros, es porque si existe alguna regla básica para entrar en el cielo, cualquiera, entonces yo estoy condenado a la maldición eterna. La Dama Oscura puede decirme dos cosas: que *hay* una vida posterior, o que no la *hay.* Si no la hay, nada en lo que yo creo habrá cambiado; y si la hay, preferiría no saberlo. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Sí, Amigo Valentine.

—¿Y *tú* piensas preguntarle algo?

—Posiblemente —respondí.

—¿Qué?

—Aún no estoy seguro.

—Bueno, será mejor que te decidas pronto; aterrizaremos en Saltmarsh dentro de unas

cinco horas. —Calló pensativo—. Saltmarsh sólo se encuentra a unos cuatro días de Benitarus II. Quizá, cuando terminemos, te lleve a casa para que intentes solucionar tus problemas con tu Madre de Patrón.

—Te agradezco la idea, Amigo Valentine; sin embargo, se me ha prohibido poner pie en Benitarus II.

—Tal vez cambie de parecer si sabe que casi nos hallamos ante su puerta.

—No lo hará.

—Nunca se sabe.

—*Yo* lo sé. Mi Día de Aceptación pasó mientras nos encontrábamos en Sueño Profundo; no obstante, no me dejó ningún mensaje ni me envió ningún regalo de comida.

Se rió.

—¡Somos fugitivos de la ley, Leonardo! Nadie, a excepción de Tai Chong, sabe adonde vamos, y no hemos roto el silencio de radio durante casi treinta días. ¿Cómo podría tu Madre de Patrón saber dónde mandarte un mensaje?

—Es verdad —respondí.

—Y en lo que se refiere al regalo, hemos estado viajando a la velocidad de la luz durante un mes. Aunque supiera la manera de encontrarnos, ¿cómo crees que sería capaz de entregarlo?

—Gracias por tus observaciones, Amigo Valentine —dije con sinceridad—. Me resultan muy reconfortantes.

—Entonces, ¿quieres visitarla cuando hayamos terminado? —volvió a preguntar.

—Nunca se me permitirá verla de nuevo —expliqué con paciencia—. Más aún, probablemente realice el ritual del suicidio en los próximos días.

—¿Otra vez? —exclamó—. ¿Es que no tienes otro tema de conversación?

—Sí, pero no tan importante. Puede que moralmente me vea obligado a...

—Ahórrame tus obligaciones —interrumpió—. Quiero que me des tu palabra de que no te quitarás la vida, o hablarás de quitarte la vida, hasta que Tai Chong disponga de una posibilidad de hacer que la policía nos exculpe.

—Te doy mi palabra de que no hablaré de quitarme la vida hasta que Tai Chong tenga la posibilidad de que nos exculpen —prometí con precaución.

Levantó las manos exasperado.

—Eres una persona con la que es muy difícil hablar, ¿lo sabías?

—Así lo has dicho con anterioridad.

—¡Bueno, pues lo repito!

—Lo siento si te he ofendido, Amigo Valentine —dije.

—¡Y deja de disculparte por todo! —exclamó irritado—. Si vas a ser un criminal de éxito, ¡es lo primero que debes cambiar!

—No voy a ser un criminal de éxito.

—Entonces, vas a ser uno muy hambriento.

Se marchó a su cabina; yo me quedé en la cocina, masticando distraído unos productos de soja y preguntándome qué consejo podría darme mi Madre de Patrón que me ayudara a prepararme para una vida delictiva.

20

HEATH SITUÓ LA NAVE EN ÓRBITA ALREDEDOR DE SALTMARSH; luego contactó con el único espaciopuerto del planeta.

—Aquí la *Pablo Picasso,* registro de Carlomagno, treinta y un días en viaje desde Lejano Londres, Valentine Heath, raza del Hombre, al mando. Solicitamos coordenadas de aterrizaje.

—Por favor, especifique la naturaleza del asunto que le trae a Saltmarsh —respondió una voz femenina.

—Comercio.

—¿Qué clase de comercio?

—Vendo y compro obras de arte.

—La economía de Saltmarsh está basada en el chelín de Nuevo Kampala. ¿Le hará falta moneda local?

—¿Aceptan los créditos?

—*Somos* un mundo miembro de la Oligarquía —contestó la voz con socarronería.

—Entonces no necesitaré cambiar dinero —dijo Heath.

—Nuestra atmósfera contiene un 16.23 por ciento de oxígeno y un 79 por ciento de nitrógeno, y nuestra gravedad es de .932 Deluros VIII Estándar. ¿Alguna de estas condiciones representará algún peligro para su salud?

—No para mí —indicó Heath—. ¿Existen rastros de elementos que puedan ser dañinos para un Bjornn?

Se produjo una breve pausa.

—¿Tiene algún miembro de una raza alienígena a bordo de su nave?

—Sí.

—Por favor, infórmele de que no se le permite aterrizar.

—Eso no tiene sentido —protestó Heath—. Mi asociado de negocios es un miembro de la raza Bjornn, de Benitarus II. Si comprueba sus registros, averiguará que Benitarus posee un rango comercial de Planeta Privilegiado con los mundos de la Oligarquía, y que siempre ha disfrutado de relaciones cordiales con la raza del Hombre.

—Bajo ninguna circunstancia se permite que *ningún* alienígena pise Saltmarsh. No hay excepciones.

—¿Puedo hablar con su superior, por favor? —solicitó Heath.

Habló con el jefe del departamento de la mujer, y con la Oficina de Inmigración, y con el minúsculo Departamento de Asuntos Alienígenas; sin embargo, después de media hora resultó obvio que el gobierno de Saltmarsh era reacio a hacer cualquier excepción en su política racial.

Por último, Heath se volvió hacia mí.

—Ahí acaba todo, Leonardo. No puedo dirigirme a nadie más alto a menos que me dejen hablar con el gobernador, y ya sabemos cuál va a ser su respuesta.

—Estoy de acuerdo, Amigo Valentine —respondí.

—Bueno —continuó—, ¿voy a buscar a Kobrynski solo o nos marchamos? Depende de ti.

—He de encontrar a la Dama Oscura —dije—. Tendrás que ir solo.

—De acuerdo. ¿Qué pasa si localizo a Kobrynski y ella no está?

—Entonces, deberás esperarla.

—¿Cuánto tiempo... un día, una semana, un año? ¿En qué momento llegamos a la conclusión de que nos equivocamos sobre su próximo consorte?

—Tarde o temprano ella se reunirá con él, y volveré a verla —dije con confianza.

—A menos que lo que tú consideras una visión haya sido un sueño insignificante.

—Si es lo que crees, ¿por qué me trajiste aquí? —pregunté.

—Porque se encuentra a media galaxia de Lejano Londres —contestó—. Y si lo has adivinado bien, podemos hacer una pequeña fortuna si consigo que no desaparezca. —Calló un momento—. Pero no olvides que el número de registro de mi nave ahora se encuentra en la computadora de Saltmarsh, y que la policía todavía nos busca. Cada hora que nos quedemos aquí les proporciona el mismo tiempo para que den con nosotros.

—Lo sé... pero debo averiguar si ella es quien yo espero que sea.

—De acuerdo —dijo Heath—. Sólo quiero cerciorarme de que entiendes la precariedad de nuestra situación actual. —Suspiró—. El primer paso es encontrar a Kobrynski. Si ella está con él, regresaré a la nave y planearemos el siguiente paso; si no, quizá pueda convencerle de que venga a la nave conmigo y que tú le expliques la situación. Será mucho más fácil que tratar de meterte clandestinamente en el planeta.

—No serás capaz de convencerle de que haga algo contra su voluntad —afirmé.

—Puedo ser muy persuasivo.

—Si fuera un hombre al que se pudiera persuadir, ella no sentiría interés por él.

—Ya lo veremos —comentó Heath con escepticismo. Volvió a activar la radio y contactó con el espaciopuerto—. Aquí Valentine Heath. Hemos entendido sus condiciones para aterrizar y las obedeceremos.

—Muy bien, *Pablo Picasso:* tiene autorización para aterrizar. Acabo de transferir las coordenadas a la computadora de su nave.

—Gracias —contestó Heath.

Veinte minutos después, aterrizamos. Él se marchó de la nave mientras un par de guardias armados establecieron posiciones justo fuera de la escotilla, presumiblemente para impedir que contaminara la tierra de Saltmarsh posándome en ella.

Observé a Heath hasta que desapareció de vista; luego activé la computadora y comencé a escribir.

A la Dama Oscura,

No sé cómo dirigirme a ti, ni siquiera cómo hacer llegar esta carta a tus manos, pero mi Madre de Patrón me ha repudiado y Tai Chong me ha manipulado para convertirme en un criminal; de todas las hembras que conozco, sólo quedas tú para proporcionarme guía ética.

Sin embargo, si de verdad eres la Madre de Todas las Cosas, no sólo conoces mi humillación y deshonra, sino que tú misma las has escrito en el Libro del Destino por motivos que no soy capaz de aventurar.

No sé por qué me visitaste o lo que quieres de mí. Me han enseñado a honrar la Casa y la Familia; no obstante, la Casa me ha echado y la Familia tiene prohibido mencionar mi nombre. Me han enseñado a obedecer la ley; pero ahora soy un ladrón, y la única esperanza para mi supervivencia es convertirme en el adepto de un ladrón. La Sacerdotisa y las Sagradas Escrituras me han dicho que la Madre de Todas las Cosas hizo a los Bjornn a Su imagen; sin embargo, tú has tomado la forma de una raza alienígena. Me han instruido para atesorar la vida; no obstante, tú, que me la diste, sólo amas la muerte.

No puedo juzgarte, pero debo aprender a entenderte. ¿Todo aquello por lo que he vivido es erróneo? ¿Quieres que muera en un fugaz resplandor de gloria, tal como lo desean los Hombres? Si la Casa está equivocada, si la Familia está engañada en sus creencias, ¿por qué nunca las has corregido? ¿Por qué sólo te manifiestas al Hombre?

¿O soy *yo* quien está equivocado acerca de tu verdadera naturaleza? ¿Fue mi visión, de

hecho, sólo un sueño?

Debo conocer la respuesta, pues si sólo fue un sueño, entonces de verdad que soy el villano que mi Madre de Patrón cree. Tomé la decisión de ayudar a Valentine Heath a robar las obras de arte de Malcolm Abercrombie, y si no lo hice porque tú lo solicitaste, mi alma vagará, condenada y sola, por el gran vacío durante toda la eternidad.

Ésta es la razón por la que debo saber quién eres y lo que quieres de mí. ¿He dejado atrás el discernimiento de todos los seres decentes, o esto forma parte del plan que has trazado para mí? No me siento malvado, pero he cometido actos malvados.

Es el núcleo del asunto: el mal que he hecho. Mi trabajo fue cancelado por Malcolm Abercrombie antes de que yo supiera algo de tu existencia; sin embargo, me sentí agradecido cuando Tai Chong me presionó para aceptar de nuevo su empleo. Sabía que Valentine Heath era un ladrón antes de adquirir conciencia de tu existencia, pero no lo delaté a las autoridades. Sabía que el Niño estaba siendo atraído a su muerte antes de comprender tu verdadera naturaleza; no obstante, no hice nada para advertírselo. Vi a Valentine Heath sobornar al alcalde de Aquerón, y no protesté por sus actos.

Cuando rememoro los acontecimientos de los últimos meses, me enfrento a una conclusión ineludible:

No cometí esos actos malvados por ti.

Por lo tanto, debí hacerlos por *mí.*

Sin embargo, no me siento malvado. ¿Estoy tan profundamente inmerso en la inmoralidad y la degeneración que ya no soy capaz de ver la diferencia entre el bien y el mal?

¿O tú has descartado tu forma Bjornn y te has convertido en una mujer por algún motivo concreto? ¿Es posible que los humanos tengan razón y nosotros estemos equivocados, que Valentine Heath se aproxime más a tu ideal de virtud que mi Madre de Patrón?

No puedo hablar de estas cosas con nadie más, pero me es imposible seguir viviendo con la incertidumbre. Mi profesión —mi antigua profesión— me ha enseñado a tratar con el color y las líneas; sin embargo, mi educación me dice que la vida no es arte: debe ser blanca o negra... e incluso ahora, cuando la policía me está buscando, cuando planeo modos de quebrantar la ley de otro planeta más, tratando de hallar algún modo encubierto en que pueda visitarte, si es que te encuentras aquí, incluso ahora no sé si cumplo con tu voluntad o, sencillamente, estoy multiplicando mi villanía.

Debo saberlo: ¿Eres sólo la Muerte hecha carne, que buscas y persigues amantes allí donde puedes encontrarlos... o de verdad eres la Madre de Todas las Cosas?

Debo saber lo que eres, o jamás sabré lo que yo soy.

Una señal, Grandísima Dama.

Te lo ruego: una señal.

tu devoto

Y aquí me detuve. ¿Su devoto qué? ¿Hijo? ¿Adorador? ¿Sirviente? ¿Villano?

Suspiré y contemplé la pantalla, sorprendido por mi audacia. Algunos seres le rezan a la Madre de Todas las Cosas; otros la ignoran; pero nadie se atrevería a escribirle una lista de exigencias.

Le ordené a la computadora que borrara la carta y la quitara de su banco de memoria; luego observé con fijeza la pantalla visora, mirando con ojos ausentes a los dos guardias que permanecían inmóviles bajo el sol caliente de Saltmarsh, con las espaldas rectas y tiesas, los uniformes inmaculados, los ojos hacia el frente, y las armas preparadas para defender la santidad de su planeta de todos los profanadores alienígenas. Me encontré preguntándome qué harían *ellos* en mi lugar.

Librodot

Posiblemente, atravesarían con decisión la escotilla y desafiarían a cualquiera a que los detuviera. Ésa era una de las características de los humanos, la de actuar primero y justificar sus actos después. Siempre me habían enseñado que tal comportamiento era irracional e irresponsable... sin embargo, ellos se erguían en medio millón de mundos y los Bjornn sólo vivían en una isla continente. Para mejor o peor, mientras nosotros habíamos llevado vidas de pureza ética, ellos habían salido como un enjambre hacia las estrellas, explorando, conquistando, saqueando, gobernando, jamás pidiendo cuartel, jamás dándolo, nunca disculpándose, nunca mirando atrás. Se habían expandido demasiado rápidamente durante la República, habían antagonizado con demasiadas de sus razas vecinas, y les habían obligado a retroceder y reagruparse... pero la República, a pesar de ello, había durado dos milenios. Habían comenzado la era de la Democracia como una raza entre otras muchas; no obstante, antes de que transcurriera mucho tiempo, una vez más habían alcanzado la primacía... y la Democracia había durado casi tres milenios. Ahora estaba la Oligarquía, un consejo de siete que gobernaba la vasta galaxia con tanta firmeza como podía ser gobernada, y en los cuatro siglos de su existencia, ningún no humano había ocupado un asiento en la Oligarquía.

Me pregunté si alguna Bjornn podría haber ocupado tal asiento... ¿o lo habría aplastado con el peso de su equipaje ético? ¿Es que la Madre de Todas las Cosas había examinado su obra y decidido que el pragmatismo era el elemento que faltaba? ¿La Dama Oscura atesoraba lo mejor del Hombre o llamaba a la tumba lo peor que tenía?

Ése último era un pensamiento interesante. ¿Había algún punto de encuentro entre las dos razas, un punto de equilibrio adecuado entre el Yin y el Yang? ¿Estaba ella acercando al Hombre hacia ese punto eliminando a los hombres que más tipificaban el extremo? Y de ser así, ¿era también yo una parte de ese plan, un prototipo de la nueva raza Bjornn, un ladrón y fugitivo que se atrevía a hablar directamente con su deidad?

¿O, simplemente, había aprendido a racionalizar, a culpar de mis pecados y mis fallos a una mujer misteriosa que no conocía ni se preocupaba de los Bjornn o de Vladimir Kobrynski, que quizá se encontrara a decenas de miles de años luz en este mismo instante o que, tal vez, jamás volviera a encarnarse en un cuerpo?

Seguí allí, con esos pensamientos sombríos en la mente, casi dos horas más. Luego se abrió la escotilla y Heath, con un gran paquete colocado bajo el brazo, entró en la nave.

—¿La encontraste? —pregunté con ansiedad.

Sacudió la cabeza.

—Ni siquiera lo encontré a *él...* pero, por lo menos, ya sé dónde está.

—¿Dónde?

—En un pequeño mundo deshabitado llamado Solitario. Es el único planeta que gira alrededor de Beta Sybaris. —Calló un momento—. Es evidente que la pintura de plasma es más peligrosa de lo que habíamos pensado. Creo que es capaz de aniquilar a toda una población planetaria si no se toman las precauciones adecuadas... y el gobierno de Saltmarsh no vio razón alguna para tomarse la molestia y el gasto de proteger a sus ciudadanos de la última afición de Kobrynski. Así que le invitaron a marcharse; ahora, el amigo Vladimir Kobrynski está creando sus obras maestras en Solitario, donde no puede matar a nadie a excepción de sí mismo.

—¿A qué distancia se encuentra? —pregunté.

—Llegaremos en dos días. —Dejó la caja sobre un mostrador—. De paso, tengo un pequeño regalo para ti. —Me observó en busca de una reacción—. Es de tu Madre de Patrón.

—No puede ser —dije estúpidamente—. No sabe que estoy aquí.

—Tai Chong debió contárselo, ya que la envió a la sucursal local de Clairborne, y ésta se la pasó a Aduanas, suponiendo que apareceríamos tarde o temprano. Espero que no se lo haya contado a nadie más. Deja de mostrarte tan suspicaz, Leonardo. El sistema Benitarus sólo se

halla a una semana de Saltmarsh. Dispuso de tiempo suficiente para enviarlo y que llegara antes que nosotros.

—Es verdad —reconocí, dejando que la esperanza creciera en mi interior—. *Tuvo* tiempo.

—¿Ves? —comentó Heath con satisfacción—. Te *dije* que ella no olvidaría tu Día de Aceptación.

—Debo confesar que temí que nunca más volviera a contactar conmigo, Amigo Valentine —declaré, empezando a abrir el paquete—. En especial, cuando me informaron que sabía que yo estaba siendo buscado por la policía de Lejano Londres. —Mis dedos tiraron torpemente de las cintas y sellos—. Si sólo me ha negado la Celebración de la Primera Madre, aún existe la posibilidad de qix algún día me autorice a regresar a mi Familia.

—Pareces muy excitado —indicó Heath—. Casi estás brillando.

—*Estoy* excitado, Amigo Valentine —respondí, por fin abriéndome paso a través del envoltorio y levantando la tapa—. Esto es más de lo que me hubiera atrevido a esperar y...

De repente, dejé de hablar y, sencillamente, miré el interior de la caja.

—¿Qué pasa? —preguntó Heath—. ¿Qué sucede?

—Le pedí a la Dama Oscura una señal —contesté con voz apagada—. Y me ha enviado una.

Metí la mano y saqué un pequeño roedor muerto que sostuve por el rabo.

—Me ha desterrado para toda la eternidad —continué—. Todos los Bjornn recibirán la orden de apartarse de mí allí donde y cuando se encuentren conmigo, y quitarán mi nombre del Libro de la Familia.

—Quizá te equivocas —dijo Heath—. Si de verdad te estuviera desterrando, no se habría molestado en mandarte nada.

—Habría sido preferible —musité.

—No lo entiendo.

—El climax del Día de la Aceptación es la fiesta —expliqué; mi tonalidad fluctuaba frenéticamente mientras intentaba recuperar el control de mis emociones.

—Ésa es la razón por la que creo que te equivocas —comentó Heath—. No te pueden haber enviado esto por tu Día de Aceptación. Los Bjornn son vegetarianos.

—Es la manera que tiene mi Madre de Patrón de decirme que no sólo he caído en desgracia, sino que ya no soy un Bjornn.

—¿Y qué piensa que eres? —preguntó, mirando al roedor.

—Un devorador de carne.

—¿Un devorador de carne? —repitió con curiosidad.

—Un Hombre —dije.

21

VLADIMIR KOBRYNSKI NO PARECÍA LA IMAGEN POPULAR que uno tiene de un hombre intrépido.

Su rostro atezado estaba surcado por muchas arrugas, su cabello era fino y escaso, su nariz demasiado grande; le faltaba una parte del lóbulo de la oreja izquierda, y tenía los dientes torcidos y amarillentos. Aunque de complexión natural fornida y musculosa, tenía unos diez kilos de exceso y la barriga le colgaba sobre el cinturón. El color de sus brazos no encajaba: el derecho era marrón debido a la exposición a los soles de muchos mundos, mientras que el izquierdo se veía muy pálido, lo que me llevó a sacar la conclusión de que era artificial. No andaba con cojera, pero sí con cierta rigidez, como si una vieja herida le estuviera molestando constantemente.

Nos había llevado cincuenta y tres horas llegar a Solitario, y media hora más localizar el emplazamiento de Kobrynski, ya que el planeta tenía muchas montañas y cráteres. Había levantado una portocabina al pie de un volcán apagado, y Heath, después de alertarle de nuestra presencia e identificarnos con un mensaje de radio nave—superficie, había maniobrado con cuidado la nave hasta situarla junto a la de él.

Nos esperaba cuando salimos por la escotilla, con una expresión de abierta curiosidad en la cara.

—¿Eres Heath? —dijo, mirando a Valentine.

—Sí.

—Bienvenido a Solitario. Siempre agradezco la compañía. —Se volvió hacia mí—. Tú debes ser Leonardo. Un nombre gracioso para un alienígena.

—Lo siento si te ofende —comenté.

—Hace falta mucho más para ofenderme —respondió con desenfado. Entonces, calló y nos miró por turno—. De acuerdo —continuó al final—, creo que no sois de Saltmarsh y que no he visto a ninguno de vosotros dos con anterioridad... así que, supongo, vais a decirme qué estáis haciendo aquí, y por qué me he vuelto tan popular de repente. —Sonrió—. No soy lo bastante ególatra como para creer que deseáis contemplar mis pinturas de plasma.

—Suena como si no fuéramos tus únicos visitantes —dijo Heath con cautela.

—Recibí un mensaje por radio de alguien llamado Venzia —respondió Kobrynski—. Llegará en un par de horas. Súbitamente, todo el mundo quiere hablar conmigo. ¿Por qué?

—¿Venzia? —repitió Heath, perplejo—. ¿Cómo fue capaz de alcanzarnos tan rápidamente?

Fue el turno de Kobrynski de mostrarse perplejo.

—¿Es que emprendisteis una carrera para ver quién llegaba primero?

—Por decirlo de alguna forma —respondió Heath.

—¿Por qué?

—Porque creemos que eres un hombre muy importante, Kobrynski —dijo Heath—, y nos gustaría hacerte algunas preguntas.

—¿Por qué soy tan importante?

—Es una de las cosas de las que nos gustaría hablar contigo.

Kobrynski se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No tengo nada que ocultar. Hace demasiado calor aquí. Venid a la cabina. —Se volvió hacia mí—. Tú también.

Le seguimos a la portocabina, una estructura grande llena de computadoras muy sofisticadas, y otras máquinas que no pude identificar. En las paredes había montadas unas

cuantas cabezas de animales, cada una más espeluznante que la anterior.

—Muy impresionante —comentó Heath.

—¿El equipo o los animales?

—Ambos —dijo. Señaló una de las cabezas, un horrible reptil con colmillos de quince centímetros—. ¿No es un Lagarto del Trueno? Creo que una vez vi uno en un zoo de Lodin XI.

Kobrynski asintió.

—Sí... pero debiste verlo en un museo. Nunca pudieron capturar uno con vida.

—¿De dónde proceden? —pregunté.

—De Gamma Scuti IV.

—Los Lagartos del Trueno parecen muy feroces —observé.

—Y lo son —acordó él. Palmeó con cariño la cabeza—. En especial éste. Me estaba devorando el pie izquierdo cuando por fin pude matarlo.

—¿También perdiste el brazo de esa manera? —inquirí.

Sacudió la cabeza.

—Ocurrió hace unos quince años, en un accidente de salto deportivo. —Dobló el brazo izquierdo artificial—. No fue una gran pérdida. Este funciona mejor que el verdadero. —Se detuvo—. ¿Queréis beber algo?

—Sí, gracias —aceptó Heath.

Kobrynski abrió un armario, sacó una botella de ron altairiano y se la arrojó a Heath.

—¿Y tú? —me preguntó.

—No consumo estimulantes —contesté—. Sin embargo, gracias por el ofrecimiento.

—Como quieras. —Se sentó en el borde de una cama revuelta y nos indicó que nos sentáramos en unos taburetes metálicos—. Muy bien. Empezad con las preguntas. Creo que me interesan tanto como a vosotros las respuestas.

—¿Estás solo aquí? —comenzó Heath.

—¿Es una pregunta o el preludio de un robo? —contrarrestó Kobrynski con un tono de voz que no presagiaba nada bueno para un ladrón potencial.

—Es una pregunta de la mayor importancia —intervine.

—Estoy solo.

—¿No hay ninguna mujer contigo? —insistió Heath.

Kobrynski movió el brazo de carne en un arco que abarcó casi todo el planeta.

—¿Ves alguna? —Calló—. ¿Qué es todo eso de una mujer? Venzia me hizo la misma pregunta.

—Estamos buscando a una en especial —dije—. Tengo razones para creer que aparecerá aquí en poco tiempo.

—¿En Solitario? —emitió una risa sardónica—. ¿Qué podría hacer que una mujer viniera a un planeta feo, caliente y sin vida como éste?

— *Tú,* Vladimir Kobrynski —contesté.

Se mostró sorprendido.

—¿Yo?

—Correcto.

—Quizá no me viste muy bien bajo la luz del sol —dijo—. No tengo la cara que haría que una mujer me siguiera por toda la galaxia.

—*Esta* mujer sí —afirmé.

—Sigue hablando —instó Kobrynski, con la cara encendida de interés.

Me volví hacia Heath.

—¿Puedo conducir la entrevista, Amigo Valentine?

Heath sonrió.

—Empezaste a hacerlo hace unos minutos.

—Me disculpo por mis pobres modales —dije.

—No es necesario —contestó—. Después de todo, tú eres el experto.

—Gracias —me volví de nuevo a nuestro anfitrión—. Kobrynski, hace dos años pujaste por una pintura que se vendió en Beta Santori V.

—¿Como lo averiguaste?

—Es una información disponible al público —indiqué—. ¿La recuerdas?

—Claro que sí. Fue la única obra de arte que he intentado comprar jamás, y algún bastardo rico de Lejano Londres o Antiguo Londres se hizo con ella.

—Lejano Londres —corregí.

—¿Le conoces? —preguntó Kobrynski—. Nunca apareció en persona en la subasta; la compró a través de un agente.

—Se llama Malcolm Abercrombie. Fue mi empleador hasta hace muy poco.

—Debe estar forrado.

—Es bastante rico —acordé—, ¿Puedo preguntarte qué tenía esa pintura en particular que tanto te interesó? Yo la he visto y, con toda sinceridad, no es un retrato muy bien realizado.

—¿Has venido a interrogarme sobre pinturas o acerca de una mujer que estás buscando?

—Las dos cosas. ¿Querrías responder a mi pregunta? Te aseguro que es muy importante.

Kobrynski se encogió de hombros.

—No me importaba nada lo buena o mala pintura que pudiera ser. Ya te lo dije: no colecciono obras de arte.

—Pero trataste de comprar *ese* cuadro —insistí—. ¿Por qué?

—Por la modelo.

—¿La mujer allí retratada?

Asintió.

—Así es.

—¿La has visto alguna vez?

—Casi todas las noches durante veinte años —respondió Kobrynski.

—¡Es imposible! —exclamó Heath.

—Yo tendría mucho cuidado de saber a quién llamo mentiroso, Heath —declaró Kobrynski con tono ominoso.

—¿Has estado alguna vez en Aquerón? —inquirió Valentine.

—Jamás oí hablar de él.

—Sé con seguridad que ella estuvo en Aquerón por lo menos durante un mes —indicó Heath—. ¿Cómo es posible que haya estado contigo al mismo tiempo?

—No he dicho que nos *conociéramos* —contestó Kobrynski—. He dicho que la había *visto.* —Se tocó la cabeza—. Aquí.

—No te entiendo —comentó.

—No deja de aparecer en sueños. Recuerdo que solía pensar que yo la había inventado. Luego vi la pintura. —Calló un instante—. Supongo que debí verla en alguna otra ocasión antes y llevé el recuerdo de su cara en mi subconsciente.

—¿No se te ocurre ninguna otra explicación? —inquirí.

—Por todos los infiernos que no pude haberla *conocido.* La pintura tenía seis siglos de antigüedad.

—¿Por qué intentaste comprarla?

De repente, entrecerró los ojos.

—Mirad —contestó con voz áspera—, si ha sido robada y tu jefe piensa echarme la culpa a w/sólo porque pujé por esa maldita cosa...

—Te aseguro que no ha sido robada —dije—, y Malcolm Abercrombie ya no es mi empleador.

—Entonces, ¿por qué te importa que intentara comprarla?

—Por favor, no dudes de que es importante para mí.

—Bueno, pues para mí es embarazoso. —Volvió a encogerse de hombros—. Qué demonios. Habéis venido hasta aquí; bien podéis recibir vuestra respuesta. —Se detuvo—. Traté de comprarla porque creí que era una forma de deshacerme de mis demonios.

—No entiendo.

—Os va a parecer una locura; pero aunque jamás conocí a la mujer del cuadro en persona, de algún modo empecé a creer que era real, que algún día la conocería. —Se movió incómodo—. Supongo que incluso estaba un poco enamorado de ella.

—No me parece una locura —dije—. Por favor, continúa.

—Bueno, a *mi* me parece una locura cuando lo menciono. ¿Sabéis?, cada vez que me subía a un ring o me enfrentaba a un animal furioso, sentía como si me estuviera probando ante ella, y que si era capaz de ganar las suficientes peleas y luchar contra los suficientes animales, de alguna forma ella sabría lo que yo había hecho. —Exhibió una mueca—. Por lo tanto, aquí estoy, un romántico incurable hablando con dos extraños sobre un amor obsesivo con un fantasma. Quizá sea mejor que volvamos a centrarnos en vuestra mujer de carne y hueso.

—Encuentro a los fantasmas más interesantes —respondí—. ¿Podríamos hablar de eso un poco más?

Suspiró.

—¿Por qué no? Imagino que no seré capaz de decir nada más que me haga sentir más tonto de lo que me siento en este momento.

—¿Todavía sueñas con ella? —pregunté.

—Cada noche.

—¿Sonríe alguna vez en los sueños?

Me miró con curiosidad durante un largo rato.

—No, jamás —contestó, sorprendido por mi pregunta—. Siempre tiene esa expresión triste en la cara, como... —su voz se perdió.

—¿Como qué?

—Como si estuviera buscando algo. Algo importante para ella.

—¿Se te ha aparecido alguna vez despierto?

—Ya te lo dije —contestó irritado—, sólo es la imagen de una mujer que vivió hace siglos. No, ni siquiera eso; es mi recuerdo de cómo la reflejó un artista. ¿Por qué estás tan interesado en ella?

—Está viva —declaré.

—¡No puede ser!

—Está viva —repetí—. Y creo que pronto aparecerá en Solitario.

—No puede tratarse de la misma mujer —indicó Kobrynski con firmeza.

Librodot

—Lo es.

De repente, se rió.

—Estás más loco que yo.

—No estoy loco. Creo que aparecerá aquí pronto... y cuando lo haga, es imperativo que se me permita hablar con ella.

—¿Has llegado a verla?

—Los dos —intervino Heath.

—Debe tratarse de alguien que se parece a ella. Tendría más de seiscientos años.

—En realidad, más de ocho mil —comenté.

—Entonces no puede ser la misma mujer —afirmó Kobrynski.

—No es exactamente una mujer normal —dijo Heath con ironía.

—Ninguna alienígena se le ha parecido jamás —señaló Kobrynski.

—Tampoco es una alienígena —continuó Heath.

—Bien, así que no es una mujer y no es una alienígena. ¿Qué es?

—No lo sé —admitió Valentine.

Kobrynski se volvió hacia mí.

—¿Qué crees *tú* que es?

—Un fantasma —respondí.

—¿Un fantasma? —repitió.

—Ha aparecido ante muchos hombres a lo largo de los milenios —expliqué—. Se siente atraída hacia aquellos que la cortejan. La computadora de la biblioteca de Lejano Londres ha confirmado que tú serás el próximo hombre al que visite.

—Entonces, a la computadora de tu biblioteca le faltan algunos chips. Jamás la he conocido. ¿Cómo demonios podría cortejarla?

—Colocándote de forma constante en situaciones peligrosas para la vida —contesté.

—Pues habéis venido al lugar equivocado. Están librando guerras por toda la galaxia; hay soldados que arriesgan sus vidas diez veces al día.

—Se siente atraída por los hombres que arriesgan voluntariamente sus vidas sin ánimo de lucro —proseguí—. Un soldado no la arriesga a menos que así se le ordene.

—¿Y cómo puede saber si yo he arriesgado o no mi vida?

—Tú mismo dijiste antes que creías que ella, de algún modo, lo sabría —contesté—. Tenías razón.

—Pero si nunca me ha visto... —comenzó, confundido.

—No es una mujer —dije.

—¿Por qué estás *tú* tan interesado en ella? —inquirió Kobrynski de repente.

—Hay ciertas cosas que debo preguntarle.

—Si esta historia vuestra posee alguna verdad, arriesga tu vida y ella se te aparecerá.

—En ocho milenios, jamás se la ha visto en compañía de no humanos.

—Entonces, te lo repito: ¿por qué estás interesado en ella?

—Es difícil de explicar.

—Bien. Ya es hora de que alguien más se sienta incómodo.

—Se me apareció en una visión —expliqué—. Debo averiguar por qué.

—¿Una visión? —repitió—. Quieres decir, ¿como una aparición religiosa?

—Quizá.

—¿Quizá? ¿Qué significa *eso?*

—Puede haber sido un sueño. Si resultó una visión, tengo que descubrir por qué me eligió a mí de entre todos los no humanos y qué es lo que quiere.

—¿Y si fue un sueño?

—Entonces sabré que no contactó conmigo, y me veré libre para realizar un ritual religioso que ha sido postergado durante mucho tiempo ya.

—¿Qué ritual? —preguntó Kobrynski con suspicacia.

—Suicidio —contesté.

El otro parpadeó.

—Reafirmo mi primera declaración: estáis locos.

—Lamento que lo pienses.

—Mira —intervino Heath, adelantando el torso—. Yo no sé lo que es ella: una mujer, una alienígena, una teleportadora o la Madre de Todas las Cosas de Leonardo. Sin embargo, *si* sé que estuvo en mi nave hace menos de dos meses y que existen más de cuarenta pinturas, hologramas y esculturas que la representan, que se remontan a más de ocho mil años de antigüedad. Hasta ahí, por lo menos, todos son hechos probados.

—¿Has llegado a *conocerla?* —inquirió Kobrynski.

—Los dos —afirmó Heath.

—¿Por qué no le preguntasteis lo que queríais saber entonces?

—*Yo* no tengo ninguna pregunta que hacerle —dijo Heath—. Y Leonardo desconocía lo que era, o lo que él *piensa* que es, en ese momento.

—De acuerdo —aceptó Kobrynski—. Sé cuál es *su* interés en ella. ¿Cuál es el *tuyo?*

De tepente, una máscara de impasibilidad cubrió la cara de Heath.

—Sólo estoy ayudando a Leonardo a encontrarla.

Kobrynski miró a Heath, y luego a mí; volvió a repetir el proceso.

—Tú mientes —dijo por fin. Se volvió hacia mí—. Tú dices la verdad... pero estás loco. —Calló un momento—. ¿Y qué hay de ese Venzia? ¿Qué quiere *él* de ella?

—Quiere saber lo que hay más allá de esta vida —contesté.

—¿Y piensa que ella será capaz de contárselo?

—Sí.

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que han hecho... vaciar todos los manicomios de la Oligarquía y proporcionarle a los pacientes mi nombre?

—No es necesario que tú nos creas —comenté.

—Bien... porque no os creo.

—Lo único que te pedimos —continué— es permiso para quedarnos en Solitario hasta que aparezca.

—No va a aparecer —dijo Kobrynski.

—Espero que tengas razón —acordé.

—Pensé que deseabas hablar con ella.

— *Tengo* que hablar con ella —respondí—. Nadie *quiere* enfrentarse a su diosa.

—¿Así que ahora es una diosa en vez de una mujer solitaria a la que le gustan los hombres que se arriesgan?

—No lo sé —declaré—. Es lo que debo averiguar. ¿Tenemos tu permiso para quedarnos en Solitario?

—No está en mí concederlo. Quedaos o marchaos, como os plazca.

—Gracias.

—No hace falta; siempre me gusta complacer a un loco. ¿Cuándo crees que va a aparecer?

—No lo sé.

—Bien, si es en algún momento después de esta noche, más vale que sea una diosa.

—¿Por qué? —preguntó Heath.

—Porque estoy practicando con una nueva variación de mi pintura de plasma —explicó Kobrynski—. Voy a probarla esta noche... y cuando lo haga, todo este maldito planeta va a ser radiactivo durante los próximos setenta u ochenta años.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Sabes lo que hay en juego en una pintura de plasma?

—La computadora de la biblioteca de Lejano Londres me dio una breve descripción.

—Bien, es un proceso interesante; sin embargo, siempre me pareció un poco *limitado* —indicó Kobrynski—. Ahora que dispongo de un planeta deshabitado para practicar, voy a emplear átomos inestables con el fin de crear explosiones controladas en favor del énfasis artístico.

—¿Ya lo has intentado? —quiso saber Heath.

Kobrynski sonrió.

—Si lo hubiera hecho, habríais recibido una dosis de radiación letal en cuanto hubierais salido de vuestra nave. —Se detuvo—. No obstante, lo he pasado por la computadora y me ha indicado que funcionará.

—¿Es seguro para nosotros quedarnos en el planeta mientras tú creas tu pintura de plasma? —preguntó Heath.

Kobrynski asintió.

—La cabina está protegida contra la radiación. —Volvió a callar—. Si tenéis trajes protectores en vuestra nave, podría ser una buena idea traerlos aquí. Encontraría algo para *ti...* pero no sabría qué darle a *él* —añadió, señalándome con una mano.

—Será mejor que los traiga ahora —acordó Heath, y se dirigió a la puerta.

Kobrynski y yo nos quedamos en silencio durante unos momentos. Finalmente, suspiró.

—Para lo que pueda servir —comentó—, me gustaría que no *estuvieras* loco.

—¿Oh?

—Toda mi vida he estado solo.

—Creí que a los humanos no les importaba la soledad —dije.

—Nunca lo creas, Leonardo.

—Entonces, si me permites una pregunta personal...

—¿Qué crees que has *estado* preguntando?

—Me disculpo si te he ofendido.

—No estoy ofendido, sólo turbado —comentó Kobrynski—. Y como han sido mis propias respuestas las que me han turbado, la culpa es sólo mía. Adelante.

—Si no te gusta estar solo, ¿por qué has pasado tanto tiempo de tu vida adulta desarrollando actividades solitarias?

Meditó la respuesta durante un momento.

—Maldita sea si lo sé —contestó.

Volvió a guardar silencio; un instante después, Heath regresó con nuestros trajes protectores.

—Empieza a hacer bastante calor ahí afuera. Debe andar cerca de los cincuenta grados.

—Sin embargo, se trata de un calor seco. Nada de humedad.

—Seco o húmedo, la carne cocida es carne cocida —dijo Heath.

Kobrynski se rió entre dientes.

—Deberías haber estado conmigo cuando cazaba Demonios Cornudos en Ansard V. *Entonces* sí que habrías apreciado el calor.

—Creo que aceptaré tu palabra —comentó Heath, sacando un pañuelo y secándose el sudor de la cara.

—¿Qué vas a pintar esta noche? —pregunté.

—No lo he decidido —contestó Kobrynski—. Ya he realizado el trabajo preliminar en media docena de motivos.

—¿Trabajo preliminar?

Sonrió.

—Nunca has visto una pintura de plasma, ¿verdad?

—No.

—La proyectas al cielo, a unos tres kilómetros por encima del terreno —explicó—. En un planeta sin nubes, como Solitario, puedes subir hasta ocho kilómetros y llenar el cielo de horizonte a horizonte. —Calló—. Con una tela celestial de ese tamaño, es imposible pintar uno a uno los detalles. Creas la pintura preliminar en la computadora... —señaló uno de los aparatos—... y, luego, cuando quedas satisfecho, *ésa* —indicó otra computadora— la analiza y determina la mejor forma de irradiar la atmósfera para crear el efecto que deseas. Los otros aparatos hacen el trabajo real.

—¿Qué colores puedes producir? —preguntó Heath.

—Todos los que van desde el ultravioleta al infrarrojo. No son opacos... quemarías el mundo hasta achicharrarlo. Además, quiero ver las estrellas brillando a través de mi creación.

—¿Cuánto tiempo dura? —continuó Heath.

—Cobra forma en un minuto y requiere de otros noventa segundos para disiparse. Es capaz de mantener toda su integridad unos treinta segundos.

—Discúlpame por decirlo —comentó Heath—, pero me da la impresión de que te metes en muchos gastos y problemas para un efecto que sólo dura medio minuto.

—No más que los vuestros para encontrar a un fantasma —contestó Kobrynski—. Y por ese medio minuto que dura, he hecho algo digno de orgullo, algo que nadie más ha realizado.

—¿Podemos ver los temas en consideración para esta noche? —pedí.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Activó la primera computadora con su voz; luego le ordenó que proyectara un holograma en el aire, delante de nosotros, del primer tema.

Se trataba de un espectral paisaje alienígena, con un río rojo como la sangre que lamía las costas de una desolada ribera, mientras unos esqueléticos árboles sin hojas se inclinaban sobre las aguas en ángulos improbables.

—Larabee IV —indicó Kobrynski.

—Jamás oí hablar de él —dijo Heath.

—Se encuentra más allá del Cúmulo Quinellus. El planeta más extraño que he visto. Sólo hay dos colores: rojo intenso y púrpura oscuro. Todo —rocas, agua, vegetación— es de un color u otro.

—¿Tiene animales? —pregunté.

—Las exploraciones del Cuerpo de Pioneros informan que sí, pero yo no vi ninguno. ¡Siguiente!

En rápida sucesión, vimos una cadena montañosa doradusiana, una representación abstracta de un rifle láser, un bodegón de frutas de Binder X y una impresión naturalista de un Lagarto del Trueno.

—Casi me avergüenza mostraros el último —dijo Kobrynski.

—¿Porqué?

—Porque parece un plagio directo de una pintura que ya habéis visto.

—¿La Dama Oscura? —pregunté.

—¿Es así como la llamas?

—Es como ella misma se llama —contesté—. ¿Podemos ver el trabajo preliminar, por favor?

—Siguiente —ordenó Kobrynski... y un instante después la cara de la Dama Oscura apareció casi al alcance de mi mano, sus ojos tristes mirando directamente a los míos.

—Es *ella,* sí —afirmó Heath.

—Tiene una excelente similitud—acordé—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la pintura?

—Tres años—contestó Kobrynski incómodo, como si le avergonzara no haber sido capaz de crearla en una noche.

—¿Dónde situarás las explosiones? —pregunté.

—Probablemente, en sus ojos. Les dará vida.

Asentí en señal de aprobación.

—Quizá hasta la haga parecer menos infeliz.

—Tal vez también en los lóbulos —sugirió Heath—. No lo recuerdo ahora... ¿usaba pendientes?

—No llevaba ninguna joya, Amigo Valentine.

—Computadora... desactívate —ordenó Kobrynski.

La imagen desapareció... y cuando se desvanecía, Reuben Venzia abrió la puerta y entró en la cabina.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kobrynski.

—Es Reuben Venzia —dije.

—Vaya, vaya —comentó Heath con una sonrisa irónica—. La pandilla ya está reunida.

22

—AÚN NO HA APARECIDO, AMIGO REUBEN —declaré mientras Venzia se secaba el sudor de la cara.

—Sin embargo, gracias por habernos esperado —añadió Heath con sarcasmo.

—No podía arriesgarme —contestó Venzia—. Era demasiado importante llegar aquí antes que *ella.* Además, nunca establecí un acuerdo contigo; no tenía ninguna obligación de llevarte a ninguna parte. Tú lo único que quieres es vendérsela a Abercrombie.

—Un momento —interrumpió Kobrynski. Se volvió hacia Heath—. Nunca *dijiste* por qué te interesaba. Creo que ya es hora de saberlo.

—¿Por qué? —respondió Valentine—. Si tú no crees en ella.

—Si existe, no voy a dejar que se la vendas a *nadie.*

—Ella sabe cuidar de sí misma —afirmó Venzia—. ¿O Heath no te contó qué sucedió la última vez que decidió venderla?

—¿Bien? —dijo Kobrynski, mirando a Heath.

—Se desvaneció.

—¿Qué quieres decir con que se desvaneció?

—Que desapareció del interior de una nave sellada.

Kobrynski sacudió la cabeza con una expresión de desagrado.

—Estáis *todos* locos.

— *Yo* no lo dije.

—No, pero lo crees.

—Sí.

—De paso, ¿cómo demonios llegaste aquí tan rápido? —le preguntó Heath a Venzia—. Habría jurado que llegaríamos a Saltmarsh tres días antes que tú.

—Permanecí en Sueño Profundo dos semanas; cuando desperté llamé por radio, averigüé que Kobrynski se hallaba en Solitario y cambié de curso.

—Se me debió haber ocurrido a mí —admitió Heath.

—¡Vaya maestro ladrón! —se burló Venzia despectivamente.

—Bueno, no importa —contestó Heath, encogiéndose de hombros—. Llegamos antes que *ella,* y eso es lo que importa. —Se detuvo—. Ah, tú no eres la única persona que quiere formularle una pregunta cuando aparezca.

—¿De qué estás hablando?

—El Amigo Leonardo recibió una visita nocturna de la Dama Oscura.

—¿Se te apareció de verdad? —preguntó Venzia, volviéndose hacia mí.

—No estoy seguro, Amigo Reuben —contesté—. Es lo que debo preguntarle.

Pareció que iba a hacer un comentario, pero frunció los labios y soltó un suspiro.

—Entonces, ahora sólo nos queda esperar —dijo.

—Disculpadme por interrumpir —intervino Kobrynski con sarcasmo—, pero en esta cabina no pueden dormir cuatro. De hecho, ni siquiera dos. Me alegra tener a tres locos que me proporcionen cierta diversión durante el día; no obstante, cuando queráis dormir, regresáis a vuestras naves.

—¿Deseas que nos marchemos ahora? —pregunté.

—Depende de vosotros... sin embargo, no se puede ver el efecto completo de una pintura de plasma desde la pantalla de una nave.

—¿Cuándo vas a empezar? —quise saber.

—Oscurecerá dentro de unos veinte minutos. Creo que comenzaré en una hora.

—Entonces, si no te importa —comentó Heath—, Leonardo y yo nos quedaremos hasta que acabes.

—Yo también me quedo —añadió Venzia.

—Por mí no hay problema —aceptó Kobrynski—. Pero he de advertiros de que sólo tengo comida para uno. Si estáis hambrientos, es un buen momento para ir a vuestras naves a comer algo.

—¿Que sólo tienes alimento para una comida? —preguntó Venzia con abierta incredulidad.

—Me marcho mañana —explicó Kobrynski.

—Adonde vas?

—No lo sé. Si no me satisface la pintura, con toda probabilidad buscaré otro planeta desierto y volveré a intentarlo.

—¿Y si te satisface?

Se encogió de hombros.

—No tiene sentido hacerla de nuevo si me sale bien la primera vez. Se está formando una nueva liga de Balón—Muerte en el Borde; quizá me aliste y juegue.

—¿Balón—Muerte? —repitió Heath con curiosidad.

Kobrynski asintió.

—Es una combinación de un juego antiguo llamado rugby y algo que solían llamar Motos y Estacas.

—¿Motos y Estacas? ¿No lo prohibieron hace un par de siglos?

—En la Oligarquía —respondió el otro—. Todavía lo practican en la Frontera Exterior.

—Perdieron a un montón de gente con ello —dijo Heath—. ¿Cuál es la media de bajas en Balón—Muerte?

—Veintiocho por ciento en una temporada de diez partidos. Suena interesante.

—Suena aterrador —comenté con un escalofrío.

Kobrynski me observó durante un segundo.

—¿Sabes lo que de verdad suena aterrador? Estar sentado solo en la cama de un hospital, esperando morir. —Miró por la ventana—. Si vais a comer, será mejor que os mováis.

—¿Cuánto tiempo te lleva preparar la pintura de plasma? —inquirió Heath.

—Tal vez una media hora.

—Entonces, creo que contemplaré la pintura antes de comer. No hay nada como las prisas para arruinar una buena cena.

—Como quieras —dijo Kobrynski sin ninguna muestra de interés.

—Yo me quedaré —afirmé—. Deseo ver cómo se crea una pintura de plasma.

—¿Y tú? —le preguntó a Venzia.

—Hace un calor infernal ahí afuera —musitó éste—. Mi nave se encuentra a unos tres kilómetros. Esperaré hasta que baje un poco la temperatura.

—¿Qué tema has elegido pintar? —pregunté.

—Como los tres estáis aquí, bien puedo pintar a la Dama Oscura. —Hizo una mueca—. En realidad, no lo tenía planeado hasta dentro de otro par de meses, cuando hubiera conseguido cada detalle de ella a la perfección.

—Parecía perfecta en el holograma —señaló Heath.

Kobrynski sacudió la cabeza.

—Aún no he conseguido la boca.

—Yo la vi bien.

—No. Siempre da la impresión de estar a punto de decir algo, como si le faltara una centésima de segundo para mover los labios. Aún no tengo esa sensación cuando miro el holograma. —Se encogió de hombros—. Qué demonios. Podría seguir trabajando en ello otros cincuenta años y no lograrlo. Bien puedo empezar con lo que tengo.

Hubo un breve período de crepúsculo, y luego el cielo se oscureció con sorprendente brusquedad.

Kobrynski esperó unos minutos más, hasta que la última luz del sol se desvaneció de las lejanas montañas; entonces comenzó a lanzarle órdenes a las computadoras. Poco a poco se pusieron a zumbar y a brillar, virtualmente palpitando con energía.

—¿Se supone que han de hacer eso? —preguntó Heath incómodo.

Kobrynski asintió.

—Sólo actúan como un conducto, de la pila atómica a la tela.

—¿Tela?

—El cielo, Heath —respondió Kobrynski con una sonrisa divertida—. El cielo.

Siguió dando órdenes, realizando ajustes pequeños, modificando instrucciones, alterando vectores y ángulos, durante veinte minutos más. Por último, se apartó de su equipo y se volvió hacia nosotros.

—Ya casi está listo —anunció.

—¿Por dónde hemos de mirar? —quiso saber Heath.

—Todas las ventanas han sido tratadas. Observad a través de cualquiera de ellas. —Calló un instante—. No existe peligro siempre que no salgáis de la cabina; sin embargo, es mejor que os pongáis vuestros trajes protectores, por las dudas...

—¿Qué trajes protectores? —preguntó Venzia.

—Cierto, tú no estabas cuando lo mencioné. Todo el planeta va a recibir una dosis letal de radiación cuando empiecen las explosiones. Te encontrarás a salvo aquí.

—Pero, ¿cómo voy a regresar a mi nave?

—Tengo un traje extra en alguna parte. Lo buscaremos cuando te marches.

—Quizá debería ir ahora mismo a la nave a coger mi traje —sugirió Venzia.

Kobrynski se encogió de hombros.

—Como quieras. ¿La encontrarás en la oscuridad? Solitario carece de lunas.

Venzia se mostró momentáneamente sorprendido.

—No estoy seguro —reconoció—. Creo que, después de todo, me quedaré y aceptaré que me prestes tu traje cuando vaya a marcharme.

—Perfecto.

Heath y yo habíamos terminado de enfundarnos los trajes cuando me di cuenta de que Kobrynski aún no se había puesto los guantes; le mencioné el descuido.

—Los guantes son molestos para manipular—respondió—; a veces debo realizar manualmente algunos ajustes ínfimos de último momento.

Se volvió hacia las computadoras y comenzó a emitir más órdenes, todas expresadas en fórmulas matemáticas absolutamente incomprensibles para mí.

—Falta poco —anunció sin levantar la vista del equipo.

Los tres nos acercamos a una ventana y observamos el tranquilo cielo nocturno.

—Un ajuste más —murmuró, recitando una ecuación final—. Ahora, cuando lo diga... ¡ya!

Miré fijamente por la ventana. Al principio no parecía que estuviera ocurriendo nada. Luego, despacio, gradualmente, el aire dio la impresión de hacerse perceptiblemente más *espeso, y* vi patrones remolineantes empezando a cobrar forma, un movimiento molecular visible.

Centelleó un relámpago, pero, a diferencia de cualquier otro que hubiera visto jamás, éste no se disipó, sino que permaneció en el cielo, retorciéndose hasta adquirir una flamígera línea curva. Otro relámpago, y otra línea se sumó a la pintura. Un torbellino de energía eléctrica para la textura, resplandecientes moléculas ionizadas para el color, más vetas de relámpagos, y, de repente, la Dama Oscura empezó a cobrar forma ante mis ojos atónitos.

Pasado un momento, su rostro cubrió el cielo, sus ojos tristes centellearon con la luz de nébulas distantes, sus dientes tuvieron la blancura de las estrellas, su cabello fue una masa ondulante de nubes oscuras, marcado aquí y allá con puntos de polvo cósmico. Entonces, comenzaron las explosiones, realzándola con una inimaginable liberación de energía.

—¡Es fabuloso! —exclamé.

—¡Nunca vi nada igual! —añadió Heath con perplejidad.

—La boca sigue mal —dijo Kobrynski. De nuevo se volvió hacia sus computadoras—. Si pudiera capturar sus labios en el instante antes de que hable...

Realizó unos ajustes manuales.

—¿Cuánto tiempo dura? —preguntó Venzia.

—Debería empezar a perder su integridad dentro de unos diez segundos —declaró Kobrynski, girando llaves y trazando vectores—. ¡Maldición! ¡No lo consigo, y voy a perderla! ¡No logro introducir los ajustes lo suficientemente rápido!

—No se desvanece —indicó Heath.

—Lo hará.

Todos observamos la imagen con fijeza.

—En todo caso, diría que brilla más —comentó Heath.

Kobrynski regresó a la ventana y contempló su creación; confundido, frunció el ceño.

—No lo entiendo. Debería disiparse y desaparecer.

—Pero no lo hace —dijo Heath.

—¡Quizá tenga una oportunidad para arreglar esos labios! —exclamó Kobrynski entusiasmado. Volvió rápidamente a las computadoras y giró más llaves—. ¡Ya está! —gritó con voz triunfal y se unió a nosotros en la ventana una vez más.

Y de verdad que ahora había una representación perfecta de la Dama Oscura, trazada en resplandeciente detalle sobre un tapiz cósmico. Parecía tan real que me encontré tratando de escuchar las palabras que iban a salir de su boca.

Entonces, con tanta naturalidad que me llevó unos segundos darme cuenta de lo que estaba sucediendo, sus labios empezaron a moverse.

Vladimir susurró en el cielo mientras las montañas se sacudían. *Ven a mí.*

—¿Lo oísteis? —preguntó Kobrynski, con los ojos muy abiertos.

Ven, Vladimir, entonó mientras la cabina temblaba y los aparatos gemían su protesta.

—Después de todo, *fue* un sueño —musité, aturdido al comprender que sólo llamaba a Kobrynski.

Éste se dirigió a la puerta como hipnotizado; Venzia le cogió del brazo.

—¡No! —aulló—. ¡No hasta que le haga mi pregunta!

Kobrynski movió el brazo y envió a Venzia al otro lado del cuarto.

—¿Adonde piensas que vas? —preguntó Heath.

—A *ella* —contestó Kobrynski con voz tranquila.

—Abre esa puerta y Venzia morirá... y tú también si no te pones los guantes.

—Ella no me hará ningún daño —declaró Kobrynski.

—¡Ni siquiera está ahí! —gritó Heath—. ¡Te vas a meter en un horno radiactivo!

Vladimir, susurró la Dama Oscura.

—Me llama.

—¡Leonardo, dile algo!

—No es la Madre de Todas las Cosas —declaré con voz apagada, sintiéndome un poco desorientado—. Sólo es la Dama Oscura.

—¿De qué estás hablando? —espetó Heath.

Me volví hacia él.

—Entonces, ¿qué quiere de mí? —pregunté, confundido—. No lo entiendo.

Ven a mí, Vladimir, susurró la Dama Oscura.

Kobrynski abrió la puerta.

—¡No! —gritó Heath, lanzándose hacia él en un vano intento por detenerle. Llegó demasiado tarde; un instante después, la fuerza de la tormenta había vuelto a cerrar la puerta.

Los dos corrimos a la ventana para mirar, y Venzia, con un desagradable moratón en la frente, se nos unió.

Kobrynski se detuvo a unos cincuenta metros de la cabina y alzó las manos al cielo en un gesto de súplica... y entonces, justo antes de que su imagen se dispersara, la persistente expresión de tristeza de la Dama Oscura se desvaneció, y fue reemplazada por una sonrisa. Volví a mirar al lugar donde había estado Kobrynski, pero no había rastro de él.

—¿Dónde está? —pregunté, perplejo.

—Se desvaneció —contestó Heath. Calló, frunciendo el ceño intrigado—. Por lo menos, *creo* que se desvaneció.

—¡No! —gritó Venzia, corriendo a la puerta y abriéndola—. ¡No te puedes ir todavía! ¡Tengo que hablar contigo!

—¡No te vayas, Amigo Reuben! —aullé y fui tras él—. Ya te viste expuesto a la radiación cuando Kobrynski abrió la puerta, y no llevas ninguna protección. ¡Morirás!

—¡No intentes detenerme! —rugió Venzia, soltándose de mí y corriendo hacia el lugar donde Kobrynski había desaparecido—. ¡Por favor! —aulló con todas sus fuerzas—. ¡Debo saberlo!

—¡Hemos de traerlo de nuevo al interior de la cabina!

—Deja que grite por su respuesta —respondió Heath con cansancio—. Ya está muerto.

—Pero...

Hubo una última explosión violenta en el cielo; luego, el cielo recuperó su normalidad.

—Activa el medidor de radiación de la parte superior de tu visor, Leonardo —indicó Heath—. Si la fuerza de esa explosión no le mató, quedará achicharrado dentro de diez segundos. Su cerebro ya está frito.

—Debí detenerle —dije, saliendo a toda velocidad de la cabina—. ¡*Debo* ayudarle!

—Se encuentra más allá de toda ayuda —afirmó Heath; sin embargo, me siguió.

Cuando llegamos a su lado, Venzia se había derrumbado. Tenía la cara cubierta de ampollas negras y el cabello chamuscado y humeante, pero seguía con vida. Por fin conseguimos llevarle de regreso a la cabina y lo depositamos en el camastro de Kobrynski.

—Bien podríamos haberlo dejado fuera —comentó Heath—. No puedes abrir tu puerta a un horno nuclear y esperar que tu morada no esté contaminada.

Comprobé el medidor de radiación y la lectura confirmó sus palabras.

Venzia murmuró algo por entre sus labios quemados.

—Creo que quiere agua.

—Pero está contaminada —dije.

—Dásela de todos modos. ¿Qué diferencia hay?

Eché un poco de agua en una taza de metal y la acerqué a los labios de Venzia.

—Gracias —musitó. La cabeza cayó de nuevo sobre el camastro—. ¿Dónde se encuentra ella? —logró preguntar con dificultad.

—Se ha ido —respondí mientras comprendía la importancia de todo lo que había sucedido—. No es la Madre de Todas las Cosas. Vino en busca de Kobrynski, no de mí.

—Y ahora nunca sabré lo que hay más allá —susurró Venzia.

De repente, se tensó y los ojos se le quedaron ciegamente clavados en el espacio.

—¿Qué pasa, Amigo Reuben?

—¡La veo! —jadeó.

—¿Te está llamando?

Frunció el ceño.

—No. Está con *él.*

—¿Con Kobrynski?

—Sí.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Sonríe. —Se derrumbó otra vez sobre el camastro—. Por fin sonríe —musitó, y murió.

Me quedé sentado unos momentos, inmóvil, al lado del cuerpo de Venzia. Luego sentí la mano de Heath en mi hombro.

—Creo que es hora de marcharnos, Leonardo.

—Sí —dije—. Es hora.

—Tendremos que dejar su cuerpo aquí. No podemos arriesgarnos a llevarlo en la nave.

—Lo sé —contesté, poniéndome de pie y siguiéndole hasta la puerta.

—Todavía no estoy seguro de lo que vi —comentó pensativo mientras nos dirigíamos despacio hacia la nave.

—*Yo sí.*

—Me pregunto dónde aparecerá la próxima vez —musitó.

—Nunca volverá a aparecer.

Epílogo

ÉSTA, ENTONCES, ES LA CRÓNICA DE LA DAMA OSCURA.

Sin embargo, también es la crónica de Leonardo, quien continúa vagando por la galaxia, desterrado y solo; cuyo nombre jamás podrá ser pronunciado por ningún miembro de su Casa o su Familia, y cuyos pecados son incontables.

Muchas veces después de dejar Solitario en compañía de Valentine Heath pensé en realizar el ritual del suicidio; pero siempre me vi compelido éticamente a aguardar el término de la suspensión de Clairborne y el cumplimiento de mi contrato. Finalmente, cuando llegó ese día en que mi trabajo quedó oficialmente concluido, me di cuenta de que si ya no era un Bjornn, tampoco se requería de mí vivir de acuerdo con las costumbres Bjornn.

Heath y yo fuimos de planeta en planeta durante tres años, siempre un paso por delante de la policía, mientras yo me instruía en el único oficio para el cual estaba cualificado. Fue durante esa época —más por el aburrimiento de viajar en la pequeña nave que por cualquier otro motivo, o eso pensé— cuando comencé a dibujar una serie de bocetos de la Dama Oscura, intentando sin éxito capturar su elusiva belleza.

Entonces, un día Heath fue capturado y yo me encontré completamente solo. Creo que por fin comprendí cuál podía ser mi verdadera misión en la vida, por qué los acontecimientos habían conspirado para situarme en Solitario aquel día fatal, por qué ella se me había aparecido en una visión y qué era lo que deseaba de mí.

Habían existido muchos retratos de ella, y siempre había sido plasmada con esa perenne expresión triste en la cara. Con Kobrynski y Venzia muertos, y Heath en prisión, sólo *yo* era capaz de pintarla como había aparecido por última vez y como lo haría hasta el fin del Tiempo.

Me llevará muchos intentos y muchos años, pues soy torpe para la pintura, igual que para muchas otras cosas. Pero un día lo conseguiré... Y sólo entonces, con la consumación del último retrato de la Dama Oscura y su yuxtaposición sobre todos los otros, finalmente habrán terminado las odiseas de los dos.